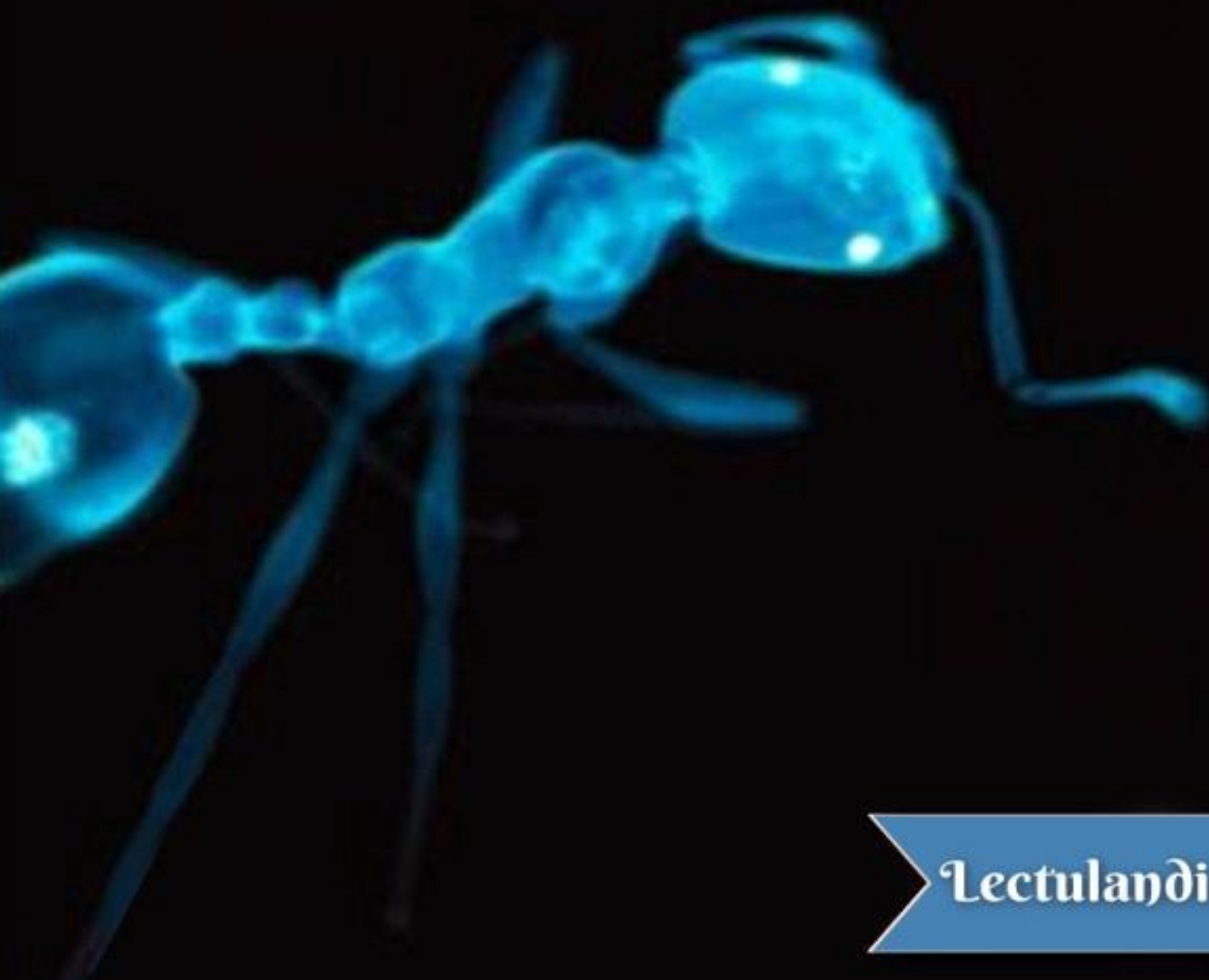


Bernard
Werber
Las hormigas



Lectulandia

Famoso novelista y periodista científico, Bernard Werber se dedica desde hace quince años al estudio del fascinante mundo de las hormigas. Ha realizado viajes por varios continentes para ampliar sus conocimientos en esta materia. Su novela «Las hormigas», obtuvo un sonado éxito internacional y se convirtió en un bestseller traducido a doce lenguas. «El día de las hormigas» confirmó sus sólidas dotes de escritor.

Fue galardonado con el Gran Premio de Science et Avenir, una de las más prestigiosas revistas científicas francesas.

Un libro francamente entretenido y fácil de leer. Es como un documental mezclado con unas dosis de suspense y ciencia-ficción donde dos historias sin aparente conexión, humanos y hormigas, acaban uniéndose de la forma más sorprendente.

Lectulandia

Bernard Werber

Las hormigas

ePUB v1.3

Dirdam 29.03.12

más libros en lectulandia.com

Título original : «*Les fourmis*»
Publicación original: 1991
Traducción: Manuel M^a Escrivá de Romaní
Edición: Plaza & Janes S.A.
Primera edición: Abril, 1992
ISBN: 978-84-01-43831-8

Editor original:
Dirdam (v1.0 a v1.2)
Corrección de erratas:
v1.1 Atramentum (5/5/12)
v1.2 othon_ot (12/5/12)
v1.3 johnty (6/6/12)

A mis padres y a todos aquellos investigadores y amigos,
que han contribuido con su aportación
a la construcción de este edificio.

Durante los pocos segundos que requerirá usted para leer estas cuatro líneas:

- 40 seres humanos y 700 millones de hormigas están naciendo en la Tierra.
- 30 seres humanos y 500 millones de hormigas están muriendo en la Tierra.

SER HUMANO: Mamífero cuya estatura varía entre 1 y 2 metros.

Peso: entre 30 y 100 kilos.

Gestación en las mujeres: 9 meses.

Nutrición: omnívora.

Población estimada: más de 5 mil millones de individuos.

HORMIGA: Insecto cuya envergadura varia entre 0,01 y 3 cm.

Peso: entre 1 y 150 miligramos.

Puesta: según la cantidad de espermatozoides.

Nutrición: omnívora.

Población probable: 1.000.000.000 de individuos.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

1. El despertador

El notario explicó que el inmueble estaba clasificado como monumento histórico y que algunos viejos sabios del Renacimiento habían vivido en él, aunque no recordaba sus nombres.

—En cuanto al apartamento, es un poco especial, ya que se trata de un sótano. Pero, fíjese, es espacioso. Doscientos metros cuadrados.

Bajaron por la escalera y desembocaron en un pasillo oscuro, donde el notario tanteó un buen rato, antes de decir:

—¡Vaya! No funciona.

Se sumergieron en las tinieblas, palpando las paredes con mucho ruido. Cuando el notario encontró por fin la puerta, la abrió y pulsó, esta vez con éxito, el interruptor de la luz, vio que su cliente tenía las facciones descompuestas.

—¿No se encuentra usted bien, señor Wells?

—Es una especie de fobia. No es nada de particular.

—¿Terror a la oscuridad?

—Eso es. Pero ya me encuentro mejor.

Recorrieron el lugar. Aunque sólo se abría al exterior por unos pocos tragaluces, estrechos y situados al nivel del techo, el apartamento le pareció bien a Jonathan. Todas las paredes estaban tapizadas de un gris uniforme, y había polvo por todas partes. Pero no iba a ponerse difícil.

Su vivienda actual era ya la quinta. Por otra parte, no tenía medios para pagar el alquiler. La empresa de cerrajería en la que trabajaba había decidido hacía poco prescindir de sus servicios.

La herencia del tío Edmond era realmente una ganga inesperada.

Dos días después se instalaba en la calle de los Sybarites nº 3 con su esposa Lucie, su hijo Nicolás y su perro Ouarzazate, un caniche enano.

—Pues a mí no me disgustan todas estas paredes grises —dijo Lucie, recogiendo la espesa cabellera roja. Podremos decorarlo como nos parezca. Está todo por hacer. Es como si tuviésemos que convertir una cárcel en un hotel.

—¿Dónde está mi habitación? —preguntó Nicolás.

—Al fondo a la derecha.

El perro ladró y empezó a mordisquearle las pantorrillas a Lucie, sin tener en cuenta que ella llevaba en los brazos la vajilla de sus esponsales.

Fue de inmediato a parar al cuarto de baño, y encerrado allí con llave, porque saltaba hasta los pomos de las puertas y sabía accionarlos.

—¿Tratabas mucho a tu tío pródigo? —preguntó Lucie.

—¿Al tío Edmond? En realidad, todo lo que recuerdo es que jugaba conmigo a llevarme en avión cuando era muy pequeño. Una vez me dio tanto miedo que me hice pipí encima de él.

—¿Ya eras un miedoso entonces? —le preguntó Lucie, con ganas de molestarle. Jonathan hizo como quien no oye.

—No me riñó por eso. Sólo le dijo a mi madre: «Bueno, ya sabemos que no será aviador...» Mamá me decía que él seguía atentamente mi trayectoria, aunque yo nunca volví a verle.

—¿En qué trabajaba?

—Era científico. Biólogo, creo.

Jonathan se quedó pensativo. Al fin y al cabo, resultaba que ni siquiera conocía a su benefactor.

A 6 km de allí: BEL-O-KAN,
1 metro de alto,
50 niveles por debajo de la superficie del suelo,
50 niveles sobre el nivel del suelo.
La ciudad más grande de la región.
Población estimada: 18 millones de habitantes.
Producción anual: 50 litros de jarabe de pulgón,
10 litros de jarabe de cochinilla, 4 kilos de setas garzas.
Arena expulsada: 1 tonelada.
Kilómetros practicables de corredor: 120.
Superficie a nivel del suelo (en metros cuadrados): 2.

Una pata acaba de moverse. Es el primer gesto desde la entrada en hibernación, hace tres meses de eso. Otra pata se mueve despacio hacia delante; acaba en dos garras que se separan poco a poco. Una tercera pata se extiende. Luego, un tórax. Luego, un ser. Luego, otros doce.

Tiemblan para ayudar a su sangre transparente a que circule por la red de arterias. La sangre pasa de un estado pastoso a otro más fluido y luego al estado líquido. Poco a poco, la bomba cardiaca vuelve a ponerse en marcha. Impulsa el jugo vital hasta el extremo de los miembros. Los biomecanismos se calientan. Las articulaciones de extraordinaria complejidad se mueven. Todas las articulaciones con sus placas protectoras buscan y encuentran el punto de máxima torsión.

Se levantan. Sus cuerpos recuperan el aliento. Sus movimientos son desordenados. Una danza lenta, se sacuden ligeramente, se agitan. Sus patas delanteras se unen ante sus bocas como para rezar, aunque no, mojan sus garras para lustrarse las antenas.

Los doce que han despertado se friccionan entre sí, Luego, intentan despertar a sus vecinas. Pero apenas tienen fuerza suficiente para mover sus propios cuerpos, no tienen energía que entregar. Renuncian.

Entonces, echan a andar con dificultad entre los cuerpos rígidos de sus hermanas. Se dirigen hacia el gran Exterior. Es necesario que sus organismos de sangre fría capturen las calorías del astro del día.

Se mueven con fatiga. Cada paso es un dolor. Tienen tantas ganas de volver a tenderse y estar tranquilos como millones de sus semejantes. Pero no. Han sido los primeros en despertar. Ahora tienen que reanimar a toda la ciudad.

Cruzan el límite de la ciudad. La luz solar les ciega, pero el contacto con la pura energía es tan reconfortante.

*Sol, entra en nuestros caparazones,
mueve nuestros músculos doloridos
y une nuestros pensamientos divididos.*

Es una antigua canción de las hormigas rojas del centésimo milenio. Ya en aquel entonces sentían deseos de cantar en sus cerebros con el primer contacto con el calor.

Una vez fuera, empiezan a lavarse metódicamente. Secretan una saliva blanca y con ella impregnan sus mandíbulas y sus patas.

Se cepillan. Es toda una ceremonia inmutable. Primero, los ojos. Las trece mil celdillas que forman cada ojo esférico son desempolvadas, humidificadas, secadas. Hacen lo mismo con las antenas, con los miembros inferiores, los miembros medios, los miembros superiores. Para acabar, lustran sus hermosas corazas rojas hasta que brillan como gotas de fuego.

Entre las doce hormigas que han despertado figura un macho reproductor. Es algo más pequeño que la media de la población belokaniana. Tiene unas mandíbulas estrechas y está programado para no vivir más allá de unos meses, pero también está provisto de ciertas ventajas desconocidas entre sus congéneres.

El primer privilegio de su casta: como hormiga sexuada, tiene cinco ojos. Dos grandes ojos situados en disposición triangular en la frente. Esos ojos supernumerarios son de hecho captadores de rayos infrarrojos que le permiten detectar a distancia cualquier fuente de calor, incluso en la oscuridad más absoluta.

Esta característica resulta tanto más preciosa cuanto que la mayoría de los habitantes de las grandes ciudades este cien mil milenio se han vuelto completamente ciegos a fuerza de pasar toda su vida bajo tierra.

También posee (como las hembras) unas alas que un día le permitirán volar para hacer el amor.

Su tórax está protegido por un escudo especial: el *meso-tonum*.

Sus antenas son más largas y más sensibles que las de los demás habitantes.

Este joven macho reproductor se queda largo rato sobre la cúpula, llenándose de sol. Luego, cuando ya está caliente, vuelve a la ciudad. Temporalmente forma parte de la casta de las hormigas «mensajeras térmicas».

Circula por los corredores del tercer nivel inferior, donde todo el mundo duerme todavía profundamente. Los cuerpos están congelados. Las antenas yacen laxas.

Las hormigas sueñan aún.

El joven macho adelanta una pata hacia una obrera a la que va a despertar con el calor de su cuerpo. El contacto tibio provoca una agradable descarga eléctrica.

Al sonar el segundo timbrado se oyen unos pasos como de ratón. La puerta se abre tras un compás de espera cuando la abuela Augusta retira la cadena de seguridad.

Desde que sus dos hijos murieron, vivía recluida en sus treinta metros cuadrados de piso, volviendo una y otra vez sobre los viejos recuerdos. Eso no podía ser bueno para ella, aunque no había cambiado en nada su amabilidad.

—Ya sé que es ridículo, pero ponte las zapatillas, he encerado el parque.

Jonathan lo hizo así y ella echó a andar delante de él, guiándole hacia un salón en el que los numerosos muebles estaban todos ellos cubiertos con tapetes. Instalándose en el borde del gran sofá, Jonathan no pudo evitar que el plástico rechinase.

—Estoy tan contenta de que hayas venido... Quizá no te lo creas, pero tenía intención de llamarte un día de éstos.

—¿Sí?

—Imagínate, Edmond me había dejado algo para ti. Una carta. Y me dijo: Si muero, has de entregarle esta carta a Jonathan cueste lo que cueste.

—¿Una carta?

—Una carta, sí, una carta... A ver, ya no sé dónde la ha dejado. Espera un momento... Él me da la carta, yo le digo que la voy a guardar, y la meto en una caja. Debe de ser una de las cajas del armario grande.

Y empezó a arrastrar las zapatillas. Pero se detuvo al tercer paso deslizante.

—Pero, bueno, qué tonta soy. Mira cómo te recibo. ¿Te apetece tomar una tisanita?

—Si, gracias.

Se dirigió a la cocina y empezó a mover cacerolas.

—Dame noticias tuyas, Jonathan —dijo alzando la voz desde allí.

—Bien, las cosas no están tan mal. Me han despedido del trabajo.

La abuela asomó su cabeza de ratón blanco por la puerta, y luego reapareció toda ella, con expresión grave, cubierta con un gran delantal azul.

—¿Que te han despedido?

—Pues sí.

—¿Por qué?

—Ya sabes, los cerrajeros son gente muy especial. Nuestra empresa, «SOS Cerrojo», funciona las veinticuatro horas del día en todos los barrios de París. Cuando un compañero de trabajo fue agredido, me negué a desplazarme de noche a los barrios sospechosos. Y entonces me echaron.

—Hiciste lo que debías. Más vale estar parado y bien de salud que al contrario.

—Además, no me llevaba muy bien con el jefe.

—¿Y tus experiencias con las comunidades utópicas? En mis tiempos se les llamaba comunidades New Age —la abuela rió para sí; pronunciaba «nuiash».

—Eso lo dejé cuando fracasó la granja de los Pirineos. Lucie estaba harta de cocinar y fregar para todo el mundo. Había parásitos entre nosotros. Nos hartamos. Ahora vivo sólo con Lucie y Nicolás... Y tú, abuela, ¿cómo estás?

—¿Yo? Vivo. Y eso es ya algo que me ocupa cada momento.

—Suerte que tienes. Ya has vivido el paso del milenio.

—Si, mira, lo que más me sorprende es que nada haya cambiado. Antes, cuando era una jovencita, se decía que después del paso del milenio ocurrirían cosas extraordinarias; y, ya ves, no ha cambiado nada. Sigue habiendo viejos que viven solos, y parados, y coches que despiden humos. Ni siquiera las ideas han cambiado. Mira, el año pasado se redescubrió el surrealismo, y el año anterior el rock'n roll, y los periódicos están anunciando ya la vuelta de la minifalda para este verano. Si seguimos así, pronto reaparecerán las viejas ideas de principios del siglo pasado: el comunismo, el psicoanálisis y la relatividad...

Jonathan sonrió.

—Ha habido algún progreso: la expectativa de vida de la gente se ha ampliado, y lo mismo el número de divorcios, y el nivel de contaminación atmosférica, y las líneas de Metro...

—Gran cosa. Yo creía que todos tendríamos aviones particulares y que despegaríamos desde el balcón... Mira, cuando yo era joven, la gente temía que hubiese una guerra atómica. Era un miedo tremendo. Morir a los cien años en el brasero de un gigantesco hongo nuclear, morir con toda la Tierra... Pues sí. Y en lugar de eso, yo me muero como una patata podrida. Y a todo el mundo le dará lo mismo.

—No, abuela, no.

La abuela se enjugó la frente.

—Y además hace calor. Cada vez más. En mis tiempos no hacía tanto calor. Teníamos auténticos inviernos y auténticos veranos. Ahora, la canícula empieza en marzo.

Volvió a ir a la cocina, saltando para alcanzar con una destreza poco común todos

los utensilios necesarios para la confección de una buena tisana. Después de encender una cerilla y cuando se oyó soplar el gas en las antiguas toberas de la cocina, volvió mucho más tranquila.

—Pero, bueno, has debido venir por algún motivo concreto. La gente no va a ver a los viejos sin más ni más en nuestros días.

—No seas cínica, abuela.

—No soy cínica, sé en qué mundo vivo, eso es todo. Basta de comedias, y dime qué es lo que te trae aquí.

—Me gustaría que me hablaras de «él». Me ha legado su piso, y ni siquiera le conozco...

—¿Edmond? ¿No te acuerdas de Edmond? Y sin embargo a él le gustaba jugar contigo al avión cuando eras pequeño. Incluso recuerdo que una vez...

—Sí, también yo me acuerdo, pero aparte de esa anécdota, no hay nada más.

La abuela se instaló en un gran sillón procurando no arrugar demasiado la funda.

—Edmond es, en fin, era todo un personaje. Ya siendo muy jovencito me creaba grandes trastornos. Ser su madre no era una sinecura. Mira, por ejemplo, rompía sistemáticamente todos sus juguetes para desmontarlos, y más raramente para volver a montarlos. ¡Y si sólo hubiese roto los juguetes! Todo lo deshacía: relojes, tocadiscos, cepillos de dientes eléctricos... Una vez, incluso desmontó la nevera.

Como para confirmar lo que decía, el antiguo reloj de pie del salón empezó a dar lúgubramente la hora. También las había visto de todos los colores con el pequeño Edmond.

—También tenía otras manías. Los escondrijos, por ejemplo. Ponía la casa patas arriba para hacerlos. Había hecho uno con cobertores y paraguas en el ático, y otro con cajas y abrigos de piel en su habitación. Le gustaba quedarse escondido allí dentro, en medio de los tesoros que amontonaba. Una vez fui a mirar, y estaba lleno de cojines y un lío de mecanismos que había ido quitándoles a las máquinas. Por otra parte, todo estaba bastante ordenado.

—Todos los niños hacen esas cosas.

—Puede ser, pero en él la cosa adquiría proporciones sorprendentes. No se acostaba en la cama, sólo aceptaba dormir en uno de sus nidos. Y allí se quedaba a veces días enteros sin moverse. Como si hibernase. Tu madre decía que debía haber sido ardilla en una vida anterior.

Jonathan sonrió para animarla a seguir.

—Un día le dio por hacerse su cabaña entre las patas de la mesa de la sala. Eso fue la gota que desbordó el vaso. Tu abuelo estalló con una furia que en él era muy poco frecuente. Le pegó una paliza, destruyó todos los nidos y le obligó a dormir en la cama. —La abuela suspiró. A partir de ese día prescindió por completo de nosotros. Fue como si le hubiesen cortado el cordón umbilical. Ya no formábamos

parte de su mundo. Pero creo que esa prueba era necesaria, tenía que saber que el mundo no se amoldaría eternamente a sus caprichos. Después, al crecer, eso creó problemas. No podía soportar la escuela. Ya sé que vas a decirme «como todos los niños». Pero en él eso fue más lejos. ¿Conoces a muchos niños que se ahorquen en los baños con su cinturón porque su profesor les ha reñido? Pues él se ahorcó a los siete años. Fue el empleado de la limpieza el que le descolgó.

—Quizás era demasiado sensible...

—¿Sensible? ¡Seguro! Un año después intentó apuñalar a uno de sus profesores con unas tijeras. Apuntó al corazón. Por suerte, sólo le estropeó la pitillera.

La abuela alzó los ojos al techo. Recuerdos dispersos caían en su memoria como copos de nieve.

—Luego la cosa se arregló un poco porque hubo algunos profesores que llegaron a apasionarle. Tenía sobresalientes en todas las materias que le interesaban, y en las demás cero. La cosa era siempre o cero o sobresaliente.

—Mamá decía que era genial.

—A tu madre le fascinaba porque él le había dicho que trataba de conseguir el «saber absoluto». Tu madre, que creía desde los diez años en las vidas anteriores, creía que era una reencarnación de Einstein o de Leonardo.

—¿Además de ardilla?

—¿Por qué no? «Hacen falta vidas para conformar un alma...» dijo Buda.

—¿Pasó pruebas de CI?

—Sí, y quedó muy mal. Puntuó veintitrés sobre ciento ochenta, lo que corresponde a subnormal leve. Los profesores creían que estaba loco y que había que meterle en un centro especializado. Sin embargo, yo sabía que no estaba loco. Sólo era un poco raro. Recuerdo que una vez cuando debía tener unos once años, me desafió a hacer cuatro triángulos equiláteros sólo con seis cerillas. No es fácil. Prueba y ya lo verás.

La abuela fue a la cocina, echó un vistazo a la cacerola y volvió con seis cerillas. Jonathan dudó un momento. Parecía posible. Dispuso de diferentes maneras los seis palitos, pero después de intentarlo un buen rato tuvo que renunciar.

—¿Cuál es la solución?

La abuela Augusta se concentró.

—Bueno, en realidad creo que no me lo dijo nunca. Todo lo que recuerdo es la frase que me dijo para ayudarme a dar con la solución: «Hay que pensar de forma diferente, si se piensa como de costumbre no se consigue nada». ¡Imagínate, un chiquillo de once años diciendo cosas semejantes! Ah, creo que oigo el pito de la olla. Ya debe de estar caliente el agua.

Volvió con dos tazas llenas con un líquido amarillento y aromático.

—¿Sabes? Me gusta que te intereses por tu tío. En estos tiempos la gente se

muere y olvidamos incluso que nació.

Jonathan dejó las cerillas y bebió delicadamente unos sorbos de la tisana.

—¿Qué pasó después?

—Ya no sé nada más. En cuanto empezó sus estudios universitarios ya no tuvimos más noticias tuyas. Por tu madre me enteré vagamente de que había acabado el doctorado con brillantez, que trabajó para una empresa de productos alimenticios, que la dejó para ir a África, y luego que volvió y estuvo viviendo en la calle de los Sybarites, donde nadie supo nada de él hasta que murió.

—¿Cómo murió?

—¿No lo sabes? Es una historia increíble. Todos los periódicos hablaron de ello. Figúrate que le mataron unas avispas.

—¿Unas avispas? ¿Cómo fue eso?

—Paseaba solo por el bosque. Debió tropezar con un avispero por puro descuido. Y todas las avispas se lanzaron sobre él. Dijo el forense que nunca había visto tantas picaduras en una misma persona, que tenía clavados veinte mil agujones. Murió con 0,3 gramos de veneno en cada litro de sangre. Algo nunca visto.

—¿Está enterrado en alguna tumba?

—No. Había pedido que le enterrasen debajo de un pino en el bosque.

—¿Tienes una foto suya?

—Mira allí, en esa pared, encima de la cómoda. A la derecha, Suzy, tu madre (¿la habías visto alguna vez tan joven?) Y a la izquierda, Edmond.

Tenía la frente despejada, un bigotito puntiagudo, orejas sin lóbulo como Kafka que subían por encima del nivel de las cejas. Sonreía con malicia. Un verdadero diablillo.

A su lado, Suzy estaba resplandeciente vestida de blanco. Se casó unos años después, pero siempre mantuvo como único apellido Wells. Como si no quisiese que su compañero dejase la huella de su nombre en la prole.

Acercándose más, Jonathan vio que Edmond tenía dos dedos abiertos sobre la cabeza de su hermana.

—Era muy travieso, ¿verdad?

La abuela Augusta no respondió. Un velo de tristeza le había oscurecido la mirada al volver a ver la cara de su hija. Suzy había muerto seis años después. Un camión de quince toneladas conducido por un chófer borracho había enviado su coche a un barranco. La agonía había durado dos días. Suzy había preguntado por Edmond, pero Edmond no compareció. Estaba fuera otra vez.

—¿Conoces a alguien más que pudiera hablarme de Edmond?

—Bueno... Había un amigo de infancia al que veía a menudo. Incluso fueron juntos a la universidad. Jason Bragel. Aún debo de tener su teléfono.

Augusta consultó rápidamente su ordenador y le dio a Jonathan la dirección de

ese amigo. Miró a su nieto con afecto. Era el último superviviente de la familia de los Wells. Un buen chico.

—Anda, acaba eso, se te va a enfriar. También tengo unas magdalenas, si te apetece. Las hago yo misma con huevos de codorniz.

—No, gracias, tengo que marcharme. Pasa un día a visitarnos, ya hemos terminado de trasladar las cosas.

—De acuerdo; pero espera, no te vayas a ir sin la carta.

Registró afanosamente el armario y las cajas y por fin encontró un sobre blanco en el que había una anotación hecha con una escritura febril: «Para Jonathan Wells». La solapa del sobre estaba protegida con muchas capas de cinta adhesiva para evitar cualquier apertura intempestiva. Jonathan lo abrió con cuidado. Una hojita de papel manoseada, como la de un cuaderno escolar, salió del interior. Leyó la única frase que había allí escrita:

«SOBRE TODO NO IR NUNCA A LA BODEGA»

Las antenas de la hormiga tiemblan. Es como un automóvil que ha estado mucho tiempo bajo la nieve y al que se intenta volver a poner en marcha. El macho insiste muchas veces. Las unta con la saliva caliente.

Vida. Eso es, el motor vuelve a ponerse en marcha. Ya ha pasado una estación. Todo vuelve a empezar como si la hormiga nunca hubiese experimentado la «pequeña muerte». La frota aún más para transmitirle calorías. Ahora está bien. Mientras él sigue con su tarea, la hormiga orienta las antenas en su dirección. Le roza. Quiere saber quién es.

Toca su primer segmento a partir del cráneo y lee su edad: ciento setenta y tres días. Por el segundo segmento, la obrera ciega averigua su casta: macho reproductor. Por el tercero, su especie y su ciudad: hormiga roja del bosque procedente de la ciudad madre de Bel-o-kan. Por el cuarto segmento, reconoce el número de puesta que le sirve de denominación: es el 327º macho puesto al principio del otoño.

La hormiga detiene aquí su descodificación olfativa. Los otros segmentos no son emisores. El quinto sirve para percibir las moléculas de las pistas. El sexto se utiliza para los diálogos sencillos. El séptimo permite mantener diálogos complejos de orden sexual. El octavo se destina a los diálogos con la Madre. Los tres últimos, finalmente, sirven como mazas.

Ya ha hecho el recorrido de los once segmentos de la segunda mitad de la antena. Pero no tiene nada que decirle al macho. Se separa de él y va a calentarse a su vez en el techo de la Ciudad.

Él hace lo mismo. Ya ha terminado con el trabajo de mensajero térmico, y ahora les llega el turno a las actividades de reparación.

Al llegar arriba, el macho 327 constata los destrozos. La Ciudad se ha construido con forma de cono para que la afecten menos las inclemencias del tiempo. Sin embargo, el invierno ha sido destructor. El viento, la nieve y el granizo han desprendido la primera capa de ramitas. Los excrementos de los pájaros han obturado algunas salidas. Hay que ponerse en seguida manos a la obra. 327 se lanza hacia una gran mancha amarilla y ataca con las mandíbulas la materia dura y fétida. Al otro lado aparece ya en transparencia la silueta de un insecto que está excavando desde el interior.

La mirilla óptica se había oscurecido. Le estaban mirando a través de la puerta.

—¿Quién es?

—Gougne... Vengo por lo de la encuadernación.

La puerta se entreabrió. El tal Gougne bajó los ojos para ver a un chico rubio de unos diez años, y luego, aún más abajo, un perro minúsculo que, metiendo el hocico entre las piernas del chico, empezó a gruñir.

—Papá no está.

—¿Estás seguro? El profesor Wells tenía que ir a verme y...

—El profesor Wells es mi tío abuelo. Pero ha muerto.

Nicolás intentó cerrar la puerta, pero el otro adelantó el pie, insistiendo.

—Mi más sincero pésame. Pero ¿estás seguro de que no ha dejado una especie de carpeta grande llena de papeles? Soy encuadernador. El profesor me pagó por adelantado para que le encuadernase sus notas de trabajo con unas cubiertas de cuero. Quería hacer una especie de enciclopedia, me parece. Tenía que pasar a verme y hace tiempo que no tengo noticias tuyas.

—Ha muerto, ya se lo he dicho.

El hombre adelantó más el pie, empujando la puerta con la rodilla como si fuese a entrar empujando al chico. El perro a escala empezó a ladrar furiosamente. El hombre se inmovilizó.

—Compréndelo, me molestaría mucho que no mantuviese sus promesas, incluso a título póstumo. Por favor, compruébalo. Forzosamente ha de haber en alguna parte una gran carpeta roja.

—¿Una enciclopedia, dice usted?

—Sí. El mismo le llamaba al conjunto de papeles «Enciclopedia del saber relativo y absoluto», pero me sorprendería que eso apareciese escrito en la cubierta.

—Si estuviese en casa ya la hubiésemos encontrado.

—Perdona que insista, pero...

El caniche enano se puso a ladrar otra vez. El hombre se echó atrás un milímetro, que al chico le bastó para darle con la puerta en las narices.

Toda la Ciudad está ya despierta. Los corredores están llenos de hormigas mensajeras térmicas que se apresuran a calentar el Hormiguero. Pero en algunos barrios hay aún ciudadanos inmóviles. Ya pueden las mensajeras sacudirlos, golpearles, que no se mueven.

Ni se moverán. Han muerto. La hibernación les ha sido fatal. No deja de ser un riesgo quedarse durante tres meses con un latido cardíaco casi inexistente. No han sufrido. Han pasado del sueño a la muerte durante un brusco vendaval que afectó a la Ciudad. Sus cadáveres son evacuados y arrojados a la depuradora... Cada mañana la Ciudad se deshace de esa manera de sus células muertas junto con los demás desperdicios.

Una vez limpias de impurezas las arterias, la ciudad de los insectos empieza a palpar. Las patas se agitan. Las mandíbulas perforan. Las antenas pasan información. Todo vuelve a moverse como antes. Como antes del invierno anestésico.

Mientras el macho 327 arrastra una ramita que muy bien debe de pesar sesenta veces su propio peso, una guerrera de más de quinientos días se le acerca. Le da unos golpecitos en la cabeza con sus segmentos-maza para atraer su atención. El macho levanta la cabeza. La guerrera aprieta sus antenas contra las de él.

Quiere que deje el trabajo de reparación del techo y que vaya con un grupo de hormigas en expedición de caza.

El macho le toca la boca y los ojos.

¿Qué expedición de caza?

La otra le hace oler un trozo de carne seca que tenía oculto en un pliegue de la articulación del tórax.

Parece ser que encontraron esto justo antes del invierno, en la región oeste a 23° en relación con el sol del mediodía.

El macho lo prueba. Evidentemente, es coleóptero. Crisomela, para ser más preciso. Es raro. Normalmente los coleópteros están aún en hibernación. Como todo el mundo sabe, las hormigas rojas salen del sueño con una temperatura del aire de 12°, las termitas lo hacen a 13°, las moscas a 14°, y los coleópteros a 15°.

La vieja guerrera no se deja convencer por este argumento. Le explica al macho que el trozo de carne procede de una región extraordinaria, calentada artificialmente por una fuente de agua subterránea. En ese lugar no hay invierno. Se trata de un microclima donde se han desarrollado una fauna y una flora específicas.

Además, la ciudad Hormiguero siempre tiene mucha hambre al despertar. Necesita urgentemente proteínas para volver a ponerse en marcha. Y el calor no basta.

El macho acepta.

La expedición la integran veintiocho hormigas de la casta de las guerreras. La mayoría son, como la que llegó con el encargo, viejas damas asexuadas. El macho 327 es el único miembro de la casta de los sexuados. Considera a distancia a sus compañeras a través del tamiz de sus ojos.

Con los millares de facetas de sus ojos no ve las imágenes repetidas miles de veces, sino una imagen en retícula. A las hormigas les cuesta percibir los detalles. En compensación, aprecian los más íntimos movimientos.

Las exploradoras de esta expedición parecen todas ellas habituadas a los viajes lejanos. Sus pesados vientres están llenos de ácidos. Sus cabezas están erizadas de armas poderosas. Sus corazas están marcadas por los golpes de mandíbula recibidos en el combate.

Marchan rectamente adelante hace muchas horas. Dejan atrás muchas ciudades, que se yerguen hacia el cielo o bajo los árboles. Ciudades hijas de la dinastía NI: Yodu-lu-baikan (la mayor productora de cereales); Giu-li-aikan (cuyas legiones de asesinas vencieron hace dos años a una coalición de las termiteras del Sur); Zedi-beinakan (famosa por sus laboratorios químicos capaces de producir ácidos de combate superconcentrados); Li-viu-kan (cuyo alcohol de cochinilla tiene un sabor a resina muy apreciado).

Porque las hormigas rojas se organizan no sólo en ciudades sino también en coaliciones de ciudades. La unión hace la fuerza. Así, en el Jura se ha podido ver federaciones de hormigas rojas que comprenden 15.000 hormigueros que ocupan una superficie de 80 hectáreas y con una población superior a los 200 millones de individuos.

Bel-o-kan aún no se encuentra entre ellas. Es una federación joven cuya dinastía original se fundó hace mil años. Según la mitología local, una hija extraviada por una terrible tempestad llegó antaño hasta aquí. Al no conseguir regresar a su propia federación, creó Bel-o-kan, y a partir de Bel-o-kan nació la Federación y, asimismo, de ahí proceden los centenares de generaciones de reinas Ni que la componen.

Belo-kiu-kiuni era el nombre de la primera reina. Que significa la «hormiga extraviada». Pero todas las reinas que ocupan el nido central han hecho suyo ese nombre.

De momento Bel-o-kan sólo está formada por una gran ciudad central y por 64 ciudades hijas federadas, repartidas en su periferia. Pero se impone ya como la mayor potencia política en este área del bosque de Fontainebleau.

Una vez han quedado atrás las ciudades aliadas, especialmente la-chola-kan, la ciudad belokaniana más occidental, los exploradores llegan ante unos pequeños altozanos: los nidos de verano o «puestos avanzados». Aún están vacíos. Pero 327 sabe que pronto, con la caza y las guerras, se llenarán de soldados.

Siguen en línea recta. La tropa baja por una amplia pradera turquesa y una colina

cubierta de cardos. Dejan la zona de los territorios de caza. A lo lejos, hacia el norte, se ve ya la ciudad de las enemigas, Shi-gae-pu. Pero sus ocupantes aún deben estar durmiendo a estas horas.

Siguen adelante. A su alrededor la mayoría de los animales siguen aún sumidos en el sueño invernal. Algunos madrugadores asoman aquí y allá la cabeza en sus madrigueras. En cuanto ven las armaduras rojas se esconden, atemorizados. Las hormigas no tienen una reputación especialmente buena como seres acogedores. Sobre todo cuando avanzan así, armadas hasta las antenas.

Los exploradores han llegado ya al límite de las tierras conocidas. Ahí ya no hay ninguna ciudad hija, ni el menor puesto avanzado en el horizonte, ni el menor sendero excavado por unas patas puntiagudas. Apenas unas mínimas huellas de una antigua pista perfumada indica que unos belokanianos han pasado ya por allí.

Dudan. La fronda que se levanta ante ellos no está inscrita en ninguna carta olfativa. Forma un techo sombrío en el que la luz no penetra. Esa masa vegetal sembrada de presencias animales parece querer engullirles.

¿Cómo decirles que no vayan?

Colgó la chaqueta y besó a su familia.

—¿Ya habéis acabado de desembalarlo todo?

—Sí, papá.

—Muy bien. ¿Habéis visto la cocina? Hay una puerta al fondo.

—Precisamente quería hablarte de eso —dijo Lucie. Debe de ser una bodega. He intentado abrir, pero está cerrado con llave. Hay una gran rendija, y por lo poco que se puede ver hay mucho espacio detrás. Deberías hacer saltar la cerradura. Por lo menos que sirva de algo tener un marido cerrajero.

Lucie sonrió y fue a hacerse un ovillo entre sus brazos. Lucie y Jonathan llevaban trece años viviendo juntos. Se habían conocido en el Metro. Un día, un granuja lanzó una bomba de gas lacrimógeno en el vagón, por pura y simple ociosidad. Inmediatamente, todos los pasajeros cayeron al suelo llorando y tosiendo hasta saltárseles los pulmones. Lucie y Jonathan cayeron uno encima del otro. Cuando se recuperaron del ataque de tos y del lagrimeo, Jonathan le propuso acompañarla a su casa. Luego la invitó a una de sus comunidades utópicas, una colonia parisina, próxima a la estación del Norte. Tres meses después decidían casarse.

—No.

—¿Cómo que no?

—No, no haremos saltar la cerradura y no utilizaremos esa bodega. No hablemos más de eso, no nos acerquemos, y sobre todo no pensemos siquiera en abrir.

—¿Bromeas? Explícate.

Jonathan no había pensado en elaborar un razonamiento lógico acerca de la

prohibición de entrar en la bodega. Involuntariamente había provocado lo contrario de lo que deseaba. Su mujer y su hijo estaban ahora intrigados, ¿qué podía hacer? ¿Explicarles que había un misterio en torno al tío benefactor y que éste había querido advertirles del peligro de entrar en la bodega?

Eso no era una explicación. En el mejor de los casos, era superstición. A los seres humanos les gusta la lógica, y Lucie y Nicolás nunca olvidarían el asunto.

Balbució:

—Fue el notario quien me advirtió.

—¿Te advirtió de qué?

—La bodega está llena de ratas.

—¡Ratas! Entonces, seguro que pasarán por la rendija —dijo el chico.

—No os preocupéis, vamos a cegar todos los agujeros.

Jonathan estaba bastante satisfecho de su salida. Qué suerte haber tenido esa idea de las ratas.

—Bien, entonces queda claro: nadie se acercará a la bodega, ¿de acuerdo?

Fue hacia el cuarto de baño. Lucie acudió inmediatamente a reunirse con él.

—¿Has ido a ver a tu abuela?

—Exacto.

—¿Y eso te ha llevado toda la mañana?

—Exacto otra vez.

—No puedes dedicar tu tiempo a no hacer nada. Recuerda lo que les decías a los otros en la granja de los Pirineos: «La ociosidad es la madre de todos los vicios». Has de encontrar otro trabajo. Nuestras reservas merman.

—Acabamos de heredar un apartamento de doscientos metros cuadrados en un barrio elegante junto al bosque, y tú me hablas de trabajo. ¿Es que no sabes apreciar el momento presente?

—Sí que sé, pero también sé pensar en el futuro. Yo no tengo nada, tú estás en paro, así ¿cómo vamos a vivir dentro de un año?

—Aún tenemos reservas.

—No seas idiota, tenemos algo para ir tirando unos meses, y luego...

Lucie puso sus pequeños puños en las caderas y sacó pecho.

—Óyeme, Jonathan; has perdido tu trabajo porque no querías ir a los barrios peligrosos por la noche. De acuerdo, lo comprendo. Pero has de poder encontrar otra cosa.

—Pues claro que buscaré trabajo, déjame ahora que ordene mis ideas. Te prometo que en seguida, digamos que dentro de un mes, empezaré con los anuncios de colocación.

Pronto hizo su aparición una cabeza rubia seguida del peluche con patas...

—Papá, un señor vino hace un momento para encuadernar un libro.

—¿Un libro? ¿Qué libro?

—No lo sé. Él hablaba de una gran enciclopedia que había escrito el tío Edmond.

—Ah, vamos, es eso... Y ¿le dejaste entrar? ¿Lo habéis encontrado?

—No, no parecía un hombre amable, y como de todas formas el libro no está...

—Estupendo, hijo; has hecho bien.

Esta noticia causó la perplejidad de Jonathan. Luego se sintió intrigado. Buscó por todo el apartamento en vano. A continuación estuvo un buen rato en la cocina, inspeccionando la puerta de la bodega, el gran cerrojo y la gran grieta. ¿A qué misterios seabría?

Hay que entrar en esa espesura.

Una de las exploradoras más viejas lanza una sugerencia. Ponerse en formación de «serpiente de cabeza grande», que es la mejor manera de avanzar en territorio no hospitalario. Consenso inmediato, todas ellas han tenido la misma idea en el mismo momento.

Por delante, cinco exploradoras dispuestas en triángulo invertido constituyen los ojos de la tropa. Con pasos medidos, tantean el suelo, olfatean el aire, inspeccionan el musgo. Si todo está en orden, envían un mensaje olfativo que significa «nada delante». A continuación se unen a la retaguardia de la procesión para ser remplazadas por «individuos frescos». Este sistema de rotación transforma al grupo en una especie de largo animal cuyo olfato se mantiene siempre hipersensible.

«Nada delante» suena con claridad una veintena de veces. A la veintiuna lo interrumpe un ruido nauseabundo. Una de las exploradoras acaba de acercarse imprudentemente a una planta carnívora. Una dionea. Su perfume embriagador la ha atraído y su liga le ha aprisionado las patas.

A partir de ahí, está perdida. El contacto con los pelos desencadena el mecanismo de la charnela orgánica. Las dos grandes hojas articuladas se cierran inexorablemente, sus largos flecos actúan como dientes. Al cruzarse, se transforman en sólidos barrotes. Cuando su víctima está ya completamente aplastada, la fiera vegetal secreta sus enzimas más voraces, capaces de digerir los caparzones más coriáceos.

Así cae la hormiga. Todo su cuerpo se convierte en savia efervescente. Exhala un vapor de desánimo.

Pero ya no se puede hacer nada por ella. Eso forma parte de los imponderables comunes a todas las expediciones a larga distancia. Sólo hay que dejar la marca «atención, peligro» en las proximidades de la trampa natural.

Vuelven al camino oloroso olvidando el incidente. Las pistas de feromonas indican que es por ahí. Una vez han cruzado la espesura, siguen hacia el oeste. Siempre a 23° con respecto a los rayos del sol. Apenas descansan, cuando el tiempo es demasiado frío o demasiado caluroso. Han de actuar de prisa si no quieren regresar

en plena guerra.

Ya ha ocurrido que unas exploradoras vieran a su regreso a la ciudad que ésta estaba rodeada por tropas enemigas. Y forzar el bloqueo nunca ha sido tarea fácil.

Ya está, han encontrado la pista feromona que indica la entrada de la cueva. Del suelo se desprende calor. Se hunden en las profundidades de la tierra rocosa.

Cuanto más bajan, con más claridad oyen en los tímpanos situados en sus tibias el sonido de un regato. Es la fuente del agua caliente. Humea, desprendiendo un fuerte olor a azufre.

Las hormigas abreven.

En un momento dado reparan en un extraño animal. Se diría que es una bola con patas. En realidad es un escarabajo geotrupa que va empujando una esfera de bosta y tierra en cuyo interior ha dispuesto sus huevos. Como un Atlas legendario, lleva encima su «mundo». Cuando la pendiente es favorable, la esfera rueda sola y él la sigue. En caso contrario, se esfuerza, resbala y a menudo ha de ir a buscarla abajo. Es sorprendente encontrar un escarabajo por aquí. Es más bien un animal de zonas cálidas...

Los belokanianos le dejan pasar. De todos modos, su carne no es muy buena, y su caparazón hace que sea demasiado pesado para transportarlo.

Una silueta negra corre a su izquierda, para esconderse en una anfractuosidad de la roca. Es una tijereta. Y ésta sí que es deliciosa. La exploradora más vieja es también la más rápida. Balancea el abdomen bajo su cuello, se coloca en posición de tiro equilibrándose con las patas traseras, apunta instintivamente y lanza desde lejos una gota de ácido fórmico. El jugo corrosivo concentrado a más del 40 por ciento hiende el espacio.

Tocada.

La tijereta queda fulminada en plena carrera. El ácido concentrado al 40 por ciento no es cualquier cosa. Ya pica con una concentración del 40 por mil, de manera que una concentración del 40 por ciento es algo muy serio. El insecto cae y todas se precipitan a devorar su carne quemada. Las exploradoras del otoño dejaron buenas feromonas. El lugar parece abundar en caza. Las capturas serán buenas.

Bajan a un pozo artesiano y aterrorizan a toda clase de especies subterráneas hasta entonces desconocidas. Un murciélago se esfuerza por poner fin a su visita, pero ellas le obligan a huir bajo una nube de ácido fórmico.

Los días siguientes siguen rastrillando la cálida caverna, acumulando despojos de pequeños animales blancos y fragmentos de setas de un color verde claro. Con su glándula anal siembran otras feromonas que permitirán a sus hermanas llegar sin problemas hasta aquí para cazar.

La misión ha sido un éxito. El territorio ha prolongado un brazo hasta aquí, más allá de la espesura del oeste. Pesadamente cargadas con las vituallas, cuando ya van a

iniciar el camino de regreso, dejan el estandarte químico federal. Su olor clama a los cuatro vientos: «¡Bel-o-kan!»

—¿Quiere usted repetirlo?

—Wells. Soy el sobrino de Edmond Wells.

La puerta se abre dejando a la vista a un individuo de cerca de dos metros de estatura.

—¿El señor Jason Bragel...? Perdona que le moleste, pero me gustaría hablar con usted de mi tío. No pude conocerle y mi abuela me dijo que era usted su mejor amigo.

—Entre... ¿Qué quiere usted saber de Edmond?

—Todo. No tuve ocasión de tratarle y lamento...

—Sí. Ya veo. En cualquier caso, Edmond era de ese género de personas que son auténticos misterios vivientes.

—¿Le conocía usted mucho?

—¿Quién puede pretender que conoce a quienquiera que sea? Digamos que nuestras dos personalidades iban a menudo juntas y que ni él ni yo veíamos en ello inconveniente ninguno.

—¿Cómo se conocieron ustedes?

—En la Facultad de Biología. Yo me dedicaba a las plantas y él a las bacterias.

—Dos mundos paralelos.

—Sí, aunque el mío es más salvaje —rectificó Jason Bragel señalando las plantas verdes que invadían su comedor: ¿Las ve usted? Son todas ellas competidoras, están dispuestas a matarse entre sí por un rayo de luz o por una gota de agua. En cuanto una hoja se queda en la sombra, la planta la abandona y las hojas vecinas crecen más. El de los vegetales es verdaderamente un mundo sin piedad...

—¿Y las bacterias de Edmond?

—Él mismo decía que no hacía más que estudiar sus ancestros. Digamos que se remontaba un poco más que los demás en su árbol genealógico.

—¿Por qué las bacterias? ¿Por qué no los monos o los peces?

—Quería comprender la célula en su estadio más primitivo. Para él, como el ser humano no era más que un conglomerado de células, lo que había que comprender a fondo era la «psicología» de una célula para deducir el funcionamiento del conjunto. «Un problema grande y complejo no es en realidad más que una unión de pequeños problemas simples». Tomó esta frase al pie de la letra.

—¿Sólo trabajaba con bacterias?

—No. No. Era una especie de místico, un auténtico generalista. Hubiese querido saberlo todo. También tenía sus extravagancias; por ejemplo, querer controlar los latidos de su propio corazón.

—Pero, ¡eso es imposible!

—Parece ser que algunos yoguis hindúes y tibetanos realizan esa proeza.

—Y eso, ¿para qué sirve?

—No lo sé... Él quería conseguirlo para poder suicidarse deteniendo su corazón con la voluntad. Creía que así podría salir del juego en cualquier momento.

—¿Por qué le interesaba eso?

—Quizá temía los dolores vinculados con la vejez.

—Ya... Y ¿qué hizo después de doctorarse en Biología?

—Empezó a trabajar para el sector privado, en una empresa que producía bacterias vivas para el yogur. La «Sweetmilk Corporation». Ahí le fue bien. Descubrió una bacteria capaz no sólo de desarrollar un sabor, sino también un olor. Le dieron el premio al mejor invento en el 63 por eso...

—¿Y después?

—Después se casó con una china. Ling Mi. Una muchacha dulce y risueña. Él, el gruñón, se dulcificó inmediatamente. Estaba muy enamorado. A partir de ese momento le vi más raramente. Es lo clásico.

—Me han dicho que se fue a África.

—Sí, pero se fue después.

—¿Después de qué?

—Después del drama. Ling Mi era leucémica. El cáncer de la sangre no perdona. En tres meses dejó de vivir. Y el pobre... Él, que confesaba francamente que las células eran apasionantes y los seres humanos indignos de atención... La lección fue cruel. No pudo hacer nada. Paralelamente a ese desastre, tuvo discusiones con sus colegas de las «Sweetmilk Corporation». Dejó su trabajo para quedarse postrado en su casa. Ling Mi le había devuelto la fe en la Humanidad, y perderla le hizo recaer de lleno en la misantropía.

—¿Se fue a África para olvidar a Ling Mi?

—Quizás. En todo caso, quiso sobre todo hacer que cicatrizase su herida lanzándose como un poseso a su trabajo de biólogo. Debió de encontrar otro tema apasionante de estudio. No sé exactamente lo que era, pero ya no se trataba de bacterias. Se instaló en África porque probablemente ese trabajo se podía realizar mejor allí. Me envió una postal en la que me explicaba que estaba con un equipo del CNRS y que estaba trabajando con un tal Rosenfeld, que no sé quién es.

—¿Volvió a ver a Edmond de ahí en adelante?

—Sí. Una vez, y por casualidad, en los Campos Elíseos. Discutimos un poco. Era evidente que había recuperado el gusto de vivir. Pero se mostró muy evasivo, eludió todas mis preguntas un poco profesionales.

—Al parecer, también estaba escribiendo una enciclopedia.

—Eso es de antes. Era su gran tema. Reunir todos los conocimientos en una sola obra...

—¿Pudo usted ver el texto?

—No. Y no creo que se lo enseñase nunca al primero que llegase. Conociendo a Edmond, debió de esconderlo en lo más profundo de Alaska con un dragón escupidor de fuego para que lo protegiese. Eso era su vertiente de «gran brujo».

Jonathan se disponía ya a despedirse.

—¡Ah! Una pregunta más. ¿Sabe usted cómo hacer cuatro triángulos equiláteros con seis cerillas?

—Evidentemente. Ésa era su prueba de inteligencia preferida.

—¿Cuál es la solución?

Jason estalló en una gran carcajada.

—¡Puede estar usted seguro de que no se la daré! Como decía Edmond: «Le corresponde a cada uno encontrar por sí mismo su camino». Y ya verá usted cómo la satisfacción del descubrimiento es diez veces mayor.

Con todas esas vituallas a la espalda, el camino parece más largo que a la ida. La tropa avanza a buen paso para no verse sorprendida por los rigores de la noche.

Las hormigas son capaces de trabajar las veinticuatro horas del día, desde marzo hasta noviembre, sin tomarse el menor descanso; sin embargo, cada bajada de la temperatura las adormece. Por eso es raro que una expedición salga de viaje más de un día. La ciudad de las hormigas llevaba mucho tiempo planteándose este problema. Sabía que era importante extender los territorios de caza y conocer países lejanos, donde crecen otras plantas y donde viven otros animales con otras costumbres.

En el milenio 850, Bistin-ga, una reina roja de la dinastía Ga (dinastía del Este, desaparecida hace cien mil años), había concebido la loca ambición de conocer los «extremos» del mundo. Había enviado centenares de expediciones hacia los cuatro puntos cardinales. Ninguna de ellas volvió.

La reina actual, Belo-kiu-kiuni, no era tan ambiciosa. Su curiosidad se satisfacía con el descubrimiento de esos pequeños coleópteros dorados que parecen piedras preciosas (y que se encuentran en el profundo Sur), o con la contemplación de las plantas carnívoras que le llevaban a veces vivas y con raíces y que ella esperaba domesticar algún día.

Belo-kiu-kiuni sabía que la mejor manera de conocer nuevos territorios era ampliar aún más la Federación. Cada vez más expediciones a larga distancia, cada vez más ciudades hijas, cada vez más puestos avanzados, y se hace la guerra contra todos los que quieran frenar este progreso.

Claro que la conquista del mundo remoto sería larga, pero esta política de cortos y obstinados pasos estaba de perfecto acuerdo con la filosofía general de las hormigas. «Despacio pero siempre adelante».

En la actualidad, la federación de Bel-o-kan comprendía 64 ciudades hijas, 64

ciudades con el mismo olor. 64 ciudades unidas por una red de 125 kilómetros de pistas excavadas y 780 kilómetros de pistas de olor. 64 ciudades solidarias tanto en las batallas como ante el hambre.

La idea de una federación de ciudades permitía que algunas ciudades se especializasen. Y Belo-kiu-kiuni soñaba incluso con ver un día que una ciudad sólo se dedicaba a los cereales, otra a la carne, una tercera a la guerra.

Aún no habían llegado a ese punto.

En todo caso era una idea que concordaba con otro principio de la filosofía global de las hormigas. «El futuro pertenece a los especialistas».

Las exploradoras aún están lejos de los puestos avanzados. Fuerzan la marcha. Cuando vuelven a pasar junto a la planta carnívora, una guerrera propone desarraigarla para llevársela a Belo-kiu-kiuni.

Conciliábulo de antenas. Discuten mediante la emisión y la recepción de moléculas volátiles y olorosas. Las feromonas. De hecho, son hormonas que brotan de sus cuerpos. Se podría considerar cada una de esas moléculas como un pozal en el que cada medida sería una palabra.

Gracias a las feromonas, las hormigas se entregan a unos diálogos cuyos nexos son prácticamente infinitos. Considerando el nerviosismo del movimiento de las antenas, el debate parece bastante animado.

Es demasiado molesto.

Nuestra Madre no conoce este tipo de planta.

Podemos sufrir pérdidas y entonces habrá menos brazos para llevar el botín.

Cuando hayamos domesticado a las plantas carnívoras serán armas, y podremos mantener frentes sólo con plantarlas alineadas.

Estamos cansadas y va a caer la noche.

Deciden renunciar, rodean la planta y siguen su camino. Cuando el grupo se acerca a un bosquecillo florido, el macho 327, que va atrás, ve una vellorita roja. Nunca ha visto un espécimen de esa planta. No cabe dudarlo.

No hemos conseguido la dionea, pero llevaremos eso.

Se distancia un momento y corta con precaución el tallo de la flor. Luego, apretando contra sí su descubrimiento, corre para alcanzar a sus compañeras.

Sólo que ya no tiene compañeras. La expedición número uno del nuevo año está ciertamente ante él, pero en qué estado... Desánimo. Trauma emotivo. Las patas de 327 empiezan a temblar. Todas sus compañeras yacen muertas.

¿Qué ha podido ocurrir? El ataque ha debido de ser fulminante. Ni siquiera les ha dado tiempo de adoptar la posición de combate, todas están aún en la formación de «serpiente de gran cabeza».

Inspecciona los cuerpos. No se ha lanzado ni una gota de ácido. Las hormigas rojas no han tenido tiempo siquiera de liberar sus feromonas de alerta.

El macho 327 sigue investigando.

Observa las antenas del cadáver de una hermana. Contacto olfativo. No ha quedado registrada ninguna imagen química. Iban caminando y, de repente, ya no.

Hay que entenderlo, hay que entenderlo. Forzosamente existe una explicación. En primer lugar, limpiar el utensilio sensorial. Sirviéndose de las garras curvas de la pata delantera, raspa sus vástagos frontales, retirando la espuma ácida que ha producido su estrés. Los repliega hacia la boca y los lame. Los seca en la pequeña espuela cepillo sutilmente colocada por la Naturaleza en la parte de arriba de su tercer codo.

Luego baja sus antenas limpias a la altura de los ojos y las activa suavemente a 300 vibraciones por segundo. Nada. Incremente la vibración: 500, 1.000, 2.000, 5.000, 8.000 vibraciones por segundo. Está a dos tercios de su capacidad receptora.

Recoge instantáneamente los más ligeros efluvios que flotan en los alrededores: vapores de rocío, polen, esporas, y un ligero olor que ya ha olido pero que le cuesta identificar.

Acelera las vibraciones una vez más. Máxima potencia: 12.000 vibraciones por segundo. Al girar, sus antenas crean pequeñas corrientes de aire aspirantes que atraen hacia él todo el polvo.

Ya está; ha identificado ese ligero perfume. Es el olor de las culpables. Si, sólo pueden ser ellas, las implacables vecinas del norte que causaron ya tantos problemas el año pasado.

Las hormigas enanas de Shi-gae-pu.

También ellas han despertado ya. Han debido tender una emboscada, utilizando una nueva arma fulminante.

No tiene un segundo que perder, hay que avisar a toda la Federación.

—Un rayo láser de gran amplitud es lo que les ha matado a todos, jefe.

—¿Un rayo láser?

—Sí, una nueva arma capaz de fundir a distancia nuestra nave más grande. Jefe...

—Piensa usted que son los...

—Sí, jefe, sólo los venusinos han podido hacerlo. Esto lleva su firma.

—En ese caso las represalias serán terribles. ¿Cuántos cohetes de combate nos quedan estacionados en la órbita de Orion?

—Cuatro, jefe.

—Nunca serán suficientes. Habría que pedir ayuda a las tropas de...

—¿Quieres un poco más de sopa?

—No, gracias —repuso Nicolás, completamente hipnotizado por las imágenes.

—Vamos, mira un poco lo que comes o si no apagaremos la televisión.

—Mamá, por favor...

—¿Aún no estás cansado de esas historias de hombrecillos verdes y de planetas

con nombres de marcas de detergente? —preguntó Jonathan.

—Es que me interesa. Estoy seguro de que algún día encontraremos extraterrestres.

—Sí, ya. Hace mucho tiempo que se habla de eso.

—Han enviado una sonda hacia la estrella más cercana. Marco Polo es el nombre de la sonda. Pronto sabremos quiénes son nuestros vecinos.

—Fracasará como todas las demás sondas que han enviado a contaminar el espacio. Está demasiado lejos, es lo que yo digo.

—Es posible; pero ¿quién te dice que no serán ellos, los extraterrestres, los que vengan a vernos? Al fin y al cabo, no se han aclarado todos los casos de gente que ha visto un OVNI.

—¿De qué nos iba a servir encontrar a otros pueblos inteligentes? Acabaríamos fatalmente haciéndonos la guerra los unos a los otros. ¿No te parece que ya hay bastantes problemas entre los terrestres?

—Resultaría exótico. Quizás hubiese nuevos lugares a los que ir de vacaciones.

—Lo que habría más que nada sería nuevos problemas.

Tomó el mentón de Nicolás.

—Mira, hijo, ya verás cómo cuando seas mayor pensarás como yo. El único animal verdaderamente apasionante, el único animal cuya inteligencia es de verdad diferente de la nuestra es... la mujer.

Lucie protestó por puro trámite. Los dos rieron. Nicolás se sintió molesto. Eso debía de ser el sentido del humor de los adultos... Su mano fue en busca del pelaje reconfortante del perro.

No estaba debajo de la mesa.

—¿Dónde está Ouarzazate?

El perro no estaba en el comedor.

—Ouarzi. ¡Ouarzi!

Nicolás empezó a silbar soplando entre los dedos. Normalmente el efecto era inmediato; se oía un ladrido seguido por el ruido de las patas. Silbó otra vez. Sin resultado. Fue a buscarle por las numerosas habitaciones del piso. Sus padres se reunieron con él. El perro no aparecía. La puerta estaba cerrada. No podía haber salido por sus propios medios; los perros aún no saben utilizar las llaves.

Maquinalmente, se dirigieron todos a la cocina, y más concretamente a la puerta de la bodega. La rendija aún no estaba cegada. Y era justo lo bastante amplia como para que pudiese pasar un animal del tamaño de Ouarzazate.

—Está ahí dentro. Estoy seguro de que está ahí dentro —gimió Nicolás. Tenemos que ir a buscarle.

Como para responder a esta petición, se oyeron unos ladridos procedentes de la bodega. Parecían llegar de muy lejos. Todos se acercaron a la puerta prohibida.

Jonathan se interpuso.

—Papá ya lo dijo: a la bodega no se va.

—Pero, querido —dijo Lucie, hay que ir a buscarle. Quizá le hayan atacado las ratas. Tú dijiste que había ratas.

Su rostro se quedó sin expresión.

—Peor para el perro. Iremos a comprar otro mañana.

El chico estaba atónito.

—Pero, papá, no es otro perro lo que yo quiero. Ouarzazate es mi amigo, y tú no puedes dejarle morir así.

—¿Qué te pasa? —dijo Lucie. Déjame que vaya yo si a ti te da miedo.

—¿Eres miedoso, papá? ¿Eres un cobarde?

Jonathan no podía soportar eso. Murmuró «está bien, iré a echar un vistazo», y fue a buscar una linterna. Iluminó la grieta. Estaba oscuro, completamente negro, de un negro que lo desdibujaba todo.

Se estremeció. Ardía en deseos de huir. Pero su mujer y su hijo le empujaban hacia el abismo. Unas ideas ácidas inundaron su cabeza. Su fobia a la oscuridad se adueñaba de todo.

—Está muerto. Estoy seguro de que está muerto. Es culpa tuya.

—Quizás esté herido —medió Lucie. Tendríamos que ir a ver.

Jonathan pensó otra vez en el mensaje de Edmond. Su tono era imperativo. Pero, ¿qué podía hacer? Un día, forzosamente, uno de ellos sucumbiría y entraría. Tenía que coger el toro por los cuernos. Era ahora o nunca. Pasó una mano por su frente sudorosa.

No. Las cosas no seguirían así. Por fin tenía una ocasión para hacer frente a sus miedos y hacer frente al peligro. ¿Que la oscuridad quería engullirle? Pues tanto mejor. Estaba dispuesto a ir hasta el fondo del asunto. De todos modos, no tenía nada que perder.

—¡Allá voy!

Fue a buscar sus herramientas e hizo saltar la cerradura.

—Pase lo que pase, no os mováis de aquí. Sobre todo no intentéis llegar hasta mí ni llaméis a la Policía. ¡Esperadme!

—Hablas de una forma rara. Después de todo no es más que una bodega, una bodega como tantas otras.

—Yo no estoy tan seguro de eso.

Iluminado por el óvalo naranja de un sol declinante, el macho 327, último superviviente de la primera expedición de caza de la primavera, corre solo. Insoportablemente solo.

Hace tiempo ya que sus patas chapotean en charcas, en el barro y en las hojas

húmedas. El viento ha secado todos sus labios. El polvo ha cubierto su cuerpo con un manto ámbar. Ya no siente sus músculos. Muchas de sus garras están rotas. Pero al final del carril olfativo sobre el que se ha lanzado distingue pronto su objetivo. Entre los montículos que son las ciudades belokanianas, una forma va creciendo con cada una de sus pisadas, la enorme pirámide de Bel-o-kan, la ciudad madre, que le atrae como un imán y le aspira.

327 llega por fin al pie del imponente hormiguero. Levanta la cabeza. Su ciudad ha crecido aún más. Se ha iniciado la construcción de la nueva capa protectora de la cúpula. La cima de la montaña de ramitas desafía a la luna. El joven macho busca un momento, encuentra a ras del suelo una entrada todavía abierta y se introduce por ella. A tiempo. Todas las obreras y los soldados que trabajan en el exterior han regresado ya. Los guardias se disponen a cubrir las salidas para que el calor del interior se mantenga. Apenas ha franqueado el umbral cuando los albañiles entran en actividad y el agujero se cierra tras él, casi de golpe.

Y ya está, ya no se ve nada del mundo exterior frío y bárbaro. El macho 327 ha entrado otra vez en la civilización. Ya puede fundirse con el Nido tranquilizador. Ya no está solo, es múltiple.

Unos centinelas se acercan. No le han reconocido bajo la capa de polvo. Emite inmediatamente sus aromas de identificación y los otros se tranquilizan.

Una obrera cae en la cuenta de sus olores de cansancio y le propone una trofalaxia, el ritual del don de su cuerpo. Todas las hormigas tienen en el abdomen una especie de bolsillo, que de hecho es un estómago secundario que no digiere los alimentos. Es el buche social. Puede almacenar comida, que permanece en él indefinidamente fresca e intacta. Puede luego regurgitarla y enviarla al estómago «normal digeridor». O bien la escupe para dársela a un congénere.

Los gestos son siempre los mismos. La hormiga oferente se acerca al objeto de su deseo de trofalaxia dándole unos golpecitos en la cabeza. Si la hormiga que es así avisada acepta, baja las antenas. Si las levanta, es signo de rechazo, no tiene hambre.

El macho 327 no lo duda ni un momento. Sus reservas energéticas están tan bajas que está al borde de caer en la catalepsia. Las dos hormigas se acoplan boca contra boca. El alimento llega. La oferente regurgita primero saliva, luego jarabe y cereales. Está bueno y es un gran reconstituyente.

La donación acaba y el macho se separa inmediatamente. Lo recuerda todo. Los muertos. La emboscada. No tiene un momento que perder. Levanta las antenas y espolvorea la información en finas gotitas a su alrededor.

Alerta. Es la guerra. Las enanas han destruido nuestra primera expedición. Tienen una arma nueva de efectos destructores. Zafarrancho de combate. Se ha declarado la guerra...

La centinela se aparta. Esos olores de alerta le producen molestias en el cerebro. Se forma un corro en torno al macho 327.

¿Qué le ocurre?

¿Qué pasa?

Dice que se ha declarado la guerra.

¿Tiene pruebas?

Llegan hormigas de todas partes.

Habla de un arma nueva y de una expedición diezmada.

Eso es grave.

¿Tiene pruebas?

El macho se encuentra ahora en medio de un cuajarón de hormigas.

Alerta, alerta. Se ha declarado la guerra. Zafarrancho de combate.

¿Tiene pruebas?

Todas repiten esta frase olorosa.

No, no tiene pruebas. Estaba tan sorprendido que no ha pensado en recogerlas. Movimiento de antenas. Las cabezas se mueven, dubitativas.

¿Dónde ocurrió eso?

Al oeste de La-chola-kan, entre el nuevo puesto de caza que encontraron las exploradoras y nuestras ciudades. Una zona donde patrullan a menudo las enanas.

Eso es imposible. Nuestras espías han regresado. Dicen categóricamente que las enanas aún no han despertado.

Es una antena anónima la que acaba de emitir esta frase feromona. La multitud se dispersa. Todas la creen. Y a él no. En lo que dice hay acentos de verdad, pero su historia es muy poco verosímil. Las guerras de primavera nunca empiezan tan pronto. Las enanas estarían locas si atacasen cuando ni siquiera están todas despiertas. Cada uno vuelve a su tarea sin considerar la información que ha transmitido el macho 327.

El único superviviente de la primera expedición de caza está aturdido. No, él no ha inventado esas muertes. Acabarán dándose cuenta de que los efectivos de una casta no están completos.

Sus antenas caen sobre la frente. Experimenta la sensación degradante de que su vida no sirve para nada. Como si ya no viviese para los demás, sino sólo para sí mismo.

Se estremece de horror ante este pensamiento. Se lanza adelante, corre febrilmente. Incordia a las obreras y las toma por testigos. Dudan incluso si pararse cuando él desgrana la fórmula ritual:

*He sido la pata del explorador,
he sido el ojo dispuesto
y de regreso soy el estímulo nervioso*

A todo el mundo le da lo mismo. Le oyen sin prestarle atención. Y luego se van sin precipitaciones. ¡Pues que deje de estimular!

Ya hacía cuatro horas que Jonathan había entrado en la bodega.

Su mujer y su hijo estaban en vilo.

—¿Llamamos a la Policía, mamá?

—No, aún no.

Lucie se acercó a la puerta.

—¿Ha muerto papá? Di, mamá, ¿ha muerto papá lo mismo que Ouarzi?

—No, claro que no. Hijo, ¡qué tonterías se te ocurren!

Lucie estaba llena de angustia. Se inclinó para examinar la grieta. Con la potente linterna halógena que acababa de comprar le parecía ver un poco más allá una... escalera de caracol.

Se sentó en el suelo. Nicolás lo hizo a su lado. Lucie le abrazó.

—Volverá. Hay que tener paciencia. Nos dijo que esperásemos. Esperemos un poco más.

—¿Y si no vuelve?

327 está cansado. Tiene la sensación de debatirse en el agua. Se mueve, pero no adelanta.

Decide ir a ver a Belo-kiu-kiuni personalmente. La madre, que tiene ya catorce inviernos, posee una experiencia incomparable, ya que las hormigas asexuadas que forman la mayoría de la población viven como máximo tres años. Sólo ella puede ayudarle a encontrar un medio para pasar la información.

El joven macho toma la vía de urgencia que lleva al corazón de la ciudad. Muchos miles de obreras cargadas con huevos corren por esta amplia galería. Suben sus cargas desde el nivel cuarenta bajo el suelo hasta las casas-cuna del solano, que está en el nivel treinta y cinco por encima del suelo. Es un gran flujo de cascaritas blancas llevadas entre las patas, que va de abajo arriba y de la derecha a la izquierda.

Él tiene que ir en sentido inverso. No es fácil. 327 tropieza con algunas nodrizas, que inmediatamente amonestan al vándalo. A él le empujan, le arañan, le pisotean, le golpean. Afortunadamente, el corredor no está saturado. Consigue abrirse camino en la masa movediza.

Tomando a continuación por los túneles pequeños, itinerario más largo aunque menos dificultoso, corre a buena velocidad. De las arterias pasa a los capilares, de los capilares a las venas. Recorre kilómetros de esta manera, franquea puentes, arcos, cruza plazas vacías o abarrotadas.

Se orienta sin problemas en medio de la oscuridad, gracias a sus tres ocelos frontales de visión con infrarrojos. A medida que se va acercando a la ciudad

prohibida, el olor dulzón de la Madre se va haciendo más denso y el número de guardias va en aumento. Las hay de todas las subcastas guerreras, de todos los tamaños, de todas las armas. Pequeñas con grandes mandíbulas dentadas, corpulentas equipadas con placas torácicas duras como la madera, rechonchas con cortas antenas, artilleras cuyo abdomen está lleno de venenos convulsivos.

El 327, provisto de olores pasaporte válidos, pasa sin problemas por los puestos de control. Las soldados están tranquilas. Se sabe que las grandes batallas territoriales no se han iniciado todavía.

Muy cerca ya de su objetivo, presenta su identificación a las hormigas porteras, y entra ya en el último corredor que lleva a la estancia real.

Se detiene en el umbral, abrumado por la belleza de ese lugar único. Es una gran sala circular construida según las normas arquitectónicas y geométricas de gran precisión que las reinas madres transmiten a sus hijas de antena a antena.

La bóveda principal mide doce cabezas de alto por treinta de diámetro (la cabeza es la unidad de medida de la Federación; una cabeza equivale a tres milímetros en las unidades de medida comunes entre los humanos). Unas pilastras de raros cementos sostienen este templo insecto, el cual, con la forma cóncava de su suelo, está concebido para que las moléculas olorosas emitidas por los individuos reboten el mayor tiempo posible sin impregnar las paredes. Es un notable anfiteatro olfativo.

En el centro reposa una gran dama. Está recostada sobre el vientre y lanza de vez en cuando una pata hacia una flor amarilla. La flor se cierra a veces secamente. Pero la pata ya se ha retirado.

Esta dama es Belo-kiu-kiuni.

Belo-kiu-kiuni, última reina hormiga roja de la ciudad central.

Belo-kiu-kiuni, única ponedora, generadora de todos los cuerpos y de todos los espíritus del Nido.

Belo-kiu-kiuni, que reinaba ya durante la gran guerra con las abejas, durante la conquista de las termiteras del Sur, durante la pacificación de los territorios de las arañas, durante la terrible guerra de usura impuesta por los avispones de la encina, y desde el año pasado era ella quien coordinaba los esfuerzos de las ciudades para resistir a la presión en las fronteras del Norte de las hormigas enanas.

Belo-kiu-kiuni, que bate récords de longevidad.

Belo-kiu-kiuni, su madre.

Ese monumento viviente está ahí, muy cerca de él, como antaño. La humidifican y acarician veinte jóvenes obreras siervas, cuando antaño era él, el 327, quien la cuidaba con sus patitas todavía inhábiles.

La joven planta carnívora encaja las mandíbulas con ruido seco y madre emite una pequeña broma olorosa. Nadie sabía de dónde procedía esa pasión suya por las fieras vegetales.

327 se acerca a ella. Vista de cerca, Madre no es muy bella. Tiene el cráneo prolongado hacia delante, con dos enormes ojos globulosos que parecen mirar a la vez a todas partes. Sus ocelos infrarrojos están incrustados en medio de la frente, muy juntos. Por el contrario, sus antenas están exageradamente separadas. Son muy largas, muy ligeras y vibran con cortos temblores que se adivina que están perfectamente dominados.

Hace ya muchos días que Madre ha salido del gran sueño, y desde entonces no ha cesado de poner. Su abdomen, diez veces más voluminoso que lo normal, está recorrido por continuos espasmos. En ese mismo momento, deja ir ocho huevos delgaduchos, de un color gris claro con reflejos nacarados; la última generación de belokanianos. El futuro, redondo y deslizante, escapa de sus entrañas y rueda por la estancia, e inmediatamente las nodrizas se hacen cargo de él.

El joven macho reconoce el olor de esos huevos. Son soldados estériles y machos. Aún hace frío y la glándula productora de «hijas» todavía no se ha activado. En cuanto la meteorología lo permita. Madre pondrá huevos de cada casta de acuerdo con las necesidades de la Ciudad. Unas obreras irán a decirle que «faltan moledoras de cereales o artilleras», y Madre pondrá a tenor de lo pedido. También puede a veces ocurrir que Belo-kiu-kiuni salga de su estancia y vaya a husmear por los corredores. Tiene las antenas lo suficientemente sensibles como para detectar el menor déficit en el seno de tal o cual casta. Y completa inmediatamente los efectivos.

Madre da aún a luz cinco unidades y luego se vuelve hacia su visitante. Le toca y le lame. El contacto con la saliva real siempre es algo extraordinario. Esa saliva no es tan sólo un desinfectante universal, sino también una auténtica panacea que cura todas las heridas, salvo las del interior de la cabeza.

Si bien Belo-kiu-kiuni no puede reconocer personalmente a uno solo de sus innumerables hijos, muestra con este acto salivar que ha identificado sus olores. Éste es suyo.

El diálogo antenar puede iniciarse.

Bienvenido al sexo del Nido. Me dejaste, pero no puedes evitar volver.

Frase ritual de una madre a sus hijos. Una vez la ha comunicado, husmea las feromonas de los once segmentos con una flema que impresiona al joven 327... La reina ya ha comprendido los motivos de su visita... La primera expedición enviada al Oeste ha sido totalmente aniquilada. En los alrededores del lugar de la catástrofe había olores de hormigas enanas. Probablemente han debido de descubrir un arma secreta.

Como explorador, ha sido la pata.

En el lugar, ha sido el ojo,

y de regreso es el estímulo nervioso.

Ciertamente. Sólo que el problema es que no consigue estimular el Nido. Sus efluvios no convencen a nadie. Y él considera que sólo ella, Belo-kiu-kiuni, puede saber cómo conseguir que el mensaje circule y dar la alerta.

Madre le husmea con redoblada atención. Capta las menores moléculas volátiles de sus articulaciones y sus patas. Sí, hay huellas de muerte, y también de misterio... Podría ser la guerra... Y muy bien pudiera no serlo.

Ella le hace ver que en todo caso no tiene poder político alguno. En el Nido, las decisiones se toman mediante concertación permanente, a través de la formación de grupos de trabajo dedicados a proyectos libremente elegidos. Si él no es capaz de generar uno de esos centros nerviosos, o sea de montar un grupo de trabajo, su experiencia no le servirá de nada a nadie.

La reina no puede ni tan siquiera ayudarle.

El macho 327 insiste. Por una vez que tiene una interlocutora que parece dispuesta a escucharle hasta el final, emite con todas sus fuerzas sus moléculas más seductoras. En su opinión, esta catástrofe debiera ser el problema prioritario. Habría que enviar inmediatamente espías para tratar de averiguar qué es ese arma secreta. Belo-kiu-kiuni le responde que el Nido rebosa «problemas prioritarios». No sólo no ha terminado por completo el despertar primaveral, sino que la piel de la Ciudad está aún en obras. Mientras no se haya colocado la última capa de ramitas, resulta problemático lanzarse a hacer la guerra. Por otra parte, en el Nido hay escasez de proteínas y azúcares. Y, finalmente, hay que pensar ya en preparar la fiesta del Renacimiento. Todo eso requiere la energía vital de cada hormiga. Incluso las espías están con exceso de trabajo. Y eso explicaría por qué su mensaje de angustia no se pueda atender.

Pasa un momento. Sólo se oye cómo los labios de las obreras lamen el caparazón de la Madre. Ésta, por su parte, ha vuelto a sus manejos con la planta carnívora. La reina se contorsiona hasta colocar el abdomen bajo el tórax. Sus dos patas anteriores quedan colgando. Retira velozmente la pata cuando las mandíbulas vegetales se cierran, y luego toma a 327 como testigo del arma formidable que eso podría ser.

Podríamos levantar un muro de plantas carnívoras para proteger toda la frontera noroeste. El único problema es que por el momento estos pequeños monstruos no saben hacer la distinción entre la gente de la Ciudad y los extranjeros.

327 vuelve sobre la cuestión que le preocupa. Belo-kiu-kiuni le pregunta cuántos individuos murieron en el «accidente». Veintiocho. ¿Todos eran de la subclase de las guerreras exploradoras? Sí; él era el único macho de la expedición. La reina, entonces, se concentra y pone sucesivamente veintiocho perlas, que son tantas como las hermanas liquidadas.

Veintiocho hormigas han muerto, y esos veintiocho huevos las remplazarán.

Un día fatalmente, unos dedos se posarán en estas páginas, unos ojos se deslizarán sobre estas palabras, unos cerebros interpretarán su significado. No quiero que ese momento llegue demasiado pronto. Las consecuencias podrían ser terribles. Y en el momento en que escribo estas frases aún lucho para preservar mi secreto.

Sin embargo, un día se hará necesario que se sepa lo que ha ocurrido. Incluso los secretos más profundamente escondidos acaban por emerger a la superficie del lago. El tiempo es el peor enemigo.

Quienquiera que seas, en primer lugar te saludo. En el momento en que me lees, yo estoy ya probablemente muerto hace diez años, o cien. Al menos, así lo espero.

Lamento a veces haber accedido a este conocimiento. Pero soy humano, y aunque mi solidaridad con mi especie está en este momento en su estadio más bajo, conozco todas las obligaciones que me impone el solo hecho de haber nacido un día entre vosotros, hombres de este universo.

He de transmitir mi historia.

Todas las historias se parecen, vistas de cerca. Al principio, hay un ser en devenir que duerme. Sufre una crisis. Esta crisis le obliga a reaccionar. Según su comportamiento, morirá o evolucionará.

La primera historia que voy a contarte es la de nuestro universo. Porque vivimos en él. Y porque todas las cosas, pequeñas y grandes, responden a las mismas leyes y conocen los mismos lazos de interdependencia.

Por ejemplo, tú que das vuelta a esta página, frotas con tu índice un determinado punto de la celulosa del papel. De este contacto resulta un calentamiento mínimo. Un calentamiento pese a ello muy real. En relación con lo infinitamente pequeño, este calentamiento provoca el salto de un electrón que abandona su átomo y percute a continuación contra otra partícula.

Pero esta partícula es, de hecho, «relativamente» en cuanto a sí misma, inmensa. Tanto es así que el choque con el electrón es para ella un auténtico cataclismo. Antes era inerte, vacía, fría. A causa de tu «volver la página», ha entrado en crisis. Chispas gigantescas la recorren. Tan sólo con este gesto, has provocado algo cuyas consecuencias no conocerás nunca. Quizás hayan nacido mundos, con gentes en su superficie, y esas gentes descubrirán la metalurgia, la cocina provenzal y los viajes interestelares. Podrán incluso revelarse como más inteligentes que nosotros. Jamás hubiesen llegado a existir si no hubiese tenido este libro entre las manos y si tu dedo no hubiese provocado un calentamiento, precisamente en ese lugar del papel.

Paralelamente, seguramente nuestro universo también ocupa su lugar en un espacio de página de un libro, en una suela de zapato o en la espuma de un vaso de cerveza de alguna otra civilización gigante.

No cabe duda de que nuestra generación no tendrá nunca los medios para comprobarlo. Pero lo que sí sabemos es que hace mucho tiempo nuestro universo, o en cualquier caso la partícula que contiene a nuestro universo, estaba fría, vacía, oscura, inmóvil. Y luego alguien o algo provocó la crisis. Alguien dio vuelta a una página, pisó una piedra, apartó la espuma de un vaso de cerveza. Y así se produjo un trauma. Nuestra partícula despertó. Sabemos que en nuestro caso fue una explosión gigantesca, a la que se le dio el nombre de Big-Bang.

Cada segundo, en lo infinitamente grande y en lo infinitamente lejano, hay quizás un universo que nace como el nuestro nació hace más de quince mil millones de años. Los demás universos no los conocemos. Pero del nuestro sabemos que empezó con la explosión del átomo más «pequeño y más simple»: el hidrógeno.

Imagina entonces este vasto espacio silencioso repentinamente despierto por una titánica deflagración. ¿Por qué le dieron vuelta a la página allí arriba? ¿Por qué alguien apartó la espuma de la cerveza? Poco importa. Lo que sí es cierto es que el hidrógeno arde, estalla, abrasa. Una inmensa luz resplandece en el espacio immaculado. Crisis. Las cosas inmóviles adquieren movimiento. Las cosas frías se calientan. Las cosas silenciosas zumban.

En el brasero inicial el hidrógeno se transforma en helio, un átomo apenas más complejo. Pero de esta transformación ya se puede deducir la primera gran regla del juego de nuestro universo: CADA VEZ MAYOR COMPLEJIDAD.

Esta regla parece evidente. Pero nada prueba que en los universos vecinos no sea diferente, y quizá se manifieste como CADA VEZ MAYOR CALOR, O CADA VEZ MÁS DUREZA O CADA VEZ MÁS DIVERTIDO.

Entre nosotros las cosas también se vuelven más cálidas, más duras o más divertidas, pero ésa no es la ley inicial. Sólo se trata de añadidos. Nuestra ley raíz, a cuyo alrededor se organizan todas las demás, es: CADA VEZ MÁS COMPLEJO.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

El macho 327 vaga por los corredores del sur de la ciudad. No está tranquilo. Va repitiendo la frase:

*Como explorador, fue la pata.
En el lugar, fue el ojo;
y de regreso es el estímulo nervioso.*

¿Por qué no funciona? ¿Dónde está el error? Su cuerpo hierve con la información inatendida. Considera que han herido al Nido y que éste no se ha dado cuenta. Y sin embargo el estímulo del dolor es él. Le corresponde, pues, a él, hacer que la Ciudad reaccione.

¡Qué duro es para él tener un mensaje de sufrimiento, guardarlo en su interior, sin encontrar ninguna antena que quiera recibirlo! ¡Le gustaría tanto descargarse de todo ese peso, compartir con otros ese terrible conocimiento!

Una hormiga mensajera térmica pasa junto a él. Al sentirle deprimido, cree que es que ha tenido un mal despertar y le hace entrega de sus calorías solares. Eso le da algo de más de energía, y la utiliza a continuación para tratar de convencerla.

¡Alerta, una expedición ha sido destruida en una emboscada tendida por las enanas, alerta!

Pero ni siquiera tiene el acento de veracidad de antes. La mensajera térmica se marcha como si nada. El macho 327 no renuncia. Sigue por los corredores dando su mensaje de alerta.

A veces algunas guerreras se detienen, le escuchan, llegan incluso a dialogar con él, pero su historia de un arma aniquiladora resulta muy poco verosímil. No se forma grupo ninguno que se haga cargo de organizar un misión militar.

327 se retira, abatido.

De repente, cuando está recorriendo un túnel desierto del cuarto nivel del subsuelo, detecta un ruido detrás de él. Alguien le está siguiendo.

327 se vuelve. Inspecciona el corredor con sus ocelos de infrarrojos. Manchas rojas y negras. No hay nadie. Qué raro. Ha debido de equivocarse. Pero el ruido de pasos vuelve a sonar detrás de él. *Scriss... tssss, scriss, tsss...* Es alguien que debe de cojear de dos de sus seis patas y que se le acerca.

Para cerciorarse de ello, se desvía en cada encrucijada y luego se detiene un momento. El ruido se interrumpe. Y en cuanto echa a andar otra vez, *scrissss, tsss... srisss, tssss...*, vuelve a oír el ruido.

No cabe duda, le están siguiendo.

Es alguien que se esconde cuando se vuelve. Es un extraño comportamiento, absolutamente inédito. ¿Por qué una célula del Nido seguiría a otra sin darse a conocer? Aquí todo el mundo está con todo el mundo y no tiene nada que ocultarle a nadie.

La presencia sigue persistiendo, siempre a distancia, siempre oculta. *Scriss, tsss,*

scriss, tsss... ¿Qué hacer? Cuando aún era larva, las nodrizas le enseñaron que siempre hay que hacerle frente al peligro. Se detiene y simula lavarse. La presencia ya no está muy lejos. Ya casi la siente. Sigue simulando los gestos de limpieza y mueve sus antenas. Ya está; ya percibe las moléculas olorosas del perseguidor. Es una guerrera de un año. Expande un olor singular, que encubre sus identificaciones corrientes. No es fácil definirlo. Parece un olor a roca.

La guerrera ya no se oculta. *Scriss, tsss...* Ahora puede verla en infrarrojos. En efecto, tiene dos patas menos. El olor a roca se hace más intenso.

327 emite:

¿Quién anda ahí?

No hay respuesta.

¿Por qué me sigues?

No hay respuesta.

Queriendo olvidar el incidente, echa a andar otra vez, pero pronto detecta otra presencia que llega de delante. Esta vez es una gran guerrera. La galería es estrecha y no va a poder pasar.

¿Dar media vuelta? Eso le llevaría a enfrentarse con la coja, que se apresura hacia él.

Está atrapado.

Y ahora lo huele: son dos guerreras, y las dos exhalan ese olor a roca. La grande abre sus grandes tenazas.

¡Es una trampa!

Es inimaginable que una hormiga de la ciudad quiera matar a otra. ¿Se habrá producido un trastorno del sistema inmunitario? ¿Es que no han reconocido sus olores de identificación? ¿Le toman por un cuerpo extraño? ¡Qué insensatez! Eso sería como si su estómago hubiese decidido asesinar a su intestino. El macho 327 incrementa la intensidad de sus emisiones:

Soy como vosotras una célula del Nido. Pertenece al mismo organismo.

Son soldados jóvenes. Deben de equivocarse. Pero sus emisiones no suavizan sus propósitos. La pequeña coja salta sobre su espalda y le sujeta por las alas, mientras la grande le apresa la cabeza entre sus mandíbulas. Así amarrado, le arrastran hacia el contenedor de residuos.

El macho 327 lucha. Con su segmento para el diálogo sexual, emite toda clase de emociones que ni los asexuados conocen, recorriendo desde la incomprensión al pánico.

Para no ensuciarse con esas ideas «abstractas», la coja, que sigue sobre su mesotomo, le raspa las antenas con las mandíbulas. Con ello le quita todas sus feromonas, en especial sus olores pasaportes. Pero, en todo caso, allí donde le llevan ya no le servirán de gran cosa.

El siniestro trío avanza presuroso por los corredores menos frecuentados. La pequeña coja sigue metódicamente con su trabajo de limpieza. Se diría que no quiere que quede información alguna en esa cabeza. El macho ya no se resiste. Se prepara, resignado, a extinguirse haciendo que los latidos de su corazón sean más lentos.

«¿Por qué tanta violencia? ¿Por qué tanto odio? ¿Por qué, hermanos?

»Uno, sólo somos uno, todos unidos somos hijos de la Tierra y de Dios.

«Abandonemos nuestras vanas disputas. El siglo XXII será espiritual o no será. Abandonemos nuestras viejas querellas basadas en el orgullo y la duplicidad.

»El individualismo, ése es nuestro verdadero enemigo. Si ante un hermano necesitado le dejáis morir de hambre, ya no sois dignos de formar parte de la gran comunidad del mundo. Si un ser perdido os pide ayuda y socorro, y le cerráis la puerta, no sois de los nuestros.

»¡Os conozco, a vosotros, con vuestra buena conciencia, envueltos en sedas! No pensáis más que en vuestra comodidad personal, no deseáis más que glorias individuales, la felicidad, sí, pero sólo la vuestra y la de vuestra familia más próxima.

»Os conozco, digo. A ti, a ti, y a ti. Dejad de sonreír ante vuestras pantallas, os estoy hablando de cosas graves. Os hablo del futuro de la Humanidad. Esto no puede durar. Esta forma de vivir no tiene sentido. Lo gastamos todo, lo destruimos todo. Se talan los bosques para hacer pañuelos desechables. Todo se ha convertido en desechable: cubiertos, plumas, vestido, cámaras de fotografiar, automóviles, y sin daros cuenta también vosotros os convertís en desechables. Renunciad a esta forma superficial de vida. Tenéis que renunciar hoy, antes de que os veáis forzados a renunciar mañana.

»Venid con nosotros, uníos a nuestro ejército de fieles. Todos nosotros somos soldados de Dios, hermanos míos».

Imagen de una locutora. «Esta emisión evangélica se la ha brindado el padre Mac Donald de la nueva Iglesia adventista del cuadragésimo quinto día y la empresa de supercongelados «Sweetmilk». Se ha difundido vía satélite en mundo-visión. Y ahora, antes de nuestra serie de ciencia ficción *Extraterrestre y orgulloso de serlo*, vean un espacio de publicidad.

Lucie no conseguía, como Nicolás, dejar por completo de pensar viendo la televisión. Hacía ya ocho horas que Jonathan estaba allá abajo y seguía sin haber noticia alguna.

Su mano se acercó al teléfono. Les había dicho que no hiciesen nada, pero ¿y si estaba muerto? ¿Y si había quedado atrapado entre los escombros?

Aún no tenía valor para bajar. Su mano descolgó. Marcó el número de socorro de la Policía.

—¿Policía...?

—Te pedí que no telefoneases —dijo una voz débil y átona procedente de la cocina.

—¡Papá! ¡Papá!

Lucie colgó el aparato mientras en él seguía sonando una voz: «Diga, Diga. Hable. Denos una dirección». Fuera.

—Sí, sí, soy yo. No debíais de inquietaros. Ya os dije que me esperaseis tranquilos.

¿Tranquilos? ¡Ésa sí que era buena!

Jonathan tenía en brazos los restos de lo que había sido Ouarzazate y que ya no era más que un montón de carne sanguinolenta. Y el mismo hombre estaba transfigurado. No parecía aterrorizado ni abrumado; incluso parecía más bien sonriente. No, no era eso. ¿Cómo decirlo? Daba la sensación de que había envejecido o de que se había puesto enfermo. Su mirada era febril, el color lívido, temblaba y parecía agotado.

Al ver el cuerpo martirizado de su perro, Nicolás se echó a llorar. Se diría que el pobre animal había sido lacerado por centenares de cortes practicados con una pequeña navaja de afeitar.

Lo depositaron encima de un periódico desplegado.

Nicolás no paraba de lamentarse por la muerte de su compañero de juegos. Se acabó. Nunca más le vería saltar contra la pared al pronunciar «gato». Nunca más le vería abrir los picaportes de las puertas con un alegre salto. Nunca más le salvaría de los grandes pastores alemanes homosexuales.

Ouarzazate ya no existía.

—Mañana le llevaremos al cementerio para perros del Père Lachaise —concedió Jonathan. Le compraremos una tumba de cuatro mil quinientos francos, ya sabes, una en la que podamos poner su fotografía.

—¡Sí! ¡Sí! —dijo Nicolás entre dos sollozos. Eso es lo menos que merece.

—Y luego iremos a la Protectora de Animales, y elegirás otro animal. ¿Por qué no te decides por un perrito faldero? También son muy bonitos.

Lucie no acababa de recuperarse. No sabía por qué pregunta empezar. ¿Por qué había tardado tanto? ¿Qué le había pasado al perro? ¿Qué le había pasado a él? ¿Quería comer algo? ¿Había pensado en la angustia de su familia?

—¿Qué hay allí abajo? —acabó diciendo con voz sin inflexiones.

—Nada. Nada.

—Pero ¿te das cuenta del estado en que vuelves? Y el perro... Es como si hubiese pasado por una trituradora eléctrica. ¿Qué le ha ocurrido?

Jonathan se pasó una mano sucia por su frente.

—El notario tenía razón, allí abajo está lleno de ratas. A Ouarzazate le han destrozado unas ratas furiosas.

—¿Y tú?

Jonathan dejó escapar una risita.

—Yo soy un animal más grande y les doy miedo.

—Pero ¡es una locura! ¿Qué has hecho ahí abajo durante ocho horas? ¿Qué hay en el fondo de esa maldita bodega?

—No sé lo que hay en el fondo. No he llegado hasta el final.

—¡Que no has ido hasta el final!

—No. Es que es muy, muy profunda.

—En ocho horas no has llegado hasta el final de... de nuestra bodega.

—No. Me detuve al ver el perro. Había sangre por todas partes. Ouarzazate debió pelear encarnizadamente. Es increíble que un perro tan pequeño pudiese resistir tanto tiempo.

—Pero ¿hasta dónde llegaste? ¿Hasta medio camino?

—¿Cómo podría saberlo? En cualquier caso, ya no podía seguir. También yo tenía miedo. Ya sabes que no puedo soportar la oscuridad ni la violencia. Nadie en mi lugar hubiese seguido adelante. No se puede seguir indefinidamente en terreno desconocido. Y también pensé en ti, en vosotros. No puedes saber cómo es aquello... Es tan sombrío. Es la muerte.

Al acabar esta frase le dio una especie de tic en la comisura izquierda de la boca. Lucie nunca le había visto así y comprendió que no tenía que seguir atosigándole. Le rodeó la cintura y besó sus labios fríos.

—Tranquilízate, ya se ha acabado. Vamos a clausurar esa puerta y no hablaremos más de ello.

Él se echó atrás.

—No. La cosa no ha acabado. Allí abajo dejé que me detuviese esa zona roja. Todo el mundo se hubiese detenido. Siempre nos horroriza la violencia, incluso cuando se ejerce contra animales. Pero yo no puedo quedarme así, quizá muy cerca del final...

—¡No me dirás que piensas volver!

—Sí. Edmond pasó, y yo pasaré también.

—¿Edmond? ¿Tu tío Edmond?

—Hizo algo ahí abajo, y quiero saber qué es.

Lucie ahogó un gemido.

—Por favor, por amor a mí y a Nicolás, no vuelvas a bajar.

—No tengo elección.

Tuvo otra vez aquel tic de la boca.

—Siempre he hecho las cosas a medias. Siempre me he detenido cuando la razón me decía que el peligro estaba cerca. Y mira en lo que me he convertido. En un hombre que no ha conocido el peligro, pero que tampoco ha tenido éxito en la vida. A

fuerza de recorrer el camino sólo hasta la mitad, nunca he llegado al fondo de las cosas. Hubiese debido de quedarme en la cerrajería, dejar que me agrediesen y pasar por encima de los chichones. Hubiese sido un bautismo, hubiese conocido la violencia y hubiese aprendido a dominarla. En lugar de eso, a fuerza de evitar los problemas, ahora soy como un bebé sin experiencia.

—Deliras.

—No. No deliro. No se puede vivir eternamente en un capullo. Y con esta bodega tengo una ocasión única para dar el paso adelante. Si no lo hago, nunca más podré mirarme en el espejo, porque en él sólo vería a un gallina. Por otra parte, tú misma has sido quien me ha empujado a bajar, acuérdate.

Se quitó la camisa llena de sangre.

—No insistas; mi decisión es irrevocable.

—Está bien. Pues entonces iré contigo —declaró Lucie empuñando la linterna.

—¡No! Tú te quedarás aquí.

Jonathan la asió con firmeza por las muñecas.

—¡Déjame! ¿Qué te pasa?

—Perdona, pero has de comprender que esa bodega es algo que sólo me concierne a mí. Es mi lanzamiento, mi camino. Y nadie ha de mezclarse en ello, ¿me entiendes?

Tras ellos, Nicolás seguía llorando sobre los despojos de Ouarzazate. Jonathan soltó las muñecas de Lucie y se acercó a su hijo.

—¡Vamos! ¡Recupérate, muchacho!

—Estoy harto. Ouarzi ha muerto y vosotros no hacéis más que discutir.

Jonathan pensó en hacer algo para distraerle. Cogió una caja de cerillas, sacó seis y las puso encima de la mesa.

—Mira. Fíjate en esto. Voy a enseñarte un enigma. Es posible formar cuatro triángulos equiláteros con estas seis cerillas. Piénsalo bien, has de poder encontrar cómo se hace.

El chico, sorprendido, se secó las lágrimas y sorbió. Empezó inmediatamente a disponer las cerillas de diferentes maneras.

—Y aún tengo un consejo que darte. Para encontrar la solución, hay que pensar de una manera diferente. Si uno piensa como de costumbre, no se consigue nada.

Nicolás consiguió formar tres triángulos. No cuatro. Alzó sus grandes ojos azules y parpadeó.

—¿Has encontrado tú la solución, papá?

—No, aún no. Pero siento que no tardaré mucho en encontrarla.

Jonathan había tranquilizado momentáneamente a su hijo, pero no a su mujer. Lucie le lanzaba miradas irritadas. Y por la noche discutieron con bastante violencia. Pero Jonathan no quería hablar de la bodega ni de sus misterios.

Al día siguiente se levantó temprano y se pasó la mañana instalando en la entrada de la bodega una puerta de hierro provista de un gran candado. Y colgó la única llave de su propio cuello.

La salvación llega en la forma inesperada de un temblor de tierra.

Primero son las paredes las que sufren una gran sacudida lateral. La arena empieza a caer en cascada desde los techos. Una segunda sacudida sigue a la primera casi inmediatamente, y luego una tercera, una cuarta... Las sordas sacudidas se suceden cada vez más de prisa, cada vez más cerca del insólito trío. Ya es un enorme rugido que no se detiene y que hace que todo vibre.

Reanimado por esta trepidación, el joven macho vuelve a acelerar los latidos de su corazón, da dos dentelladas que sorprenden a sus verdugos y se lanza por el túnel destruido. Agita sus alas aún embrionarias para acelerar su huida y hacer más largos sus saltos por encima de los escombros.

Cada sacudida le obliga a detenerse y esperar, pegado al suelo, el final de las avalanchas de tierra. Paneles enteros de unos corredores caen en medio de otros corredores. Puentes, arcos y criptas se vienen abajo, arrastrando en su caída millones de siluetas desconcertadas.

Los olores de alerta prioritaria saltan y se extienden. En su primera fase, las feromonas excitadoras llenan las galerías superiores. Todos los que huelen ese olor se ponen inmediatamente a temblar, a correr en todas direcciones y a producir feromonas aún más excitantes. Así, el enloquecimiento se transforma en una bola de nieve.

La nube de alerta se extiende como la niebla, deslizándose en todas las arterias de la región afectada y llegando hasta las arterias principales. El objeto extraño infiltrado en el cuerpo del nido produce lo que el joven macho ha intentado vanamente desencadenar: toxinas de dolor. De repente, la sangre negra que forman las muchedumbres de belokanianos empieza a circular más de prisa. El populacho evacúa los huevos próximos a la zona siniestrada. Los soldados se agrupan en unidades de combate.

Cuando el 327 se encuentra en un gran cruce semiobstruido por la tierra y la multitud, las sacudidas se interrumpen. Sigue un silencio angustioso. Todo el mundo se queda inmóvil, en espera del desarrollo de los acontecimientos. Las antenas erguidas vibran. Hay que esperar.

De repente, el toc-toc lancinante de hace un momento se ve remplazado por una especie de sordo bufido. Todos perciben que la cubierta de ramitas de la Ciudad acaba de ser perforada. Algo inmenso se introduce en la cúpula, rompe las paredes, se desliza a través de las ramitas.

Un fino tentáculo brota en pleno corredor. Azota el aire y recorre el suelo a una

velocidad loca, en busca del mayor número posible de ciudadanos. Cuando los soldados se precipitan sobre él para tratar de morderlo con sus mandíbulas, un gran grumo negro se forma en su extremidad. La lengua se desliza hacia arriba y desaparece, llevando a la multitud hasta una garganta, y luego aparece de nuevo, aún más larga, más ávida, terrorífica.

La segunda fase de la alerta se desencadena en ese momento. Las obreras baten en el suelo con sus abdómenes para advertir a los soldados de los niveles inferiores, que aún no saben nada del drama.

Toda la ciudad resuena con los golpes de ese tam-tam primario. Se diría que el «organismo Ciudad» alienta: tac-tac-tac, toc-toc-toc.

El extraño responde, martilleando la cúpula para introducirse más profundamente. Todos se pegan a las paredes intentado escapar de esa serpiente roja desencadenada que registra las galerías. Cuando un lengüetazo resulta ser demasiado escaso, la serpiente se estira aún más. Y primero un pico y después una cabeza gigantesca aparecen.

Es un pájaro carpintero. El terror de la primavera... Esos glotones pájaros insectívoros perforan los techos de las ciudades de las hormigas llegando a hacer agujeros de hasta sesenta centímetros de profundidad, y se atracan con sus poblaciones.

Hay que lanzar la alerta en la tercera fase. Algunas obreras, que se han vuelto prácticamente locas con la sobreexcitación no expresada en actos, empiezan a bailar la danza del miedo. Sus movimientos son muy bruscos: saltos, entrechocar de mandíbulas, esputos... Otros individuos, completamente histéricos, corren por la galerías y muerden todo lo que se mueve. Un efecto perverso del miedo: la Ciudad, al no conseguir destruir el objeto agresor, acaba autodestruyéndose.

El cataclismo está localizado en el decimoquinto nivel superior oeste, pero como la alerta ya ha pasado por sus tres fases toda la Ciudad está ahora en pie de guerra. Las obreras bajan a lo más profundo del subsuelo para poner los huevos al abrigo. Se cruzan en hileras apresuradas de soldados, todos ellos con las mandíbulas dispuestas.

Al cabo de innumerables generaciones, la Ciudad hormiga ha aprendido a defenderse de tales percances. Entre movimientos desordenados, las hormigas pertenecientes a la clase de las artilleras forman en comandos y se distribuyen las operaciones prioritarias.

Rodean al pájaro carpintero en su zona más vulnerable: el cuello. Luego se vuelven, en posición de tirar a corta distancia. Sus abdómenes apuntan al pájaro. ¡Fuego! Propulsan con todas las fuerzas de sus esfínteres chorros de ácido fórmico superconcentrado.

El pájaro tiene la repentina y penosa sensación de que le han ceñido el cuello con

una bufanda de espinas. Se debate, quiere soltarse. Pero ha ido demasiado lejos. Sus alas están aprisionadas en la tierra y las briznas de la cúpula. Lanza de nuevo la lengua para matar al máximo número posible de adversarios.

Una nueva oleada de soldados toma el relevo. ¡Fuego! El pájaro carpintero se sobresalta. Esta vez es ya un acerico. Golpea nerviosamente con el pico. ¡Fuego! El ácido brota de nuevo. El pájaro tiembla, empieza a tener dificultades para respirar. ¡Fuego! El ácido roe sus nervios y él está completamente inmovilizado.

Cesan los disparos. Soldados de grandes mandíbulas acuden de todas partes y muerden las heridas que ha producido el ácido fórmico. Una legión se dirige al exterior, corre por lo que queda de la cúpula, ve la cola del animal y empieza a perforar la parte más olorosa: el ano. Esos soldados geniales pronto han ampliado la abertura y se introducen en las tripas del pájaro.

El primer equipo ha conseguido perforar la piel de la garganta. Cuando el primer flujo de sangre roja empieza a brotar, se interrumpen las emisiones de feromonas de alerta. La partida ya se considera ganada. La garganta está suficientemente abierta y por ella se introducen batallones enteros de hormigas. Aún hay hormigas vivas en la laringe del animal. Las salvan.

Luego, los soldados penetran en el interior de la cabeza, buscando los orificios que les permitan llegar hasta el cerebro. Una obrera encuentra un paso: la carótida. Pero aún hay que dar con la adecuada, la que va del corazón al cerebro, y no a la inversa. ¡Ahí está! Cuatro soldados entran en el conducto y se lanzan al líquido rojo. Llevadas por la corriente sanguínea, pronto se ven propulsadas hasta el mismo centro de los hemisferios cerebrales. Ya están a pie de obra para trabajar sobre la materia gris.

El pájaro carpintero, loco de dolor, se revuelve de derecha a izquierda, pero no tiene medio ninguno para hacer frente a todos esos invasores que le destrozan por dentro. Un pelotón de hormigas se introduce en sus pulmones y vierte ácido en ellos. El pájaro tose atrozmente.

Otras, todo un cuerpo de ejército, entran por el esófago para ir a reunirse en el sistema digestivo con sus colegas procedentes del ano. Estas suben con rapidez por el gran colon, asolando en el camino todos los órganos vitales que pasan al alcance de sus mandíbulas. Socavan la carne viva como acostumbran a hacerlo con la tierra, y toman por asalto, uno tras otro, hígado, molleja, corazón, bazo y páncreas, como otras tantas plazas fuertes.

A veces brota intempestivamente sangre o linfa, ahogando a algunos individuos. Pero eso sólo les ocurre a los incapaces que no saben dónde ni cómo cortar limpiamente.

Los demás avanzan metódicamente entre las carnes rojas y negras. Saben desenvolverse antes de verse aplastados por un espasmo. Evitan tocar las zonas llenas

de bilis o de ácidos digestivos.

Los dos ejércitos se encuentran finalmente a la altura de los riñones. El pájaro aún no está muerto. Su corazón, estriado por las mandíbulas, sigue enviando sangre por los conductos perforados.

Sin esperar el último suspiro de su víctima, se forman cadenas de obreras, que se pasan de pata en pata trozos de carne aún palpitante. Nada se resiste a las pequeñas cirujanas. Cuando empiezan a dar cuenta del cerebro, el pájaro carpintero tiene una convulsión, la última.

Toda la ciudad corre a descuartizar al monstruo. Los corredores bullen llenos de hormigas que llevan, ésta una pluma, aquélla un poco de vellón como recuerdo.

Los equipos de albañiles ya han entrado en acción. Reconstruirán la cúpula y los túneles dañados.

Al verlo de lejos, se diría que el hormiguero está comiéndose un pájaro. Tras tragarlo, lo digiere, distribuyendo la carne y la grasa, las plumas y la piel entre todos aquellos lugares donde serán útiles para la Ciudad.

Génesis. *¿Cómo se creó la civilización hormiga? Para comprenderlo hay que remontarse muchos centenares de millones de años atrás, hasta el momento en que la vida empezó a desarrollarse en la Tierra.*

Entre los primeros que llegaron, estaban los insectos.

Parecían mal adaptados a su mundo. Eran pequeños y frágiles, las víctimas ideales de todos los depredadores. Para conseguir mantenerse con vida, algunos de ellos, como los saltamontes, eligieron el camino de la reproducción. Ponían tantos huevos que forzosamente tenía que quedar algún pequeño vivo.

Otros, como las avispas o las abejas, eligieron el veneno, dotándose al cabo de generaciones con aguijones envenenados que las hacían temibles.

Otros, como las cucarachas, eligieron hacerse incomedibles. Una glándula especial daba tan mal sabor a su carne que nadie querría probarla.

Otros, como las mantis religiosas o las mariposas nocturnas, eligieron el camuflaje. Con su parecido con hierbas y cortezas, pasaban inadvertidas en la Naturaleza inhóspita.

Sin embargo, en esta jungla de los primeros días, muchos insectos no habían encontrado un «truco» para sobrevivir y parecían condenados a desaparecer.

Entre estos «menos favorecidos» estaban al principio las termitas. Esta especie comedora de madera, aparecida sobre la corteza terrestre hace cerca de ciento cincuenta millones de años, no tenía posibilidad ninguna de perennidad. Demasiados depredadores y recursos naturales insuficientes

para resistirse a ellos...

¿Qué pasaría con las termitas?

Muchas murieron, y las supervivientes estaban en ese punto tan acosadas que supieron encontrar a tiempo una solución original: «No luchar solo, crear grupos solidarios. Les será más difícil a nuestros depredadores atacar a veinte termitas que hacen frente común que a una sola que intenta huir». La termita abría así uno de los caminos reales de la complejidad: la organización social.

Estos insectos empezaron a vivir en pequeñas células, al principio familiares: todas se agrupaban en torno a la Madre ponedora. Luego las familias se convirtieron en pueblos, los pueblos crecieron y se transformaron en ciudades. Sus ciudades de arena y cemento se irguieron muy pronto en toda la superficie del globo.

Las termitas fueron las primeras dueñas inteligentes de nuestro planeta, y su primera sociedad.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

El macho 327 ya no ve a sus dos asesinas con olor a roca. Verdaderamente las ha perdido. Con un poco de suerte, quizás hayan muerto bajo los escombros...

Pero no hay que soñar. Tampoco ha acabado de librarse de los peligros. Ya no le queda ningún olor pasaporte. Ahora, si tropieza con la menor guerrera está listo. Sus hermanas le considerarán inmediatamente un cuerpo extraño. Ni siquiera le dejarán explicarse. Un disparo con ácido o las tenazas de las mandíbulas sin más apercebimiento, tal es el trato reservado para los que no pueden emitir los olores pasaporte de la Federación.

Es una insensatez. ¿Cómo ha llegado él a ese punto? Todo es culpa de las dos malditas guerreras con fragancia de roca. ¿Cómo se les ocurrió tal cosa? Deben de estar locas. Aunque sea un caso raro, se producen errores de programación genética que llevan a accidentes psicológicos de este tipo. Algo parecido a lo de las hormigas históricas que atacaban a todo el mundo cuando llegó la alerta de la tercera fase.

Sin embargo, esas dos no parecían históricas ni degeneradas. Incluso parecían saber muy bien lo que estaban haciendo. Parecía como si... Sólo existe una situación en la que unas células destruyan conscientemente a otras células del mismo organismo. Las nodrizas le llaman cáncer. Parecían... células afectadas por el cáncer.

Ese olor a roca sería entonces el olor de una enfermedad... Una vez más habría que dar la alerta. El macho 327 tiene ahora dos misterios que resolver: el arma secreta de las enanas y las células cancerosas de Bel-o-kan. Y no puede hablar con nadie. Hay que reflexionar. Pudiera ser que él mismo tuviese algún recurso oculto... una

solución.

Empieza a lavarse las antenas. Mojar (le resulta muy extraño lamer sus antenas sin reconocer en ellas el gusto característico de las feromonas pasaporte), cepillar, alisar con el cepillo del codo, secar.

¿Qué hacer, qué hacer?

En primer lugar, seguir vivo.

Sólo una persona puede recordar su imagen de infrarrojos sin necesidad de la confirmación de los olores de identificación: la Madre. Sin embargo, la Ciudad prohibida está llena de soldados. ¿Y qué? Después de todo, un viejo adagio de Belokiu-kiumi dice: «A menudo es en el corazón del peligro donde se está más seguro».

—Edmond Wells no ha dejado buenos recuerdos aquí. Y cuando se marchó, nadie pensó en retenerle.

El que así hablaba era un anciano de rostro agradable, uno de los subdirectores de «Sweetmilk Corporation».

—Sin embargo, parece ser que descubrió una nueva bacteria alimenticia que hacía que los yogures exhalasen perfumes...

—Ah, en cuanto a la química, hay que reconocer que tenía bruscos arrebatos de genialidad. Pero no se producían regularmente, sino a ramalazos.

—¿Tuvo usted problemas con él?

—Honradamente, no. Digamos más bien que no se integraba en el equipo. Hacía rancho aparte. E incluso aunque su bacteria dio millones, creo que aquí nunca le apreció nadie.

—¿Puede ser usted más explícito?

—En un equipo hay jefes. Edmond no soportaba a los jefes, ni tampoco forma alguna de poder jerárquico. Siempre menospreció a los directivos, que no hacen más que «dirigir por dirigir, sin producir nada», como él decía. Sin embargo, todos nos vemos obligados a lamerles los pies a nuestros superiores. No hay nada malo en ello. El sistema es así. Él se hacía el digno, y creo yo que eso nos molestaba aún más a sus iguales que a los mismos jefes.

—¿Por qué se marchó?

—Discutió con uno de nuestros subdirectores por una cuestión en la que él tenía, he de reconocerlo..., tenía toda la razón. Ese subdirector había estado registrando su despacho, y a Edmond se le subió la sangre a la cabeza. Cuando vio que todo el mundo prefería apoyar al otro, se vio obligado a marcharse.

—Pero acaba usted de decirme que Edmond tenía razón...

—A veces es mejor comportarse como un cobarde para beneficio de unos desconocidos, aunque sean antipáticos, que mostrarse valiente en beneficio de unos conocidos, aunque nos caigan bien. Edmond no tenía amigos aquí. No comía con

nosotros, ni tomaba copas con nosotros. Parecía estar siempre en la luna.

—¿Por qué me ha confesado usted su «cobardía», entonces? No tenía necesidad de contarme todo eso.

—Bueno... Desde que murió, me digo que nos comportamos mal con él. Usted es su sobrino, y al contarle estas cosas me siento un poco aliviado...

Al fondo se ve una fortaleza de madera, Es la Ciudad prohibida.

Ese edificio es en realidad un tocón de pino a cuyo alrededor se ha levantado la cúpula. El tocón sirve como corazón y columna vertebral de Bel-o-kan. Corazón, ya que contiene el alojamiento regio y la reserva de alimentos preciosos. Columna vertebral, ya que permite que la Ciudad resista a las tempestades y las lluvias.

Visto más de cerca, el muro de la Ciudad prohibida aparece incrustado con complejos motivos. Son como inscripciones de una escritura bárbara. Son los pasadizos perforados antaño por las primeras ocupantes del tocón; las termitas.

Cuando la Belo-kiu-kiuni fundadora aterrizó en la región, cinco mil años antes, tropezó de inmediato con ellas. La guerra fue muy larga, de una duración de mil años, pero los belokanianos acabaron ganándola. Descubrieron entonces con maravilla una ciudad «dura», con pasadizos de madera que nunca se podían hundir. El tocón de pino les abría nuevas perspectivas urbanísticas y arquitectónicas.

En lo alto estaba la superficie llana y levantada; abajo, las profundas raíces dispersándose en la tierra. Era i-de-al. Sin embargo, el tocón pronto fue insuficiente para dar abrigo a la creciente población de hormigas rojas. Entonces, perforaron el subsuelo, prolongando las raíces. Y acumularon ramitas entrelazadas sobre el árbol decapitado para ampliar la cumbre.

La Ciudad prohibida está ahora casi desierta. Aparte de la Madre y de la guardia de élite, todo el mundo vive en la periferia.

327 se acerca al tocón con pasos prudentes e irregulares. Las vibraciones regulares se perciben como la presencia de alguien que camina, mientras que unos sonidos irregulares pueden pasar por ligeros desprendimientos. Sólo le cabe esperar que ningún soldado se cruce en su camino. Empieza a subir. Ya no está más que a doscientas cabezas de la Ciudad prohibida. Empieza a distinguir las decenas de salidas que agujerean el tocón; más concretamente, las cabezas de las hormigas «porterías» que bloquean el acceso.

Modeladas no se sabe por qué perversión genética, estas porterías están provistas de una gran cabeza redonda y plana que les da el aspecto de un gran clavo que se ajusta exactamente al contorno del orificio que han de vigilar.

Esas puertas vivas ya habían dado pruebas de su eficacia en el pasado. Con ocasión de la guerra de las fresas, setecientos ochenta años antes, la ciudad fue invadida por las hormigas amarillas. Todos los belokanianos supervivientes se

refugiaron en la Ciudad prohibida, y las hormigas porteras, que entraron andando hacia atrás, cerraron herméticamente las puertas.

Le hicieron falta dos días a las hormigas amarillas para conseguir forzar esos cerrojos. Las porteras no sólo bloqueaban los agujeros sino que mordían también con sus grandes mandíbulas. Un centenar de hormigas amarillas tenían que unirse para luchar contra una sola portera. Consiguieron por fin pasar perforando la quitina de las cabezas. Pero el sacrificio de las «puertas vivientes» no fue en vano. Las demás ciudades de la Federación habían tenido tiempo para preparar refuerzos y la ciudad fue liberada horas más tarde.

El macho 327 no tiene por supuesto la intención de enfrentarse solo con una portera sino que piensa aprovechar la apertura de una de esas puertas, por ejemplo para dejar salir a una nodriza cargada con huevos de la Madre. Entonces podría lanzarse al interior antes de que volviese a cerrarse.

Y he aquí que precisamente se mueve una cabeza, y luego se abre el paso... y sale una centinela. No puede intentarlo, porque la centinela volvería en seguida sobre sus pasos y le mataría.

Otra vez se mueve la cabeza de la portera. 327 flexiona sus patas, listo para saltar. Pero ¡no! Ha sido una falsa alarma; la portera se limitaba a cambiar de posición. Debe de provocar calambres mantener el cuello de esa manera en un collar de madera.

Pues tanto peor. No tiene paciencia, y se lanza hacia el obstáculo. En cuanto llega al alcance de la antena, la portera se da cuenta de la ausencia de feromonas pasaportes. Retrocede un poco para bloquear mejor el orificio, y luego lanza moléculas de alerta.

¡Cuerpo extraño en la Ciudad prohibida! ¡Cuerpo extraño en la Ciudad prohibida! repite como una sirena.

Mueve sus pinzas para intimidar al indeseable. Con gusto se adelantaría para luchar con él, pero la consigna es muy clara: obstrucción ante todo.

Ha de actuar de prisa. El macho tiene una ventaja a su favor: ve en la oscuridad, mientras que la portera es ciega. Se lanza adelante, evita las mandíbulas que golpean al azar y salta para llegar a las raíces. Las corta una tras otra. Brota la sangre transparente. Los dos muñones continúan agitándose, inofensivos.

Sin embargo, 327 sigue sin poder pasar. El cadáver de su adversaria bloquea el agujero. Las patas, tetanizadas, siguen por reflejo apretándose contra la madera. ¿Qué hacer? Apoya el abdomen en la frente de la portera y dispara. El cuerpo se estremece; la quitina, corroída por el ácido fórmico, empieza a fundirse despidiendo un humo gris. Pero la cabeza es gruesa y tiene que disparar cuatro veces antes de poder abrirse camino a través del cráneo aplastado.

Ya puede pasar. Al otro lado descubre un tórax y un abdomen atrofiados. La

hormiga no era más que una puerta, sólo una puerta.

Competidoras. *Cuando aparecieron las primeras hormigas, cincuenta millones de años más tarde, sólo pensaban en mantenerse con vida. Eran descendientes lejanas de una avispa salvaje y solitaria, y carecían de grandes mandíbulas y de aguijón. Eran pequeñas y desmedradas, pero no tontas, y pronto comprendieron que les convenía imitar a las termitas. Tenían que unirse.*

Crearon sus pueblos; construyeron groseras ciudades. Las termitas pronto se sintieron inquietas ante esta competencia. Según ellas, en la Tierra sólo había lugar para una única especie de insectos sociales.

Las guerras eran ya inevitables. En todos los lugares del mundo, en las islas, en las montañas y los árboles, los ejércitos de las ciudades termitas guerrearon contra los jóvenes ejércitos de las ciudades hormigas.

Era algo nunca visto en el reino animal. Millones de mandíbulas golpeaban a diestro y siniestro por un objetivo distinto del nutritivo. Un objetivo «político».

Al principio, las termitas, con más experiencia, vencían en todas las batallas. Pero las hormigas se adaptaron. Copiaron las armas termitas e inventaron otras nuevas. Las guerras mundiales termitas-hormigas abarcaron todo el planeta, desde los años cincuenta millones hasta los años treinta millones. Más o menos en esta época, al descubrir las armas de chorro de ácido fórmico, adquirieron una ventaja decisiva.

Aún en nuestros días prosiguen las batallas entre las dos especies enemigas, pero es raro que las legiones termitas venzan.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

—Le conoció usted en África, ¿no es cierto?

—Sí —respondió el profesor—. Edmond tenía un gran pesar. Creo recordar que su mujer había muerto. Edmond se lanzó como loco al estudio de los insectos.

—¿Por qué los insectos?

—¿Y por qué no? Los insectos ejercen una fascinación ancestral. Nuestros antepasados más lejanos temían ya a los mosquitos que les transmitían fiebres, a las pulgas que les provocaban picazones, a las arañas que les picaban, al gorgojo que devoraba sus reservas de alimentos. Eso ha dejado una huella.

Jonathan estaba en el laboratorio 326 del centro CNRS de entomología de Fontainebleau, en compañía del profesor Daniel Rosenfeld, un agradable anciano peinado con cola de caballo, sonriente y voluble.

—El insecto desorienta, es más pequeño y más frágil que nosotros, y sin embargo hace befa de nosotros e incluso nos amenaza. Además, pensándolo bien, todos acabamos en el estómago de los insectos. Unas larvas de mosca son las que se regalan con nuestros despojos...

—No había pensado en ello.

—Al insecto se le ha considerado durante mucho tiempo encarnación del mal. Belcebú, uno de los secuaces de Satán, se representa con cabeza de mosca. Y eso no es por casualidad.

—Las hormigas tienen mejor reputación que las moscas.

—Depende. Cada cultura habla de ellas de forma diferente. En el Talmud, aparecen como símbolo de la honestidad. Para el budismo tibetano representan lo irrisorio de la actividad materialista. Para las gentes de Costa de Marfil, una mujer encinta a la que muerda una hormiga dará a luz un niño con cabeza de hormiga. Algunos polinesios, por el contrario, las consideran minúsculas divinidades.

—Edmond trabajó antes de eso con bacterias, ¿por qué lo dejó?

—Las bacterias no le apasionaban ni la milésima parte de lo que le apasionaron sus estudios sobre los insectos, especialmente las hormigas. Y cuando digo «sus estudios», hablo de un empeño total. Fue él quien lanzó la requisitoria contra los hormigueros-juguete, esas cajas de plástico puestas a la venta en todos los grandes almacenes, con una reina y seiscientas obreras. También luchó por la utilización de las hormigas como insecticidas. Quería que se instalasen sistemáticamente ciudades de hormigas rojas en los bosques, para limpiarlos de parásitos. No era ninguna tontería. En el pasado ya se había utilizado a las hormigas para combatir a la procesionaria del pino en Italia y a la panfílida del abeto en Polonia, dos insectos que arrasan los árboles.

—Enfrentar unos insectos contra otros, ¿es ésa la idea?

—Bueno, él decía que eso era «inmiscuirse en su diplomacia». Se hicieron tantas tonterías en el siglo pasado con los insecticidas químicos. Nunca hay que atacar al insecto de frente, y aún menos hay que subestimarle y tratar de tomarlo como se hizo con los mamíferos. El insecto plantea otra filosofía, otro espacio-tiempo, otra dimensión. Por ejemplo, el insecto tiene un recurso contra todos los venenos químicos: el mitridatismo. Ya sabe usted que si nunca hemos conseguido acabar con las invasiones de langosta es porque se adaptan a cualquier cosa. Endílgueles insecticidas y el noventa y nueve por ciento morirán, pero un uno por ciento sobrevivirá. Y es ese uno por ciento de supervivientes el que no sólo queda inmunizado, sino que hace que nazca un cien por cien de langostas vacunadas contra el insecticida. Así, hace doscientos años se cometió el error de ampliar sin límites la toxicidad de los productos. Tanto que éstos mataban a más seres humanos que a insectos. Y hemos creado cepas superresistentes capaces de consumir sin dificultad

los peores venenos.

—¿Quiere usted decir que no hay manera de luchar contra los insectos?

—Constátelo usted mismo. Siga habiendo mosquitos, langostas, pulgón, moscas tsé-tsé y hormigas. Las hormigas son resistentes a todo. En 1945 se vio que sólo las hormigas y los escorpiones habían sobrevivido a las explosiones nucleares. ¡Incluso a eso se adaptaron!

El macho 327 ha derramado la sangre de una célula del Nido. Ha ejercido la peor violencia posible contra su propio organismo. Y eso le deja mal sabor de boca. ¿Pero es que tenía otro medio, él, la hormona informativa, para seguir adelante con su misión?

Si ha matado, fue porque intentaron matarle a él. Es una reacción en cadena. Como el cáncer. Ya que el Nido se comporta de una manera anormal con él, él se ve obligado a actuar a la recíproca. Ha de hacerse a esa idea.

Ha matado a una célula hermana. Y quizá mate a otras.

—Y ¿qué fue a hacer en África? Usted mismo dice que hay hormigas en todas partes.

—Es cierto, pero no son las mismas hormigas... Yo creo que a Edmond no le importaba nada después de la pérdida de su mujer, e incluso me pregunto si no estaría esperando que las hormigas le «suicidasen».

—¿Cómo dice?

—Estuvieron a punto de acabar con él, ¿sabe? Las hormigas magnan de África... ¿No ha visto usted *Cuando ruge la marabunta*?

Jonathan meneó la cabeza negativamente.

—La marabunta es una masa de hormigas magnan dorilinas, la *Annoma nigricans*, que avanza por la llanura destruyéndolo todo a su paso.

El profesor Rosenfeld se puso en pie, como para hacer frente a una ola invisible.

—Primero se oye una especie de gran zumbido compuesto por todos los gritos y el piar, y batir de alas y patas de todos los animales que intentan escapar. En ese punto aún no se ve a las magnan. Luego aparecen algunas guerreras detrás de una loma. Tras esta avanzadilla pronto llegan las demás, en columnas que se pierden de vista. La loma se vuelve negra. Es como una ola de lava que funde todo lo que toca.

El profesor iba y venía gesticulando arrastrado por sus propias palabras.

—Es la sangre venenosa de África. Ácido vivo. Su número es terrorífico. Una colonia de magnan pone por término medio quinientos mil huevos al día. Se pueden llenar cubos enteros... Y ese reguero de ácido sulfúrico negro se derrama, sube por pendientes y árboles, y no hay nada que lo pare. Los pájaros, lagartos o mamíferos insectívoros que tienen la desgracia de acercarse quedan destrozados. ¡Es una visión

apocalíptica! Las magnan no temen a ningún animal. Una vez vi cómo un gato demasiado curioso desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Esas hormigas cruzan incluso los ríos haciendo puentes flotantes con sus propios cadáveres... En Costa de Marfil, en la región próxima al centro de Lamto donde las estudiábamos, la población nunca ha encontrado cómo oponerse a su invasión. Cuando se anuncia que esas minúsculas Atila pasarán por el poblado, la gente huye llevándose sus bienes más preciosos. Ponen las patas de las mesas y las sillas en cubos de vinagre y se encomiendan a sus dioses. Cuando regresan ya no queda nada, es como un tifón. No queda el menor fragmento de alimento ni sustancia orgánica de la clase que sea. Ni el menor parásito tampoco. Las magnan son el mejor medio de limpiar la propia casa de arriba abajo.

—Y ¿cómo conseguían ustedes estudiarlas si son tan feroces?

—Esperábamos al mediodía. Los insectos no tienen un sistema de regulación del calor como nosotros. Cuando la temperatura es de 18°, su cuerpo está a 18°, y cuando llega la canícula su sangre hierve. No pueden soportarlo. Así pues, con los primeros rayos ardientes, las magnan excavan un nido en el que vivaquear y en él esperan una meteorología más clemente. Es como una minihibernación, aunque lo que las bloquea no es el frío, sino el calor.

—¿Y luego...?

En realidad, Jonathan no sabía dialogar. Consideraba que la discusión existía para actuar como un sistema de vasos comunicantes. Hay uno que sabe, el vaso lleno, y uno que no sabe, el vaso vacío, por lo general él mismo. El que no sabe abre los oídos todo lo posible y estimula de vez en cuando el ardor de su interlocutor diciendo «¿y luego?» y «hábleme de eso», y con inclinaciones de cabeza.

Si había otros medios de comunicación, él no los conocía. Por otra parte, observando a la gente, le parecía que lo que hacían era entregarse a monólogos paralelos en los que cada cual sólo buscaba utilizar al otro como un psicoanalista gratuito. Así las cosas, prefería su propia técnica. Quizá aparentaba no tener conocimiento ninguno, pero por lo menos estaba aprendiendo constantemente. ¿No dice un proverbio chino, el que hace una pregunta es tonto cinco minutos, el que no hace ninguna lo es toda la vida?

¿Y luego? ¡Pues que fuimos para allá! Y fue algo notable, créame. Queríamos dar con la maldita reina. El famoso animalito que pone medio millón de huevos diarios. Queríamos verla y fotografiarla. Nos calzamos gruesas botas de pocero: Edmond no tuvo suerte, calzaba el cuarenta y tres y sólo había del cuarenta... Lo recuerdo como si hubiese sido ayer. A las doce y media trazamos en el suelo la forma probable del nido y empezamos a cavar alrededor hasta un metro de profundidad. A la una y media llegamos a las cámaras exteriores. Una especie de líquido negro y crepitante empezó a fluir. Millares de soldados paroxísticos abrían y cerraban las mandíbulas, que en

esta especie son cortantes como hojas de afeitar. Se pegaban a nuestras botas mientras nosotros seguíamos adelante a fuerza de pico y pala hacia la cámara nupcial. Y por fin encontramos nuestro tesoro. La reina. Un insecto diez veces más grande que nuestras reinas europeas. La fotografiamos desde todos los ángulos mientras ella seguramente debía de gritar el *God save the Queen* en su lengua odorífera... El efecto no tardó en producirse. Llegaron guerreras de todas partes, aglomerándose sobre nuestros pies. Algunas subían incluso escalando a sus congéneres que estaban ya sobre nuestras botas de goma. Desde ahí, pasaban a meterse bajo nuestros pantalones y camisas. Todos nos convertimos en Gulliver, pero nuestros liliputienses sólo pensaban en hacer de nosotros tiras comestibles. Sobre todo había que procurar que no se introdujesen por ninguno de nuestros orificios naturales; nariz, boca, ano, tímpano. Porque si no, estábamos listos: las hormigas perforan desde dentro.

Jonathan se mantenía en silencio, más bien impresionado. Y en cuanto al profesor, éste parecía revivir la escena con gestos que tenían la energía de los del hombre joven que ya no era.

—Nos dábamos grandes palmadas quitándonoslas de encima. A ellas les guiaba nuestro aliento y nuestra transpiración. Todos habíamos hecho ejercicios de yoga para respirar despacio y controlar el miedo. Tratábamos de olvidar, de no pensar en aquellas tenazas de las guerreras que trataban de matarnos. Tomamos dos rollos de fotos, algunas de ellas con flash. Cuando acabamos, saltamos todos fuera de la zanja.

Todos, menos Edmond. Las hormigas le habían cubierto hasta la cabeza, y se disponían a comérselo. Le sacamos rápidamente arrastrándole por los brazos. Le desnudamos y le arrancamos todas las mandíbulas y cabezas que tenía hincadas en el cuerpo. Todos habíamos pasado por el peligro de morir, aunque no en la misma medida que él, que iba sin botas. Y, sobre todo, Edmond había sentido terror, había emitido feromonas de terror.

—Es horrible.

—Es sorprendente que saliese con vida. Pero eso no le hizo aborrecer a las hormigas. Por el contrario, las estudió aún con mayor entusiasmo.

—¿Y luego?

—Edmond volvió a París. Y ya no hubo más noticias suyas. Ni siquiera telefoneó una sola vez al bueno de Rosenfeld. Finalmente vi en los periódicos que había muerto. Que descanse en paz.

Apartó la cortina de la ventana para examinar un viejo termómetro fijo en el marco esmaltado.

—Hummm, 30° en pleno mes de abril, es increíble. Cada año hace más calor. Si las cosas siguen así, dentro de diez años Francia se habrá convertido en un país tropical.

—¿Así estamos?

—No nos damos cuenta porque es algo progresivo. Pero nosotros, los entomólogos, lo vemos en detalles muy concretos; encontramos especies de insectos típicas de las zonas ecuatoriales en la cuenca de París, ¿No se ha fijado usted en que las mariposas son cada vez más tornasoladas?

—Pues sí, incluso vi una ayer, roja y negra, posada en un automóvil...

—Seguro que era una zigenia de cinco manchas. Es una mariposa venenosa que hasta ahora sólo se encontraba en Madagascar. Si esto sigue así... ¿Se imagina usted a las magnan en París? La ola de pánico... Sería algo divertido...

Después de limpiarse las antenas y de comer algunos trozos tibios de la portera, el macho sin olor trota por los corredores de madera. Los aposentos maternos están por allí; los siente. Por suerte, la temperatura es de 25°, y con esta temperatura no hay mucha gente en la Ciudad prohibida. Debería de poder infiltrarse con facilidad.

De repente, percibe el olor de dos guerreras que llegan en sentido inverso. Una es grande y la otra pequeña. Y la pequeña tiene un par de patas menos...

Se olfatean recíprocamente sus efluvios a distancia.

¡Increíble, es él!

¡Increíble, son ellas!

El macho 327 echa a correr a toda prisa con la esperanza de dejarlas atrás. Da vueltas y vueltas en ese laberinto de tres dimensiones. Sale de la Ciudad prohibida. Las porteras no le retienen, ya que están programadas sólo para contener la afluencia desde el exterior al interior. Sus patas pisan ahora la tierra blanda. Toma curva tras curva.

Pero las otras dos son también muy rápidas y no dejan que se les distancie. Y es entonces cuando el macho tropieza con una obrera cargada con un tallo y la hace caer al suelo. No lo ha hecho a propósito, pero la carrera de las dos asesinas con olor de roca se ve frenada con ello.

Hay que aprovechar ese respiro. Se esconde rápidamente en una anfractuosidad. La coja se acerca. 327 se hunde un poco más en su escondite.

—¿A dónde ha ido?

—Ha vuelto a bajar.

Lucie toma del brazo a Augusta y la lleva a la puerta de la bodega.

—Está ahí dentro desde ayer por la noche.

—¿Y no ha vuelto a subir?

—No. No sé lo que ocurre ahí abajo, pero se ha prohibido formalmente que llame a la Policía... Ya ha bajado muchas veces y ha vuelto.

Augusta estaba atónita.

—¡Es un insensato! Su tío le había prohibido formalmente...

—Ahora entra llevando montones de herramientas, piezas de acero, grandes

planchas de hormigón. Y lo que está haciendo con eso ahí abajo...

Lucie toma su cabeza entre las manos. Ya no puede más, Siente que va a pasar otra vez por una depresión.

—¿Y no se puede bajar a buscarle?

—No. Ha instalado un cerrojo y lo cierra desde dentro.

Augusta se sienta, desconcertada.

—Bueno, bueno; si llego a saber que el recuerdo de Edmond iba a crear tantos problemas...

***Especialista:** en las grandes ciudades hormigas modernas, el reparto de tareas, repetido a lo largo de millones de años, ha generado mutaciones genéticas.*

Así, algunas hormigas nacen con enormes mandíbulas cizallas para actuar como soldados, otras tienen mandíbulas trituradoras para producir harina de cereales, otras están equipadas con glándulas salivares superdesarrolladas para mojar y desinfectar a las jóvenes larvas.

Es algo parecido a lo que entre nosotros sería si los soldados naciesen con dedos con forma de puñal, los campesinos con los pies en forma de resorte para saltar a coger los frutos de los árboles y las nodrizas con diez pares de pechos.

Pero de todas las mutaciones «profesionales», la más espectacular es la relacionada con el amor.

En efecto, para que la masa de atareadas obreras no se distraiga a causa de las pulsiones eróticas, nacen asexuadas. Todas las energías reproductoras se concentran en especialistas: machos y hembras, príncipes y princesas de esta civilización paralela.

Éstos nacen y están equipados tan sólo para el amor. Y se benefician de multitud de artilugios destinados a ayudarles, en la cópula. La cosa va desde las alas a los ocelos infrarrojos, pasando por las antenas emisoras-receptoras de emociones abstractas.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Su escondrijo no es un punto ciego, sino que lleva a una pequeña gruta. 327 entra en ella. Las guerreras con olor de roca pasan sin detectarle. Sólo que la gruta no está vacía. En el interior hay alguien cálido y oloroso. Y ese alguien emite.

¿Quién eres?

El mensaje olfativo es claro, preciso, imperativo. Gracias a sus ocelos infrarrojos, distingue al gran animal que le interroga. Calculando a ojo, su peso debe de ser por lo

menos de noventa granos de arena. Sin embargo, no es soldado. Es algo que hasta ese momento no había sentido ni visto.

Una hembra.

¡Y qué hembra! Se da tiempo para examinarla. Sus gráciles patas de contorno perfecto están decoradas con pequeños pelos deliciosamente untados con hormonas sexuales. Sus gruesas antenas exhalan poderosos olores. Sus ojos de reflejos rojos son como dos arándanos. Tiene un abdomen masivo, liso y estilizado. El amplio escudo torácico está cubierto por un mesotomo adorablemente granuloso. Y, por fin, sus alas son dos veces más grandes que las de él.

La hembra abre sus encantadoras mandíbulas y... salta sobre él para decapitarle.

—¡Sí!

Casi no puede tragar, se ahoga. A la vista de la falta de pasaportes, la hembra no está dispuesta a relajar la presa. 327 es un cuerpo extraño al que hay que destruir.

Aprovechando su reducido tamaño, el macho consigue liberarse. Salta sobre la espalda de la hembra y la atrapa por la cabeza. Se han vuelto las tornas. Ahora le toca a ella tener problemas. La hembra se debate.

Cuando ya está bastante debilitada, el macho lanza sus antenas adelante. No quiere matarla, sólo que ella le escuche. Las cosas no son sencillas. Quiere tener con ella una CA. Sí, una Comunicación Absoluta.

La hembra (el macho identifica su número de puesta, que es la 56) aparta sus antenas, rehuendo el contacto. Luego se encabrita para desembarazarse de él. Pero él sigue firmemente pegado a su mesotomo y hace más enérgica la presión de sus mandíbulas. Si aprieta aún más, la cabeza de la hembra será arrancada como la mala hierba.

La hembra se queda inmóvil.

Con sus ocelos que abarcan un ángulo de 180°, ve claramente a su agresor, extendido sobre su tórax. Es muy pequeño.

¡Un macho!

La hembra recuerda las lecciones de las nodrizas:

Al contrario que todas las células de la Ciudad, sólo están equipados con la mitad de los cromosomas de la especie. Son concebidos a partir de huevos no fecundados. Así pues, son grandes óvulos, o más bien grandes espermatozoides, que viven al aire libre.

La hembra tiene sobre su espalda un espermatozoide que está estrangulándola. La idea casi la divierte. ¿Por qué unos huevos se fecundan y otros no? Probablemente debido a la temperatura. Por debajo de los 20°, la espermateca no se puede activar y la Madre pone huevos sin fecundar. Así pues, los machos surgen del frío. Como la muerte.

Es la primera vez que la hembra ve un macho de carne y quitina. ¿Qué puede

estar buscando aquí, en el gineceo de las vírgenes? Es territorio tabú, reservado para las células sexuales femeninas. Si cualquier célula extraña puede entrar en su frágil santuario, entonces es que la puerta está abierta a todas las infecciones.

El macho 327 busca de nuevo la comunicación antenal. Pero la hembra no se lo permite. Aparta las antenas y las pega en seguida contra su cabeza; si él roza el segundo segmento, ella lleva las antenas hacia atrás. La hembra no quiere.

El macho incrementa aún más la presión de las mandíbulas y consigue poner en contacto su séptimo segmento antenal con el séptimo segmento de ella. La hembra 56 nunca se ha comunicado de esa manera. Le han enseñado a evitar cualquier contacto, a lanzar y recibir tan sólo efluvios aéreos. Pero sabe que esta forma de comunicación es engañosa. Un día la Madre había emitido una feromona sobre este tema:

Entre dos cerebros siempre habrá toda clase de incomprensiones y mentiras generadas por los olores parásitos, las corrientes de aire, la mala calidad de la emisión de la recepción.

La única forma de paliar esa disfunción es ésta: la comunicación absoluta. El contacto directo de las antenas. El paso sin ningún obstáculo de los neuromediadores de un cerebro a los neuromediadores del otro cerebro.

Para ella es como si le desflorasen el espíritu. En cualquier caso, es algo duro y desconocido.

Pero no tiene elección, si el macho sigue apretando la matará. La hembra lleva sus pedúnculos frontales hacia la espalda en signo de sumisión.

La CA puede iniciarse. Los dos pares de antenas se unen francamente. Hay una ligera descarga eléctrica. Es por el nerviosismo. Lentamente, y luego cada vez más de prisa, los dos insectos se acarician mutuamente sus once segmentos dentados. Una espuma llena de expresiones confusas empieza a burbujear. Esa sustancia grasa lubrica las antenas y permite acelerar el ritmo de frotación. Las dos cabezas vibran sin control un momento, y luego los vástagos antenares dejan de moverse y se pegan el uno al otro en toda su longitud. Ahora ya no hay más que un solo ser con dos cabezas, dos cuerpos y un solo par de antenas.

El milagro natural se cumple. Las feromonas pasan de un cuerpo al otro a través de miles de pequeños poros y capilares. Los dos pensamientos se unen. Las ideas ya no se codifican ni se decodifican, se libran a su estado de simplicidad original: imágenes, música, emociones, olores.

Es con este lenguaje perfectamente inmediato como el macho 327 le cuenta toda su peripecia a la hembra 56; la matanza de la expedición, los rastros olfativos de las soldados enanas, su entrevista con la Madre, cómo han intentado eliminarle, cómo perdió los pasaportes, su lucha contra la portera, las asesinas con olor a roca que siguen persiguiéndole.

Una vez ha acabado la CA, la hembra tiende hacia atrás sus antenas en signo de

su buena disposición con respecto a él. El macho baja de su espalda. Ahora está a su merced, y ella podría eliminarle fácilmente. La hembra se le acerca con las mandíbulas ampliamente abiertas y... le hace entrega de algunas de sus feromonas pasaportes. Con eso, al macho se le arreglan temporalmente las cosas. Ella le propone una trofalaxia, y él acepta. Luego, ella hace zumbear sus alas para dispersar los vapores de su conversación.

Ya está, el 327 ya ha conseguido convencer a alguien. La información ha llegado a otro, ha sido comprendida y aceptada por otra célula.

Acaba de crear su propio grupo de trabajo.

***Tiempo.** La percepción del discurrir del tiempo es muy diferente entre los humanos y las hormigas. Para los humanos, el tiempo es absoluto. La periodicidad y la duración de los segundos se mantendrán iguales pase lo que pase.*

Entre las hormigas, por el contrario, el tiempo es relativo. Cuando hace calor, los segundos son muy cortos. Cuando hace frío, se alteran y prolongan hasta el infinito, hasta la pérdida de conciencia de la hibernación. Esa elasticidad del tiempo les da una percepción de la velocidad de los hechos muy diferente de la nuestra. Para definir un movimiento, los insectos no utilizan sólo el espacio y la duración; añaden una tercera dimensión: la temperatura.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Ahora ya son dos y están ansiosos por convencer al mayor número posible de hermanas de la gravedad de la «cuestión del arma secreta». Aún no es demasiado tarde. Sin embargo, han de tener en cuenta dos elementos. Por una parte, nunca conseguirán convertir a las suficientes obreras a su causa antes de la fiesta del Renacimiento, que acaparará todas las energías; por lo tanto, necesitan un tercer cómplice. Por otra parte, hay que prever el caso de que las guerreras del olor a roca vuelvan a aparecer; necesitan un escondrijo.

56 propone su aposento. Ha excavado un pasadizo secreto que les permitirá escapar en caso de peligro. El macho 327 sólo se sorprende a medias; se ha puesto de moda excavar pasadizos secretos. La cosa se inició cien años atrás, durante la guerra contra las hormigas escupidoras de engrudo. La reina de una de las ciudades federadas, Ha-yekte-duni, había caído presa del delirio de la seguridad. Han hecho construir una ciudad prohibida «blindada». Sus costados estaban hechos con gruesos guijarros, y éstos estaban soldados con cimentación termita.

El problema era que sólo había una salida. Así, cuando su ciudad fue rodeada por

las legiones de hormigas escupidoras de engrudo, se vio confinada en su propio palacio. Las escupidoras de engrudo no tuvieron entonces dificultad ninguna para capturarla y ahogarla en su innoble goma de secado rápido. La reina Ha-yekte-duni, había caído, fue vengada a continuación y su ciudad liberada, pero ese horrible y estúpido final pesó durante mucho tiempo en los espíritus belokanianos.

Ya que las hormigas tenían la extraordinaria suerte de poder modificar a fuerza de mandíbulas la forma de sus habitáculos, todas se pusieron a perforar cada una su propio pasadizo secreto. Que una hormiga se haga su propio agujero tiene un pase, pero que lo hagan un millón de hormigas, entonces es una catástrofe. Los corredores «oficiales» se venían abajo a fuerza de sufrir la labor de zapa de los pasadizos «privados». Una hormiga tomaba por su pasadizo secreto y se encontraba desembocando en un verdadero laberinto formado por «los de las demás». Hasta el punto de que zonas enteras se habían vuelto quebradizas, comprometiendo el futuro mismo del Bel-o-kan.

La Madre había llamado al orden. Nadie podía ponerse a perforar por su propia cuenta. Pero ¿cómo controlar cada aposento?

La hembra 56 remueve un cascote, descubriendo un orificio sombrío. Ahí está; 327 examina el escondite y lo considera perfecto. Falta encontrar el tercer cómplice. Salen, cerrando con cuidado. La hembra 56 emite:

Será el primero que aparezca. Déjame hacer a mí.

Pronto se cruzan con una gran soldado asexuada que arrastra un trozo de mariposa. La hembra se dirige a ella con mensajes emotivos que hablan de una gran amenaza para el Nido. Maneja el lenguaje de las emociones con un delicado virtuosismo que deja pasmado al macho. En cuanto a la soldado, abandona inmediatamente su caza para conversar.

¿Una gran amenaza para el Nido? ¿Dónde, quién, cómo, por qué?

La hembra le explica sucintamente la catástrofe de la primera expedición de la primavera. Su forma de expresarse exhala deliciosos efluvios. Tiene ya la gracia y el carisma de una reina. La guerrera queda rápidamente conquistada.

¿Cuándo partimos? ¿Cuántos soldados hacen falta para combatir contra las enanas?

La soldado se presenta. Es la 103.583 asexuada de la puesta del verano. Gran cráneo reluciente, amplias mandíbulas, ojos prácticamente inexistentes, patas cortas; es una aliada de peso. También es una entusiasta de nacimiento.

La hembra 56 ha de refrenar su ímpetu.

Le dice que hay espías en el mismo seno del Nido, que muy bien pudieran ser mercenarias vendidas a las enanas para impedir que los belokanianos descubran el misterio del arma secreta.

Se las reconoce por un olor característico a roca. Hay que actuar con rapidez.

Contad conmigo.

Se reparten las zonas de influencia. 327 intentará convencer a las nodrizas del solarío. Por lo general, suelen ser bastante inocentes.

103.683 tratará de reunir soldados. Si consigue formar una legión, será algo formidable.

También puedo preguntarles a los batidores, tratar de recoger otros testimonios acerca de ese arma secreta de las enanas.

Por su parte, la 56 visitará los criaderos y los establos en busca de apoyos estratégicos.

De regreso aquí para informar a 23°-tiempo.

En la televisión aparecía esta vez, en el marco de la serie «Culturas del mundo», un reportaje sobre las costumbres japonesas.

«Los japoneses, que son un pueblo insular, están acostumbrados a vivir en una autarquía desde hace siglos. Para ellos, la Humanidad se divide en dos grupos: los japoneses y los demás, extranjeros de costumbres incomprensibles, los bárbaros, a los que entre ellos llaman *gaijin*. Los japoneses siempre han sido nacionalistas muy puntillosos. Cuando un japonés se instala, por ejemplo, en Europa, queda automáticamente excluido del grupo. Si vuelve un año más tarde, sus padres, su familia, ya no le reconocerán como uno de los suyos. Vivir con los *gaijin* es impregnarse del espíritu de «los demás», es convertirse en *gaijin*. Incluso sus amistades de infancia se dirigirán a él como si fuese un turista cualquiera.

En la pantalla se veían desfilar distintos templos y lugares sagrados de Shinto. La locución siguió:

«Su visión de la vida y de la muerte es distinta de la nuestra. Aquí, la muerte de un individuo no tiene mucha importancia. Lo que es inquietante es la desaparición de una célula productora. Para familiarizarse con la muerte, a los japoneses les gusta cultivar el arte de la lucha. Los jóvenes aprenden el kendo desde la niñez...»

Dos luchadores aparecieron en el centro de la pantalla, vestidos como antiguos samurais, Sus torsos estaban cubiertos por negras placas articuladas. Llevaban en la cabeza un casco ovalado adornado con dos largas plumas al nivel de las orejas. Se lanzaron el uno contra el otro profiriendo un grito de guerra y luego empezaron a fintar con sus largos sables.

Más imágenes: un hombre sentado sobre sus talones acerca a su vientre con las dos manos un sable corto.

«El suicidio ritual, *Seppuku*, es otro elemento característico de la cultura japonesa. Ciertamente nos resulta difícil comprender este...»

—¡La televisión, siempre la televisión! ¡Embrutece! Nos mete a todos las mismas imágenes en la cabeza. Y hablan de cualquier cosa. ¿Es que aún no estáis hartos? —

exclamó Jonathan, que hacía unas horas que estaba de regreso.

—Déjale. Le tranquiliza. Desde que el perro murió no se siente muy bien —dijo Lucie mecánicamente.

Jonathan le acarició la barbilla a su hijo.

—¿No te encuentras bien, muchacho?

—Chsst. Estoy escuchando.

—¡Hombre! ¡Mira cómo nos habla ahora!

—Cómo te habla a ti. Hay que tener en cuenta que no le ves muy a menudo. No te sorprendas si está un poco distante contigo.

—Oye, Nicolás, ¿has conseguido hacer los cuatro triángulos con las cerillas?

—No. Me pone nervioso. Estoy escuchando.

—Bueno, pues si te pone nervioso...

Jonathan, con aire pensativo, empezó a manipular las cerillas que había encima de la mesa.

—¡Lástima! Es algo... instructivo.

Nicolás no le oía; su cerebro estaba absolutamente inmerso en la televisión. Jonathan se dirigió a su habitación.

—¿Qué haces? —le preguntó Lucie.

—Ya lo ves. Me preparo. Voy a volver.

—¿Cómo? ¡Oh, no!

—No tengo elección.

—Jonathan, dímelo ahora, ¿qué hay allá abajo que tanto te fascina? Después de todo, soy tu mujer.

Él no contestó. Tenía la mirada huidiza, Y seguía con aquel tic tan molesto.

—¿Has matado a las ratas? —le preguntó Lucie.

—Basta con mi presencia. Se mantienen a distancia. Y si no, les enseño esto.

Blandió un gran cuchillo de cocina que había estado afilando durante un buen rato. Tomó con la otra mano la linterna halógena y se dirigió a la puerta de la bodega con un saco al hombro, un saco en el que había abundantes provisiones así como sus herramientas de cerrajero. Apenas murmuró:

—Hasta luego, Nicolás. Hasta luego, Lucie.

Lucie no sabía qué hacer. Cogió a Jonathan por un brazo.

—¡No puedes marcharte así! Es demasiado fácil. ¡Tienes que hablar conmigo!

—¡Por favor!

—Pero ¿cómo tengo que decírtelo? Desde que bajaste a esa maldita bodega no eres el mismo. Ya no tenemos dinero y tú te has comprado por lo menos cinco mil francos de material y libros sobre las hormigas.

—Me interesa la cerrajería, y también las hormigas. Tengo derecho a eso.

—No, no tienes derecho. No cuando tienes un hijo y una mujer que alimentar. Si

todo el dinero del paro se va en la compra de libros sobre las hormigas, acabaré...

—¿Divorciándote? ¿Es eso lo que quieres decir?

Ella le soltó el brazo, abatida.

—No.

Él la tomó por los brazos. Tic en la boca.

—Has de confiar en mí. Tengo que ir hasta el final. No estoy loco.

—¿Que no estás loco? Mírate un poco. Pareces un muerto viviente. Es como si siempre tuvieses fiebre.

—Mi cuerpo envejece, pero mi cabeza se rejuvenece.

—¡Jonathan! ¡Dime qué pasa ahí abajo!

—Cosas apasionantes. Hay que ir más abajo, cada vez más abajo, si queremos poder volver a subir un día... ¿Sabes? Es como las piscinas, en el fondo es donde encontramos apoyo para subir.

Estalló en una carcajada de demente, que treinta segundos después aún resonaba con siniestros ecos en la escalera de caracol.

Nivel +35. La ligera cubierta de ramitas produce un efecto de vidriera. Los rayos del sol destellan al pasar a través de ese filtro y luego caen como una lluvia de estrellas en el suelo. Estamos en el solarío de la ciudad, la «fábrica» donde se producen los ciudadanos belokanianos.

En el lugar reina un calor tórrido: 38°. Es normal, el solarío está orientado directamente al sur para aprovechar al máximo los ardores del astro blanco. A veces, por el efecto catalizador de las ramitas, la temperatura sube ¡hasta los 50°!

Centenares de patas se agitan. La casta más numerosa aquí es la de las nodrizas. Se dedican a apilar los huevos que la Madre acaba de poner. Veinticuatro pilas forman un montón, doce montones forman una hilada. Las hiladas se pierden en la distancia. Cuando una nube proyecta sombra, las nodrizas desplazan las pilas de huevos. Los más recientes han de estar siempre más calientes. «Calor húmedo para los huevos, calor seco para los capullos», vieja receta mirmeleónida para que los pequeños crezcan sanos.

A la izquierda se ve a unas obreras encargadas del mantenimiento térmico. Apilan fragmentos de madera negra, que acumulan el calor, y fragmentos de humus fermentado, que ellas mismas producen. Gracias a esos dos «radiadores», se consigue que el solarío se mantenga permanentemente a una temperatura comprendida entre los 25° y los 40°, incluso cuando en el exterior la temperatura es de 15°.

Hay artilleras que pasean. Si un pájaro carpintero aparece...

A la derecha pueden verse unos huevos de más tiempo. Es una larga metamorfosis; con los lametones de las nodrizas y el paso del tiempo, los huevecitos crecen y amarillean. Se transforman en larvas de dorados pelos al cabo de un tiempo

que oscila entre la semana y las siete semanas. Eso depende otra vez de la meteorología.

Las nodrizas están extremadamente concentradas. No escatiman ni su saliva antiséptica ni su atención. Es necesario que ni la menor suciedad mancille a las larvas. Son tan frágiles. Incluso las feromonas del diálogo quedan reducidas a un mínimo estricto. *Ayúdame a llevarlos hacia ese rincón... Cuidado, tu pila se va a caer...*

Una nodriza transporta una larva dos veces más grande que ella. Seguramente, una artillera. La nodriza deposita el «arma» en un rincón y la lame. En el centro de esta vasta incubadora, montones de larvas, cuyos diez segmentos corporales empiezan a marcarse, gritan pidiendo alimento. Agitan la cabeza en todas direcciones, estiran el cuello y gesticulan hasta que las nodrizas les entregan un poco de melaza o de carne de insecto.

Al cabo de tres semanas, cuando ya han «madurado» lo suficiente, las larvas dejan de comer y de moverse. Fase de letargia en la que se preparan para el esfuerzo. Reúnen sus energías para segregar el capullo que las transformará en ninfas.

Las nodrizas trasladan esos grandes bultos amarillos a una sala vecina llena de arena seca que absorbe la humedad del aire. «Calor húmedo para los huevos, calor seco para los capullos», nunca se repetirá lo suficiente. En este horno el capullo blanco de reflejos azulados se vuelve amarillo, luego gris, luego marrón. Piedra filosofal al revés. Bajo la cobertura se consume el milagro natural. Todo cambia. Sistema nervioso, aparatos respiratorio y digestivo, órganos sensoriales, caparazón...

La ninfa colocada en el horno se animará dentro de unos días. El huevo está cociéndose, el gran momento se acerca. La ninfa que está a punto de eclosionar es llevada aparte, en compañía de las otras que comparten el mismo estado. Las nodrizas agujerean con precaución el velo del capullo, liberando una antena, una pata, hasta liberar una especie de hormiga blanca que tiembla y se tambalea. Su quitina, aún húmeda y clara, será roja dentro de unos días, como la de todos los belokanianos.

327, en medio de este torbellino de actividad, no sabe a quién dirigirse. Lanza un ligero olor hacia una nodriza que ayuda a un recién nacido a dar sus primeros pasos.

Está ocurriendo algo grave.

La nodriza no vuelve la cabeza en su dirección. Formula una frase olorosa apenas perceptible.

Silencio. Nada es más grave que el nacimiento de un ser.

Una artillera le empuja, dándole golpecitos con las mazas situados al final de sus antenas.

No molestes. Circula.

No está el macho en su mejor nivel de energía, no sabe emitir y resultar convincente. ¡Ah, si tuviese el don de la comunicación de la hembra 56! Insiste, sin

embargo, ante otras nodrizas, que no le prestan la menor atención. El macho llega a preguntarse si su misión es en realidad tan importante como a él se lo parece. Es posible que la Madre tenga razón. Hay tareas prioritarias, como perpetuar la vida en lugar de querer engendrar la guerra, por ejemplo.

Cuando está considerando este extraño pensamiento, un chorro de ácido fórmico pasa rozando sus antenas. Es una nodriza la que acaba de dispararle. Ha dejado caer el capullo que estaba a su cargo y le ha apuntado. Por suerte no ha apuntado bien.

El macho corre para atrapar a la terrorista, pero ella ya se ha deslizado en la primera casa cuna, haciendo caer una pila de huevos para bloquearle el paso. Las cáscaras se rompen, liberando un líquido transparente.

¡Esa hormiga ha destruido unos huevos! ¿Qué le ha ocurrido? Todo el mundo enloquece, las nodrizas corren en todas direcciones, preocupadas por proteger a la generación que está gestándose.

El macho 327, comprendiendo que no podrá dar alcance a la fugitiva, hace pasar su abdomen bajo el tórax y apunta. Pero antes de que pueda disparar, la hormiga cae fulminada por una artillera que la había visto arrojar los huevos al suelo.

Alrededor del cuerpo calcinado se forma un tumulto. 327 suspende sus antenas encima del cadáver. No cabe duda, hay como cierto relente, con olor a roca.

Sociabilidad. Entre las hormigas, como entre los seres humanos, la sociabilidad viene predeterminada. La hormiga recién nacida es demasiado débil para romper por sí misma el capullo que la aprisiona. El bebé humano tampoco es capaz de andar o de nutrirse solo.

Las hormigas y los seres humanos son especies formadas para ser asistidas por el entorno y no saben o no pueden aprender solos.

Esta dependencia de los adultos es ciertamente una debilidad, aunque pone en marcha otro proceso: la búsqueda del saber. Si los adultos pueden sobrevivir mientras los jóvenes son incapaces, estos últimos están obligados desde el principio a reclamar conocimientos a los más viejos.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Nivel -20. La hembra 56 aún no está hablando del arma secreta de las enanas con las agriculturas; lo que ve la apasiona demasiado como para que puede emitir cualquier cosa.

Ya que la casta de las hembras es especialmente preciosa, estas últimas viven toda su infancia encerradas en el gineceo de las princesas. A menudo no conocen del mundo más que un centenar de corredores y pocas de ellas se han aventurado por encima del décimo nivel del subsuelo o por encima del décimo superior...

Una vez, 56 había intentado salir para ver el gran Exterior del que le habían hablado las nodrizas, pero unas centinelas la volvieron atrás. Podía disimular más o menos sus olores, pero no sus grandes alas. Las guardianas le advirtieron entonces de que fuera había monstruos gigantescos, que se comían a las princesitas que salían antes de la fiesta del Renacimiento. Desde entonces, 56 se mantuvo entre la curiosidad y el temor.

Una vez de regreso en el nivel -20, cae en la cuenta de que antes de recorrer el gran Exterior salvaje aún tiene muchas maravillas que descubrir en su propia ciudad. Ahora, lo que ve por primera vez son los criaderos.

En la mitología belokaniana se dice que los primeros criaderos se descubrieron en el transcurso de la guerra de los Cereales, en el milenio cincuenta mil. Un comando de artilleras acababa de invadir una ciudad termita. De repente, entraron en una sala de proporciones colosales. En su centro se erguía un enorme bizcocho blanco que un centenar de obreras termitas no dejaban un momento de pulir.

Las belokanianas lo probaron y lo encontraron delicioso. Era... como un pueblo todo él comestible. Unas prisioneras dijeron que aquello eran setas. De hecho las termitas sólo viven de la celulosa, pero como no pueden digerirla recurren a las setas para hacerla asimilable.

Las hormigas, por su parte, digieren bastante bien la celulosa y no tienen ninguna necesidad de ese truco. Aunque no dejaron de comprender las ventajas de tener cultivos en el interior mismo de su ciudad; con eso podrían resistir los asedios y la escasez.

En la actualidad, en las grandes estancias del nivel -20 de Bel-o-kan se seleccionan las cepas. Aunque las hormigas no utilizan ya el mismo hongo que las termitas; en Bel-o-kan se cultiva sobre todo el agárico. Y a partir de las actividades agrícolas se ha desarrollado toda una tecnología.

La hembra 56 pasa entre los arriates de ese blanco jardín. En un lado, unas obreras preparan el lecho en el que crecerá la seta. Cortan hojas en cuadraditos, que a continuación se trituran, se amasan y se transforman en pasta. Las pastas de hojas se disponen en un fertilizante compuesto por excrementos (las hormigas reúnen sus excrementos en lugares reservados para este uso). Luego se humedecen con saliva y se le deja al tiempo el cuidado de hacer que el preparado germine.

Las pastas ya fermentadas se rodean con una bola de filamentos blancos comestibles. Ahí se ven, a la izquierda. Unas obreras las riegan entonces con su saliva desinfectante y cortan todo lo que rebosa el pequeño cono blanco. Si a las setas se les permitiese crecer, pronto harían explotar la estancia. Con los filamentos recolectados por unas hormigas de mandíbulas aplanadas se elabora una harina tan sabrosa como reconstituyente.

También en este lugar se ha llevado al límite la concentración de obreras. Se debe

de evitar que la menor mala hierba, la más pequeña seta parásita, vaya a mezclarse con las otras y se aproveche de esos cuidados.

Es en este contexto, muy poco favorable, donde la hembra 56 trata de establecer el contacto antenar con una jardinera que está ocupada recortando el sobrante de uno de los conos blancos.

Un grave peligro amenaza la Ciudad. Necesitamos ayuda. ¿Queréis uniros a nuestra célula de trabajo?

¿Qué peligro?

Las enanas han descubierto un arma secreta de efectos devastadores, hemos de actuar cuanto antes.

La jardinera le pregunta plácidamente qué le parece su seta, un hermoso agárico. 56 le hace un amable cumplido. La otra le ofrece probarlo. La hembra muerde la pasta blanca y siente en seguida un vivo calor en el esófago. ¡Veneno! Han impregnado el agárico con mirmicacina, su ácido demoledor que se utiliza habitualmente en forma diluida para que sirva de herbicida. 56 tose y escupe a tiempo el tóxico alimento. La jardinera ha dejado la seta a un lado y le salta al tórax, con las mandíbulas abiertas de par en par.

Las dos ruedan con el fertilizante, se golpean el cráneo, y utilizando con golpes secos las mazas antenares. Golpean con la firme intención de acabar la una con la otra. Unas agricultoras las separan.

¿Qué os pasa a vosotras dos?

La jardinera escapa. Abriendo las alas, 56 da un salto prodigioso y la arroja al suelo. Entonces identifica un levísimo olor a roca. No cabe duda, también ella ha caído a su vez sobre un miembro de esa increíble banda de asesinos.

La coge por las antenas.

¿Quién eres? ¿Por qué has intentado matarme? ¿Qué es este olor a roca?

Mutismo. La hembra le retuerce las antenas. Es algo muy doloroso y la otra respinga pero no contesta. 56 no es de las que le harían daño a una célula hermana, pero acentúa la torsión.

La otra no se mueve. Ha entrado en catalepsia voluntaria. Su corazón casi no late ya. No tardará en morir. Por despecho, 56 le corta las antenas, pero lo único que hace con ello es encarnizarse con un cadáver.

Las agricultoras la rodean otra vez.

¿Qué pasa? ¿Qué le has hecho?

56 considera que no es momento de justificarse, y que es mejor salvarse, lo que hace echando a volar. 327 tiene razón. Está ocurriendo algo demencial; hay unas células en el Nido que se han vuelto locas.

2. Cada vez más abajo

Nivel -45; la 103.683 asexuada entra en las salas de lucha, unas estancias con los techos bajos donde los soldados se ejercitan en previsión de las guerras de la primavera.

Las guerreras se baten en duelo en todo el lugar. Las adversarias se palpan al principio, para evaluar la corpulencia y el tamaño de las patas. Dan vueltas, se palpan los flancos, tiran de los pelos, se lanzan desafíos olorosos, se rozan con los extremos de las antenas.

Finalmente se lanzan una contra otra. Chocan los caparazones. Una y otra se esfuerzan por hacer presa en las articulaciones torácicas de la contraria. En cuanto una de las dos lo consigue, la otra intenta morderle las rodillas. Los gestos son bruscos. Se alzan sobre las patas traseras, caen, ruedan, furiosas.

Por lo general, se inmovilizan sobre su presa, y luego, bruscamente, golpean otro miembro. Pero sólo es un ejercicio de entrenamiento, nada se rompe, no se vierte sangre. El combate se interrumpe en cuanto una hormiga queda de espaldas en el suelo. Entonces lleva las antenas hacia atrás, en signo de abandono. Aunque los duelos son bastante realistas. Las garras sujetan con facilidad los ojos para hacer presa. Las mandíbulas resuenan en el vacío.

A cierta distancia, unas artilleras sentadas sobre sus abdómenes apuntan y disparan contra granos de arena colocados a quinientas cabezas de distancia. Los chorros de ácido alcanzan a menudo su objetivo.

Una vieja guerrera enseña a una novicia que todo se pone en juego antes del contacto. Las mandíbulas o el chorro de ácido no hacen otra cosa que confirmar una situación de dominio ya reconocida por las dos beligerantes. Antes de llegar a las patas, ya hay forzosamente una que ha decidido ganar y otra que acepta ser vencida. No es más que una cuestión de reparto de papeles. Una vez cada uno ha elegido el suyo, el vencedor podrá lanzar un chorro de ácido sin apuntar, y dará en la diana; el vencido podrá asestar su mejor golpe, y ni siquiera llegará a herir a su adversario. Hay que tener en cuenta sólo un consejo: se debe aceptar la victoria. Todo está en la cabeza. Hay que aceptar la victoria y nada se resiste.

Dos duelistas tropiezan con la soldado 103.683, y ésta les rechaza vigorosamente y sigue su camino. Busca la zona de los mercenarios, situada debajo de la arena de combate. Ahí está el paso.

Esta sala es aún más amplia que la de las legionarias. Es cierto que las mercenarias viven de forma permanente en el lugar donde se ejercitan. Sólo están ahí para hacer la guerra. Todos los pueblos de la región se codean aquí, sean pueblos aliados o pueblos sometidos: hormigas amarillas, hormigas rojas, hormigas negras, hormigas lanzadoras de cola, hormigas primitivas con aguijón venenoso, e incluso

hormigas enanas.

Nuevamente son las termitas las que se encuentran en el origen de la idea, consistente en alimentar a poblaciones extrañas para hacerlas combatir a su lado en caso de invasión.

Y en cuanto a las ciudades hormigas, llegaron a fuerza de sutilezas diplomáticas a aliarse con las termitas contra otras hormigas.

Ello había suscitado esta importante reflexión: ¿por qué no comprometer francamente legiones de hormigas que viviesen permanentemente en la termitera? La idea era revolucionaria. Y la sorpresa fue grande cuando los ejércitos mirmecianos tuvieron que enfrentarse a hermanas de la misma especie que combatían por las termitas. La civilización mirmeciana, tan dispuesta a adaptarse, esta vez había llevado su talento demasiado lejos.

De buena gana las hormigas hubiesen reaccionado imitando a sus enemigas, manteniendo legiones de termitas para luchar contra las termitas. Pero un obstáculo mayor hizo fracasar el proyecto: las termitas son absolutamente monárquicas. Su lealtad no tiene fisuras, son incapaces de luchar contra los suyos. Tan sólo las hormigas, cuyos regímenes políticos son tan variados como sus distintas psicologías, son capaces de asumir todas las derivaciones más perversas del acuerdo mercenario.

Las grandes federaciones de hormigas rojas se contentaron reforzando su ejército con numerosas legiones de hormigas extranjeras, todas ellas unidas bajo la única bandera olorosa belokiana.

La 103.683 se acerca a las mercenarias enanas. Les pregunta si han oído hablar de la creación de una arma secreta en Shi-gae-pu, un arma capaz de acabar en un momento con toda una expedición de veintiocho hormigas rojas. Las enanas contestan que nunca han visto ni oído hablar de nada tan eficaz.

La 103.683 pregunta a otras mercenarias. Una amarilla pretende haber asistido a tal prodigio. Sin embargo, no se trataba de un ataque de enanas... sino de una pera podrida que había caído inesperadamente de un árbol. Todo el mundo emite chispeantes feromonas de risa. Ese es el sentido del humor típico de las amarillas.

103.683 sube a una sala donde se entrenan unas colegas. Las conoce individualmente a todas ellas. La escuchan con atención y creen lo que dice. El grupo de «investigación del arma secreta de las enanas» pronto reúne a más de treinta guerreras decididas. ¡Ah, si 327 lo viese!

Atención, una banda organizada intenta destruir a aquellas y aquellos que hacen averiguaciones. Seguramente son mercenarias rojas al servicio de las enanas. Se las puede identificar, todas ellas huelen a roca.

Como medida de seguridad, deciden tener su primera reunión en lo más profundo de la ciudad, en una de las salas más bajas del nivel quincuagésimo. Nadie baja nunca hasta allí, así que deberían tener tranquilidad para preparar su ofensiva.

Pero el cuerpo de 103.683 le indica una brusca aceleración del tiempo, 23°. Se despide y se apresura para acudir a su cita con 327 y 56.

***Estética.** ¿Qué hay que sea más hermoso que una hormiga? Sus líneas son curvas y depuradas, su aerodinamismo perfecto. Toda la carrocería del insecto está estudiada para que cada miembro encaje perfectamente en el lugar previsto a este efecto. Cada articulación es una maravilla mecánica. Las placas encajan como si las hubiese concebido un diseñador asistido por un ordenador. Nada rechina, no hay ni un roce. La cabeza triangular penetra en el aire, las patas largas y articuladas le prestan al cuerpo una cómoda suspensión a ras del suelo. Es como un automóvil deportivo italiano.*

Las garras le permiten caminar por el techo. Los ojos tienen una visión panorámica de 180°. Las antenas reciben selectivamente miles de informaciones para nosotros invisibles, y su extremidad puede servir como martillo. El abdomen está lleno de bolsillos, esclusas, compartimentos en los que el insecto puede almacenar productos químicos. Las mandíbulas cortan, pinzan, cogen. Una red formidable de tubos internos le permite lanzar mensajes olorosos.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Nicolás no quería irse a dormir. Aún estaba ante el televisor. Las noticias acababan de terminar con el anuncio del regreso de la sonda *Marco Polo*. La conclusión era que no había el menor vestigio de vida en los sistemas solares próximos. Todos los planetas que la sonda había visitado sólo habían ofrecido imágenes de desiertos rocosos o de superficies líquidas amoniacales. Ni el menor musgo, ni la más pequeña ameba, ni el menor microbio.

Y Nicolás se dijo: «¿Y si papá tuviese razón? ¿Y si fuésemos la única forma de vida inteligente de todo el universo?» Evidentemente, resultaba decepcionante, pero parecía ser verdad.

Tras las noticias, daban un gran reportaje de la serie «Culturas del mundo», dedicado hoy al problema de las castas en la India.

«Los hindúes pertenecen de por vida a su casta de nacimiento. Cada casta funciona según su propio sistema de normas, un código rígido que nadie puede transgredir sin verse dado de lado por su propia casta de origen así como por todas las demás. Para comprender tal comportamiento se debe recordar que...»

—Es la una —intervino Lucie.

Nicolás estaba saturado de imágenes. Desde que se iniciaron los problemas en la

bodega veía cuatro horas largas de televisión diarias. Era su forma de no seguir pensando y de no ser él mismo. La voz de su madre le devolvió a la ingrata realidad.

—¿No tienes sueño?

—¿Dónde está papá?

—Aún está en la bodega. Ahora tienes que dormir.

—No quiero dormir.

—¿Quieres que te cuente un cuento?

—¡Sí, sí! ¡Un cuento! ¡Un cuento muy bonito!

Lucie le acompañó a su habitación y se sentó en el borde de la cama soltando su largo cabello rojo. Eligió un antiguo cuento judío.

Había una vez un cantero que ya estaba cansado de agotarse trabajando en la montaña tallando piedra bajo los rayos ardientes del sol. «Estoy harto de esta vida. Picar y picar piedra me desriñona; ¡y este sol, siempre este sol! ¡Cuánto me gustaría estar en su lugar! Estaría ahí arriba, todopoderoso, bien caliente e inundando el mundo con mis rayos», se dijo el cantero. Y entonces, por milagro, su petición fue atendida. E inmediatamente el cantero se convirtió en sol. Se sentía feliz al ver realizado su deseo. Pero cuando estaba encantado enviando sus rayos a todas partes, se dio cuenta de que éstos quedaban detenidos por las nubes. «¿De qué me sirve ser sol si unas simples nubes pueden detener mis rayos? Si las nubes son más fuertes que el sol, prefiero ser nube». Así se dijo, y entonces se convirtió en nube. Pasa volando sobre el mundo, esparce la lluvia, pero de repente el viento se levanta y dispersa la nube. «Ah, así que el viento consigue dispersar las nubes, de manera que él es el más fuerte. Quiero ser viento», decidió.

—Y entonces, ¿se convirtió en viento?

—Sí. Se convierte en viento y sopla por todo el mundo. Forma tempestades, borrascas, tifones. Pero de repente se da cuenta de que una pared cierra el paso. Es una pared muy alta y muy dura. Es una montaña. «¿De qué me sirve ser viento si una simple montaña puede detenerme? Ella es la más fuerte», dijo.

—¡Y se convierte en montaña!

—Eso es. Y en ese momento siente algo que le golpea. Algo más fuerte que él, que le agujerea... Es..., un pequeño cantero...

—¡Aaaah!

—¿Te ha gustado el cuento?

—¡Sí, mucho, mamá!

—¿Estás seguro de no haber visto otros más bonitos en la televisión?

—No, no, mamá.

Ella rió y le estrechó entre sus brazos.

—Di, mamá, ¿crees que papá está perforando también?

—Quizá, ¿quién sabe? En cualquier caso parece pensar que se va a transformar en

otra cosa a fuerza de bajar a la bodega.

—¿Es que no está bien aquí?

—No, hijo; le da vergüenza ser un parado. Cree que es mejor ser sol. Un sol subterráneo.

—Papá cree que es el rey de las hormigas.

Lucie sonrió.

—Ya se le pasará. ¿Sabes? Él también es un niño. Y a los niños siempre les fascinan los hormigueros. ¿Tú nunca has jugado con las hormigas?

—Sí, mamá.

Lucie le ahuecó la almohada y le dio un beso.

—Ahora tienes que dormir. Buenas noches.

—Buenas noches, mamá.

Lucie vio las cerillas en la mesita de noche. Debía de haber estado intentando formar los cuatro triángulos. Lucie volvió a la sala y volvió a coger el libro de arquitectura que hablaba de la historia de la casa.

Muchos científicos habían vivido en ella. Sobre todo científicos protestantes. Miguel Servet, por ejemplo, había estado unos años.

Un párrafo le llamó especialmente la atención. Según lo que decía, durante las guerras de religión se había excavado un paso subterráneo para que los protestantes pudieran huir fuera de la ciudad. Un subterráneo de una profundidad y una longitud poco corrientes.

Los tres insectos se instalan formando triángulo para llevar a cabo una CA. Así no hará falta que cuenten sus aventuras, sabrán instantáneamente todo lo que ha ocurrido como si fuesen un solo cuerpo que se hubiese dividido en tres.

Unen las antenas. Los pensamientos empiezan a circular, a fusionarse. Cada cerebro actúa como un transistor que conduce enriqueciéndolo el mensaje eléctrico que él mismo recibe, Tres espíritus hormigas así unidos trascienden las simples sumas de sus talentos.

Pero de repente el encanto se rompe. 103.683 ha sentido un olor parásito. Las paredes tienen antenas. Más concretamente, dos antenas que pasan más allá del orificio de entrada de la estancia de 56. Alguien les está escuchando...

Es medianoche. Hacía ya dos horas que Jonathan no había vuelto a subir. Lucie paseaba nerviosa por la sala. Fue a ver a Nicolás, que dormía profundamente, cuando su mirada se vio atraída por algo. Las cerillas. Tuvo en ese momento la intuición de que podía haber un principio de respuesta para el enigma de la bodega en el enigma de las cerillas. Cuatro triángulos equiláteros formados con seis palitos...

«Hay que pensar de manera diferente, si se piensa como de costumbre no se llega

a ninguna parte», decía y repetía Jonathan. Tomó las cerillas y volvió a la sala, donde estuvo jugando con ellas un buen rato. Por fin, agotada por la angustia, fue a acostarse.

Esa noche tuvo un sueño extraño. En primer lugar vio al tío Edmond, o por lo menos un personaje que correspondía a la descripción que de él le había hecho su marido. Estaba en una especie de larga cola que se prolongaba en pleno desierto, entre guijarros. Unos soldados mexicanos estaban junto a la cola y vigilaban que «todo fuese bien». A lo lejos se veía una docena de horcas donde colgaban a la gente. Cuando ya estaban rígidos, los descolgaban y ahorcaban a otros. Y la fila iba avanzando...

Tras Edmond estaban Jonathan, ella misma, y luego un hombre gordo con garitas muy pequeñas. Todos los condenados a muerte conversaban tan tranquilamente, como si no pasase nada.

Cuando por fin les pasaron la cuerda por el cuello y les colgaron, a los cuatro juntos, no hicieron más que esperar tontamente. El tío Edmond se decidió a hablar en primer lugar, con voz ronca —y con motivo.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—No lo sé... Vivimos. Hemos nacido, de manera que vivimos el mayor tiempo posible. Pero creo que la cosa se está acabando —repuso Jonathan.

—Querido sobrino, eres un pesimista. Es cierto que estamos en la horca y rodeados por soldados mexicanos, pero no es más que un albur de la vida, no un fin, sólo un albur. Además, esta situación tiene por la fuerza arreglo. ¿Estáis bien atados, vosotros, los de ahí atrás?

—Pues no —dijo el hombre grueso. Yo puedo deshacerme de estas ligaduras.

Y lo hizo.

—Bueno, pues liberémonos entonces.

—¿Cómo?

—Colúmpiese hasta que llegue a mis manos.

El hombre se contorsionó y llegó a convertirse en una péndulo viviente. Cuando hubo soltado las ligaduras de Edmond, todos fueron quedando libres, uno tras otro, utilizando la misma técnica.

Luego, el tío dijo:

—Haced lo mismo que yo.

Y dando saltitos fue avanzando de cuerda en cuerda hacia la última horca de la hilera. Los demás le imitaron.

—¡No podemos seguir adelante! Ya no hay nada más después de esta viga y nos descubrirán.

—Mirad, hay un agujerito en la viga. Vamos.

Edmond saltó entonces hacia la viga, se volvió minúsculo y desapareció en el

interior. Jonathan y luego el señor gordo hicieron lo mismo. Lucie se dijo que ella no lo conseguiría nunca, y sin embargo se lanzó hacia el tarugo de madera y ¡entró por el agujero!

En el interior, había una escalera de caracol. Subieron por ella de cuatro en cuatro. Ya se oían los gritos de los soldados que se habían dado cuenta de su fuga. «¡Los gringos, los gringos, cuidado!». Y ruido de botas y de fusiles. Iban a darles caza.

La escalera desembocaba en una habitación de hotel moderna y con vistas al mar. Entraron y cerraron la puerta. Era la habitación 8. Con el golpe de la puerta al cerrarse, el 8 vertical pasó a ser un 8 horizontal, símbolo del infinito. La habitación era lujosa y en ella se sentían al resguardo de los soldadotes.

Entonces, cuando todo el mundo respiraba con alivio, Lucie saltó de repente a la garganta de su marido.

—¡Hemos de pensar en Nicolás! ¡Hemos de pensar en Nicolás!

Y le dejó sin sentido con un antiguo jarrón en el que aparecía pintado Hércules niño ahogando a la Serpiente. Jonathan cayó en la alfombra, donde se transformó... en un langostino sin caparazón que se retorció de una manera ridícula.

El tío Edmond se dirigió a ella.

—Lo siente, ¿verdad?

—No le entiendo.

—Pues comprenderá —dijo el hombre, sonriendo. Sígame.

La precedió al balcón, de cara al mar, y chasqueó los dedos. Seis cerillas encendidas bajaron inmediatamente de las nubes y se alinearon en su mano.

—Escúcheme bien —dijo el hombre. Siempre se piensa de la misma manera. Siempre aprendemos el mundo de la misma manera banal. Es como si sólo tomasen fotografías con un gran angular. Eso da una visión de la realidad, pero no es la única. HAY... QUE... PENSAR... DE OTRA... MANERA...

Las cerillas giraron en el espacio un momento y luego se reunieron en el suelo. Se arrastraban, como si estuviesen vivas, para formar...

Al día siguiente, con fiebre, Lucie compraba un soplete. Consiguió por fin acabar con la cerradura. Cuando se disponía a franquear el umbral de la bodega, Nicolás, aún medio dormido, apareció en la cocina.

—¡Mamá! ¡A dónde vas?

—Voy a buscar a tu padre. Se toma por una nube capaz de cruzar las montañas. Voy a ver si no está exagerando un poco. Ya te contaré...

—No, mamá, no te vayas, no te vayas... Me quedaré solo.

—No te preocupes, Nicolás, volveré a subir, no tardaré mucho. Espérame...

Iluminó la abertura de la bodega. El lugar estaba en tinieblas, tan oscuro...

¿Quién hay ahí?

Las dos antenas avanzan, desvelando una cabeza, luego un tórax y un abdomen. Es la pequeña coja con olor a roca.

Quieren echársele encima, pero tras ella se perfilan las mandíbulas de un centenar de soldados armadas para la batalla. Todas huelen a roca.

¡Huyamos por el pasadizo secreto! dice la hembra 56.

Aparta el cierre y descubre el subterráneo, Luego, batiendo las alas, se eleva hasta rozar el techo, desde donde dispara ácido contra los primeros intrusos. Sus dos compañeros huyen, mientras un mensaje brutal espolea a la tropa de guerreras.

¡Matadlos!

56 se lanza a su vez por el agujero y unos chorros de ácido la marran por poco. *¡De prisa! ¡Atrapadles!* Centenares de patas se lanzan en su persecución. Esas espías son tremendamente numerosas. Se precipitan tumultuosamente por el orificio para atrapar al trío.

Con el vientre arrastrando y las antenas echadas atrás, el macho, la hembra y la soldado se lanzan por el pasadizo, que ya no tiene nada de secreto. Salen así de la zona del gineceo y bajan a los niveles inferiores. El estrecho corredor desemboca en seguida en una encrucijada. A partir de ahí se multiplican las bifurcaciones, pero 327 consigue orientarse y guía a sus compañeras de desventuras.

De repente, en un ángulo de un túnel se encuentran ante un grupo de soldados que se precipitan en su dirección. ¡Es increíble! La coja ya les ha alcanzado. El maquiavélico insecto conoce decididamente todos los atajos.

Los tres fugitivos se baten en retirada. Cuando por fin consiguen descansar un poco, 103.683 dice que preferiría no luchar en el terreno de los otros, que circulan con demasiada facilidad por ese dédalo de pasadizos.

Cuando el enemigo parece más fuerte que tú, actúa de manera que escapes a su comprensión. Este antiguo aforismo de la primera Madre se aplica perfectamente a esta situación. 56 tiene una idea: propone camuflarse en el interior de un muro.

Antes de que las guerreras con olor a roca les hayan localizado, cavan con todas sus fuerzas en una pared lateral, atacando la tierra y apartándola a mandíbulas llenas. Se cubren de arena hasta los ojos y las antenas. A veces, para ir más de prisa, tragan grandes bocados de tierra. Cuando la cavidad es ya bastante profunda, se apelotonan en ella, rehacen el muro y esperan. Sus perseguidoras llegan, y pasan a toda carrera. Pero no tardan en volver, esta vez bastante más despacio. Hay algo tras ese ligero tabique...

Pero no, no se han dado cuenta de nada. Sin embargo, es imposible quedarse ahí. El enemigo acabará detectando algunas de sus moléculas. Entonces, vuelven a excavar. 103.683, que tiene las mandíbulas más grandes, va delante; los otros dos apartan la arena y la amontonan tras de sí.

Las asesinas han comprendido la maniobra. Sondean las paredes y encuentran su rastro. Se ponen a trabajar frenéticamente. Las tres hormigas toman por una curva descendente. En cualquier caso, en esa melaza negra no es fácil seguir nada ni a nadie. Cada segundo que pasa, nacen tres corredores y dos se cierran. ¡Vaya uno a hacer un mapa de la ciudad que sea digno de confianza en tales condiciones! Las únicas referencias fijas son la cúpula y el tocón.

Las tres hormigas se hunden lentamente en la carne de la Ciudad. A veces tropiezan con una larga liana. En realidad son tallos de hiedra que han plantado las hormigas agricultoras para que la Ciudad no se hunda con las lluvias. Llegan un momento en que la tierra se hace más dura y sus mandíbulas tropiezan con piedra. Se impone dar un rodeo.

Las dos hormigas sexuales no perciben las vibraciones de sus perseguidoras. El trío decide detenerse. Se encuentran en una bolsa de aire en el corazón de Bel-o-kan. Es un lugar impermeable, inodoro, desconocido para todos. Una isla desierta. ¿Quién daría con ellos en esta minúscula caverna? Se sienten aquí como en el óvalo sombrío del abdomen de su madre.

56 tamborilea con el extremo de sus antenas en el cráneo del macho. Es una petición de trofalaxia. 327 pliega las antenas en señal de aceptación y luego pega su boca a la de la hembra. Regurgita un poco del melado que le había entregado la primera guardiana. 56 se siente inmediatamente reanimada. 103.683 tamborilea a su vez en el cráneo de la hembra. Unen los apéndices labiales y 56 hace que suba el alimento que acaba de recibir. A continuación, los tres se acarician y friccionan entre sí. ¡Ah, qué agradable es dar para una hormiga!

Han recuperado fuerzas, pero saben que no pueden quedarse ahí indefinidamente. El oxígeno se agotará, e incluso aunque las hormigas puedan sobrevivir bastante tiempo sin alimento, sin agua, sin aire ni calor, la carencia de esos elementos vitales acaba provocándoles un sueño mortal.

Contacto antenar.

¿Qué hacemos ahora?

La cohorte de treinta guerreras unidas a nuestro proyecto nos espera en una sala del nivel cincuenta del subsuelo.

Vayamos allí.

Vuelven a su trabajo de zapa, orientándose gracias al órgano de Johnston, sensible a los campos magnéticos terrestres. Con toda lógica, creen estar entre los silos de cereales del nivel -18 y los criaderos de setas del nivel -20. Sin embargo, cuanto más bajan más frío hace. Al llegar la noche, la helada penetra el suelo hasta mucha profundidad. Sus gestos se hacen más lentos. Finalmente se inmovilizan en actitud de cavar y se duermen en espera del final.

—¡Jonathan, Jonathan! ¡Soy yo, Lucie!

Cuanto más y más se hundía en aquel universo de tinieblas, sentía que el miedo la iba ganando. Ese interminable descenso a lo largo de la escalera había acabado sumiéndola en un estado en el que le parecía ir hundiéndose más y más profundamente en su propio interior. Sentía ahora un dolor difuso en el vientre, después de haber experimentado una brutal sequedad de la garganta, luego un nudo de angustia en el plexo solar, seguido de intensos pinchazos en el estómago:

Sus rodillas, sus pies, seguían funcionando de forma automática; ¿irían a perder pronto su función, y también ella, y entonces dejaría de bajar?

Aparecieron unas imágenes de su infancia. Su autoritaria madre que siempre la estaba culpando y cometía toda clase de injusticias favoreciendo a sus hermanos mimados... Y su padre, un individuo sin brillo, que temblaba ante su mujer, que se pasaba la vida huyendo de la menor discusión y que decía «amén» a los menores deseos de la reina madre. Su padre, el muy cobarde...

Estas ingratas reminiscencias dieron paso a la sensación de haber sido injusta con Jonathan. De hecho, le había reprochado todo lo que pudiera recordarle a su padre. Y justamente porque ella le llenaba permanentemente de reproches, le inhibía, le minimizaba, haciendo que fuese pareciéndose poco a poco a su padre. Así, el ciclo se había iniciado otra vez. Ella, Lucie, había recreado sin darse cuenta siquiera lo que más odiaba: el matrimonio de sus padres. Tenía que romper el ciclo. Se detestaba por todos los gritos con que había gratificado a su marido. Le debía una reparación.

Seguía girando y bajando. Al haber reconocido su propia culpabilidad, había liberado a su cuerpo de sus miedos y dolores opresivos. Una puerta como cualquier otra, en parte cubierta de inscripciones que no se tomó el tiempo de leer. Había un pomo. La puerta se abrió sin un ruido.

Más allá, la escalera se prolongaba. La única diferencia notable eran las venas de roca ferruginosa que aparecían en medio de la piedra. Debido a las filtraciones de agua, originadas probablemente en una corriente subterránea, el hierro adquiriría unas tonalidades ocres y rojizas.

Sin embargo, Lucie tenía la sensación de haber iniciado una nueva etapa. Y, de repente, su linterna iluminó unas manchas de sangre ante sus pies. Debía ser sangre de Ouarzazate. El valiente caniche enano había llegado, pues, hasta aquí... La sangre había salpicado por todas partes, pero en las paredes era difícil distinguir las huellas de sangre de las manchas de hierro oxidado.

De repente, oyó un ruido. Una crepitación. Era como si hubiese unos seres que caminasen hacia ella. Los pasos eran nerviosos, como si esos seres fuesen tímidos, como si no se atreviesen a acercarse. Lucie se detuvo para escrutar la oscuridad del fondo con la linterna. Cuando vio el origen del ruido, exhaló un alarido inhumano. Pero nadie podía oírla, estando ella donde estaba.

El sol sale para todos los seres de la Tierra.

Reanudan el descenso. Nivel -36. 103.683 conoce bien el lugar y piensa que pueden salir sin peligro. Las guerreras con olor a roca no han podido seguirles hasta ahí.

Desembocan en unas galerías bajas completamente desiertas. En algunos lugares se ven agujeros, a derecha e izquierda, de viejos graneros abandonados hace por lo menos tres hibernaciones. El suelo está resbaladizo. Debe de haber filtraciones de humedad. Por tal razón esta zona, consideraba insalubre, se ha convertido en uno de los barrios de peor fama de Bel-o-kan.

Huele mal.

El macho y la hembra no se sienten muy seguros. Perciben presencias hostiles, antenas que les espían. El lugar debe de estar lleno de insectos parásitos y fuera de la ley.

Siguen adelante, con las mandíbulas dispuestas, por lúgubres salas y túneles. Un chirrido agudo les sobresalta de repente. El sonido no cambia de tonalidad y forma una melopea hipnótica que resuena en las cavernas fangosas.

Según la soldado, son grillos. El ruido son sus cantos de amor. Las dos hormigas sexuadas sólo se tranquilizan a medias. Resulta increíble que unos grillos actúen con tanta insolencia ante las tropas federales en el mismo interior de la Ciudad.

103.683 no está sorprendida. ¿No dice una sentencia de la última Madre: *Más vale consolidar los puntos fuertes que querer controlarlo todo?* Ése es el resultado.

Suenan otros ruidos diferentes. Como si alguien cavase muy de prisa. ¿Les habrán alcanzado las guerreras con olor a roca? No... Dos manos aparecen ante ellos. Forman una especie de rastrillo. Las manos excavan y llevan la tierra atrás, propulsando un enorme cuerpo negro.

Ha de ser un topo.

Las hormigas se quedan inmóviles, con las mandíbulas dispuestas.

Es un topo.

Torbellino de tierra. Bola de pelo negro y garras blancas. El animal parece nadar entre las capas sedimentarias como una rana en un lago. Las hormigas se quedan sin movimiento, soldadas a la arcilla. Pero salen del encuentro indemnes. La máquina excavadora pasa. El topo sólo estaba buscando gusanos. Su mayor placer es morderles los ganglios nerviosos para paralizarlos, y luego almacenarlos vivos en su madriguera.

Las tres hormigas se desincrustan de la arcilla y reanudan su camino después de lavarse metódicamente una vez más.

Acaban de entrar en un pasadizo muy estrecho y muy alto. La soldado que hace de guía emite un olor de alerta señalando el techo, que está tapizado de chinches rojas

con manchas negras. Son unas buscapleitos diabólicas.

Esos insectos de tres cabezas de largo (nueve milímetros) parecen tener en la espalda el dibujo de unos ojos. Se alimentan por lo general con la carne de los insectos muertos y, a veces, con insectos decididamente vivos.

Una de las chinches se deja caer sobre el trío. Antes de que haya podido llegar al suelo, 103.683 lleva su abdomen bajo el tórax y lanza un chorro de ácido fórmico. Cuando el buscapleitos aterriza se ha metamorfoseado ya en mermelada caliente.

Las hormigas se lo comen a toda prisa y luego cruzan la estancia antes de que les venga encima otro de esos monstruos.

Inteligencia. *Inicié los experimentos propiamente dichos en enero del 58.*

Primer tema: la inteligencia. ¿Son inteligentes las hormigas?

Para averiguarlo, enfrenté a un individuo hormiga roja (Fórmica rufa), de talla mediana y del tipo asexuado, al siguiente problema. En el fondo de un agujero puse un trozo de miel endurecida. Pero el agujero estaba obstruido con una brizna de hierba, poco pesada pero muy larga y muy firmemente asentada. Normalmente, la hormiga amplía el agujero para pasar, pero en este caso, como el soporte es de plástico rígido, no puede perforarlo.

Primer día: la hormiga le da tirones a la hierbecita, la levanta un poco, la deja, vuelve a levantarla.

Segundo día: la hormiga sigue haciendo lo mismo. También intenta recortar la hierbecita por su base. Sin resultado.

Tercer día: lo mismo. Parece ser que el insecto se ha perdido en un mal proceso de razonamiento y que insiste en él porque es incapaz de imaginar otro... Lo que sería prueba de su no-inteligencia.

Cuarto día: lo mismo.

Quinto día: lo mismo.

Sexto día: al despertar esta mañana, me he encontrado la hierbecita separada del agujero. La cosa se ha debido producir durante la noche.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Las galerías por las que van están medio obstruidas. Allá arriba, la tierra fría y seca, retenida por raíces blancas, forma grumos. A veces se desprenden fragmentos de esos grumos. A eso le llaman «granizo interior». El único medio conocido de protegerse de él es redoblar la vigilancia y saltar a un lado al menor olor de desprendimiento.

Las tres hormigas siguen adelante con el vientre pegado al suelo, las antenas tendidas hacia atrás y las patas muy separadas. 103.683 parece saber con precisión a dónde les lleva. El suelo vuelve a ser húmedo. Un efluvio nauseabundo circula por el

lugar. Olor de vida. Olor a animal.

El macho 327 se detiene. No está completamente seguro, pero le ha parecido ver que una pared se movía sospechosamente. Se acerca a la zona sospechosa, y la pared tiembla. Se diría que se perfila una boca. La boca se transforma en una espiral, una protuberancia se destaca en el centro y salta, arrojándose sobre él.

El macho lanza un grito olfativo.

¡Un gusano de tierra! Lo parte en dos con un solo golpe de sus mandíbulas. Pero alrededor de ellos las paredes empiezan a rezumar esas sinuosas bestezuelas. Y pronto hay tantas que es como si estuviesen en los intestinos de un pájaro.

Una lombriz se empeña en enroscarse en el tórax de la hembra, y ésta también hace sonar sus mandíbulas y la corta en muchos trozos que se van ondulando cada uno por su lado. Otros gusanos intervienen y se enroscan alrededor de sus patas y de sus cabezas. El contacto con las antenas es especialmente insoportable. De mutuo acuerdo, desenvainan los tres y lanzan ácido contra los inofensivos ascáridos. Finalmente, el suelo queda tapizado con relieves de carne ocre que se agitan como para desafiarles.

Los tres echan a correr.

Cuando recuperan el ánimo, 103.683 les indica otra nueva serie de pasillos que han de recorrer. Cuanto más se adentran en ellos peor huele. Aunque empiezan a acostumbrarse. Uno se acostumbra a todo. La soldado señala una pared y explica que hay que perforar ahí.

Son las antiguas reservas de fertilizante. El lugar de reunión está justo al lado. Nos gusta reunimos aquí, es un sitio tranquilo.

Desempeñan otra vez su papel de perforadoras, y desembocan al otro lado en una gran sala que huele a excrementos.

Las treinta soldados unidas a su causa están en efecto allí, esperándoles. Pero para conversar con ellas habría que conocer los rudimentos del juego del rompecabezas, porque están todas ellas divididas en piezas. A menudo la cabeza queda bastante lejos del tórax.

Horrorizados, inspeccionan la macabra sala. ¿Quién puede haberlas matado así, justo bajo los pies de Bel-o-kan?

Seguramente algo procedente de abajo, emite el macho 327.

A mí no me lo parece, replica la hembra, y le propone que perfore el suelo.

El macho hinca en él las mandíbulas. Dolor. Lo que hay abajo es roca.

Una enorme roca de granito, precisa un poco tarde 103.683. Es el fondo, la tierra firme en que se asienta la Ciudad. Es espeso, muy espeso. Y grande, muy grande. Nunca se han encontrado sus límites.

Quizá sea, después de todo, el fin del mundo. Y entonces se manifiesta un extraño

olor. Algo acaba de entrar en la sala. Algo que inmediatamente les resulta simpático. No, no es una hormiga del Nido, sino un coleóptero lomechuse.

Cuando era sólo una larva, 56 había oído hablar a la madre de este insecto:

No hay sensación que pueda igualarse a la que acompaña la absorción del néctar de la lomechuse una vez se ha probado. Fruto de todos los deseos físicos, su secreción anula las voluntades más decididas.

Tomar esta sustancia suspende el dolor, el miedo, la inteligencia. Las hormigas que tienen la suerte de sobrevivir a su proveedora de veneno abandonan irresistiblemente la Ciudad en busca de nuevas dosis. Ya ni comen ni descansan, y caminan hasta el agotamiento. Luego, si no encuentran una lomechuse se quedan inmóviles en una brizna de hierba y se abandonan a la muerte, recorridas por las mil mordeduras de la carencia.

En su infancia, 56 preguntó un día por qué se toleraba la entrada de esa calamidad pública en la Ciudad, cuando las termitas y las abejas la masacraban sin ningún miramiento. Entonces, la Madre le respondió que hay dos formas de hacer frente a un problema: o bien se le impide que se acerque, o bien se deja uno atravesar por él. La segunda no es forzosamente la peor manera. Las secreciones de la lomechuse, bien dosificadas o mezcladas con otras sustancias, se convierten en excelentes medicinas.

El macho es el primero que se adelanta hacia el insecto. Subyugado por la belleza de los aromas que emana la lomechuse, le lame los pelos del abdomen. Éstos supuran jugos alucinógenos. Un hecho turbador: el abdomen de la envenenadora, con sus dos largos pelos, tiene exactamente la misma configuración que una cabeza de hormiga con sus dos antenas.

La hembra 56 se lanza también hacia el insecto, pero no tiene tiempo de empezar a gozar. Un chorro de ácido silba. 103.683 ha desenvainado y disparado. La lomechuse quemada se retuerce de dolor.

La soldado comenta sobriamente su intervención.

No es normal encontrar a este insecto a esta profundidad. Las lomechuses no saben hacer agujeros en el suelo. Alguien la ha traído por propia voluntad para impedirnos ir más lejos. Por aquí hay algo que descubrir.

Los otros dos, avergonzados, no pueden menos que admirar la lucidez de su compañera. Los tres buscan durante mucho tiempo. Apartan los granos de arena, husmean por los más pequeños rincones de la estancia. Hay pocos indicios. Sin embargo, acaban reconociendo un olor conocido. El ligero olor a roca de los asesinos. Es apenas perceptible, sólo dos o tres moléculas, pero con eso basta. Y procede de ahí. Justo bajo esa roca pequeña. La mueven y descubren un pasadizo secreto. Otro más.

Aunque éste tiene una característica importante: no está excavado ni en la tierra ni en la madera. Está decididamente excavado en la roca granítica. Ninguna mandíbula

ha podido hincarse en ese material.

El corredor es bastante amplio, pero los tres bajan con prudencia por él. Tras un corto trayecto, llegan a una amplia sala llena de alimentos. Harinas, miel, grano, carnes diversas... Hay cantidades sorprendentes de todo ello, como para alimentar a la Ciudad entera durante cinco hibernaciones. Y de todo ello se desprende el mismo olor a roca de las guerreras que les persiguen.

¿Cómo es posible que se haya dispuesto aquí una despensa tan bien provista? Y con una lomechuse para bloquear el acceso, nada menos. Tal información nunca ha circulado entre las antenas del Nido.

Los tres comen copiosamente y luego unen sus antenas para tener un conciliábulo. La cuestión resulta cada vez más tenebrosa. El arma secreta que acaba con la expedición número uno, las guerreras con un olor especial que les atacan en todas partes, la lomechuse, un escondite lleno de alimentos debajo de la Ciudad... La cosa va más allá de la hipótesis de un grupo de espías mercenarias al servicio de las enanas. O es que están extraordinariamente bien organizadas.

327 y sus compañeras no tienen ocasión de profundizar en su reflexión. Unas vibraciones sordas repercuten en la profundidad. Allí arriba, las obreras tamborilean con el extremo del abdomen sobre el suelo. Es algo grave. Es la segunda fase de la alerta. No pueden ignorar esa llamada. Las patas dan automáticamente media vuelta. Sus cuerpos, movidos por una fuerza irreprimible, están ya en camino para unirse al resto del Nido.

La hormiga coja, que les seguía a buena distancia, se siente aliviada. ¡Menos mal! No han descubierto nada...

Por fin, como ni su padre ni su madre volvían a subir de la bodega, Nicolás decidió avisar a la Policía. Y fue un niño hambriento y con los ojos enrojecidos el que apareció en la comisaría explicando que sus padres «habían desaparecido en la bodega», y que posiblemente habían sido devorados por las ratas o por las hormigas. Dos policías atónitos le acompañaron hasta el sótano del número 3 de la calle de los Sybarites.

Inteligencia (continuación). *Vuelta al experimento, pero esta vez con una cámara de vídeo.*

Sujeto: una hormiga de la misma especie y del mismo nido.

- *Primer día: tira de la hierbecita, la empuja y la muerde sin ningún resultado.*
- *Segundo día: lo mismo.*
- *Tercer día: ¡ya está! Ha encontrado algo; tira un poco, introduce el abdomen en el agujero, lo hincha, luego baja la presa y vuelve a empezar.*

Así, con pequeños empujones, saca lentamente la hierbecita.

Así que era eso...

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

La alerta la ha provocado un acontecimiento extraordinario. La-chola-kan, la ciudad hija situada más al oeste, ha sido atacada por legiones de hormigas enanas.

Así que se han decidido...

Y ahora la guerra es inevitable.

Los supervivientes, que han conseguido superar el bloqueo impuesto por las shigaepuyanas, cuentan cosas increíbles. Según ellos, lo que ocurrió fue lo siguiente:

A 17° de temperatura, una larga rama de acacia se acercó a la entrada principal de La-chola-kan. Una rama anormalmente móvil. Se hundió de golpe y destrozó el orificio... girando.

Las centinelas salieron entonces para atacar a ese objeto perforante no identificado, pero todas murieron. Entonces, todo el mundo se quedó sin hacer nada esperando a que la rama acabase con el destrozo. Pero no acababa nunca.

La rama hizo saltar la cúpula como si fuese un botón de rosa y hurgó en los corredores. Las artilleras ametrallaron la rama con fuego graneado, pero el ácido era impotente con ese vegetal destructor.

Los lacholakanianos ya no podían más de terror. Pero la cosa acabó. Hubo una pausa de 2°, y a continuación las legiones enanas llegaron a paso de carga.

La ciudad hija desventrada apenas pudo resistir el primer ataque. Las pérdidas se cuentan por decenas de millares. Los que sobrevivieron se refugiaron por fin en su tocón de pino y están consiguiendo resistir al sitio. Sin embargo, no podrán sobrevivir mucho tiempo, ya no tienen reservas de alimentos y se baten ya incluso en las arterias de madera de la Ciudad prohibida.

Ya que la La-chola-kan forma parte de la Federación, Bel-o-kan y todas las ciudades hijas vecinas deben socorrerla. El zafarrancho de combate se decreta incluso antes de que las antenas hayan recibido el final de las primeras narraciones del drama. ¿Quién piensa ya en el descanso y en la reconstrucción? La primera guerra de la primavera acaba de empezar.

Mientras el macho 327, la hembra 56 y la soldado 103.683 suben lo más de prisa que pueden de nivel en nivel, a su alrededor todo se mueve.

Las nodrizas bajan los huevos, las larvas y las ninfas al nivel -43. Las ordeñadoras de los pulgones esconden su ganado en el último nivel de la Ciudad. Las agriculturas preparan alimentos picados para que puedan servir como raciones de combate. En las salas de las castas militares, las artilleras colman sus abdómenes con

ácido fórmico. Las cortadoras aguzan sus mandíbulas. Las mercenarias se agrupan en legiones compactas. Las hormigas sexuadas se atrincheran en sus estancias.

No pueden atacar de inmediato, hace demasiado frío. Pero a partir de mañana por la mañana, con el primer rayo de sol, la guerra causará estragos.

Arriba, en la cúpula, se cierran las salidas de regulación térmica. La ciudad de Bel-o-kan contrae sus poros, prepara sus garras y aprieta los dientes. Está dispuesta para morder.

El policía más corpulento rodeó con un brazo los hombros del chico.

—¿Estás seguro? ¿Están ahí dentro?

El niño, con cansancio, se desembarazó sin responder. El inspector Galin se inclinó en lo alto de la escalera y lanzó un grito tan fuerte como ridículo. El eco le respondió.

—Parece verdaderamente muy profundo —dijo. No podemos bajar así como así. Necesitamos material.

El comisario Bilsheim llevó un dedo pulposo a su boca, con gesto preocupado.

—Evidentemente. Evidentemente.

—Voy a buscar a los bomberos —dijo el inspector Galin.

—De acuerdo. Mientras tanto, yo interrogaré al chico.

El comisario señaló la cerradura fundida.

—¿Ha sido tu mamá quien ha hecho esto?

—Sí.

—Vaya, pues tu madre es muy desenvuelta. Conozco pocas mujeres que sepan utilizar un soplete para hacer saltar una puerta blindada... y no conozco ninguna que sepa desatrarcar un sumidero.

Nicolás no estaba de ánimo para bromas.

—Quería ir a buscar a papá.

—Es verdad, perdona... ¿Cuánto tiempo hace que están ahí abajo?

—Hace dos días.

Bilsheim se rascó la nariz.

—Y ¿por qué bajó tu padre? ¿Lo sabes?

—Primero fue para ir a buscar al perro. Luego, no lo sé. Compró un montón de placas de metal y se las llevó abajo. Y luego compró montones de libros sobre las hormigas.

—¿Hormigas? Evidentemente. Evidentemente.

El comisario Bilsheim, bastante desorientado, se dedicó a menear la cabeza murmurando varios «evidentemente» más. El asunto tenía mal cariz. No era la primera vez que tenía que hacerse cargo de casos «especiales». Incluso se podría decir que le endilgaban todas las manzanas podridas. Sin duda eso tenía que ver con

sus principales cualidades: a los locos les daba la sensación de que por fin habían encontrado en él unos oídos comprensivos.

Era un don de nacimiento. Ya cuando era muy pequeño, sus compañeros de clase iban a verle para confiarle sus delirios. Él, entonces, meneaba la cabeza con aire de comprender mirando a su interlocutor, no diciendo más que «evidentemente». La cosa funcionaba siempre. Uno se complica la vida al querer introducir frases sofisticadas y cumplidos para impresionar o seducir a la gente que tiene delante. Bilsheim se había dado cuenta de que la simple palabra «evidentemente» era ampliamente suficiente. Otro misterio de la intercomunicación humana elucidado.

El fenómeno era tanto más curioso cuanto que el joven Belsheim, que no hablaba prácticamente nunca, había conseguido la reputación en la escuela de ser un gran orador. Incluso llegaban a pedirle que hiciese los discursos de fin de año.

Belsheim hubiese podido llegar a ser psiquiatra, pero el uniforme ejercía una auténtica fascinación sobre él. Y en cuanto a eso, la bata blanca no era suficiente a sus ojos. En un mundo violento, la Policía y el Ejército eran los portaestandartes de quienes «no se dejan». Ya que, aunque creía comprenderles, Bilsheim detestaba a toda esa gente que habla y habla. ¡Gente sin cerebro! El colmo de lo molesto era para él la gente que habla en voz alta en el Metro, reproduciendo una escena que acaban de vivir y por la que quieren volver a pasar.

Cuando Belsheim entró en la Policía, sus superiores se dieron cuenta en seguida de cuál era su don. Le endilgaban de forma sistemática todos los casos «incomprensibles». La mayor parte de las veces no resolvía el caso en absoluto, pero de todos modos él se hacía cargo, y eso ya era mucho.

—Y también está lo de las cerillas.

—¿Qué pasa con las cerillas?

—Hay que formar cuatro triángulos con seis cerillas si uno quiere encontrar la solución.

—¿Qué solución?

—La «nueva manera de pensar». La «otra lógica» de la que hablaba papá.

—Evidentemente.

Esta vez, el niño se rebeló.

—No. Evidentemente, no. Hay que buscar la forma geométrica que permite formar cuatro triángulos. Las hormigas, el tío Edmond, las cerillas, todo está relacionado.

—¿El tío Edmond? ¿Quién es ese tío Edmond?

Nicolás se animó.

—Es el que escribió la *Enciclopedia del saber relativo y absoluto*. Pero ha muerto, quizá a causa de las ratas. Fueron las ratas las que mataron a Ouarzazate.

El comisario suspiró. ¡Aterrador! ¿Qué va a ser de este chico cuando sea mayor?

Como mínimo, será un alcohólico. El inspector Galin llegó por fin con los bomberos. Bilsheim le miró con orgullo. Era una hacha, el tal Galin. Y también un perverso. Las historias de locos le excitaban. Cuanto más retorcida era la cosa más le interesaba.

Bilsheim el compresivo y Galin el entusiasta formaban entre las dos la oficiosa brigada de los asuntos «de locos de los que nadie quiere ocuparse». Ya les habían enviado a resolver el caso de «la ancianita comida por sus gatos», y el de «la prostituta que ahogaba a sus clientes con la lengua», eso sin olvidar el caso del «reductor de cabezas de charcuteros».

—Está bien —dijo Galin. Usted se queda aquí, jefe, bajamos y se los traemos en las camillas inflables.

En la estancia nupcial, la Madre ha dejado de poner huevos. Levanta una sola antena y pide que la dejen sola. Sus sirvientas desaparecen.

Belo-kiu-kiuni, el sexo viviente de la Ciudad, no está tranquila.

No, no es que le dé miedo la guerra. Ya ha ganado y perdido más de cincuenta. Lo que le inquieta es otra cosa. Es esa cuestión del arma secreta. Es esa rama de acacia que gira y destroza la cúpula. Tampoco ha olvidado la declaración del macho 327, que hablaba de veintiocho guerreras muertas sin que tan siquiera hubiesen tenido tiempo de adoptar la posición de combate... ¿Se puede correr el riesgo de no tener en cuenta esos datos extraordinarios?

Y más ahora.

Pero, ¿qué hacer?

Belo-kiu-kiuni recuerda aquella vez en que ya tuvo que hacer frente a un «arma secreta incomprensible». Fue durante la guerra contra las termiteras del sur. Un buen día le dijeron que una escuadra de ciento veinte soldados estaba, no destruida, sino «inmovilizada».

Todo el mundo estaba extremadamente trastornado. Creían que ya nunca podrían vencer a las termitas y que éstas habían conseguido una ventaja tecnológica decisiva.

Se enviaron espías. Las termitas acababan de constituir una casta de artilleras lanzadoras de cola. Eran las nasutitermas. Conseguían proyectar a doscientas cabezas de distancia una cola que bloqueaba las patas y las mandíbulas de los soldados.

La Federación estuvo reflexionando mucho tiempo y por fin dio con una solución: avanzar protegiéndose con hojas muertas. Esto dio lugar a la famosa batalla de las Hojas Muertas, que ganaron las tropas belokanianas.

Pero esta vez las enemigas no eran las estúpidas termitas, sino las enanas, cuya vivacidad e inteligencia les habían tomado muchas veces por sorpresa. Por otra parte, el arma secreta parecía particularmente destructora.

La Madre se mesó nerviosamente las antenas.

¿Qué sabía ella exactamente de las enanas?

Mucho y muy poca cosa.

Habían aparecido en la región cien años antes. Al principio eran sólo unas cuantas exploradoras. Como eran de pequeño tamaño, nadie desconfió. Las caravanas de enanas llegaron a continuación, llevando entre las patas sus huevos y sus reservas de alimentos. Pasaron la primera noche bajo la raíz de un gran pino.

Por la mañana, la mitad de ellas habían desaparecido víctimas de un erizo hambriento. Las supervivientes se alejaron hacia el norte, donde establecieron un vivaque, bastante cerca de las hormigas negras.

En la Federación se dijo que eso era una «cuestión entre ellas y las hormigas negras». Incluso había quien tenía mala conciencia por dejar a aquellos débiles seres como pasto de las grandes hormigas negras.

Sin embargo, las hormigas enanas no murieron. Todos los días se las podía ver allí, llevando ramitas y pequeños coleópteros. En cambio, a las que ya no se veía era... a las grandes hormigas negras.

Nunca se supo lo que había pasado, pero las exploradoras belokanianas informaron que las enanas ocupaban la totalidad del nido de las hormigas negras. El acontecimiento fue acogido con fatalismo y a la vez con humor. *Bien hecho por lo que hace a esas pretenciosas hormigas negras*, era lo que se oía en los corredores. Y, además, no iban a ser esas hormiguitas de nada lo que inquietase a la poderosa Federación.

Sólo que, después de las hormigas negras, fue uno de los panales de abejas lo que ocuparon las enanas. Y luego la última termitera del norte y el nido de las hormigas rojas venenosas pasaron a su vez a quedar incluidas bajo las enseñas de las enanas.

Los refugiados que afluían a Bel-o-kan y que venían a ampliar la masa de los mercenarios contaban que las enanas tenían estrategias de combate vanguardistas. Por ejemplo, infectaban los puntos de agua vertiendo en ellos venenos procedentes de flores raras.

Sin embargo, aún no se alarmaba nadie en serio. Fue necesario que la ciudad de Niziu-ni-kan sucumbiese el pasado año en 2º para que por fin cayesen en la cuenta de que tenían que vérselas con unas adversarias temibles.

Pero si las rojas habían subestimado a las enanas, las enanas no habían considerado a las rojas en su justo valor. Niziu-ni-kan era una ciudad muy pequeña, pero formaba parte de la Federación. Al día siguiente de la victoria enana, doscientas cuarenta legiones de mil doscientos soldados cada una fueron a complicarles las cosas. El resultado del combate estaba cantado, lo que no impidió que las enanas combatesen encarnizadamente. De manera que las tropas federadas necesitaron un día entero para entrar en la ciudad liberada.

Se descubrió entonces que las enanas habían instalado en Niziu-ni-kan, no una, sino... doscientas reinas. Fue algo que dejó a todo el mundo atónito.

Ejército de ofensiva. Las hormigas son los únicos insectos sociales que mantienen un ejército de ofensiva.

Las termitas y las abejas, especies monárquicas y legitimistas menos refinadas, sólo utilizaban a sus soldados en la defensa de la ciudad o para la protección de las obreras que se han alejado del nido. Es relativamente raro ver una termitera o un panal haciendo una campaña de conquista territorial. Aunque se ha dado.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Las reinas enanas prisioneras refirieron la historia y las costumbres de las enanas. Era una historia extravagante.

Según ellas, las enanas vivían hace mucho tiempo en otro país, a cientos de miles de cabezas de distancia.

Este país era muy diferente del bosque de la Federación. Había en él grandes frutos, llenos de colorido y muy azucarados. Por otra parte, no había invierno ni tampoco hibernación. En esta tierra de maravillas, las enanas habían construido Shigae-pu la «antigua», ella misma ciudad procedente de una dinastía muy antigua. Este nido está al pie de un laurel rosa.

Entonces, ocurrió que el laurel rosa y la arena que lo rodeaba fueron un día arrancados del suelo para ser depositados en una caja de madera. Las enanas intentaron huir de la caja, pero ésta fue depositada en el interior de una estructura gigantesca y muy dura. Y cuando llegaron a las fronteras de esa estructura, cayeron al agua. Había agua salada hasta donde alcanzaba la vista.

Muchas enanas se ahogaron en el intento de llegar a la tierra de sus ancestros, y luego la mayoría decidió que lo mismo daba y que había que sobrevivir en esa estructura inmensa y dura rodeada de agua salada. Y pasaron días y días.

Las enanas se daban cuenta, gracias al órgano de Johnston, de que se desplazaban muy de prisa, recorriendo una distancia fenomenal.

Pasamos por un centenar de barreras magnéticas terrestres. ¿Hasta dónde iba eso a llevarnos? Hasta aquí. Nos desembarcaron junto con el laurel rosa. Y nosotras hemos descubierto este mundo, su fauna y su flora exótica.

El cambio resultó decepcionante. Los frutos, las flores, los insectos eran más pequeños y tenían menos colorido. Habían dejado un país rojo, amarillo y azul para ir a parar a otro verde, negro y marrón.

Y luego estaban el invierno y el frío que lo paralizaban todo. Allí en su país, no sabían siquiera que el frío existiese, lo único que las obligaba a descansar era el calor.

Las enanas arbitraron diferentes soluciones para luchar contra el frío. Los dos métodos más eficaces eran atiborrarse de azúcares y untarse baba de caracol.

En cuanto al azúcar, recogían la fructosa de las fresas, las moras y las cerezas. En cuanto a las grasas, se entregaron a un auténtico exterminio de los caracoles de la región.

Por otra parte, desarrollaban prácticas verdaderamente sorprendentes; por ejemplo, no tenían sexuales aladas ni vuelo nupcial. Las hembras hacían el amor y ponían entre ellas, bajo tierra. Así, cada ciudad de las enanas no tenía una única ponedora, sino muchos centenares de ellas. Eso les daba una seria ventaja: aparte de una natalidad muy superior a la de las rojas, una vulnerabilidad mucho menor. Ya que si bastaba matar a la reina para decapitar una ciudad roja, la ciudad enana podía renacer mientras quedase en ella la menor sexual.

Y no sólo era eso. La enanas tenían otra filosofía para la conquista de territorios. Mientras las rojas, al favor de los vuelos nupciales, aterrizaban lo más lejos posible para a continuación vincularse mediante pistas con el imperio de la federación, las enanas, por su parte, avanzaban centímetro a centímetro a partir de sus ciudades centrales.

Incluso su pequeña talla constituía una ventaja: necesitaban muy pocas calorías para alcanzar una viveza de ánimo y una capacidad de acción muy altas. Se había podido medir la rapidez de sus reacciones con ocasión de una gran lluvia. Mientras las rojas aún estaban sacando con grandes fatigas sus rebaños de pulgones y sus últimos huevos de los corredores inundados, hacía muchas horas que las enanas habían construido un nido en una anfractuosidad de la corteza del gran pino y habían cambiado de lugar todos sus tesoros.

Belo-kiu-kiuni se agita, como para hacer a un lado sus inquietas reflexiones. Pone dos huevos, dos huevos de guerreras. Las nodrizas no están ahí para recogerlos, y la reina tiene hambre. Así que se los come golosamente. Son una excelente fuente de proteínas.

Juega con su planta carnívora. Sus preocupaciones han vuelto a aparecer. El único medio de hacer frente a ese arma secreta sería inventar otra, aún más eficaz y terrible. Las hormigas rojas han descubierto sucesivamente el ácido fórmico, la hoja escudo, las trampas de cola. Basta con encontrar otra cosa. Un arma que deje a las enanas llenas de estupor, algo todavía peor que su rama destructora.

La reina sale de sus aposentos, se reúne con unos soldados y habla con ellos. Sugiere que se formen grupos de reflexión en relación con el tema «encontrar un arma secreta para oponerla a su arma secreta». El Nido responde favorablemente a su estímulo.

Por todas partes se forman grupos de soldados, y también de obreras, que incluyen tres y cinco individuos. Al conectar sus antenas en forma triangular o pentagonal, operan centenares de comunicaciones absolutas.

—¡Cuidado, voy a detenerme! —dijo Galin, que no tenía ningunas ganas de recibir en la espalda el empujón de ocho bomberos zapadores.

—¡Qué oscuro está ahí abajo! Pasadme una linterna más potente. —Se volvió y le pasaron una gran linterna. Los bomberos no parecían muy tranquilos. Y sin embargo llevaban chaquetas de cuero y casco. ¡Mira que no haber pensado en ponerse algo más adecuado a este tipo de expedición que una chaqueta de ciudad!

Bajaban con prudencia. El inspector, que actuaba como los ojos del grupo, alumbraba cada rincón antes de dar un paso. Era más lento, pero también era más seguro.

El haz de la linterna barrió una inscripción grabada en la bóveda, a la altura de los ojos.

*Examínate a ti mismo.
Si no te has purificado asiduamente,
Las bodas químicas te causarán daño.
Desgracia para el que se entretenga ahí abajo.
Que se abstenga el que sea demasiado ligero.*

—¿Han visto eso? —preguntó un bombero.

—Es una antigua inscripción, eso es todo —dijo tranquilizador el inspector Galin.

—Parece algo propio de brujos.

—En cualquier caso es algo muy, muy profundo.

—¿El sentido de la frase?

—No, la escalera. Parece que hay kilómetros de escalones ahí abajo.

Siguieron descendiendo. Debían de encontrarse ya unos ciento cincuenta metros por debajo del nivel de la ciudad. Y la escalera seguía bajando siempre dando vueltas. Como una hélice de ADN. Casi les daba vértigo. Abajo, cada vez más abajo.

—Podemos seguir así indefinidamente —protestó un bombero. No estamos preparados para hacer espeleología.

—Yo creí que sólo había que sacar a alguien de una bodega —dijo otro, que llevaba la camilla hinchable. Mi mujer me esperaba a cenar a las ocho. Debe estar encantada, ya son las diez.

Galin se hizo cargo de la situación.

—Oídmeme, muchachos. Ahora estamos más cerca del fondo que de la superficie, de manera que hagamos un pequeño esfuerzo más. No vamos a renunciar a medio camino.

Pero no habían hecho ni la décima parte del camino.

Al cabo de muchas horas de CA a una temperatura de alrededor de 15°, un grupo de

hormigas mercenarias amarillas tiene una idea, que en seguida reconocen como la mejor todos los demás centros nerviosos.

Resulta que Bel-o-kan tiene muchos soldados mercenarios de una especie un tanto especial: las «rompedoras de grano». Tienen como característica estar provistas de una voluminosa cabeza y grandes mandíbulas cortantes que les permiten romper granos incluso muy duros. No son muy eficaces en el combate, ya que sus patas son demasiado cortas bajo el cuerpo demasiado pesado.

Entonces, ¿por qué arrastrarse penosamente hasta el lugar del enfrentamiento para causar sólo ligeros destrozos? Las rojas habían acabado destinándolas a tareas hogareñas, como, por ejemplo, cortar tallos grandes.

Según las hormigas amarillas, existe sin embargo un medio para convertir a esas grandes zopencas en rayos de la guerra. Basta con hacer que las lleven seis pequeñas y ágiles obreras.

Así, las rompegranos, guiando mediante olores a sus «patas vivientes», pueden lanzarse a gran velocidad contra sus adversarias y cortarlas en trozos con sus grandes mandíbulas.

Algunos soldados saturadas de azúcar hacen pruebas en el solarío.

Seis hormigas levantan a una rompegranos y corren tratando de sincronizar sus pasos. Parece funcionar muy bien.

La ciudad de Bel-o-kan acaba de inventar el tanque.

Nunca más se les volvió a ver.

Al día siguiente, aparecieron los titulares en la Prensa: «Fontainebleau.— Ocho bomberos y un inspector de Policía desaparecen misteriosamente en una bodega».

Con el alba violácea, las hormigas enanas rodean la Ciudad prohibida de La-cholakan dispuestas para librar batalla. Las rojas, aisladas en su tocón, están hambrientas y agotadas. No deberían resistir mucho tiempo.

Los combates se reanudan. Las enanas conquistan dos barrios suplementarios después de un prolongado duelo de artillería con ácido. La madera corroída por los disparos vomita los cadáveres de los soldados sitiados.

Las últimas supervivientes rojas ya no pueden más. Las enanas se internan en la Ciudad. Los francotiradores ocultos en las anfractuosidades de los techos apenas contienen su marcha.

La cámara nupcial no debe de estar muy lejos. En su interior, la reina Lacho-lakiuni empieza a ralentizar los latidos de su corazón. Todo está perdido.

Pero las tropas enanas más adelantadas perciben de pronto un olor de alerta. Fuera está ocurriendo algo. Las enanas vuelven sobre sus pasos.

Allá arriba, en la colina de las Amapolas que domina la Ciudad, se ve un millar

de puntos negros entre las flores rojas.

Finalmente, los belokanianos han decidido atacar. Peor para ellos. Las enanas envían moscas mensajeras mercenarias para advertir a la ciudad central.

Todas las moscas llevan la misma feromona:

Nos atacan. Enviad refuerzos por el este para cogerlos entre dos fuegos. Preparad el arma secreta.

El calor del primer rayo de sol que se filtra a través de una nube ha precipitado la decisión de pasar al ataque. Son las 8.03 h. Las legiones belokanianas bajan en tromba la pendiente, rodeando las hierbas y saltando por encima de las piedras. Son millones de soldados y corren con las mandíbulas dispuestas. Resulta bastante impresionante.

Pero las enanas no tienen miedo. Habían previsto esa decisión táctica. La víspera habían estado cavando agujeros en el suelo. Se introducen en ellos, dejando asomar sólo las mandíbulas. Así, sus cuerpos quedan protegidos por la tierra.

Esa línea de enanas rompe de inmediato el asalto de las rojas. Las federadas pelean sin resultado contra esas adversarias que sólo les presentan puntos de resistencia. No hay manera de cortarles las patas o de arrancarles el abdomen.

Es entonces cuando el grueso de la infantería de Shi-gae-pu, acantonada en las proximidades bajo la protección de un círculo de setas de Satán, lanza una contraofensiva que atrapa a las rojas entre dos fuegos.

Si las belokanianas son millones, las shigaepuyanas se cuentan por decenas de millones. Hay por lo menos cinco soldados de las enanas por cada roja, sin mencionar las guerreras que hay en los agujeros individuales, que atacan con sus mandíbulas todo lo que pasa por su lado.

El combate se vuelve rápidamente en contra de los menos numerosos. Sepultadas por las enanas que aparecen por todas partes, las líneas federadas se dislocan.

A las 9.36 h, se baten en franca retirada. Las enanas exhalan ya los olores de la victoria. Su estratagema ha funcionado a la perfección. Ni siquiera han tenido que utilizar el arma secreta. Persiguen al ejército fugitivo, y consideran el sitio de Lachola-kan como cuestión ya sentenciada.

Pero con sus cortas patas, las enanas dan diez pasos donde una roja da un solo salto. Se agotan al subir a la colina de las Amapolas. Y eso es lo que habían previsto los estrategas de la Federación. Porque esa primera carga sólo servía para eso: para hacer que las tropas enanas saliesen de su escondrijo y se enfrentasen con ellas en la pendiente.

Las rojas llegan a la cima, las legiones enanas siguen persiguiéndolas en un desorden total. Y de repente, allá arriba se ve cómo se yergue un bosque de espinas. Son las pinzas gigantes de las rompegranos. Las blanden, las hacen centellear al sol,

luego las bajan disponiéndolas paralelamente al suelo y caen sobre las enanas. Rompegranos, rompeenanas.

La sorpresa es total. Las shigaepuyanas, atónitas, con las antenas rígidas de pavor, caen segadas como la hierba. Las rompegranos cruzan las líneas enemigas a gran velocidad, a favor del desnivel. Bajo cada una de ellas, seis obreras se esfuerzan al máximo. Son las orugas de esas máquinas de guerra. Gracias a una perfecta comunicación antena entre la torreta y las ruedas, el animal de treinta y seis patas y dos mandíbulas gigantes se mueve con facilidad entre la masa de sus adversarios.

Las enanas sólo pueden entrever esos mastodontes que se les vienen encima a centenares, que las destrozan, las aplastan, las machacan. Las mandíbulas hipertróficas se hunden en el amasijo, se mueven y vuelven a subir, cargadas de patas y cabezas ensangrentadas que rompen como si fuesen paja.

El pánico es total. Las enanas aterrorizadas tropiezan unas con otras, se pisotean, y algunas se matan entre sí.

Los tanques belokanianos, que ya han «peinado» la confusión enana, la han dejado atrás llevados por su propio impulso. Alto. Y vuelven a subir la pendiente, siempre en perfecta alineación, para proceder a otra pasada. Las supervivientes quisieran adelantárseles, pero en lo alto se dibuja ya un segundo frente de tanques... que empieza ya a bajar.

Las dos columnas se cruzan en paralelo. Delante de cada tanque se amontonan los cadáveres. Es una hecatombe.

Las lacholakianas que seguían desde lejos la batalla salen para animar a sus hermanas. La sorpresa del principio ha dado lugar al entusiasmo. Lanzas feromonas de alegría. Es una victoria de la tecnología y de la inteligencia. Nunca se había expresado tan netamente el genio de la Federación.

Shi-gae-pu, sin embargo, no ha enseñado todas sus cartas. Aún tiene su arma secreta. Este arma se había concebido para desalojar a los sitiados recalcitrantes, pero ante el mal cariz que han tomado los combates, las enanas deciden jugarse el todo por el todo.

El arma secreta aparece en forma de cráneos de hormigas rojas ensartados en una planta oscura.

Unos días antes, las hormigas enanas habían descubierto el cadáver de una exploradora de la Federación. Su cuerpo había estallado bajo la presión de un hongo parásito, la *alternaria*. Las investigadoras enanas analizaron el fenómeno y vieron que ese hongo parásito producía esporas volátiles. Éstas se pegan a las corazas, las corroen, penetran en el animal y luego se inflan hasta hacer que su caparazón explote.

¡Un arma espléndida!

Y de una seguridad en su utilización garantizada. Porque si bien las esporas se

adhieren a la quitina de las rojas, no actúan en absoluto sobre la quitina de las enanas. Y eso sencillamente porque estas últimas, las frioleras, han adquirido el hábito de untarse baba de caracol, y esta sustancia tiene un efecto protector contra la *alternaria*.

Las belokanianas han inventado el tanque, pero las shigaepuyanas han descubierto la guerra bacteriológica.

Un batallón de infantería se lanza al ataque llevando trescientos cráneos de hormigas rojas infectadas, recuperadas tras la primera batalla de La-chola-kan.

Las lanzan en pleno centro de la formación enemiga. Las rompegranos y sus portadoras estornudan con el polvo mortal. Cuando ven que sus corazas se deshacen, enloquecen. Las portadoras abandonan su carga. Las rompegranos, impotentes, son presas del pánico y se vuelven con violencia contra otras rompegranos.

Hacia las 10 h, un brusco enfriamiento atmosférico separa a las beligerantes. No se puede luchar entre corrientes de aire helado. Las tropas enanas aprovechan la oportunidad para retirarse. Los tanques de las hormigas rojas suben penosamente la pendiente.

En ambos campos se cuentan los heridos y se considera la amplitud de las pérdidas. El balance provisional es abrumador. Sería bueno cambiar la suerte de la batalla.

Las belokanianas han reconocido las esporas de *alternaria*. Deciden sacrificar a todas las soldados afectadas por el hongo, para evitarles futuros sufrimientos.

Unas espías llegan a la carrera: hay un medio para protegerse de ese arma bacteriológica: hay que untarse baba de caracol. Dicho y hecho. Se sacrifica a tres de esos moluscos (cada vez más escasos en la región) y todo el mundo se previene contra el contagio.

Contacto antenar. Las estrategias rojas consideran que no se puede atacar sólo con los tanques. En el nuevo dispositivo, los tanques ocuparán el centro; pero ciento veinte legiones de infantería ordinaria y sesenta legiones de infantería extranjera se desplegarán en sus flancos.

Se recupera la moral.

Hormigas de Argentina. Las hormigas de Argentina (*Iridomyrmex humilis*) llegaron a Francia en 1920. Fueron transportadas con toda verosimilitud en planteles de laureles rosa destinados a ornamentar las carreteras de la Costa Azul.

Se señala por primera vez su existencia en 1866, en Buenos Aires (de ahí el nombre que se les dio). En 1891 aparecen en Estados Unidos, en Nueva Orleans.

Ocultas en la paja de los establos de unos caballos argentinos exportados, llegan a continuación a África del Sur en 1908, a Chile en 1910, a

Australia en 1917 y a Francia en 1920.

Esta especie se caracteriza, no sólo por su tamaño ínfimo, que la convierte en un pigmeo por comparación con otras hormigas, sino también por una inteligencia y una agresividad bélica que son aún sus principales características.

Apenas establecidas en el sur de Francia, las hormigas de Argentina declararon la guerra a todas las especies autóctonas... ¡y vencieron!

En 1960, franquearon los Pirineos y llegaron hasta Barcelona. En 1967, cruzaron los Alpes y llegaron hasta Roma. Luego, a partir de los años setenta, las Iridomyrmex empezaron a remontarse hacia el norte. Se cree que cruzaron el Loira aprovechando una sequía estival a finales de los años noventa. Estos invasores, cuyas estrategias de combate no tienen nada que envidiar a las de un César o un Napoleón, se encontraron ante dos especies un poco más coriáceas: las hormigas rojas (al sur y el este de la región parisina) y las hormigas faraón (al norte y al oeste de París).

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

La batalla de las Amapolas no se ha ganado. Shi-gae-pu decide, a las 10.13 h, enviar refuerzos. Doscientas cuarenta legiones del ejército de reserva irán a reunirse con las supervivientes de la primera carga. Se les explica el golpe de los «tanques». Las antenas se unen en CA. Ha de haber algún medio para acabar con esas extrañas máquinas...

Hacia las 10.30 h. una obrera hace una sugerencia: *Las hormigas rompegranos tienen la movilidad que les dan las seis obreras que las llevan. Basta cortarles esas «patas vivientes».*

Y aparece otra idea:

El punto débil de sus máquinas es la dificultad con que dan media vuelta. Se puede utilizar esta desventaja. Sólo hay que formar en cuadros compactos. Cuando las máquinas carguen, nos apartamos para dejarlas pasar sin resistencia. Luego, cuando aún las arrastre el impulso, las atacamos por detrás. No les dará tiempo de volverse.

Y una tercera:

La sincronización del movimiento de las patas se consigue, como hemos visto, mediante contacto antenar. Basta cortar las antenas de las rompegranos para que ya no puedan dirigir a sus portadoras.

Se aceptan las tres ideas. Y las enanas empiezan a preparar su nuevo plan de batalla.

Sufrimiento. *¿Son capaces de sufrir las hormigas? A priori, no. No tienen un sistema nervioso adaptado a este uso. Y si no hay nervio, no hay mensaje de dolor. Eso podría explicar que fragmentos de hormigas sigan «viviendo» a veces mucho tiempo independientemente del resto del cuerpo. La ausencia de dolor hace que se plantee un nuevo mundo de ciencia ficción. Sin «dolor» no hay miedo, quizá ni siquiera conciencia de sí. Durante mucho tiempo los entomólogos se han inclinado por esta teoría: las hormigas no sufren, y de ahí parte la cohesión de su sociedad. Eso lo explica todo, y no explica nada. Y esta idea tiene otra ventaja: nos evita el escrúpulo de matarlas.*

A mí un animal que no sintiese dolor... me daría mucho miedo.

Pero esta idea es falsa. Ya que la hormiga decapitada emite un olor particular. El olor del dolor. Así pues, algo ocurre. La hormiga no tiene un flujo nervioso eléctrico, pero tiene un flujo químico. Sabe cuándo le falta un trozo de su cuerpo, y sufre. Sufre a su manera, que es seguramente muy diferente de la nuestra, pero sufre.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

La lucha se reanuda a las 11.47 h. Una línea larga y compacta de soldados enanas sube lentamente al asalto de la colina de las Ampolas.

Los tanques aparecen entre las flores. A una señal, se lanzan por la pendiente abajo. Las legiones de las hormigas rojas y de sus mercenarias van a sus flancos, dispuestas a acabar el trabajo de los mastodontes.

Los dos ejércitos están ya sólo a cien cabezas de distancia... Cincuenta... Veinte... ¡Diez! Apenas la primera rompegranos establece contacto ocurre algo absolutamente inesperado. La densa línea de las shigaepuyananas se abre de repente en amplias franjas. Las soldados forman en cuadros. Cada tanque ve cómo su adversario se evapora y ante sí sólo encuentra un pasillo desierto. Ninguno de ellos tiene el reflejo de zigzaguear para atacar a las enanas. Las mandíbulas se cierran en el vacío, las treinta y seis patas corren estúpidamente.

Se extiende un efluvio acre;

¡Cortadles las patas!

Unas enanas saltan de inmediato sobre los tanques y matan a las portadoras. Se retiran luego con rapidez para que no las aplaste la masa de rompegranos al caer.

Otras se arrojan osadamente entre la doble fila de las portadoras y perforan con una sola mandíbula el vientre descubierto. Cae un líquido, la reserva vital de la rompegranos se derrama por el suelo.

Otras escalan sobre las mastodontes, les cortan las antenas y saltan en marcha.

Los tanques caen uno tras otro.

Las rompegranos sin portadoras se arrastran como enfermas y mueren sin crear problemas.

¡Una visión terrorífica! Algunos cadáveres de rompegranos siguen moviéndose transportados por sus seis obreras que aún no se han dado cuenta de nada. Las rompegranos privadas de antenas ven cómo sus ruedas van cada uno por su lado...

Esta catástrofe es el fiasco de la tecnología de los tanques. ¡Cuántos grandes inventos han desaparecido así de la historia de las hormigas porque se encontró demasiado deprisa cómo contrarrestarlos!

Las legiones de las rojas y de sus mercenarias que flanqueaban a los tanques se encuentran absolutamente desprotegidas. Las habían colocado allí para recoger los restos y se ven obligadas a cargar a la desesperada. Pero los cuadros de las enanas ya se han cerrado, hasta tal punto ha sido un rotundo éxito la matanza de las rompegranos. En cuanto las belokanianas rozan uno de los bordes del cuadro se ven aspiradas y descuartizadas por miles de glotonas mandíbulas.

Las rojas y sus reitres^[1] no pueden hacer más que batirse en retirada. Se reagrupan en la cima y observan a las enanas, que suben lentamente al asalto, manteniendo sus compactos cuadros. ¡Es una visión enloquecedora!

Con la esperanza de ganar tiempo, los soldados más corpulentos cargan con guijarros que echan a rodar desde lo alto de la colina. La avalancha no hace que el avance de las enanas sea más lento. Éstas, vigilantes, se apartan al paso de los guijarros y vuelven inmediatamente a sus lugares. Pocas de ellas mueren aplastadas.

Las legiones belokanianas buscan afanosas algo que las saque del aprieto. ¿Por qué no utilizar sencillamente la artillería? Porque, si bien es cierto que desde el principio de las hostilidades se ha utilizado poco el ácido, que en la refriega mata tanto a amigos como a enemigos, podría dar muy buen resultado contra los densos cuadros de las enanas.

Las artilleras se apresuran a tomar posiciones, plantadas sólidamente sobre sus cuatro patas traseras y el abdomen proyectado hacia delante. Así, pueden volverse a derecha e izquierda y arriba y abajo para encontrar el mejor ángulo de disparo.

Las enanas ven los extremos de miles de abdómenes destacarse sobre la cima, pero no relacionan este hecho con nada por el momento. Han acelerado la marcha, tomando impulso para franquear los últimos centímetros del talud.

¡Al ataque! ¡Cerrad filas!

Y una sola orden restalla en el campo enemigo:

¡Fuego!

Los vientres pulverizan su ardiente ácido sobre los cuadros de las enanas. Los chorros amarillos silban en el aire, y azotan de lleno la primera línea de asaltantes.

Las antenas son lo que primero se funde. Caen goteando sobre los cráneos. Luego, el veneno se extiende sobre las corazas, licuándolas como si sólo fuesen de plástico.

Los cuerpos martirizados se desploman y forman un pequeño obstáculo que hace tropezar a las enanas. Éstas se recuperan, furiosas, y se lanzan con todas sus fuerzas al asalto de la cima.

Arriba, una línea de artilleras rojas ha relevado ya a la precedente.

¡Fuego!

Los cuadros se desordenan, pero las enanas siguen avanzando, pisoteando a sus muertos.

Tercera línea de artilleras. Las escupidoras de cola se les unen.

¡Fuego!

Esta vez, los cuadros de las enanas se deshacen. Grupos enteros se debaten en los grumos de cola. Las enanas intentan contraatacar formando ellas también una línea de artilleras. Estas avanzan hacia la cima marcha atrás y disparan sin poder apuntar. No pueden afianzarse de espaldas a la subida.

¡Fuego! emiten las enanas.

Pero sus cortos abdómenes sólo disparan unas gotitas de ácido. Aunque alcancen sus objetivos, los disparos no hacen más que irritar los caparzones sin perforarlos.

¡Fuego!

Las gotas de ácido de los dos campos se cruzan, a veces se anulan. Ante el pobre resultado obtenido, las shigaepuyanas renuncian a utilizar la artillería. Consideran que ganarán manteniendo la táctica de cuadros compactos de infantería.

¡Cerrad filas!

¡Fuego! responden las rojas, cuya artillería sigue obrando maravillas. Y salta una nueva andanada de ácido y cola.

Pese a la eficacia de los disparos, las enanas llegan a la cima de la colina de las Amapolas. Sus siluetas forman un negro friso sediento de venganza.

Carga. Contracarga. Destrucción.

Ya no hay más trucos técnicos posibles. Las artilleras rojas ya no pueden disparar con su abdomen, y los cuadros de enanas no pueden mantenerse compactos.

Confusión. Golpes.

Todo el mundo se entremezcla, se entrecruza, se retira, corre, se revuelve, huye, se lanza, se dispersa, se reúne, crea pequeños ataques, empuja, arrastra, salta, cae, apoya, escupe, aúlla. Todos buscan la muerte. Se miden unos a otros, esgrimen, luchan. Corren sobre cuerpos aún vivos y sobre aquellos que ya no se mueven. Cada hormiga roja se encuentra asediada al menos por tres hormigas enanas furiosas. Pero como las rojas son tres veces más grandes, las peleas se desarrollan con fuerzas más o

menos iguales.

Cuerpo a cuerpo. Gritos olorosos. Feromonas amargas y nieblas.

Millones de mandíbulas agudas aserradas, con dientes cortantes, pinzantes, en una sola hilera, en doble hilera, húmedas de saliva envenenada, de cola y de sangre se abren y se cierran. La tierra tiembla.

Cuerpo a cuerpo.

Las antenas rematadas con sus pequeñas mazas azotan el aire para mantener a distancia al enemigo. Las patas con garras las golpean como si fuesen pequeñas cañas irritantes.

Presa. Contrapresa.

Se atrapa al otro por las mandíbulas, por las antenas, la cabeza, el abdomen, el tórax, las patas, las rodillas, los codos, los cepillos articulares, una brecha en la coraza, una hendidura en la quitina, un ojo.

Y luego los cuerpos se balancean y ruedan por el suelo húmedo. Unas enanas escalan una amapola indolente y se lanzan desde ahí arriba con las garras tendidas sobre una hormiga roja motorizada. Perforan su espalda y luego siguen hasta su corazón.

Cuerpo a cuerpo.

Las mandíbulas arañan las lisas armaduras.

Una roja utiliza hábilmente las antenas como dos jabalinas a las que propulsa simultáneamente. Atraviesa así los cráneos de diez enemigas, sin tomarse siquiera el tiempo de limpiar sus vástagos húmedos de la sangre transparente.

Cuerpo a cuerpo. A muerte.

Pronto hay tal cantidad de antenas y patas segadas en el suelo que uno podría creer que camina sobre una alfombra de agujas de pino.

Los supervivientes de La-chola-kan acuden y se lanzan al tumulto como si no hubiese entre ellos muertos suficientes.

Abrumada por el número de sus minúsculas asaltantes, una hormiga roja se aterroriza, flexiona su abdomen y se riega a sí misma con ácido fórmico, matándose ella y a sus enemigas a la vez. Y caen juntas como cera fundida.

Más allá, otra guerrera desarraiga la cabeza de su enemiga en el mismo momento en que le arrancan la suya.

La soldado 103.683 ha visto desencadenarse sobre ella las primeras líneas enanas. Con unas decenas de colegas de su subclase, consigue formar un triángulo que siembra el terror entre las hordas enanas. Y luego se rompe el triángulo y se queda sola haciendo frente a cinco shigaepuyananas ya tintas en sangre de sus amadas hermanas.

Muerden todo su cuerpo. Mientras ella les responde lo mejor que puede, los consejos formulados en la sala de combate por la anciana guerrera acuden a ella

automáticamente:

Todo queda decidido antes del contacto. La mandíbula o el chorro de ácido no hacen más que confirmar una situación de dominio ya reconocida por las dos adversarias... Es todo cuestión de moral. Hay que aceptar la victoria y nada puede oponerse a ella.

Quizá eso funcione así con un solo enemigo. Pero, ¿qué hacer cuando son cinco? Y en ese momento siente que hay por lo menos dos que quieren vencer cueste lo que cueste. La enana que le está cortando de forma sistemática la articulación del tórax y la que le está arrancando la pata trasera izquierda. La inunda una oleada de energía. Se debate, hinca una antena como un estilete justo bajo el cuello de una de ellas, y hace que la otra abandone su presa acabando con ella de un golpe con la mandíbula.

Mientras tanto, unas enanas han vuelto a lanzar en pleno campo de batalla decenas de cabezas infectadas con la *alternaria*. Pero como todas están protegidas por la baba de caracol, las esporas revolotean, se deslizan sobre las corazas antes de caer suavemente en la fértil tierra. Decididamente, éste no es un gran día para las nuevas armas. Todas ellas han encontrado réplica.

A las tres de la tarde, los combates están en su paroxismo. Vaharadas de ácido oleico, efluvios característicos de los cadáveres mirmeceanos al secarse, saturan el aire. A las cuatro y media, las rojas y las enanas que aún se mantienen en pie al menos sobre dos patas siguen hiriéndose bajo las amapolas. Las luchas no cesan hasta las cinco debido a un trueno que anuncia un inmediato aguacero. Es como si el cielo ya tuviera suficiente violencia. A no ser que se trate de un chaparrón de marzo que llega retrasado.

Las supervivientes y las heridas se retiran. Balance: cinco millones de muertos, cuatro de ellos, enanas. La-chola-kan ha sido liberada.

En todo lo que alcanza la vista, el suelo está sembrado de cuerpos desarticulados, corazas rotas, muñones siniestros agitados de vez en cuando por un último soplo de vida. Y por todas partes hay sangre transparente como el barniz y charcos de ácido amarillento.

Algunas enanas, todavía empantanadas en la cola, se debaten creyendo que podrán llegar hasta su Ciudad. Y los pájaros acuden a picotearlas rápidamente antes de que caiga la lluvia.

Los relámpagos iluminan las nubes de color de antracita y hacen brillar algunas armaduras de tanques cuyas mandíbulas aún se mantienen arrogantemente erguidas; es como si esas puntas sombrías quisiesen aún perforar el lejano cielo. Y una vez se han recogido los actores, la lluvia limpia el escenario.

La mujer estaba hablando con la boca llena.

—¿Bilsheim?

—¿Sí?

—Hummm, hummm... ¿Se burla usted de mí, Bilsheim? ¿Ha visto los periódicos? ¿No era de los suyos el inspector Galin? ¿No es aquel muchacho tan molesto que pretendía tutearme los primeros días?

Era Solange Doumeng, la directora de la PJ.

—Pues si, me parece que sí.

—Le había dicho que se desembarazase de él, y ahora me lo encuentro en plan de estrella póstuma. ¡Está usted acabado! ¿Qué le ha pasado a usted para que se le ocurriese enviar a alguien con tan poca experiencia a hacerse cargo de un asunto tan grave?

—Galín no es un hombre sin experiencia; incluso es un elemento excelente. Pero creo que hemos subestimado el problema...

—Los buenos elementos son los que encuentran soluciones y los malos los que buscan excusas.

—Hay problemas en que incluso los mejores...

—Hay asuntos en los que incluso nuestros peores hombres tienen el deber de salir airoso. Ir a rescatar a un matrimonio a una bodega forma parte de esta categoría.

—Perdóneme, pero...

—¿Sabe usted lo que puede hacer con sus excusas, querido? Me hará usted el favor de volver al fondo de esa bodega y sacar de ahí a todos ellos. Galín, su héroe, merece cristiana sepultura. Y quiero un artículo elogioso sobre nuestro servicio antes de fin de mes.

—Pero...

—¡Basta de historias! ¡También quiero que mantenga la boca cerrada! No le diré nada a la Prensa hasta que este asunto esté listo. Lleve si quiere a seis números y material extra. Eso es todo.

—Pero y si...

—Y si fracasa usted, ¡tenga en cuenta que haré lo necesario para estropearle el retiro!

Y colgó.

El comisario Bilsheim sabía cómo tratar a todo tipo de locos, menos a ella. Así que se resignó a idear un plan para bajar a la bodega.

Cuando el hombre tiene miedo, se siente feliz o furioso, sus glándulas endocrinas producen hormonas que sólo influyen en su propio cuerpo. Funcionan en circuito cerrado. Su corazón se acelerará, sudará, hará muecas o gritará, o llorará. Eso es cosa suya. Los demás le mirarán sin compadecerse, o compadeciéndose porque su intelecto así lo habrá decidido.

Cuando la hormiga tiene miedo, se siente feliz o furiosa, sus hormonas circulan por su cuerpo, salen de su cuerpo y entran en los cuerpos de otras. Debido a las ferohormonas, o feromonas, millones de individuos gritarán o llorarán a la vez. Debe de ser una sensación increíble experimentar las cosas vividas por los demás, y hacer que sientan lo que uno mismo siente...

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Hay gran alegría en todas las ciudades de la Federación. Se ofrecen en abundancia trofolaxias azucaradas a los agotados combatientes. Sin embargo, aquí no hay héroes. Cada cual ha cumplido con su deber; bien o mal, poco importa, todo vuelve a partir de cero al finalizar las misiones.

Se curan las heridas con grandes lengüetazos. Algunas jóvenes ingenuas sostienen en sus mandíbulas una, dos o tres de las patas que se les arrancaron en la refriega y que han conseguido recuperar por puro milagro. Les explican que no se las pueden volver a pegar.

En la gran sala de lucha del nivel -45, unas soldados reconstruyen para quienes no estaban para verlos los episodios sucesivos de la batalla de las Amapolas. La mitad de ellas hacen de enanas, la otra mitad de rojas.

Simulan el ataque a la ciudad prohibida de La-chola-kan, la carga de las rojas, la lucha contra las cabezas enterradas, la falsa huida, la llegada de los tanques, su derrota ante los cuadros de las enanas, las líneas de artilleras, el gran encuentro final...

Las obreras han acudido en gran número. Comentan cada escena de la reconstrucción. Un punto retiene de forma particular su atención: la técnica de los tanques. Es cierto que su casta ha tenido que ver con ello, y según su opinión no se trata de renunciar ahora. Hay que aprender a utilizar esa técnica de forma más inteligente, no sólo practicando cargas frontales.

Entre los que han sobrevivido a la batalla, la 103.683 ha salido bien librada. Sólo ha perdido una pata. Una futesa, teniendo seis a su disposición. Es algo que apenas vale la pena mencionar. La hembra 56 y el macho 327, que como sexuados no han podido participar en la batalla, la llevan a un rincón. Contacto antenar.

¿No ha habido problemas por aquí?

No. Las guerreras con olor a rocas estaban todas ellas en el combate. Nos quedamos encerrados en la Ciudad prohibida, por si las enanas llegaban hasta aquí. ¿Y allí? ¿Has visto el arma secreta?

No.

¿Cómo que no? Se había hablado de una rama de acacia móvil...

La 103.683 explica que la única arma a la que se han enfrentado ha sido la terrible

alternaria, aunque consiguieron atajarla.

No pudo ser eso lo que acabó con la primera expedición, dice el macho. *La alternaria tarda mucho tiempo en matar*. Además, está seguro de algo: ninguno de los cadáveres que él examinó mostraba la menor huella de esas esporas mortales. *Pues entonces, ¿qué?*

Desconcertados, deciden prolongar la CA. Verdaderamente les gustaría ver las cosas más claras. Y hay un nuevo intercambio de ideas y opiniones.

¿Por qué las enanas no han recurrido al arma que había destruido de forma tan radical a las veintiocho exploradoras? Y, sin embargo, lo intentaron todo para lograr la victoria. Si un arma semejante estaba entre sus patas, ¡bien se hubiesen servido de ella! ¿Y si no la tenían? Si aparecen siempre antes o después de que actúe el arma secreta, quizá sea por pura casualidad...

Esta hipótesis se adecuaría bastante bien a las características del ataque a Lachola-kan. Y en cuanto a la primera expedición, alguien ha podido muy bien dejar huellas de enanas para lanzar al Nido sobre una pista falsa. Y ¿quién podría tener interés en hacer algo así? Si las enanas no son las responsables de todos los reveses, ¿a quién culpar? ¡Pues a las otras! Al segundo enemigo implacable, el enemigo hereditario: ¡las termitas!

Esa sospecha no tiene nada de fantástico. Hace algún tiempo que unos soldados aislados de la gran termitera del Este cruzan el río y multiplican sus incursiones en las zonas de caza federadas. Sí, lo más seguro es que sean las termitas. Se las han arreglado para lanzar a enanas y rojas las una contra las otras. Y, así, se desembarazan de las dos. Y, una vez debilitadas sus enemigas, ya no tienen que hacer más que apoderarse de los hormigueros.

¿Y las guerreras con olor a rocas? Serán espías mercenarias al servicio de las termitas, eso es todo.

Cuanto más se concreta su común idea a fuerza de darle vueltas en los tres cerebros, más evidente les parece que son las termitas del Este las que poseen la misteriosa «arma secreta».

Pero los efluvios generalizados del Nido intervienen en sus pensamientos y les apartan de ellos. La Ciudad ha decidido aprovechar el momento de entreguerras y adelantar la celebración del Renacimiento, que tendrá lugar mañana.

¡Todas las castas a sus puestos! ¡Hembras y machos, a las salas de las calabazas para llenarse de azúcar! ¡Artilleras, recargad el abdomen en las salas de química orgánica!

Antes de dejar a sus compañeros, la soldado 103.683 emite una feromona:

¡Buena cópula! No os preocupéis, yo seguiré por mi cuenta con la investigación. Cuando estéis en el cielo, yo estaré camino de la gran termitera del Este.

Apenas se han separado cuando las dos asesinas, la grande y la pequeña coja,

hacen su aparición. Arañan las paredes y se hacen con las feromonas volátiles de su conversación.

Tras el trágico fracaso del inspector Galin y los bomberos, Nicolás había entrado en un orfanato situado a unos cientos de metros tan sólo de la calle de los Sybarites.

Aparte de los simples huérfanos, se hacinaban allí los niños abandonados o maltratados por sus padres. Los seres humanos son, en efecto, una de las pocas especies capaces de abandonar o maltratar a su prole. Los pequeños humanos pasaban allí unos años de prueba, educándoseles a fuerza de patadas en el trasero. Crecían, se endurecían. La mayoría de ellos entraban a continuación en el Ejército profesional.

El primer día, Nicolás permaneció postrado en el balcón mirando el bosque. Al día siguiente recuperó la saludable rutina de la televisión. El aparato estaba instalado en el refectorio, y los celadores, encantados de desembarazarse de los «mierdosos», les dejaban embrutecerse allí durante horas. Por la noche, Jean y Philippe, otros dos huérfanos, le preguntaron en el dormitorio:

—Y a ti, ¿qué te ha pasado?

—Nada.

—Vamos, cuéntanoslo. Aquí no se viene porque si a tu edad. Y antes que nada, ¿cuántos años tienes?

—Yo lo sé. Al parecer, a sus padres se los han comido las hormigas.

—¿Quién os ha contado esa estupidez?

—Alguien; te lo diremos si nos cuentas lo que les ha pasado a tus padres.

—Que os zurzan.

Jean, el más corpulento, agarró a Nicolás por los hombros mientras Philippe le retorció el brazo echándoselo atrás.

Nicolás se soltó con un empujón y golpeó a Jean en el cuello con el canto de la mano (había visto cómo lo hacían en la televisión, en una película china). El otro empezó a toser. Philippe volvió a la carga intentando estrangular a Nicolás, que le golpeó entonces en el estómago con el codo. Una vez desembarazado de su agresor, que estaba de rodillas y doblado en dos, Nicolás hizo otra vez frente a Jean, escupiéndole en la cara. Este se le vino encima y le mordió una pierna hasta hacerle sangre. Los tres jóvenes humanos rodaron debajo de las camas, golpeándose como gitanos. Nicolás quedó finalmente debajo.

—¡Dinos lo que les ha pasado a tus padres o te haremos comer hormigas!

A Jean se le había ocurrido eso en el calor de la pelea. Y no se sentía nada descontento de la frase. Mientras mantenía al nuevo de espaldas en el suelo, Philippe corrió a buscar algunos himenópteros, que no escaseaban en aquel lugar, volvió y los agitó ante la cara de Nicolás.

—¡Mira! ¡Fíjate en lo gordas que están!

(Como si las hormigas, cuyo cuerpo está rodeado por un rígido caparazón, pudiesen tener capas de grasa).

Luego, le pellizó la nariz para obligarle a abrir la boca, en la que arrojó con repugnancia tres jóvenes obreras que verdaderamente tenían otras cosas que hacer. Y Nicolás tuvo entonces la mayor sorpresa de su vida. Estaban deliciosas.

Los otros, sorprendidos al ver que no escupía el infame alimento, quisieron probarlo a su vez.

La sala de las garrafas de melado es una de las más recientes innovaciones de Bel-okan. La tecnología de las «garrafas» la tomaron de las hormigas del Sur, que después de los grandes calores no dejan de moverse hacia el Norte.

Es cosa bien sabida que con ocasión de una guerra victoriosa contra estas hormigas, la Federación descubrió su sala de calabazas. La guerra es la mejor fuente y el mejor vector de circulación de inventos en el mundo de las sociedades de insectos.

En un primer momento, las legionarias belokanianas quedaron horrorizadas al ver, ¿qué? Unas obreras condenadas a pasar toda su vida suspendidas del techo, cabeza abajo y con el abdomen tan hinchado que era dos veces más grueso que el de una reina. Las sudistas explicaron que esas hormigas «sacrificadas» eran garrafas vivientes, capaces de mantener frescas increíbles cantidades de néctar, rocío o melado.

En resumen, había bastado llevar al extremo la idea del «buche social» para desembocar en la de «hormiga cisterna» —y llevarla a la práctica. Las hormigas acudían a cosquillar el abdomen de esos refrigeradores vivientes y éstos entregaban entonces gota a gota, o incluso a chorro, sus preciosos jugos.

Las sudistas resistían gracias a este sistema las grandes olas de sequía que castigan las regiones tropicales. Y cuando emigraban, se llevaban con ellas sus recipientes bajo el brazo y se mantenían perfectamente hidratadas a lo largo de todo el viaje. De creer lo que decían, los recipientes eran tan preciosos como los huevos.

Las belokanianas copiaron entonces la técnica de los recipientes, pero viendo en ella sobre todo el especial interés de poder almacenar grandes cantidades de alimento con una calidad en su conservación y con una higiene sin igual.

Todos los machos y hembras de la Ciudad se presentan en la sala de los recipientes para llenarse de azúcar y agua. Ante cada receptáculo viviente hay una larga cola de peticionarios alados. 327 y 56 abrevan juntos y luego se separan.

Cuando todos los sexuados y todas las artilleras han pasado ya, las hormigas-cisterna están vacías. Un ejército de obreras se apresura a reaprovisionar con néctar, rocío y melado los abdómenes hasta que éstos recuperan su forma de pequeños

globos brillantes.

Nicolás, Philippe y Jean fueron sorprendidos por un celador y castigados a la vez. Así se convirtieron en los mejores amigos del orfanato.

Se les encontraba lo más a menudo en el refectorio, ante el televisor. Ese día estaban viendo un episodio de la interminable serie *Extraterrestre y orgulloso de serlo*.

Lanzaron una exclamación y se dieron con el codo al ver que lo que contaba el episodio era la llegada de unos cosmonautas a un planeta habitado por hormigas gigantes.

—Buenos días, somos terrícolas.

—Buenos días, nosotras somos las hormigas gigantes del planeta Zgu.

Por otra parte, el guión era relativamente baladí: las hormigas gigantes eran telépatas. Enviaban mensajes a los terrícolas dándoles orden de que se matasen entre ellos. Pero el último superviviente lo comprendía todo e incendiaba la ciudad enemiga...

Satisfechos con este final, los chicos decidieron ir a comer unas cuantas hormigas azucaradas. Pero, curiosamente, las que atraparon no tenían el sabor a bombón de las primeras. Eran más pequeñas y su sabor era ácido. Como de limón concentrado. ¡Puah!

Todo ha de ocurrir hacia el mediodía en el punto más alto de la Ciudad.

Con las primeras tibiezas de la aurora, las artilleras se instalan en los nichos de protección que forman una especie de corona alrededor de la cima. Con el ano apuntando al cielo, lanzan una salva antiaérea contra los pájaros, que no tardan en repicar al fuego. Algunas apoyan el abdomen entre las ramitas para atenuar el efecto del retroceso. De este modo, creen que podrán lanzar dos o tres salvas en la misma dirección sin desviarse demasiado.

La hembra 56 está en su estancia. Unas asistentas asexuadas untan sus alas con saliva protectora. *¿Habéis salido ya al gran Exterior?* Las obreras no contestan. Es evidente que ya han salido, pero ¿para qué decirle que fuera está lleno de árboles y hierba? Dentro de unos minutos, la potencial reina se dará cuenta de ello por si misma. Querer saber por contacto antenar lo que es el mundo no es más que un capricho de sexuado.

Las obreras no dejan por eso de acicalarla. Le tiran de las patas para darles elasticidad. La fuerzan a contorsionarse para hacer que crujan sus articulaciones torácicas y abdominales. Comprueban que su buche social está rebosante de melado y lo presionan para que deje escapar una gota. Ese jarabe ha de permitirle mantenerse en vuelo continuo durante unas horas.

Listo. La 56 ya está dispuesta. Ahora, la siguiente.

La princesa, con todos sus ornamentos y todos sus perfumes, abandona el gineceo. El macho 327 no se había equivocado, es verdaderamente una gran belleza.

Se esfuerza por levantar las alas. Es tremendo lo que han crecido en los últimos días. Ahora son tan largas y pesadas que se arrastran por el suelo... como un velo nupcial.

Otras hembras aparecen por los corredores. Junto con un centenar de esas vírgenes, la 56 anda ya sobre las ramitas de la cúpula. Algunas exaltadas se pegan a las ramitas: sus cuatro alas aparecen rayadas, agujereadas y decididamente arrancadas. Las desdichadas no llegan más allá, y en todo caso no podrían remontar el vuelo. Despechadas, bajan al quinto nivel. Como las princesas enanas, no conocerán el arrebató amoroso. Se reproducirán tontamente en una sala cerrada, e incluso en el suelo.

La hembra 56 está aún intacta, Salta de una ramita a otra, teniendo mucho cuidado de no caerse y de no estropear sus delicadas alas.

Una hermana que anda a su lado le pide un contacto antenar. Se pregunta qué deben ser esos famosos machos reproductores. ¿Falsos abejorros o moscas?

La hembra 56 no contesta. Piensa otra vez en el macho 327, en el enigma del «arma secreta». Pero todo eso se ha acabado. Ya no hay célula de trabajo. Por lo menos para los dos sexuados. Todo el asunto está ahora en manos de la 103.683.

Rememora con nostalgia los acontecimientos.

El macho fugitivo que aparece en sus aposentos... ¡y sin pasaportes!

La primera comunicación absoluta.

Su encuentro con la 103.683.

Las asesinas con aroma de rocas.

La carrera por los niveles más bajos de la Ciudad.

El escondrijo lleno con los cadáveres de la que hubiese podido ser su «legión».

La lomechuse.

El pasadizo secreto en el granito.

Sin dejar de andar, baraja sus recuerdos y se considera una privilegiada. Ninguna de sus hermanas ha vivido tales aventuras, antes incluso de abandonar la Ciudad.

Las asesinas con olor a rocas... La lomechuse... el pasadizo secreto en el granito...

La locura no supone explicación ninguna, tratándose de individuos tan numerosos. ¿Mercenarias que espían en beneficio de las termitas? No, la cosa no resulta bien así; no serían tantas ni estarían tan bien organizadas.

Y queda en todo caso un punto que no cuadra con nada: ¿por qué hay reservas de alimentos bajo la Ciudad? ¿Para alimentar a los espías? No, hay tanto alimento como para engordar a millones de individuos... Y no son millones.

Y esa sorprendente lomechuse. Es un animal de superficie. Y es imposible que haya bajado por sí misma hasta el nivel -50. Así que la han transportado hasta allí. Pero en cuanto uno se acerca a ese insecto, es presa de sus efluvios. Hace falta, pues, un grupo bastante numeroso para envolver al monstruo con hojas livianas y trasladarlo discretamente hasta allá abajo.

Cuanto más piensa en ello, más cuenta se da de que todo ello requiere unos medios considerables. Y de hecho, mirando las cosas de frente, todo ocurre como si parte del Nido tuviese un secreto y estuviese protegiéndolo encarnizadamente contra sus mismas hermanas.

Unos contactos desconocidos rozan su cabeza. Se detiene. Sus congéneres creen que desfallece de emoción antes del vuelo nupcial. Es algo que a veces ocurre, ¡las sexuadas son tan sensibles! Se lleva las antenas a la boca. Repite rápidamente para sí: la expedición número uno aniquilada, el arma secreta, las treinta legionarias muertas, la lomechuse, el pasaje secreto en la roca granítica, las reservas de alimentos...

¡Eso es! ¡Oh, sí! ¡Ya lo ha comprendido! Y se lanza contra corriente. ¡Ojalá no sea demasiado tarde!

Educación. *La educación de las hormigas sigue las siguientes etapas:*

—*Del primer día al décimo, la mayoría de los jóvenes atienden a la reina ponedora. La cuidan, la lamen, la acarician. En correspondencia, ella les unta su saliva nutritiva y desinfectante.*

—*Del undécimo al vigésimo día, las obreras adquieren el derecho de cuidar de los capullos.*

Del vigésimo primer día al trigésimo, vigilan y alimentan a las larvas más jóvenes.

Del trigésimo primero al cuadragésimo día, se entregan a tareas domésticas y de policía, mientras siguen cuidando a la reina madre y a las ninfas.

—*El cuadragésimo día es una fecha importante. Las obreras, a las que se considera ya suficientemente experimentadas, tienen derecho a salir de la Ciudad.*

—*Del cuadragésimo día al quincuagésimo, sirven como guardianas o bien como ordeñadoras de pulgones.*

Desde el quincuagésimo hasta los últimos días de sus vidas, pueden acceder a la ocupación más apasionante para una hormiga ciudadana: la caza y la exploración en parajes desconocidos.

Nota: A partir del undécimo día, los sexuados ya no están obligados a trabajar. Permanecen ociosos la mayor parte del tiempo, encerrados en sus estancias hasta el día del vuelo nupcial.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

También el macho 327 se prepara. En intercambio antenar, los demás machos no hablan más que de hembras. Muy pocos las han visto. O en su caso no fueron más que visiones furtivas de los corredores de la Ciudad prohibida. Muchos de ellos elucubran. Se las imaginan con perfumes embriagadores, de un erotismo enloquecedor. Uno de los príncipes pretende haber intercambiado una trofalaxia con una hembra. Su melado tenía el sabor de la savia del abedul, sus hormonas sexuales emitían efluvios comparables a los de los junquillos recién cortados. Los demás le envidian en silencio.

El 327, que sí ha probado el melado de una hembra (¡y de qué hembra!) sabe que éste no se diferencia en nada del melado de las obreras o de las hormigas-receptáculo. Pero, en cualquier caso, no interviene en la conversación.

Una idea pícaro corretea por su ánimo. Le gustaría mucho entregarle a la hembra 56 los espermatozoides necesarios para la creación de una futura Ciudad. Si pudiese dar con ella... Lástima que no hayan pensado en crear una feromona de reconocimiento para encontrarse entre la multitud.

Cuando la hembra 56 llega a la sala de los machos, la sorpresa es general. Venir a este lugar quebranta todas las reglas. Los machos y las hembras no deben verse por primera vez hasta el momento del vuelo nupcial. Éste no es el lugar de las hembras. No se copula en los pasillos.

Los príncipes que estaban tan deseosos de saber lo que era una hembra se muestran rígidos. Emiten en conjunto perfumes hostiles que dan a entender que ella debe abandonar aquella estancia. A pesar de todo, ella continúa avanzando entre el tumulto de los preparativos. Ella atropella a todo el mundo, dispersando sus feromonas.

—¡327! ¡327! ¿Dónde estás, 327?

Los príncipes no se molestan en decirle que no se elige así como así al macho copulador. Ella debe ser paciente, confiar en el azar. Un poco de pudor...

La hembra 56 acaba por encontrar a su compañero, a pesar de todo. Él está muerto. Tiene la cabeza cortada por las mandíbulas de un compañero.

Totalitarismo: *las hormigas interesan a los hombres porque éstos creen que han conseguido crear un sistema totalitario que funciona. Es cierto que, visto desde el exterior, parece que en el hormiguero todo el mundo trabaja, todo el mundo obedece, está dispuesto a sacrificarse, todo el mundo es igual. Y hasta el presente todos los sistemas totalitarios humanos han fracasado...*

Entonces consideramos copiar al insecto social (¿no era la abeja el emblema de Napoleón?) Las feromonas que inundan el hormiguero con una información global no son más que la televisión global de hoy en día. El hombre cree que al darle a todo el mundo lo que considera lo mejor, llegará un día a conseguir una Humanidad perfecta.

Pero no es ése el sentido de las cosas.

La Naturaleza, mal que le pese a Darwin, no evoluciona hacia la primacía de los mejores (¿mejores según qué criterio, por otra parte?) La Naturaleza basa su energía en la diversidad. Necesita que unos sean buenos y otros malos, locos, desesperados, deportistas, enfermizos, jorobados, con labio leporino, alegres, tristes, inteligentes, idiotas, egoístas, generosos, pequeños, grandes, negros, amarillos, rojos, blancos... Aprovecha todas las religiones, todas las filosofías, todos los fanatismos, todas las corduras... El único peligro es que una cualquiera de estas especies sea eliminada por otra.

Ya se ha visto que los campos más artificialmente concebidos por el hombre, y compuestos por hermanos gemelos de la mejor cepa (la que necesita menos agua, la que resiste mejor el hielo, la que da el grano más hermoso), morían todos a la vez a la menor enfermedad. Mientras que los campos de maíz silvestres, compuestos por muchas cepas diferentes y cada una de ellas con su propia especificidad, y sus debilidades, y sus anomalías, conseguían encontrar siempre un antídoto para las epidemias. La Naturaleza odia la uniformidad y ama la diversidad. Quizás ahí sea donde radica su genio.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

La hembra regresa a la cúpula dando cortos pasos agobiados. En un corredor próximo al gineceo, sus ocelos infrarrojos hacen que distinga dos siluetas. ¡Son las asesinas con olor a rocas! ¡Ahí están la grande y la pequeña que cojea!

Mientras las dos se dirigen rectamente hacia ella, la 56 zumba sus alas y le salta al cuello a la coja. Pero pronto la inmovilizan entre las dos. Sin embargo, en lugar de acabar con ella, le imponen un contacto antenar.

La hembra está furiosa. Les pregunta por qué han matado al macho 327, ya que de todos modos iba a morir después del vuelo. ¡Por qué le han asesinado!

Las dos asesinas tratan de razonar con ella. Por lo que dicen, algunas cosas no pueden esperar. Y eso cueste lo que cueste. Hay tareas mal consideradas y gestos que se consideran mal, y que sin embargo han de llevarse a cabo si se quiere que el Nido siga funcionando con normalidad. No hay que ser ingenuo... Y la unidad de Bel-o-

kan bien lo merece. Y si la necesidad se plantea, ¡se hace!

Entonces, ¿es que no son espías?

No, no son espías. Incluso pretenden ser las principales guardianas de la seguridad y la integridad del Nido.

La princesa lanza feromonas de indignación, ¿Por qué el macho 327 era peligroso para la seguridad del Nido? Pues *sí*, *lo* era, responden las dos asesinas. Un día lo comprendería, ahora era aún demasiado joven...

Comprender. Comprender ¿qué? Que hay asesinos super-organizados en el seno mismo de la Ciudad, y que éstos pretenden salvarla eliminando a unos machos que han visto «cosas cruciales para la supervivencia del Nido».

La coja consiente en explicarse. Y de lo que dice se desprende que las guerreras con aroma de rocas son «soldados anti mala fatiga». Hay buenas fatigas que hacen que el Nido progrese y luche. Y hay malas fatigas que hacen que el Nido se autodestruya. No toda información debe conocerse. Hay algún tipo de información que provoca angustias «metafísicas», que aún no tienen solución. Y entonces el Nido se intranquiliza, pero se encuentra inhibido, incapaz de reaccionar...

Eso es muy malo para todos, el nido empieza a producir toxinas que lo envenenan. La supervivencia del Nido «a largo plazo» es más importante que el conocimiento de la realidad «a corto plazo». Si unos ojos han visto algo y el cerebro sabe que eso es peligroso para todo el resto del organismo, más vale que el cerebro acabe con esos ojos...

La hormiga corpulenta se une a la coja para resumir de esta manera consideraciones tan sabias:

Hemos cerrado el ojo,

Hemos cortado el estímulo nervioso,

Hemos contenido la angustia.

Las antenas insisten, precisando que todos los organismos están provistos de ese mecanismo de seguridad paralela. Los que no lo tienen mueren de miedo o se suicidan para no hacer frente a la angustiosa realidad.

56 queda bastante sorprendida aunque no se descompone. ¡Gran feromona en verdad! Si quieren ocultar la existencia del arma secreta, ya es demasiado tarde para ello. Todo el mundo sabe que La-chola-kan fue víctima suya, aunque el misterio se mantenga por entero desde un punto de vista tecnológico...

Las dos soldados, siempre tan flemáticas, no relajan la presa. En cuanto a La-chola-kan, todo el mundo se ha olvidado ya de eso; la victoria ha acabado con la curiosidad. Y, por otra parte, basta con olfatear por los corredores, no queda el más mínimo olor de toxinas. Todos están tranquilos en estas vísperas de la celebración del

Renacimiento.

Pues entonces, ¿qué quieren de ella? ¿Por qué siguen teniéndola atrapada por la cabeza?

Durante la persecución por los niveles inferiores, la coja ha descubierto una tercera hormiga. Una soldado. ¿Cuál es su número de identificación?

¡Así que por eso no la han matado inmediatamente! Como respuesta, la hembra hinca profundamente los extremos de sus antenas en los ojos de la más corpulenta, y el hecho de que ésta sea ciega de nacimiento no le evita sentir un gran dolor. Y la coja, por su parte, atónita, relaja un tanto su presa. La hembra corre y vuela para ir más de prisa. Sus alas levantan una nube de polvo que ciega a sus perseguidoras. Se apresura para llegar a la cúpula.

Acaba de ver la muerte de cerca. Y ahora va a iniciar otra vida.

Extracto del discurso contra los juguetes-hormiguero pronunciado por Edmond Wells ante la Comisión investigadora de la Asamblea Nacional:

«Vi ayer en las tiendas esos nuevos juguetes que se les ofrecen a los niños en la Navidad. Son unas cajas de plástico transparente y llenas de tierra con seiscientas hormigas en su interior y una reina fecunda garantizada.

»Se las ve trabajar, excavar, correr.

»Para un niño es algo fascinante. Es como si le regalasen una ciudad. Aparte de que sus habitantes son minúsculos. Son como centenares de muñequitos móviles y dotados de autonomía.

»Para no ocultar nada, he de decir que yo mismo tengo de mi propiedad dos hormigueros. Y eso sencillamente porque, en el marco de mi trabajo como biólogo, me he dedicado a estudiarlos. Los he instalado en acuarios cubiertos con cartón agujereado.

»Sin embargo, cada vez que me encuentro ante mis hormigueros, experimento una extraña sensación. Como si fuese omnipotente ante su mundo. Como si fuese su Dios...

»Si quiero privarlas de alimento, todas mis hormigas morirán; si se me ocurre crear lluvia, me basta verter con la regadera el contenido de un vaso de agua sobre la ciudad; si decido que suba la temperatura ambiente, sólo tengo que instalarlo sobre el radiador; si quiero raptar a una de ellas para examinarla al microscopio, sólo tengo que tomar las pinzas e introducirlas en el acuario; y si me da el capricho de matarlas, no encontraré resistencia ninguna por su parte. Ni siquiera comprenderán lo que les pasa.

«Señores, éste es un poder exorbitante que nos ha sido dado sobre estos seres, sólo porque son de morfología reducida.

»Yo no abuso de eso. Aunque imagino a un niño... y él también puede hacer

cualquier cosa con ellas.

»A veces se me ocurre una idea tonta. Al ver esas ciudades de arena, me pregunto: ¿y si fuese nuestra propia ciudad? ¿Y si nosotros también estuviésemos instalados en un acuario-prisión, vigilados por otra especie de gigantes?

»¿Y si Adán y Eva hubiesen sido dos cobayas experimentales depositados en un decorado artificial, para que se les pudiese ver?

»¿Y si el destierro del paraíso del que habla la Biblia no hubiese sido más que un cambio de acuario-prisión?

»¿Y si el diluvio, después de todo, no hubiese sido más que un vaso de agua vertido por un Dios negligente o curioso?

»Me dirán ustedes que eso es imposible. Vaya usted a saber... La única diferencia pudiera ser que mis hormigas están encerradas entre paredes de cristal, y nosotros por una fuerza física: la atracción de la Tierra.

»En todo caso, mis hormigas consiguen perforar el cartón, y muchas de ellas ya se han escapado. Y asimismo nosotros hemos conseguido lanzar cohetes que escapan a la atracción gravitacional.

«Volvamos a las ciudades del acuario. Acabo de decirles que soy un dios magnánimo, misericordioso, e incluso un tanto supersticioso. Nunca hago sufrir a mis súbditos. No les hago lo que a mí no me gustaría que me hiciesen.

«Pero los millares de hormigas vendidas en Navidad transformarán a los niños en otros tantos dioscecitos. ¿Serán tan magnánimos y misericordiosos ellos como yo?

»Lo más seguro es que la mayoría comprenda que son responsables de una ciudad y que eso les da unos derechos, pero también unos deberes divinos: alimentarlas, mantenerlas a una temperatura adecuada, y no matarlas por capricho.

»Sin embargo, los niños, y pienso especialmente en los que son muy pequeños y aún no son responsables, experimentan contrariedades: fracasos escolares, regañinas de sus padres, peleas con los compañeros. En un acceso de cólera pueden muy bien olvidar sus deberes de "jóvenes dioses" y no me atrevo a imaginar entonces la suerte que correrán sus administradas.

»No les pido que voten esta ley que prohíbe los hormigueros-juguete en nombre de la piedad hacia las hormigas o de sus derechos como animales. Los animales no tienen ningún derecho: los hacemos nacer para sacrificarlos en aras de nuestro consumo. Les pido que la voten teniendo en cuenta que quizá nosotros mismos somos estudiados y vivimos prisioneros de una estructura gigante. ¿Quisieran ustedes que la Tierra se le regalase un día como regalo de Navidad a un joven dios irresponsable?».

El sol está en el cenit.

Los retrasados, machos y hembras, se apresuran por las arterias que afloran a la piel de la Ciudad. Unas obreras les empujan, les lamen, les dan ánimos.

La hembra 56 se sumerge a tiempo en esa multitud festiva en la que se confunden todos los olores pasaporte. Aquí nadie llegará a identificar sus efluvios. Dejándose llevar por la oleada de sus hermanas, sube cada vez más arriba, recorriendo sectores desconocidos hasta ese momento.

De repente, tras el ángulo de un corredor, encuentra algo que aún no había visto nunca. La luz del día. Al principio no es más que un halo en las paredes, pero pronto se convierte en una claridad cegadora. Ahí está por fin esa fuerza misteriosa que le habían descrito las nodrizas. La cálida, suave, hermosa luz. La promesa de un nuevo mundo fabuloso. A fuerza de absorber fotones en sus globos oculares, se siente ebria. Como si hubiese abusado del melado fermentado del nivel treinta y dos.

La princesa 56 sigue avanzando. El suelo está salpicado de manchas de un blanco intenso. Chapotea en los cálidos fotones. Para alguien que ha pasado su infancia bajo tierra el contraste resulta violento.

Otro giro. Una pincelada de pura luz la golpea, crece hasta ser un círculo deslumbrante y luego un velo de plata. El bombardeo de luz la obliga a retroceder. Siente que los granos luminosos le entran en los ojos, le quemán los nervios ópticos, le arañan los tres cerebros. Tres cerebros... antigua herencia de los ancestros gusanos que tenían un ganglio nervioso en cada anillo y un sistema nervioso para cada parte del cuerpo.

Sigue adelante contra el viento de fotones. A lo lejos ve las siluetas de sus hermanas que se dejan abrazar por el astro solar. Son como fantasmas.

Sigue avanzando. Su quitina se vuelve tibia. Esa luz que han tratado mil veces de describirle está más allá de cualquier lenguaje, hay que vivirla. Dedicar un pensamiento a todas las obreras de la subcasta de las «porteras» que permanecen toda su vida encerradas en la Ciudad y nunca sabrán lo que es el exterior y su sol.

Entra en el muro luminoso y se siente proyectada al otro lado, fuera de la Ciudad. Sus ojos facetados se van habituando poco a poco, aunque la hembra experimenta los pinchazos del aire salvaje. Un aire frío, movedizo y perfumado, todo lo contrario de la atmósfera controlada del mundo en el que ha estado viviendo.

Sus antenas se agitan. Le cuesta orientarlas a su voluntad. Una corriente de aire más rápida se las pega a la cara. Sus alas restallan.

Allá arriba, en lo más alto de la cúpula, la reciben unas obreras. La toman por las patas, la levantan, la empujan adelante entre un tumulto de sexuados, centenares de machos y hembras que hormiguean y se amontonan sobre una estrecha superficie. La princesa 56 comprende que está en la pista de despegue del vuelo nupcial, pero que hay que esperar a que la meteorología sea mejor.

Entonces, mientras el viento sigue haciendo de las suyas, un grupo de unos diez gorriones descubre a los sexuados. Excitados por lo que se les ofrece, revolotean cada vez más cerca. Cuando se acercan demasiado, las artilleras situadas en círculo

alrededor de la cúpula les envían chorros de ácido.

Y he aquí que uno de los gorriones prueba su suerte, y se lanza sobre el grupo, atrapa a tres hembras y remonta de nuevo el vuelo. Antes de que al audaz haya tomado altura, es abatido por las artilleras; se revuelca sobre la hierba penosamente, con la boca todavía llena, con la esperanza de limpiar el veneno de sus alas.

¡Que les sirva de ejemplo a todos! Y de hecho los gorriones retroceden un poco... Pero nadie se confía. No tardarán en volver y probar otra vez la defensa antiaérea.

Depredador. *¿Qué hubiese sido de nuestra civilización humana si no se hubiese desembarazado de sus depredadores mayores, como los lobos, los leones y los licaones?*

Sería una civilización inquieta, en perpetuo replanteamiento.

Los romanos, para experimentar un estremecimiento en medio de sus libaciones, hacían que se les presentase un cadáver. Todos recordaban así que no hay nada conseguido y que la muerte puede llegar en cualquier momento.

Pero en nuestros días el hombre ha aplastado, eliminado, introducido en los museos todas las especies capaces de comérselo. Hasta tal punto que ya no quedan más que los microbios, y quizá las hormigas, que puedan inquietarle.

La civilización mirmeciana, por el contrario, se ha desarrollado sin conseguir eliminar a sus depredadores más importantes. Resultado: este insecto vive en constante replanteamiento. Sabe que no ha hecho más que la mitad del camino, ya que incluso el animal más estúpido puede destruir con un solo golpe milenios de experiencia.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

El viento se ha calmado, las corrientes de aire disminuyen, la temperatura sube. A los 22° de tiempo, la Ciudad decide lanzar a sus hijos.

Las hembras hacen que sus cuatro alas zumben. Están dispuestas, más que dispuestas. Todos esos olores de machos maduros han llevado al colmo su apetito sexual.

Las primeras vírgenes despegan con gracia. Se elevan un centenar de cabezas... y los gorriones acaban con ellas. Ni una sola se libra.

Hay consternación abajo, aunque no van a renunciar por eso. Cuatro hembras de cien consiguen franquear la barrera de picos y plumas. Los machos salen en persecución de las hembras en grupo cerrado. A ellos les dejan pasar, son muy poca cosa para interesar a los gorriones.

Una tercera oleada de hembras se lanza al asalto de las nubes. Más de cincuenta pájaros se encuentran ya en su camino. Hay una carnicería. No queda ninguna superviviente. Los volátiles, por su parte, son cada vez más numerosos, como si se hubiesen pasado aviso unos a otros. Ahora hay aquí arriba gorriones, mirlos, petirrojos, pinzones, palomas... Hay un intenso piar. Para ellos también hay celebración.

Una cuarta oleada despega. Y de nuevo ni una sola hembra logra pasar. Los pájaros disputan entre sí por el mejor bocado.

Las artilleras se ponen nerviosas. Disparan verticalmente con toda la potencia de sus glándulas de ácido fórmico. Pero los depredadores vuelan demasiado alto. Las gotas mortales vuelven a caer en forma de lluvia sobre la ciudad, causando muchos destrozos y heridas.

Las hembras renuncian, horrorizadas. Consideran que es imposible pasar y prefieren bajar para copular a cubierto, en compañía de otras princesas accidentadas.

La quinta oleada se eleva, dispuesta al sacrificio supremo. ¡Hay que franquear a toda costa esa muralla de picos! Diecisiete hembras pasan, seguidas de cerca por cuarenta y tres machos.

Sexta oleada: ¡doce hembras pasan!

Séptima: ¡treinta y cuatro!

La 56 agita sus alas. Aún no se atreve a lanzarse. La cabeza de una hermana acaba de caer a sus pies, seguida suavemente por un poco de plumón de siniestro augurio. ¿No quería saber lo que era el gran Exterior? ¡Ah, ahora se ha quedado inmóvil!

¿Se lanzará con la octava oleada? No... Y hace bien, porque ésta queda totalmente aniquilada.

La princesa tiene miedo. Vuelve a hacer zumbir sus cuatro alas y se eleva un poco. Bueno, por lo menos eso funciona, no hay ningún problema, sólo que la cabeza... La invade el miedo. Hay que mantenerse lúcida. Hay muy pocas posibilidades de que lo consiga.

La hembra 56 interrumpe su aleteo: setenta y tres hembras de la novena oleada acaban de pasar. Las obreras lanzan feromonas de ánimo. Renace la esperanza. ¿Saldrá con la décima oleada?

Mientras lo está dudando, descubre de repente, un poco más allá, a la pequeña coja y a la corpulenta asesina que ahora tiene sus ojos muertos. No hace falta más para que se decida. Se lanza a volar. Las mandíbulas de las otras dos se cierran en el vacío. Han fallado por poco.

La hembra 56 se mantiene un momento a media altura entre la Ciudad y la nube de pájaros. Luego la rodea la décima oleada en su vuelo, y ella lo aprovecha, se lanza también directamente hacia la trampa aérea. Sus dos vecinas caen, mientras ella pasa

inopinadamente entre las uñas de un abejaruco.

Simple cuestión de suerte.

Y ahí van catorce hembras más que han salido indemnes de la décima oleada. Pero la 56 no se hace ilusiones. Sólo ha superado la primera prueba. Lo más duro aún tiene que llegar. La hembra conoce las cifras. Por regla general, de mil quinientas princesas que emprenden el vuelo, diez llegan a tierra sin problemas. Cuatro reinas, en la hipótesis más optimista, conseguirán construir su ciudad.

A veces, cuando paseo en verano, me doy cuenta de que he pisado una especie de mosca. La miro mejor: es una hormiga reina. Y si hay una, hay mil.

Se retuercen en el suelo. Los zapatos de la gente las aplastan, o bien chocan con los parabrisas de los automóviles. Están agotadas, ya no tienen ningún control de su vuelo. ¿Cuántas ciudades han quedado aniquiladas de esa manera, con un simple golpe de limpiaparabrisas en una carretera durante el verano?

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Mientras la hembra 56 acciona sus largas alas, percibe tras ella la muralla de plumas que se cierra sobre la undécima oleada y la duodécima. ¡Desdichadas! Cinco oleadas de hembras más y la Ciudad habrá agotado todas sus esperanzas.

No piensa más en ello, atraída por el azul infinito. ¡Es todo tan azul! Es fantástico hender los aires para una hormiga que no ha conocido más que la vida bajo tierra. Le parece estar moviéndose en otro mundo. Ha abandonado las estrechas galerías a cambio de un espacio vertiginoso en el que todo estalla en tres dimensiones.

Descubre intuitivamente todas las posibilidades del vuelo. Cargando su peso sobre este ala, vira a la derecha. Sube al modificar el ángulo de ataque de las dos alas. Baja. Acelera... Se da cuenta de que para trazar un viraje perfecto ha de situar los extremos de las alas en un eje imaginario y no dudar en colocar su cuerpo en un ángulo de más de 45°.

La hembra 56 descubre que el cielo no está vacío. Nada de eso. Está lleno de corrientes. Algunas, las de «convección», la hacen subir. Los baches de aire, por el contrario, hacen que pierda altitud. Sólo puede descubrirlos observando a los insectos que van delante, y según sus movimientos anticipar...

Tiene frío. Hace frío ahí arriba. A veces hay torbellinos, borrascas de aire tibio o helado que la hacen girar como un trompo.

Un grupo de machos se ha lanzado tras ella. La hembra 56 acelera para que sólo la alcancen los más rápidos o los más obstinados. Ésa es la primera selección

genética.

Siente un contacto. Un macho se acerca a su abdomen, salta sobre ella, la escala. Es bastante pequeño, pero como ha dejado de batir las alas su peso parece considerable.

La hembra pierde un poco de altura. Encima de ella, el macho se retuerce para que no le moleste el batir de las alas. Completamente desequilibrado, flexiona el abdomen para alcanzar con su dardo el sexo femenino.

La hembra espera las sensaciones con curiosidad. Unos pinchazos deliciosos empiezan a invadirla. Eso le da una idea. Sin avisar, se inclina adelante y se lanza en picado. ¡Qué locura! ¡Qué magnífico éxtasis! Velocidad y sexo componen su primer combinado de placer.

La imagen del macho 327 aparece furtivamente en su cerebro. El viento silba entre los pelos de sus ojos. Una savia picante hace que sus antenas se estremezcan. Una parte de su ser se convierte en un mar lleno de olas. Extraños líquidos fluyen de todas sus glándulas. Se mezclan en una sopa efervescente que se vierte en sus encéfalos.

Llegada a la cima de las hierbas, reúne sus fuerzas y reemprende el batir de sus alas. Sube ahora como una flecha. Cuando recupera el equilibrio del vuelo, el macho ya no se siente muy bien. Le tiemblan las patas, sus mandíbulas no paran de abrirse y cerrarse sin motivo. Paro cardíaco. Y caída libre...

En la mayor parte de las especies de los insectos, los machos están programados para morir en su primer acto de amor. Sólo tienen una ocasión, la definitiva, En cuanto los espermatozoides abandonan el cuerpo, se llevan consigo la vida de su propietario.

Entre las hormigas, la eyaculación mata al macho. En otras especies es la hembra la que, una vez fecundada, mata a su bienhechor. Las emociones le han abierto el apetito.

Hay que rendirse a la evidencia: el universo de los insectos es globalmente un universo de hembras, y más concretamente de viudas. Los machos sólo cumplen en él un cometido episódico...

Pero ya hay un segundo genitor que se acerca a ella. Y en cuanto se va, es inmediatamente reemplazado. Y acude un tercero, y muchos más. La hembra 56 ya no los cuenta. Son al menos diecisiete o dieciocho los que van relevándose para llenar su espermoteca con gametos frescos.

La hembra siente el líquido vivo bullir en su abdomen. Ahí está la reserva de habitantes de su futura ciudad. Millones de células sexuales macho que le permitirán desovar a diario durante quince años.

A su alrededor, sus hermanas sexuadas comparten las mismas emociones. El cielo está lleno de hembras voladoras, montadas por uno o muchos machos, que copulan

juntos con la misma hembra. Caravanas de amor suspendidas en las nubes. Esas damas están ebrias de cansancio y felicidad. Ya no son princesas, sino reinas. Sus reiterados placeres las han dejado agotadas y apenas pueden controlar la dirección de su vuelo.

Ése es el momento que eligen cuatro majestuosas golondrinas para surgir de un cerezo en flor. No vuelan, se deslizan entre las capas de aire con helada imperturbabilidad... Se lanzan sobre las hormigas aladas con los picos abiertos y se las zampan una tras otras. La hembra 56 también cae.

La 103.683 está en la sala de los exploradores. Pensaba seguir ella sola la investigación infiltrándose en la termitera del Este, pero le han propuesto unirse a un grupo de exploradoras para ir a la «caza del dragón». En efecto, se ha visto un lagarto en el corral de la ciudad de Zubi-zubi-kan, que tiene el rebaño de pulgones más importante de toda la Federación: nueve millones de animales. La presencia de uno de estos saurios puede dificultar considerablemente las actividades de pastoreo.

Por suerte, Zubi-zubi-kan está en la frontera este de la Federación, justo a mitad de camino entre la ciudad termita y Bel-o-kan. La 103.683 ha aceptado ir con la expedición. De esa manera, su partida pasará inadvertida.

A su alrededor, las demás exploradoras se preparan minuciosamente. Llena hasta los bordes el buche social con reservas energéticas azucaradas y su bolsa con ácido fórmico. Luego se untan baba de caracol para protegerse del frío y también (ahora ya lo saben) de las esporas de la *alternaria*.

Hablan de la caza del lagarto. Algunas lo comparan con las salamandras o con las ranas, pero la mayoría de las treinta y dos exploradoras reconoce su supremacía en cuanto a la dificultad de su caza.

Una anciana pretende que los lagartos tienen la capacidad de hacer que su cola vuelva a brotar cuando se la cortan. Las demás se burlan de ella... Otra afirma que ha visto a uno de esos monstruos permanecer inmóvil durante 10°. Todas recuerdan las historias de las primeras belokanianas al enfrentarse con las mandíbulas desnudas a esos monstruos —en aquel entonces la utilización del ácido fórmico no estaba tan extendida.

La 103.683 no puede reprimir un estremecimiento. Hasta ese momento nunca ha visto un lagarto, y la perspectiva de atacar a uno de ellos con las mandíbulas desnudas o incluso con ácido no hace que se sienta muy segura. Se dice que en la primera ocasión que se presenta abandonará la partida; después de todo su investigación sobre «el arma secreta de las termitas» es más vital para la supervivencia de la Ciudad que cualquier cacería deportiva.

Las exploradoras están listas. Remontan los corredores del cinturón exterior, y luego emergen a la luz por la salida número 7, llamada «salida del Este».

Primero han de dejar atrás los suburbios de la Ciudad, y eso no es sencillo. Por todas partes en los alrededores de Bel-o-kan hay una multitud de obreros y soldados a cual más apresurada.

Hay muchos flujos arriba y abajo. Algunas hormigas van cargadas con hojas, frutos, grano, flores o setas. Otras transportan ramitas y guijas que se utilizarán como material de construcción. Y aun hay otras que van arreando ganado... Hay una gran confusión de olores.

Las cazadoras se abren paso en los embotellamientos. Luego el tráfico se hace más fluido. La avenida se reduce convirtiéndose en una carretera que no llega a las tres cabezas de ancho (nueve milímetros), y luego dos, y luego una. Ya deben de estar lejos de la Ciudad, no perciben los mensajes colectivos. El grupo ha cortado el cordón umbilical olfativo y se constituye en unidad autónoma. Adopta la formación de «paseo», en la que las hormigas se alinean de dos en dos.

Pronto se cruzan con otro grupo, asimismo de exploradoras. Éstas han debido de pasarlo muy mal. En la pequeña tropa no hay una sola hormiga ilesa. Sólo se ven mutiladas. Algunas ya no tienen más que una pata y se arrastran lamentablemente. Y no están mejor las que ya no tienen antenas o abdomen.

La 103.683 nunca ha visto soldados en tan mal estado desde la guerra de las Amapolas. Deben de haberse enfrentado a algo aterrador... Quizás el arma secreta.

La 103.683 quiere dialogar con una gran guerrera que tiene las mandíbulas rotas. ¿De dónde vienen? ¿Qué ha pasado? ¿Han sido las termitas?

La otra acorta el paso y, sin contestar, vuelve la cabeza. ¡Qué horror! ¡Tiene las órbitas vacías! Y su cráneo está hendido desde la boca hasta la articulación del cuello.

La mira alejarse. Más allá, la guerrera cae y ya no se levanta. Aún encuentra fuerzas para arrastrarse fuera del camino, para que su cadáver no entorpezca el paso.

La hembra 56 trata de hacer un picado pronunciado para eludir a la golondrina, pero ésta es diez veces más rápida. El gran pico proyecta ya su sombra sobre sus antenas. El pico cubre su abdomen, su tórax, su cabeza. El pico la sobrepasa.

El contacto con el paladar es insoportable. Luego, el pico se cierra. Todo ha acabado.

***Sacrificio.** Observando a la hormiga, se diría que sólo la motivan ambiciones exteriores a su propia existencia. Una cabeza cortada tratará aún de ser útil mordisqueando patas enemigas, cortando una semilla; un tórax se arrastrará para bloquearles una salida a los enemigos.*

¿Abnegación? ¿Fanatismo con respecto a la ciudad? ¿Embrutecimiento debido al colectivismo?

No. La hormiga también sabe vivir en soledad. No necesita el Nido. Incluso

puede rebelarse.

Entonces, ¿por qué se sacrifica?

En el estadio en que están mis trabajos, yo diría que es por modestia. Parece que para ella su muerte no es un acontecimiento tan importante como para apartarla del trabajo que ha iniciado unos segundos antes.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Contorneando los árboles, las colinas de tierra y los matorrales espinosos, las exploradoras siguen deslizándose hacia el oriente maléfico.

La carretera se ha hecho más estrecha, pero los equipos de vialidad aún se hacen presentes. Nunca se descuidan los caminos de acceso de una ciudad a otra. Unos peones camineros retiran el musgo, apartan las ramitas que obstruyen el paso, colocan señales olorosas con su glándula de Dufour.

Ahora escasean ya las obreras que circulan en sentido inverso. A veces se encuentran en el suelo feromonas indicadoras: «En el cruce 29, vuelva por el espino albar». Podría tratarse de la última marca de una emboscada de insectos enemigos.

Mientras camina, la 103.683 va de sorpresa en sorpresa. Nunca había pasado por esa región. Hay en ella hongos de Satán de ochenta cabezas de alto. Sin embargo, esa especie es característica de los regiones del oeste.

También reconoce los sátiros pestíferos cuyo fétido olor atrae a las moscas; y también los pedos de lobo. Escala un niscallo y pisa con gusto su mullida carne.

Descubre toda clase de plantas raras: el cañamón silvestre cuyas flores retienen tan bien el rocío, soberbios e inquietantes zuecos de Venus, el pie de gato de tallo largo...

Impaciente, se acerca a uno de ellos, cuyas flores parecen abejas, y comete la imprudencia de tocarlas. Inmediatamente, los frutos maduros le estallan en la cara, cubriéndola de granos amarillos y pegajosos. Menos mal que no es la *alternaria*...

Sin desanimarse, salta sobre una falsa anémona para examinar el cielo desde más cerca. En lo alto ve abejas que describen ochos para indicar a sus hermanas cuál es el emplazamiento de las flores con polen.

El paisaje se va haciendo cada vez más salvaje. Hay en él olores misteriosos. Centenares de seres diminutos y no identificables se deslizan en todas direcciones. Sólo se les distingue por el ruido de las hojas secas al quebrarse.

Con la cabeza todavía llena de picaduras, vuelve con el grupo. Y así llegan con paso tranquilo a las inmediaciones de la ciudad federada de Zubi-zubi-kan. Desde lejos parece un bosquecillo como cualquier otro. Si no fuese por el olor y por el trazado del camino, nadie buscaría una ciudad por aquí. De hecho, Zubi-zubi-kan es una ciudad roja clásica, con un tocón de árbol, una cúpula de ramitas y depuradoras.

Pero todo queda oculto por los arbustos.

Las entradas de la ciudad están situadas arriba, casi al ras de la cima de la cúpula. Se llega a ellas pasando por una mata de helechos y rosas silvestres. Que es lo que hacen las exploradoras.

Dentro hay una gran agitación vital. Los pulgones no se distinguen con facilidad; son del mismo color que las hojas. Una antena y un ojo avisados descubren sin embargo sin mayor dificultad los millares de cadillos verdes que engordan lentamente a medida que «ramonean» la savia.

Hace mucho tiempo se estableció un acuerdo entre las hormigas y los pulgones. Éstos alimentan a las hormigas, que como compensación les defienden. Y, en realidad, algunas ciudades les cortan las alas a sus «vacas lecheras» y les entregan sus propios olores pasaportes. Así es más cómodo cuidar los rebaños...

Zubi-zubi-kan practica este tipo de intercambio. Para redimirse, o quizá por puro modernismo, la Ciudad ha construido en su segundo nivel grandiosos establos provistos de todas las comodidades necesarias para el bienestar de los pulgones. Las nodrizas hormigas cuidan los huevos de sus áfidos con la misma dedicación que los huevos mirmeceanos. Sin duda, de ahí procede la importancia desacostumbrada y la hermosa presencia del ganado local.

La 103.683 y sus compañeras se acercan a un rebaño ocupado en vampirizar una rama de rosal. Hacen una o dos preguntas, pero los pulgones mantienen las trompas hundidas en la carne vegetal sin prestarles la menor atención. Después de todo, quizá ni conozcan el idioma oloroso de las hormigas... Las exploradoras buscan con las antenas a la pastora. Pero no aparece ninguna.

Entonces ocurre algo terrible. Tres chinches se dejan caer en medio del rebaño. Esas temibles salvajes siembran el pánico entre los pobres pulgones a los que sus alas recortadas les impiden volar.

Felizmente, los lobos hacen que aparezcan las pastoras. Dos hormigas zubizubikaninas saltan desde detrás de una hoja. Ya que estaban escondidas para sorprender con más facilidad a los depredadores rojos con manchas negras, sobre los que apuntan y a los que aniquilan con sus disparos de ácido.

Luego corren a tranquilizar a los rebaños de pulgones aún atemorizados. Los mecen, tamborilean sobre sus abdómenes, acarician sus antenas. Los pulgones hacen aparecer entonces una gran burbuja de azúcar transparente. El precioso melado. Cuando están llenándose de este licor, las pastoras zubizubikianianas ven a las exploradoras belokanianas.

Las saludan. Contacto antenar.

Hemos venido a cazar el lagarto, emite una de ellas.

En ese caso tenéis que seguir hacia el Este. Se ha visto uno de esos monstruos hacia el puesto de Guayei-Tyolot.

En lugar de proponerles una trofalaxia, como es la costumbre, las pastoras les ofrecen alimentarse directamente de los animales. Las exploradoras no hacen que se lo digan dos veces. Cada una de ellas elige un pulgón y empieza a cosquillearle el abdomen para extraerles el delicioso melado.

En el interior del buche hay oscuridad, mal olor y un tacto oleoso. La hembra 56, cubierta de baba, se desliza ahora por la garganta de su depredador. Como no tiene dientes, no la ha mascado. Aún está intacta. Ni hablar de resignarse, con ella desaparecería toda una ciudad.

Con un supremo esfuerzo, hinca las mandíbulas en la carne lisa del esófago. Este reflejo la salva. La golondrina se sobresalta, tose y lanza lejos el irritante alimento. Ciega, la hembra 56 trata de volar, pero sus alas pegajosas pesan demasiado. Cae en medio de un río.

Unos machos agonizantes se abaten a su alrededor. La hembra detecta en lo alto el vuelo arrítmico de unas veinte hermanas que han sobrevivido al ataque de las golondrinas. Están agotadas y van perdiendo altura.

Una de ellas aterriza sobre un nenúfar, donde dos salamandras le dan caza de inmediato, la atrapan y la destrozan. Las otras reinas han abandonado el juego de la vida sucesivamente a manos de palomas, sapos, topos, serpientes, erizos, gallinas y pollos... Resumiendo, de las mil quinientas hembras que emprendieron el vuelo sólo han sobrevivido diez.

La hembra 56 está entre ellas. De milagro. Es necesario que viva. Ha de fundar su propia ciudad y resolver el enigma del arma secreta. Sabe que va a necesitar ayuda, y que podrá contar con la multitud amiga que puebla ya su vientre. Bastará con que salgan de ahí...

Pero, antes que nada, ella ha de salir de ahí.

Calculando la inclinación de los rayos solares, averigua que ha caído en el río del Este. Es un lugar poco recomendable, porque si bien hay hormigas en todas las islas del mundo nunca se sabe cómo han conseguido llegar hasta ellas, ya que no saben nadar.

Una hoja pasa a su alcance, y se agarra a ella con toda la fuerza de sus mandíbulas. Agita las patas de atrás con frenesí, pero ese medio de propulsión da un resultado ínfimo. Lleva un buen rato impulsándose así cuando ve perfilarse una sombra gigantesca. ¿Será un renacuajo? No, es mil veces más grande que un renacuajo. La hembra 56 ve una sombra acusada, de piel lisa y atigrada. Para ella es algo inédito. ¡Una trucha!

Los pequeños crustáceos huyen ante el monstruo. Éste se sumerge y luego sube dirigiéndose a la reina, que se encoge en su hoja, aterrorizada.

Con toda la energía de sus aletas, la trucha se lanza adelante hendiendo la

superficie. Mientras una gran onda agita la hormiga, la trucha va como suspendida en el aire. Abre una boca armada con finos dientes y se zampa un moscardón que revoloteaba por allí. Luego se retuerce con un latigazo de la cola y vuelve a su universo cristalino... desencadenando una gran ola que hunde a la hormiga.

Y ya unas ranas saltan al agua para disputarse a esa reina y su caviar. Ésta consigue volver a la superficie, pero un remolino la aspira de nuevo hacia las inhospitalarias profundidades. Las ranas la siguen. El frío la inmoviliza. Pierde el conocimiento.

Nicolás estaba viendo la televisión en el refectorio, con sus dos nuevos amigos Jean y Philippe. A su alrededor, otros huérfanos de rostro sonrosado se acunaban con la ininterrumpida sucesión de imágenes.

El guión de la película penetraba por sus ojos y sus oídos hasta las memorias de sus cerebros a una velocidad de 500 kilómetros por hora. Un cerebro humano puede almacenar hasta sesenta mil millones de informaciones. Para cuando la memoria está saturada, se lleva a cabo una limpieza automática y las informaciones que se consideran menos interesantes se olvidan. No quedan entonces más que los recuerdos traumáticos y la pena por las alegrías pasadas.

Inmediatamente después de la narración, ese día había un debate sobre los insectos. La mayoría de los jóvenes humanos se dispersaron; la ciencia hablada no era para ellos muy excitante.

—Profesor Leduc, se le considera a usted, junto con el profesor Rosenfeld, el más importante especialista europeo en hormigas. ¿Qué le llevó a estudiar a las hormigas?

—Un día, al abrir el armario de la cocina, tropecé con una colonia de esos insectos. Me quedé horas mirando cómo trabajaban. Eso fue para mí una lección de vida y de humildad. Así que traté de saber más sobre ellas... Y eso es todo.

(Ríe).

—¿Qué diferencia hay entre usted y ese otro científico eminente que es el profesor Rosenfeld?

—¡Ah, sí, el profesor Rosenfeld! ¿Aún no se ha retirado? *(Ríe otra vez)*. No, en serio, no somos del mismo parecer. ¿Sabe usted? Hay muchas maneras de «comprender» a esos insectos... Antes se creía que todas las especies sociales (termitas, abejas, hormigas) eran monárquicas. Era sencillo, pero era falso. Se ha visto que entre las hormigas la reina no tenía en realidad más facultad que la de poner huevos. Existe incluso una multitud de formas de gobierno hormiga: monarquía, oligarquía, triunvirato de guerreras, democracia, anarquía, etc. Incluso a veces, cuando los ciudadanos no están satisfechos de su gobierno, se rebelan y asistimos a «guerras civiles» en el mismo interior de las ciudades.

—¡Fantástico!

—En mi opinión, y en la de la escuela llamada «alemana» a la que pertenezco, la organización del mundo de las hormigas se basa prioritariamente en una jerarquía de castas y en el dominio de individuos alfa más dotados que la media que dirigen grupos de obreras... Para Rosenfeld, que está vinculado a la escuela llamada «italiana», las hormigas son todas ellas visceralmente anarquistas, no hay individuos alfa, individuos más dotados que la media. Y sólo para resolver problemas prácticos aparecen a veces espontáneamente los líderes. Pero éstos son temporales.

—No lo entiendo muy bien.

—Digamos que la escuela italiana considera que no importa qué hormiga puede ser jefe, a partir del momento en que tiene una idea original que interese a las demás. Mientras que la escuela alemana es del parecer que siempre son ciertas hormigas con «carácter de jefe» las que asumen las misiones.

—¿Tan diferentes son las dos escuelas?

—Ya ha ocurrido que con ocasión de los grandes congresos internacionales la cosa derivase en un pugilato, si es eso lo que usted quiere decir.

—Se trata de la misma antigua rivalidad entre el espíritu sajón y el latino, ¿no?

—No. Esta pugna es más bien comparable a la que enfrenta a los defensores de lo «innato» y los de lo «adquirido». ¿Se nace idiota o se convierte uno en idiota? Ésta es una de las preguntas a las que tratamos de dar respuesta estudiando las sociedades de las hormigas.

—Las hormigas nos brindan la magnífica oportunidad de permitirnos ver cómo funciona una sociedad. Una sociedad compuesta por muchos millones de individuos. Es como observar un mundo. Que yo sepa, no existen ciudades de muchos millones de conejos ni de ratas...

Un codazo.

—¿Tú lo entiendes, Nicolás?

Pero Nicolás no escuchaba. Esa cara, esos ojos ambarinos, los había visto antes. ¿Dónde fue? ¿Cuándo? Buscó en su memoria. Exacto. Ahora se acordaba. Era el hombre de las encuadernaciones. Había pretendido llamarse Gougne, pero no era otro que el mismísimo Leduc de la televisión.

Su descubrimiento hundió a Nicolás en un abismo de reflexiones. Si el profesor le había mentado, lo había hecho para tratar de apropiarse de la enciclopedia. Su contenido debía ser precioso para el estudio de las hormigas. Y debía de estar allí abajo. Forzosamente tenía que estar en la bodega. Y eso era lo que todos anhelaban: papá, mamá y ese Leduc.

Había que ir a buscar la maldita enciclopedia, y así todo quedaría claro.

Se levantó.

—¿A dónde vas?

No contestó.

—Creía que las hormigas te interesaban.

Anduvo hasta la puerta, y luego corrió a su habitación. No iba a necesitar muchas cosas. Sólo su chaqueta de cuero de siempre, su navaja y sus gruesos zapatos de suela de crepé.

Los celadores no le prestaron atención cuando cruzó el gran vestíbulo.

Y así se fue del orfanato.

Desde lejos, de Guayei-Tyoloy no se ve más que una especie de cráter redondeado, como una topera. El «puesto avanzado» es un minihormiguero, ocupado por un centenar de individuos. Sólo funciona desde abril a octubre y permanece vacío todo el otoño y todo el invierno.

Aquí, como entre las hormigas primitivas, no hay reina, ni obreras, ni soldados. Todo el mundo lo es todo a la vez.

Nadie se molesta ni en criticar el ritmo febril de las grandes ciudades. Se burlan de los embotellamientos, del hundimiento de los corredores, de los túneles secretos que convierten una ciudad en una manzana agusanada, de las obreras superespecializadas que ya no saben cazar, de las porteras ciegas emparedadas de por vida en sus agujeros...

La 103.683 inspecciona el puesto. Guayei-Tyoloy está compuesto por un granero y una amplia sala principal. Esta estancia tiene un agujero en el techo por el que se deslizan los rayos de sol que revelan decenas de trofeos de caza, cutículas vacías que cuelgan en las paredes. Las corrientes de aire silban entre ellos.

La 103.683 se acerca a esos cadáveres multicolores. Una autóctona se dirige a ella y le acaricia las antenas. Le señala esos seres soberbios muertos debido a toda clase de mañas mirmeceanas. Los animales están recubiertos de ácido fórmico, sustancia que permite también conservar los cadáveres.

Aquí y allá, alineados cuidadosamente, hay toda clase de mariposas y de insectos de tamaños, formas y colores diversos. Y, sin embargo, en la colección falta un animal muy conocido: la reina termita.

La 103.683 pregunta si tienen problemas con las vecinas termitas. La autóctona levanta las antenas para mostrar su sorpresa. Deja de mascullar entre sus mandíbulas y se produce un pesado silencio olfativo.

¿Termitas?

Sus antenas bajan. Ya no tiene nada más que emitir. Y además tiene trabajo, algo a medio acabar. Ya ha perdido bastante el tiempo. Adiós. Se vuelve, dispuesta a abandonarla. Pero la 103.683 insiste.

La otra parece ahora completamente aterrorizada. Sus antenas tiemblan un poco. Resulta visible que la palabra «termita» evoca algo terrible para ella. Entablar conversación acerca de este tema parece exceder sus fuerzas. Se retira hacia un grupo

de obreras que están bebiendo en ese momento.

Estas últimas, tras haberse llenado el buche social con alcohol de miel de flores, se prueban unas a otras el abdomen, formando una larga cadena cerrada sobre sí misma.

Cinco cazadoras afectas al puesto avanzado hacen entonces una entrada bastante ruidosa. Van empujando una oruga.

Hemos encontrado esto. Lo más extraordinario que produce miel.

La que ha emitido esta noticia tamborilea con sus antenas el cuerpo de la cautiva. Luego prepara una hoja y, en cuanto la oruga empieza a comer, salta sobre ella. La oruga se yergue, pero en vano. La hormiga asienta las garras en sus flancos, asegura bien su presa, se vuelve y le lame el último segmento, hasta que un líquido brota de él.

Todo el mundo la felicita. Se pasan de mandíbula en mandíbula ese melado hasta entonces desconocido. El sabor es distinto del que dan los pulgones. Es más untuoso, con un deje de savia más acusado. Cuando la 103.683 prueba ese licor exótico, una antena roza su cráneo.

Parece que estás buscando información sobre las termitas.

La hormiga que acaba de lanzar esta feromona parece extraordinariamente anciana. Todo su caparazón está marcado por golpes de mandíbula. La 103.683 lleva las antenas atrás en signo de aquiescencia.

Sígueme.

La vieja hormiga se llama 4.000 guerrera. Su cabeza es plana como una hoja. Sus ojos, minúsculos. Cuando emite, sus efluvios temblequeantes son muy débiles. Quizá por eso ha preferido conversar en una pequeña cavidad prácticamente cerrada.

No temas; aquí podemos hablar. Aquí es donde vivo.

La 103.683 le pregunta qué es lo que sabe sobre la termitera del Este. La otra separa las antenas.

¿Por qué te interesa eso? Sólo has venido a la caza del lagarto, ¿no?

La 103.683 decide jugar limpio con la anciana asexual. Le cuenta que se utilizó un arma secreta e incomprensible contra las guerreras de La-Chola-kan. Al principio se creyó que era cosa de las enanas, pero no habían sido ellas. Entonces, de la manera más natural del mundo, las sospechas se dirigieron hacia las termitas del Este, los segundos enemigos...

La anciana agacha las antenas en signo de sorpresa. Nunca ha oído hablar de ello. Examina a la 103.683 y pregunta:

¿Ha sido el arma secreta lo que te ha arrancado tu quinta pata?

La joven soldado responde negativamente. La perdió en la batalla de las Amapolas, cuando la liberación de La-chola-kan. La 4.000 se entusiasma de

inmediato. ¡Ella estuvo allí!

¿En qué legión?

¡En la 15ª! ¿Y tú?

¡En la 3ª!

Durante la última carga, una luchaba en el flanco izquierdo y la otra en el derecho. Intercambian algunos recuerdos. Siempre hay muchas lecciones que asimilar en el campo de batalla, Por ejemplo, la 4.000 observó nada más iniciarse el combate la utilización de moscardones mensajeros mercenarios. Según ella, se trata de un sistema de comunicación a gran distancia mucho mejor que las tradicionales «corredoras».

La soldado belokaniana, que no había visto nada de eso, lo acepta de buena gana. Luego se apresura a volver sobre su tema.

¿Por qué nadie quiere hablarme de las termitas?

La anciana guerrera se le acerca. Sus antenas se rozan.

Aquí pasan cosas tan raras...

Sus efluvios sugieren un misterio. *Muy raras, muy raras...* la frase rebota en forma de eco olfativo contra las paredes.

Luego la 4.000 explica que hace algún tiempo que no se ve ni una sola termita de la ciudad del Este. Antes utilizaban el paso del río por Satei para enviar espías al oeste, y eso era cosa sabida y se les controlaba mejor o peor. Ahora ya no había ni siquiera espías. No había nada.

Un enemigo que ataca es inquietante, pero un enemigo que desaparece es todavía más desconcertante. Como ya no se producía la menor escaramuza con las exploradoras termitas, las hormigas del puesto de Guayei-Tyolo habían decidido espiar a su vez.

Una primera escuadra de exploradoras fue para allá. Y ya no hubo más noticia de ellas. Siguió un segundo grupo, que desapareció de la misma manera. Entonces pensaron en un lagarto o en un erizo particularmente glotón. Pero no, cuando un depredador ataca siempre queda al menos un superviviente, aunque esté herido. Pero en este caso se diría que las soldados se habían volatilizado como por arte de encantamiento.

Eso me recuerda algo..., empieza a decir la 103.683.

Pero la anciana no le permite distraerla de su narración de los hechos, y prosigue:

Tras el fracaso de las dos primeras expediciones, las guerreras de Guayei-Tyoloy se jugaron el todo por el todo. Enviaron una minilegión de quinientas soldados armadas hasta las mandíbulas. Y en esa ocasión hubo una superviviente. Se había arrastrado sobre miles de cabezas y murió entre terribles trances justo al llegar al nido.

Se examinó su cadáver, que no presentaba la menor herida. Y sus antenas no

habían sufrido ni un solo combate. Se hubiese dicho que la muerte había caído sobre ella sin razón ninguna.

¿Comprendes ahora por qué nadie quiere hablarte de la termitera del Este?

La 103.683 lo comprende. Está muy satisfecha, segura de haber dado con la pista. Si el misterio del arma secreta tiene una solución, ésta pasa forzosamente por la termitera del Este.

Holografía: *un punto en común entre el cerebro humano y el hormiguero podría venir simbolizado por la imagen holográfica.*

¿Qué es una holografía? Una superposición de bandas grabadas, que, una vez reunidas e iluminadas desde un cierto ángulo, dan la sensación de una imagen en relieve.

De hecho, ésta existe en todas partes y en ninguna a la vez. De la reunión de las bandas grabadas ha resultado otra cosa: una tercera dimensión; la ilusión del relieve.

Cada neurona de nuestro cerebro, cada individuo del hormiguero, tienen la totalidad de la información. Pero la colectividad es necesaria para que pueda emerger la conciencia, el «pensamiento en relieve».

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Cuando la hembra 56, poco antes convertida en reina, recupera la conciencia, se encuentra embarrancada en una playa de arena. No cabe duda de que sólo ha podido escapar de las ranas a favor de una rápida corriente. Quisiera echar a volar pero sus alas todavía están mojadas. Así que se ve obligada a esperar...

Se limpia metódicamente las antenas, y luego olfatea el aire. ¿Dónde se encuentra? ¡Ojalá que no haya caído en el lado malo del río!

Agita las antenas a 8.000 vibraciones por segundo. Encuentra vestigios de olores conocidos. Ha tenido suerte, esta en la orilla oeste del río. Pero, en todo caso, no hay la más mínima feromona de pista. Tendría que acercarse un poco más a la ciudad central para poder vincular su futura ciudad a la Federación.

Por fin emprende el vuelo hacia el oeste. De momento no podrá ir muy lejos. Sus músculos alares están fatigados y ha de desplazarse en vuelo rasante.

Vuelven a la sala principal de Guayei-Tyolot. Desde el momento en que la 103.683 intentó hacer averiguaciones sobre las termitas del Este, la evitan como si estuviese infectada por la *alternaria*. Pero ella no se inmuta, entregada a su misión.

A su alrededor, las belokanianas intercambian trofalaxias con las guayeityolotianas, haciéndoles probar la nueva cosecha de hongos agáricos, y

degustando a su vez, el melado extraído de unas orugas silvestres.

Y luego, tras los efluvios más diversos, la conversación va a parar a la caza del lagarto. Las guayeityolotianas cuentan que hace poco que se había visto a tres lagartos que aterrorizaban a los rebaños de pulgones de Zubi-zubi-kan. Éstos debieron de acabar con dos rebaños de millares de animales y con todas las pastoras que estaban con ellos.

Hubo un período en que cundió el pánico. Las pastoras ya no llevaban el ganado más que por los lugares protegidos practicados en la carne de las ramas. Pero gracias a la artillería ácida, habían logrado rechazar a los tres dragones. Dos se habían retirado lejos de allí. El tercero, herido, se había instalado sobre una piedra a cincuenta mil cabezas de distancia. Las legiones zubizubikianas le habían cortado ya la cola. Había que aprovecharse rápidamente de ello y acabar con el animal antes de que recuperase sus fuerzas.

¿Es cierto que las colas de los lagartos vuelven a crecer? pregunta una exploradora. Le contestan afirmativamente.

Pero no es la misma cola la que vuelve a crecer. Como dice la Madre; nunca se vuelve a encontrar exactamente lo mismo que se ha perdido. La segunda cola no tiene vértebras, es mucho más blanda.

Una guayeityolotiana aporta otros informes. Los lagartos son muy sensibles a los cambios meteorológicos, más aún que las hormigas. Si han almacenado mucha energía solar, la rapidez de sus reacciones es fantástica. Por el contrario, cuando tienen frío, todos sus gestos se vuelven lentos. Para la ofensiva de mañana habrá que prever el ataque sobre la base de este fenómeno. Lo ideal sería cargar contra el saurio a partir del alba. La noche le habrá enfriado y estará aletargado.

¡Pero también nosotras estaremos frías! indica muy oportuna una belokaniana.

No, si utilizamos las técnicas de resistencia al frío de las enanas, replica una cazadora. *Nos llenaremos de azúcares y alcohol para mantener la energía y untaremos nuestros caparazones con baba para evitar que las calorías escapen demasiado de prisa de nuestros cuerpos.*

La 103.683 atiende a estas palabras con antena distraída. Por su parte, piensa en el misterio de la termitera, en las desapariciones inexplicadas que le mencionó la anciana guerrera.

La primera guayeityolotiana, la que le mostró los trofeos y se negó a hablar de las termitas, se dirige a ella.

¿Has estado hablando con la 4.000?

La 103.683 afirma.

Pues no tengas en cuenta lo que te ha dicho. Es como si hubieses estado hablando con un cadáver. Hace unos días la picó un icneumón...

¡Un icneumón! La 103.683 siente un estremecimiento de horror. El icneumón es

una avispa provista de un largo aguijón que por las noches perfora los nidos de las hormigas hasta dar con un cuerpo caliente. Entonces, lo horada y pone en él sus huevos.

Se trata de una de las peores pesadillas de las larvas hormigas: una jeringa que aparece por el techo y que tantea en busca de carnes blandas para depositar en ellas a sus hijos.

Estos últimos crecen a continuación en el organismo que les acoge, antes de convertirse en voraces larvas que roen al animal vivo en su interior.

Esa misma noche, la 103.683 sueña con una terrible trompa que la persigue para inocularle sus carnívoros hijos.

La contraseña de entrada no había cambiado. Nicolás había guardado consigo las llaves y no tuvo que hacer más que romper los precintos que había puesto la Policía para entrar en el apartamento. Desde que desaparecieran los bomberos nadie había tocado nada. Incluso la puerta de la bodega había quedado abierta de par en par.

A falta de una linterna de bolsillo, se dedicó a la tarea de confeccionar una antorcha. Consiguió romper una pata de una mesa y ató a ella una densa corona de papeles arrugados a los que prendió fuego. La madera se inflamó sin problemas con una llama pequeña pero homogénea, hecha para mantenerse a pesar de las corrientes de aire.

Inmediatamente se hundió por la escalera de caracol, en una mano la antorcha y en la otra su navaja. Decidido, con las mandíbulas apretadas, se sentía como un héroe.

Bajó, y bajó... Y no acababa de bajar y dar vueltas. La cosa se prolongaba ya lo que a él le parecían horas, y tenía hambre, y frío, pero sentía en su interior la rabia de vencer.

Aceleró la marcha, lleno de ansiedad, y empezó a gritar bajo la vasta bóveda, en una alternancia de llamadas a sus padres y de vibrantes gritos de guerra. Su paso era ahora de una extraordinaria firmeza, y saltaba de escalón en escalón sin ningún control consciente.

De repente se encontró ante una puerta. La empujó. Dos tribus de ratas estaban luchando y salieron huyendo ante la entrada de aquel niño que aullaba y que aparecía rodeado de pavesas.

Las ratas más viejas estaban inquietas; hacía un tiempo que las visitas de los «grandes» se multiplicaban. ¿Qué podía eso significar? ¡Siempre que éste no prendiese fuego a los escondrijos de las hembras encinta!

Nicolás prosiguió el descenso, con tanta prisa que ni siguiera cayó en la cuenta de la presencia de las ratas... Y seguían y seguían los escalones, y seguían apareciendo las raras inscripciones que por supuesto no iba a leer en esta ocasión. Y, de repente,

sonó un ruido (*flap, flap*), y sintió un contacto. Un murciélago se había agarrado a su cabello. Sintió terror. Trató de desembarazarse de él pero el animal parecía haberse soldado a su cráneo. Trató de ahuyentarlo con la antorcha, pero no consiguió más que chamuscarse unos mechones de pelo. Gritó y echó a correr otra vez. El murciélago seguía en su cabeza como un sombrero. Y no le dejó hasta después de haberle producido una ligera herida sangrante.

Nicolás ya no sentía el cansancio. Con la respiración acezante y el corazón y las sienes latiéndole de forma que parecían ir a romperse, chocó de repente con una pared. Cayó al suelo, se levantó en seguida, con la antorcha intacta. Movi6 la llama ante si.

Sí, era una pared. Mejor: Nicolás reconoció las placas de cemento y acero que su padre había trasladado. Y las juntas de cemento aún estaban frescas.

—¡Papá, mamá, contestadme si estáis ahí!

Pero no, nada, sólo el eco. Sin embargo, tenía que seguir hasta el final. Hubiese jurado que esa pared debía pivotar sobre si misma... Eso era lo que ocurría en las películas, y además no había puerta.

¿Qué era lo que ocultaba esa pared? Nicolás encontró al fin esta inscripción:

¿Cómo formar cuatro triángulos equiláteros con seis cerillas?

Y justo debajo había un pequeño cuadrante con teclas. No tenía cifras sino letras. Veinticuatro letras que debían permitir componer la palabra o frase que respondía a la pregunta.

—Hay que pensar de manera diferente —dijo en voz alta.

Se quedó estupefacto, ya que la frase había acudido a él por sí misma. Estuvo pensando mucho rato, sin atreverse a tocar el cuadrante. Luego, se hizo en él un extraño silencio, un silencio enorme que le vació todo pensamiento, pero que, inexplicablemente, le guió para pulsar una sucesión de ocho letras.

El suave deslizarse de un mecanismo se dejó oír y... la pared se movió. Exaltado, dispuesto a todo, Nicolás siguió adelante. Pero, poco después, la pared volvió a su lugar. La corriente de aire que el movimiento provocó apagó el resto de antorcha que aún quedaba.

Encontrándose en la oscuridad más absoluta y con el ánimo decaído, Nicolás volvió sobre sus pasos. Pero a este lado de la pared no había botones en código. No tenía posibilidad ninguna de volver atrás. Se rompió las uñas en las planchas de cemento y acero. Su padre había hecho un buen trabajo; no en balde era cerrajero.

Limpieza: *¿qué hay más limpio que una mosca? Permanentemente está lavándose, lo que para ella no es un deber sino una necesidad. Si todas sus antenas y facetas no están impecablemente limpias, nunca verá el alimento lejano ni verá nunca la mano que cae sobre ella para aplastarla. La*

limpieza es un elemento mayor de supervivencia entre los insectos.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Al día siguiente, la Prensa popular se puso de acuerdo para dar la noticia:

«¡La cueva maldita de Fontainebleau ha vuelto a cobrarse otra víctima! Nuevo desaparecido: el hijo único de la familia Wells. ¿Qué hace la Policía?»

La araña lanza un vistazo desde lo alto del helecho. Está muy alta. Exuda una gota de seda líquida, la pega en una hoja, se adelanta hasta el final de la rama y salta al vacío. Su caída se prolonga un largo rato. El hilo se estira y se estira y luego se seca, se endurece y la sostiene justo antes de tocar el suelo. Ha estado a punto de estrellarse como una fruta madura. Muchas hermanas se han roto ya el caparazón a causa de un brusco cambio de temperatura que alargó el tiempo de endurecimiento de la seda.

La araña agita sus ocho patas para conseguir un movimiento de balanceo, y luego, estirándolas, consigue acercarse a una hoja. Aquí estará el segundo punto de anclaje de su tela. Pega en ella el extremo del hilo. Pero con una sola cuerda extendida no se va muy lejos. Ve un tronco a la izquierda y corre para llegar hasta él. Unas cuantas ramas más y unos cuantos saltos, y ya está, ya ha colocado los hilos de soporte. Éstos serán los que hagan frente a la presión de los vientos y de las presas. El conjunto tiene forma octogonal.

La seda de la tela de araña la forma una proteína fibrosa, la fibrina, cuyas cualidades de solidez e impermeabilidad están más allá de cualquier demostración. Algunas arañas, cuando han comido lo suficiente, llegan a producir setecientos metros de seda de un diámetro de dos micras, de una solidez proporcionalmente igual a la del nilón y de triple elasticidad.

Y el colmo es que disponen de siete glándulas que producen cada una de ellas un hilo diferente: uno para los hilos de soporte de la tela; otro para el hilo de alarma; otra para los hilos del centro de la tela; un hilo embebido de cola para las presas rápidas; otro para proteger los huevos; otro para la construcción de un abrigo; otro para envolver las presas...

En realidad, la seda es la prolongación de las hormonas arácnidas, así como las feromonas son la prolongación volátil de las hormonas de las hormigas.

La araña fabrica, pues, el hilo de alarma y luego se pega a él. Así, la menor alerta la avisa y puede escapar del peligro sin esfuerzos superfluos. ¿Cuántas veces ha salvado su vida de esa manera?

A continuación entreteje cuatro hilos en el centro del octógono. Son siempre los mismos gestos desde hace cien millones de años... Hoy ha decidido hacer una tela de seda seca. Las sedas embebidas de cola son mucho más eficaces, pero más frágiles.

Cualquier mota de polvo, cualquier brizna de hierba, quedan pegadas en ella. La seda seca tiene un poder captor menor, pero aguantará por lo menos hasta la noche.

La araña, una vez colocado el entramado exterior, añade una decena de radios y culmina su obra con la espiral central. Esta parte es la más agradable. Parte de una rama donde ha pegado el hilo seco y salta de radio en radio acercándose lo más despacio posible al corazón, siguiendo siempre el sentido de la rotación terrestre.

Lo hace a su gusto. No hay dos telas de araña parecidas en el mundo. Son como las huellas digitales de los seres humanos.

Sólo le falta apretar la malla. Una vez en el mismo centro de su obra, la abarca con la mirada para estimar su solidez. Recorre a continuación cada radio, sacudiéndolo con sus Ocho patas. Sí, aguanta.

La mayoría de las arañas de la región hacen telas de 75/12. Setenta y cinco vueltas de espiral por doce radios. Esta prefiere hacerla de 95/10, un fino encaje.

Seguramente se ve más, pero es más sólida. Y como utiliza seda seca, no ha de escatimar el hilo. Si no, los insectos pasarían por allí sólo como visitantes.

Sin embargo, esta tarea de gran envergadura la ha vaciado de su energía. Ha de comer urgentemente. Es un círculo vicioso. Está hambrienta porque ha hecho una tela, Pero es esta tela la que le permitirá comer.

Con sus veinticuatro garras sobre los hilos principales, espera, oculta bajo una hoja. Sin recurrir ni siquiera a uno de sus ocho ojos, siente el espacio y percibe en sus patas las menores ondas del aire gracias a la tela, que reacciona con la misma sensibilidad que la membrana de un altavoz.

Esta minúscula vibración es una abeja que da vueltas en forma de ocho a doscientas cabezas de allí para mostrar un campo de flores a la gente de su panal.

Ese ligero estremecimiento debe ser la libélula. La libélula es un bocado delicioso. Pero ésta no vuela en la buena dirección para servirle de almuerzo.

Un gran contacto. Alguien ha caído en su tela. Es una araña a quien le gustaría atribuirse el trabajo de otro. ¡Ladrona! La primera araña la echa de prisa, antes de que aparezca una presa.

Justamente; siente en la pata trasera izquierda la llegada de una especie de mosca procedente del este. No parece volar muy deprisa. Si no cambia de rumbo, parece que ha de caer de lleno en la trampa.

¡Plaf!

Es una hormiga alada.

La araña —que no tiene nombre, porque los seres solitarios no tienen necesidad ninguna de reconocer a los de su especie— espera tranquilamente. Cuando era más joven, se dejaba llevar por el entusiasmo, y así perdió bastantes presas. Creía que cualquier insecto caído en su tela estaba condenado. Sin embargo, sólo lo está en un cincuenta por ciento de las ocasiones tras la toma de contacto. El factor tiempo es

decisivo.

Hay que tener paciencia, y la presa enloquecida se traba por sí misma. Ése es el refinamiento supremo de la filosofía arácnida: *No hay mejor técnica de combate que la que consiste en esperar a que el adversario se destruya a sí mismo.*

Al cabo de unos minutos, se acerca para observar mejor a su presa. Es una reina. Una reina roja del imperio del Oeste, Bel-o-kan.

Ya ha oído hablar de ese imperio hipersofisticado. Parece ser que sus millones de habitantes se han hecho tan «interdependientes» que ya no saben alimentarse solos. ¿Qué interés puede tener eso, y qué progresos supone?

Una de sus reinas... Tiene en sus garras una parte del futuro de esos incorregibles invasores. A la araña no le gustan las hormigas. Ha visto a su propia madre perseguida por una horda de hormigas tejedoras rojas...

Mira a su presa, que no cesa de debatirse. Estúpidos insectos, que nunca comprenderán que su peor enemigo no es otro que su propio enloquecimiento. Cuanto más trata de escapar la hormiga alada, más se enreda en los hilos..., causando por otra parte destrozos que contrarían a la araña.

En la 56, el abatimiento sucede a la cólera. Ya no puede prácticamente moverse. Con el cuerpo envuelto en la fina seda, cada movimiento que hace añade otra capa de espesor a su envoltura. No consigue aceptar la idea de venir a fracasar tan tontamente después de haber superado tantas pruebas.

Nació en un capullo blanco, y en un capullo blanco va a morir.

La araña se le acerca aún más, comprobando al pasar los hilos estropeados. Así, la 56 puede ver de cerca un soberbio animal naranja y negro, con ocho ojos verdes colocados como una corona sobre su cabeza. Ya ha comido algunas como ésa. A todo el mundo le llega la vez de servir de comida... Y la otra le escupe más seda encima.

Nunca hay ligaduras suficientes, se dice la araña. Luego exhibe dos inquietantes agujones venenosos. Aunque en realidad los arácnidos no matan, no en seguida. Ya que comen la carne palpitante, mejor que acabar con su presa lo que hacen es desvanecerla con un veneno sedante y no la despiertan más que para mordisquearla un poco. Así, pueden devorar a voluntad carne fresca, al resguardo de su envoltura de seda. La cosa puede llegar a prolongarse una semana.

La 56 ha oído hablar de esa costumbre. Se estremece. Es algo peor que la muerte. Verse amputada progresivamente de todos sus miembros... En cada despertar te arrancan algo y te vuelven a dormir. Vas reduciéndote un poco más cada vez, hasta el momento del último despertar, cuando te arrancan los órganos vitales y se te otorga por fin el sueño liberador.

¡Es mejor autodestruirse! Rehuendo la horrible y demasiado próxima visión de los agujones, empieza a hacer más lentos los latidos de su corazón.

En ese mismo momento un efímero tropieza con la tela con tal impulso que los

hilos le atrapan de inmediato y con fuerza... Ha nacido hace unos minutos apenas y morirá de vejez dentro de unas horas. Vida efímera, vida de efímero. Tenía que actuar de prisa, sin perder una fracción de segundo. ¿Cómo llenar la propia existencia sabiendo que una ha nacido por la mañana para morir por la noche?

Apenas ha salido de sus dos años de vida de larva, el efímero parte en busca de una hembra para reproducirse. Vana búsqueda de la inmortalidad a través de su progenie. El efímero ocupará su único día con esta búsqueda. Así, no piensa en comer, ni en descansar, ni en mostrarse remilgado.

Su principal depredador es el tiempo. Cada segundo es para él un enemigo. Y, junto al mismo tiempo, la terrible araña no es más que un factor retardatario y no un enemigo entero y verdadero.

Siente que la vejez progresa a largos pasos en su cuerpo. Dentro de unas horas será ya senil. Está perdido. Ha nacido para nada. Qué insoportable decepción...

El efímero se debate. El problema de las telas de araña es que si uno se mueve se convierte en presa, pero si no se mueve la cosa no cambia...

La araña llega hasta él y añade unas vueltas de hilo suplementarias. Ahí tiene dos hermosas presas que le darán todas las proteínas necesarias para fabricar una segunda tela mañana mismo. Pero cuando se dispone una vez más a adormecer a su víctima, percibe una vibración diferente. Una vibración... inteligente. *Tip tip tiptiptip tít lip tipip*. ¡Es una hembra! Avanza a lo largo de un hilo, y emite percutiendo en él una señal:

Soy tuya, no vengo a robarte tu alimento.

El macho nunca ha percibido nada tan erótico como esta forma de vibrar. *Tip tip tiptiptip*. Ah, no puede contenerse y corre hacia su bienamada (una jovencita de cuatro mudas, cuando él cuenta ya doce). Su tamaño es tres veces superior al de él, pero a él, precisamente, le gustan grandes. Él le indica las dos presas de las que extraerán en seguida nuevas fuerzas.

Luego, se disponen a copular. En las arañas resulta bastante complicado. El macho no tiene pene sino una especie de doble cañón genital. Se apresura hacia una de las presas, y riega la tela con sus gametos. Mojando ahí una de sus patas, la introduce en el receptáculo de la hembra. Lo hace muchas veces, muy excitado. La joven belleza, por su parte, ha llegado a un grado tal de turbación que de repente no puede ya contenerse y aferra la cabeza del macho y la quiebra.

A partir de ahí, sería tonto no comérselo entero. Pues bien, una vez hecho esto, sigue teniendo hambre. La hembra se lanza contra el efímero y hace su vida aún más corta. Y ahora se vuelve hacia la reina hormiga, que, al ver que ha llegado el momento del aguijonazo, patalea llena de pánico.

Decididamente, la 56 está de suerte, ya que la entrada de un nuevo personaje que surge ruidosamente del fondo del horizonte trastoca todo el escenario. Es uno de esos

animalitos del Sur que recientemente han subido al Norte. Es un animalito muy grande a decir verdad, un coleóptero unicornio, o coleóptero *rhinoceros*. Choca contra la tela justo en medio, la estira como si fuese de goma... y la rompe. Una tela del 95/10 es sólida, aunque no hay que exagerar. El hermoso encaje de seda estalla en mechales y jirones que revolotean.

La araña hembra ya ha saltado suspendiéndose de su hilo de alarma. La reina hormiga, liberada de su blanco cepo, se arrastra discretamente por el suelo, incapaz de volver a despegar.

Pero la araña está ocupada en otras cosas. Escala una rama para construir en ella una casa-cuna de seda en la que poner sus huevos. Cuando sus decenas de hijos eclosionen, lo que les urgirá más será comerse a su madre. Así son las cosas entre las arañas, que no saben dar las gracias.

—¡Bilsheim!

El hombre apartó vivamente el auricular, como si fuese un insecto con aguijón. Era su jefa, Solange Doumeng.

—¿Sí?

—Le había dado unas órdenes y usted aún no ha hecho nada. ¿En qué está usted pensando? ¿Es que espera a que toda la ciudad desaparezca en esa bodega? Le conozco, Bilsheim; no piensa más que en no hacer nada. ¡Y yo no puedo tragar a los holgazanes! ¡Y exijo que resuelva usted este asunto en cuarenta y ocho horas!

—Pero, señora...

—¡Nada de «pero señora»! Su gente tiene instrucciones mías, así que lo único que tiene que hacer es bajar con ellos mañana por la mañana. Todo el material estará dispuesto. Así que ¡mueva el trasero, maldita sea!

Le invadió el desánimo. Sus manos temblaron. No era un hombre libre. ¿Por qué tenía que obedecer? Para evitar el paro, para no quedar excluido de la sociedad. Aquí y ahora, la única manera que tenía de concebir la libertad era verse como un vagabundo, y aún no estaba preparado para este tipo de prueba. Su necesidad de orden y de socialización entró en conflicto con sus deseos de no aceptar la voluntad de los demás. Una úlcera despertó en el campo de batalla, es decir, en su estómago. El respeto del orden venció sobre el amor a la libertad. Así que obedeció.

El grupo de cazadoras se mantiene oculto tras una roca mientras observa el lagarto. Éste mide unas sesenta cabezas de largo (dieciocho centímetros). Su dura coraza de un amarillo verdoso sembrada de manchas negras crea una sensación temerosa y de desagrado. La 103.683 tiene la sensación de que esas manchas son las salpicaduras de la sangre de todas las víctimas del saurio.

Como se había previsto, el animal está entumecido por el frío. Camina, pero muy

despacio; se diría que duda antes de poner la pata en alguna parte.

Cuando el sol está a punto de asomar, se lanza una feromona:

¡Contra la Bestia!

El lagarto ve que se le viene encima un ejército de cositas negras y agresivas. Se yergue lentamente, abre unas fauces rosadas en las que danza una lengua rápida que azota a las hormigas más cercanas, las arrastra y las lleva a su garganta. Luego eructa y se aleja a la velocidad del rayo.

Mermadas en una treintena de las suyas, las cazadoras se quedan aturdiditas y sin aliento. Para estar anestesiado por el frío, al otro no le faltan recursos.

La 103.683, en quien no se puede suponer cobardía, es una de las primeras en decir que atacar a semejante animal es un suicidio. La plaza fuerte parece inexpugnable. La piel del lagarto es una armadura a la que no afectan ni las mandíbulas ni el ácido. Y su tamaño, su vivacidad, incluso a bajas temperaturas, le otorgan una superioridad difícilmente compensable.

Sin embargo, las hormigas no renuncian. Como una manada de minúsculos lobos, se lanzan tras las huellas del monstruo. Galopan bajo los helechos con feromonas amenazadoras, con olores de muerte. Eso no aterroriza por el momento más que a los limacos, pero contribuye a que las hormigas se sientan terribles e invulnerables. Vuelven a encontrar el lagarto unos miles de cabezas más lejos, pegado a la corteza de una conífera, ocupado sin duda en la digestión de su desayuno.

¡Hay que actuar! Cuanto más esperan, más energía cobra él. Y si sigue siendo rápido con frío, lo será mucho más cuando esté saturado de calorías solares. Cónclave de antenas. Hay que improvisar un ataque. Se acuerda seguir una táctica.

Unas guerreras se dejan caer desde una rama sobre la cabeza del animal. Tratan de cegarle mordisqueando sus párpados y perforando sus fosas nasales. Pero este primer comando fracasa. El lagarto se limpia la cara con una pata irritada y se zampa a las rezagadas.

Acude ya una segunda oleada de asaltantes. Casi al alcance de la lengua, hacen un giro amplio y sorprendente... antes de lanzarse brutalmente contra el muñón de la cola. Como dice Madre: *Cada adversario tiene su punto débil. Encuéntralo y haz frente tan sólo a esa debilidad.*

Vuelven a abrir la cicatriz, quemándola con ácido y se hunden en el interior del saurio, invadiendo sus entrañas. El animal rueda de espaldas, pedalea con sus patas posteriores, se golpea el vientre con las patas delanteras. Mil úlceras lo corroen.

Y entonces es cuando otro grupo hace pie finalmente en sus fosas nasales, inmediatamente agrandadas y horadadas a fuerza de chorros ardientes.

Por encima, atacan sus ojos. Hacen estallar esas bolas blandas, pero las cavidades oculares no son más que callejones sin salida; el hueco del nervio óptico es demasiado estrecho para que puedan seguir por él y llegar hasta el cerebro. Entonces,

se reúnen los equipos que ya han llegado más lejos por las fosas nasales.

El lagarto se retuerce, se mete una pata en la boca para intentar aplastar a las hormigas que le están perforando la garganta. Demasiado tarde.

En un lugar de los pulmones, la 4.000 se ha reunido con su joven colega la 103.683. Ahí dentro reina la oscuridad, y ninguna de las dos puede ver porque las asexuadas carecen de ocelos de infrarrojos. Unen los extremos de sus antenas.

Vamos. Aprovechemos que nuestras hermanas están ocupadas para ir hacia la termitera del Este. Las demás creerán que hemos muerto en el combate.

Salen por donde entraron, por el muñón caudal, que ahora sangra en abundancia.

Mañana el saurio será cortado en miles de tiras comestibles. Algunas se cubrirán con arena y se transportarán a Zubi-zubi-kan, otros llegarán incluso hasta Bel-o-kan, y una vez más se inventará toda una epopeya para describir esta cacería. La civilización hormiga necesita reconfortarse con su propia fuerza. Vencer a los lagartos es algo que la tranquiliza particularmente.

***Mestizaje:** sería falso creer que los nidos son impermeables a las presencias extrañas. Es cierto que cada insecto lleva la bandera olorosa de su ciudad, pero no por eso es «xenófobo» en el sentido en que se entiende entre los humanos.*

*Por ejemplo, si se mezcla en un acuario lleno de tierra un centenar de hormigas *Fórmica rufa* con un centenar de hormigas *Lazius niger* — habiendo en cada especie una reina fértil, se puede ver que después de unas escaramuzas sin muertes y de prolongadas conversaciones antenares las dos especies empiezan a construir juntas el hormiguero.*

Algunos corredores están adaptados al tamaño de las rojas, y otros al tamaño de las negras, pero se entrecruzan y se mezclan de manera que el hecho queda demostrado: no existe una especie dominante que trate de encerrar a la otra en un sector reservado, un ghetto en la ciudad.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

El camino que lleva a los territorios del Este aún no está limpio. Las guerras contra las termitas impiden cualquier proceso de pacificación de la zona.

La 4.000 y la 103.683 trotan por una pista en la que han tenido lugar muchas escaramuzas. Unas soberbias mariposas venenosas giran verticalmente sobre sus antenas, lo que no deja de intranquilizarlas.

Más lejos, la 103.683 siente algo que se agita bajo su pata derecha. Acaba por identificar a unos ácaros, unos seres minúsculos armados con pinchos y antenas, pelos y ganchos, que emigran en rebaños en busca de lugares polvorientos. La

103.683 se siente divertida con esta visión. ¡Y pensar que hay seres tan pequeños como los ácaros y otros tan grandes como las hormigas en el mismo planeta!

La 4.000 se detiene ante una flor. De repente se siente muy mal. En su viejo cuerpo, que las ha pasado muy duras este día, las jóvenes larvas icneumon han acabado por despertar. Sin duda han empezado a comer, lanzándose alegremente con tenedor y cuchillo sobre los órganos internos de la pobre hormiga.

La 103.683, para acudir en su auxilio, busca en el fondo de su buche social algunas moléculas de melado de lomechuse. Al final de la pelea en los subterráneos de Bel-o-kan había recogido una cantidad ínfima de esa sustancia, para utilizarla como analgésico. La había manipulado con mucha prudencia y no había quedado contaminada por el delicioso veneno.

Los dolores de la 4.000 se calman con la ingestión de este licor. Pero pide más. La 103.683 trata de hacerla entrar en razón, pero la 4.000 insiste, está dispuesta a pelear para vaciar las entrañas de su amiga de la preciosa droga. Y cuando va a saltar a golpearla, cae en una especie de cráter arenoso. ¡Una trampa de hormiga-león!

Este animal, o con más exactitud su larva, tiene una cabeza con forma de pala que le permite excavar esos cráteres. A continuación se entierra en ellos y ya no tiene más que hacer que esperar a las visitas.

Aunque un poco tarde ya, la 4.000 comprende lo que le está pasando. En principio, cualquier hormiga es lo suficientemente ligera como para salir con bien del mal trago. Sólo que, antes incluso de que haya empezado a ascender, dos grandes mandíbulas bordeadas de pinchos salen del fondo de la cavidad y la rocían con arena.

¡Socorro!

Olvida el dolor que le provocan sus huéspedes forzosos y la carencia derivada de su contacto con el melado de la lomechuse. Tiene miedo. No quiere morir así.

Se debate con todas sus fuerzas. Pero la trampa de la hormiga-león, como la telaraña, está pensada precisamente para funcionar a partir del pánico de sus víctimas. Cuanto más gesticula la 4.000 para salir del cráter, más se inclina la pendiente y más la arrastra hacia el fondo, desde donde la hormiga-león sigue rociándola con arena fina.

La 103.683 ha comprendido en seguida que inclinarse para tenderle una pata supone un grave riesgo de caer ella también. Se aleja en busca de una brizna lo bastante larga y sólida.

A la vieja hormiga el tiempo se le hace largo, exhala un grito oloroso y patalea a más y mejor en la arena casi líquida. Su caída se ve aún más acelerada. Sólo está a cinco cabezas de las tenazas. Vistas de cerca, son verdaderamente terroríficas. Cada mandíbula está bordeada por centenares de diente-cillos acerados, que a su vez muestran largos pinchos curvos. Y, en cuanto al extremo, éste acaba en un punzón capaz de perforar sin gran dificultad cualquier caparazón mirmeceano.

La 103.683 reaparece por fin al borde de la depresión, desde donde le tiende a su compañera una vellowita. ¡Rápido! Ésta levanta las patas para aferrar el tallo. Pero la hormiga-león no está dispuesta a renunciar a su presa. Lanza arena, frenética, contra las dos hormigas. Éstas no ven ni oyen nada. La hormiga-león lanza ahora piedras que caen sobre la quitina con un ruido siniestro. La 4.000, medio enterrada, sigue deslizándose hacia abajo.

La 103.683 se apuntala, con el tallo apretado entre sus mandíbulas. Espera vanamente un tirón. Y justo en el momento en que ya va a renunciar, una pata aparece sobre la arena. ¡Salvada! La 4.000 salta por fin fuera del mortal agujero.

Abajo, las ávidas pinzas chasquean con rabia y decepción. La hormiga-león necesita proteínas para metamorfosearse en adulta. ¿Cuánto tiempo tendrá que esperar hasta que otra presa resbale hasta ella?

La 4.000 y la 103.683 se lavan y se entregan a numerosas trofalaxias. Pero esta vez el melado de lomechuse no se encuentra en el menú.

—Buenos días, Bilsheim.

Y le tiende una mano blanda.

—Sí, ya lo sé, le sorprende verme aquí. Pero ya que este asunto se prolonga y se hace cada vez más pesado, y el prefecto se interesa personalmente por un final feliz, y pronto será el ministro quien se interese, he decidido ocuparme de él yo misma... Vamos, no ponga usted esa cara; estoy bromeando. ¿Qué le ha pasado a su sentido del humor?

El viejo poli no sabía qué decir. Y la cosa venía prolongándose desde quince años atrás. Con ella, los «evidentemente» no habían funcionado nunca. Le hubiese gustado verle los ojos, pero estaban ocultos bajo un largo mechón de cabello. Cabello rojo, teñido. A la moda. En el servicio se decía que ella intentaba hacer creer que era pelirroja para justificar el fuerte olor que emanaba de ella.

Solange Doumeng. Se había ido agriando más y más desde la menopausia. En principio, hubiese debido de tomar hormonas femeninas para compensar, pero temía demasiado engordar; las hormonas retienen el agua, es cosa bien sabida, así que ella apretaba los dientes haciendo que la gente de su alrededor tuviese que soportar las dificultades que le planteaba esta metamorfosis en anciana.

—¿Por qué ha venido? ¿Quiere ir allá abajo? —preguntó el policía.

—¿Bromea, amigo mío? No, no; el que baja es usted. Yo me quedo aquí. Lo he previsto todo, un buen termo de té y un walkie-talkie.

—¿Y si me pasa algo?

—No sea miedica, planteándose siempre lo peor. Estaremos en contacto por radio, ya se lo he dicho. En cuanto vea el más ligero peligro, usted me lo indica y yo tomaré las medidas necesarias. Además, está usted muy bien atendido, amigo mío;

bajaré con material que es el último grito para misiones delicadas. Mire: cuerdas de alpinismo, fusiles. Por no mencionar a estos dos muchachotes.

Y señaló a los policías que estaban en posición de firmes.

Bilsheim murmuró:

—Galín fue con ocho bomberos, y eso no le sirvió de mucha ayuda...

—Pero no llevaban ni armas ni radio. Vamos, no ponga mala cara, Bilsheim.

El hombre no quería porfiar. Los juegos de poder e intimidación le exasperaban. Y porfiar con la Doumeng era convertirse en la Doumeng. Y ella era como la mala hierba en un jardín. Había que intentar crecer sin verse contaminado.

Bilsheim, comisario desengañado, se puso el traje de espeleología, ciñó la cuerda de alpinismo a su cintura y se terció el walkie-talkie en bandolera.

—Si no vuelvo, quiero que todos mis bienes se entreguen a los huérfanos de la Policía.

—Déjese de tonterías, querido Bilsheim. Volverá usted y todos iremos a celebrarlo a un restaurante.

—Por si no vuelvo, quisiera decirle algo...

La mujer frunció el ceño.

—¡Vamos, déjese de niñerías, Bilsheim!

—Quisiera decirle... Todos pagamos un día por nuestras malas acciones.

—¡Y ahora se pone místico! No, Bilsheim, se equivoca, no pagamos por nuestras malas acciones. Quizás haya un «buen Dios», como usted dice, ¡pero se ríe de nosotros! Y si usted no ha disfrutado en vida de esta existencia, no disfrutará más muerto.

La mujer rió brevemente, y luego se acercó a su subordinado, hasta rozarle. Este contuvo la respiración. Ya respiraría bastante mal olor en la bodega...

—Pero no va usted a morir tan pronto. Tiene que resolver este asunto. Su muerte no serviría de nada.

La contrariedad convertía al comisario en un niño, ya no era más que un chiquillo al que le han quitado un juguete y que, sabiendo que no lo recuperará, intenta algunos insultos de poca monta.

—¡Oh! Mi muerte sería el fracaso de su investigación personal. Así se verán los resultados cuando usted «se hace cargo».

Ella se le pegó un poco más, como si fuera a besarle en la boca. Pero en lugar de eso, dijo calmadamente:

—No le gusto, ¿verdad, Bilsheim? No le gusto a nadie y lo mismo me da. Tampoco usted me gusta. Y no tengo necesidad ninguna de gustar. Todo lo que quiero es que me teman. Sin embargo, ha de saber usted algo: si revienta usted ahí abajo no me sentiré ni siquiera contrariada. Enviaré otro equipo, el tercero... Y si quiere usted molestarme de verdad, vuelva vivo y victorioso, y entonces estaré en deuda con

usted.

El hombre no dijo nada. Miraba de reojo las raíces blancas del cabello peinado a la moda, y eso le sosegaba.

—¡Estamos listos! —dijo uno de los policías, alzando su fusil.

Todos estaban ya ligados con las cuerdas.

—De acuerdo. ¡Vamos allá!

Hicieron una señal a los tres policías que se mantendrían en contacto con ellos en la superficie, y entraron en la bodega.

Solange Doumeng se sentó ante una mesa donde había instalado el emisor-receptor.

—¡Buena suerte, y vuelvan pronto!

3. Tres odiseas

Finalmente, la 56 ha encontrado el lugar ideal para construir su ciudad. Es una colina redonda. La escala. Desde lo alto ve las ciudades que están más al este: Zubi-zubikan y Glubi-diu-kan. Normalmente, la vinculación con el resto de la Federación no debería de plantear demasiados problemas.

Examina la zona. La tierra es un poco dura y presenta un color gris. La nueva reina busca un lugar donde el suelo sea algo más blando, pero es consistente en todas partes. Cuando hunde decididamente las mandíbulas, con objeto de excavar su primera estancia nupcial, se produce una extraña sacudida. Es como un temblor de tierra, pero demasiado localizado para ser uno de verdad. Golpea otra vez el suelo, y la cosa se repite, y aún peor. La colina se levanta y se desliza hacia la derecha.

La memoria hormiga ha registrado muchas cosas extraordinarias, pero nunca una colina viviente, Ésta avanza ahora a buena velocidad, hendiendo las altas hierbas, aplastando la maleza.

La 56 no se ha recuperado aún de su sorpresa cuando ve que se acerca una segunda colina. ¿Qué sortilegio es éste? Sin que le dé tiempo de bajar, se ve arrastrada a un rodeo; de hecho, es una danza nupcial entre colinas. Éstas, ahora, se rozan con desvergüenza... Para colmo, la colina de la 56 es hembra. Y la otra se dispone a subírsele lentamente encima. Una cabeza de piedra emerge poco a poco, una gárgola horrenda que está abriendo la boca. ¡Es demasiado! La joven reina renuncia a fundar su ciudad en semejante lugar. Rodando promontorio abajo, comprueba de qué peligro ha escapado. Las colinas no tienen sólo cabezas, sino cuatro patas con garras y pequeñas colas triangulares.

Es la primera vez que la hembra 56 ve tortugas.

Conspiradores: *el sistema organizativo más generalizado entre los seres humanos es el siguiente: una compleja jerarquía de «administrativos», hombres y mujeres del poder, que encuadra o, mejor, dirige al grupo más restringido de los «creativos», de quienes los «comerciales», por mor de la distribución, se apropian el trabajo... Administradores, creativos, comerciales. Estas son las tres castas que en nuestros días corresponden a las obreras, los soldados y los sexuales entre las hormigas.*

La lucha entre Stalin y Trotski, dos jefes rusos de principios del siglo XX, ilustra de maravilla el paso de un sistema que prima a los creativos a un sistema que privilegia a los administrativos. Trotski, el matemático, el creador del Ejército Rojo, es vencido por Stalin, el hombre de las conspiraciones. Y así se da vuelta a una página.

Se progresa mejor, y más de prisa, en los estratos de la sociedad si uno sabe seducir, reunir asesinos, desinformar, que si se tiene la capacidad de crear conceptos u objetos nuevos.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

La 4.000 y la 103.683 han vuelto a la pista olorosa que lleva a la termitera del Este. Se cruzan con escarabajos ocupados en empujar esferas de humus, hormigas exploradoras de una especie tan pequeña que apenas se las ve, y otras que son tan grandes que a las dos soldados apenas se las ve...

Y eso porque existen más de doce mil especies de hormigas, cada una de ellas con su propia morfología. Las más pequeñas no miden más que unas decenas de micras, y las más grandes pueden alcanzar los siete centímetros. Las rojas se clasifican entre las medianas. La 4.000 parece al fin orientarse. Falta aún cruzar esta mancha de musgo verde, escalar esta mata de acacia, pasar bajo los junquillos, y lo que buscan ha de estar detrás del tronco de este árbol muerto. En efecto, una vez superado el tocón, ven aparecer, entre los salicores, el río del Este y el puerto de Satei.

—Hola, hola, Bilsheim, ¿me recibe?.

—Fuerte y claro.

—¿Todo va bien?

—Sin problemas.

—La longitud de la cuerda desenrollada indica que ha recorrido usted cuatrocientos ochenta metros.

—Estupendo.

—¿Ha visto algo?

—Nada en especial. Sólo algunas inscripciones grabadas en la piedra.

—¿Qué tipo de inscripciones?

—Fórmulas esotéricas. ¿Quiere que le lea una?

—No. Confío en su palabra.

El vientre de la hembra 56 está en plena ebullición. En su interior hay tirones, empujones, gesticulaciones. Todos los habitantes de su futura ciudad se impacientan.

Entonces, no busca ya más y elige una oquedad de tierra ocre y negra y decide fundar ahí su ciudad.

El lugar no está mal situado. Por los alrededores no hay olores de enanas, ni de termitas, ni de avispas. Hay incluso algunas pistas feromonas que indican que las belokanianas ya se han aventurado por el lugar.

Prueba la tierra. El suelo es rico en oligoelementos, la humedad es suficiente y no excesiva. Incluso hay un pequeño arbusto perpendicular.

Limpia una superficie circular de trescientas cabezas de diámetro, que viene a representar la forma óptima de su ciudad.

Agotada, deglute para hacer que suba el alimento de su buche social, pero hace tiempo que éste está vacío. Ya no tiene reservas de energía. Entonces, se arranca las alas de un tirón y se come sus raíces musculosas.

Con este aporte de calorías, debería mantenerse unos días.

Luego, se entierra hasta las antenas. Nadie debe poder verla en este período en el que no es más que una presa inofensiva.

Espera. La ciudad oculta en su cuerpo despierta lentamente. ¿Cómo la llamará?

En primer lugar, ha de encontrar un nombre de reina. Entre las hormigas, tener un nombre es existir como entidad autónoma. Las obreras, los soldados, los sexos vírgenes no se designan más que por el número correspondiente a su nacimiento. Las hembras fértiles, por el contrario, pueden adoptar un nombre.

Bien, había salido perseguida por las guerreras con olor a roca, de manera que no tiene más que llamarse «la reina perseguida». O, mejor, ya que la perseguían porque había intentado resolver el enigma del arma secreta, y eso no debe olvidarlo, eso la lleva, en realidad, a ser la «reina surgida del misterio».

Así, decide llamar a su ciudad «ciudad de la reina surgida del misterio». Lo que en el idioma oloroso de las hormigas, se olfatea así:

CHLI-PU-KAN.

Dos horas más tarde, nueva llamada.

—¿Va todo bien, Bilsheim?

—Estamos delante de una puerta. Una puerta como cualquier otra. Hay una gran inscripción. Los caracteres son antiguos.

—¿Qué dice?

—¿Quiere que esta vez se la lea?

—Sí.

El comisario orientó la linterna y se puso a leer, con voz lenta y solemne, debido a que iba descifrando el texto mientras lo leía:

«En el momento de la muerte el alma experimenta la misma sensación que los que son iniciados en los grandes Misterios.

»En primer lugar, hay carreras al azar con ingratos quiebros, viajes inquietantes y sin final a través de las tinieblas.

»Luego, antes del final, el horror llega al colmo. Estremecimientos, temblores, sudor frío, el horror predomina.

»A esta fase le sigue casi inmediatamente un ascenso hacia la luz, una brusca iluminación.

«Una luminosidad maravillosa se ofrece a los ojos, se pasa por lugares puros y praderas donde resuenan las voces y las danzas.

«Palabras sagradas inspiran el respeto religioso. El hombre perfecto e iniciado se hace libre, y celebra los Misterios».

Un policía se estremeció.

—¿Qué hay detrás de la puerta? —pregunta el walkie-talkie.

—Bien... la abro... Seguidme, muchachos.

Un prolongado silencio.

—¡Bilsheim! ¡Bilsheim! Conteste, maldita sea. ¿Qué es lo que ve ahora?

Se oyó un disparo.

Luego, otra vez silencio.

—¡Bilsheim! ¡Conteste, amigo mío!

—Aquí Bilsheim.

—¡Hable! ¿Qué es lo que pasa?

—Hay ratas. Miles de ratas. Se han lanzado contra nosotros, pero hemos conseguido hacerlas huir.

—¿Ha sido eso el disparo?

—Sí. Ahora se han puesto a cubierto.

—Describa lo que ve.

—Aquí está todo rojo. Hay trazas de rocas ferrosas en las paredes y... ¡hay sangre en el suelo! Seguimos adelante.

—¡Mantenga el contacto por radio! ¿Por qué lo corta?

—Prefiero actuar a mi manera y no de acuerdo con sus lejanos consejos, si usted me lo permite, señora.

—Pero Bilsheim...

Clic. Cortó la comunicación.

Satei no es, hablando con propiedad, un puerto, ni tampoco un puesto avanzado. Pero es con toda seguridad el lugar privilegiado de las expediciones belokanianas que cruzan el río.

Antaño, cuando las primeras hormigas de la dinastía Ni se encontraron ante este brazo de agua, comprendieron que no sería fácil cruzarlo. Sólo que la hormiga no renuncia nunca. Si es necesario, se dará de cabeza mil veces y de quince mil maneras distintas contra el obstáculo, hasta morir o hasta que el obstáculo ceda.

Tal forma de proceder parece ilógica. Y, ciertamente, ha costado muchas vidas y tiempo a la civilización mirmeceana, pero se demostró que valía la pena. Finalmente, a costa de esfuerzos desmesurados, las hormigas siempre han conseguido superar las dificultades.

En Satei, las exploradoras habían empezado intentando la travesía sobre sus patas.

La película del agua era lo bastante resistente como para soportar su peso, pero desgraciadamente no ofrecía sostén para las garras. Las hormigas evolucionaban a la orilla del río como si llevaran patines. Dos pasos adelante, tres de lado y... ¡zas! las ranas se las comían.

Tras cien intentos infructuosos y unos miles de exploradoras sacrificadas, las hormigas buscaron algo distinto. Unas obreras formaron una cadena sujetándose con patas y antenas hasta alcanzar la otra orilla. Esta experiencia hubiese podido ser un éxito si el río no hubiese sido tan amplio y no hubiese estado tan atormentado por los remolinos. Doscientas cuarenta mil muertas. Pero las hormigas no renunciaban. Por instigación de la que era entonces su reina, Biu-pa-ni, trataron de hacer un puente con hojas, luego con ramitas, luego con cadáveres de coleópteros, luego con piedrecitas... Esas cuatro experiencias les costaron la vida a más de seiscientas setenta mil obreras. Biu-pa-ni ya había matado a más súbditos en el intento de edificar su utópico puente que los que habían muerto en todas las batallas libradas bajo su reinado.

Sin embargo, no cejó. Había que pasar por los territorios del Este. Después de lo de los puentes, se le ocurrió contornear el río remontando la corriente por el norte. Ninguna de las expediciones enviadas regresó jamás. 8.000 muertos. Luego se dijo que las hormigas tenían que aprender a nadar. 15.000 muertos. Luego se dijo que las hormigas tenían que intentar domesticar a las ranas. 68.000 muertos. ¿Y utilizar las hojas para planear en ellas lanzándose desde el gran árbol? 52 muertos. ¿Y caminar sobre el agua cubriendo las patas con miel endurecida? 27 muertos, una leyenda pretende que cuando le dijeron que ya no había más de diez obreras indemnes en la ciudad y que había que renunciar por el momento al proyecto, la reina emitió esta sentencia:

¡Lástima! Aún tenía muchas más ideas...

Las hormigas de la Federación, sin embargo, acabaron encontrando una solución satisfactoria. Trescientos mil años después, la reina Lifug-riuni propuso a sus hijas excavar un túnel bajo el río. Era algo tan sencillo que a nadie se le había ocurrido antes. Y así fue cómo a partir de Satei se puede pasar bajo el río sin ninguna dificultad.

La 103.683 y la 4.000 llevan ya muchos grados en ese túnel histórico. El lugar está húmedo, pero aún no hay vías de agua. La ciudad termita se ha construido en la otra orilla. Por otra parte, las termitas utilizan este mismo subterráneo para llevar a cabo sus incursiones en territorio federado. Hasta ahora se ha mantenido un acuerdo tácito. No se combate en el subterráneo y todo el mundo pasa por él libremente, termita u hormiga. Pero está claro que en cuanto una de las dos partes se considere dominante, la otra intentará bloquear o inundar el pasadizo.

Las dos hormigas caminan y caminan por la larga galería. El único problema es que la masa líquida que gravita sobre ellas está helada, y el subsuelo aún lo está más.

El frío las entumece. Cada paso que dan se hace más difícil que el anterior. Si se quedasen dormidas ahí abajo, sería la hibernación para siempre. Y ellas lo saben. Por eso se apresuran para llegar a la salida. Toman del buche social las últimas reservas de proteínas y azúcares. Y, por fin, la salida... Al salir al aire libre, la 103.683 y la 4.000 están tan frías que se quedan adormiladas en medio del camino.

Seguir adelante de esa manera, en fila y en esa oscuridad, le hacía imaginarse cosas. Pero aquí no había nada que pensar, sólo llegar al final. Esperando que hubiese un final...

Tras él nadie hablaba. Bilsheim oía la respiración ronca de los seis policías, y se decía que él mismo era de verdad víctima de una injusticia.

Ya debiera ser comisario principal, y tener una paga digna de ese nombre. Hacía bien su trabajo, sus horas de trabajo superaban la norma, ya había resuelto más de diez casos. Sólo que ahí estaba siempre la Doumeng bloqueando su ascenso.

La situación se le hizo repentinamente insoportable.

—¡Mierda!

Todos se detuvieron.

—¿Está bien, comisario?

—¡Sí, sí! ¡Seguid!

El colmo de lo vergonzoso; estaba hablando solo. Se mordió los labios, exhortándose a comportarse algo mejor. Pero no habían pasado ni cinco minutos cuando ya estaba otra vez sumido en sus problemas.

No tenía nada contra las mujeres, pero sí tenía algo contra los incompetentes. «La vieja puta apenas sabe leer y escribir, no ha dirigido ni una sola investigación, y ahí está, al frente de todo el servicio, con ciento ochenta policías. Y tiene un salario que es cuatro veces el mío. Enrolaos en la Policía, te dicen. Y ella, que la nombró su predecesor, sólo por pura cuestión de cama. Y además, no deja en paz a nadie, es un verdadero tábano. Azuza a la gente los unos contra los otros, sabotea su propio servicio haciéndose la indispensable en todas partes...»

Al hilo de su reflexión, Bilsheim recordó un documental sobre los sapos. Éstos, cuando están en período de celo, se sienten tan excitados que saltan sobre todo lo que se mueve: hembras, y también machos, e incluso piedras. Presionan el vientre de su pareja para hacer salir de él los huevos que fertilizarán. Los que aprietan a las hembras ven sus esfuerzos recompensados. Los que aprietan los vientres de los machos no consiguen nada y cambian de pareja. Los que aprietan las piedras se hacen daño en los brazos y abandonan.

Pero existe un caso aparte: el de las pellas de tierra. La pella de tierra es tan blanda como un vientre de hembra sapo. Y entonces, los machos no dejan de apretar. Pueden pasar días y más días repitiendo este estéril comportamiento. Creen que están

haciendo lo mejor que pueden hacer...

El comisario sonrió. Quizá sería suficiente explicarle a la tal Solange que eran posibles otros comportamientos, bastante más eficaces que el consistente en bloquearlo todo y jorobar a los subalternos. Aunque él mismo no creía mucho en ello. Se dijo que después de todo, era él más bien quien no estaba donde le correspondía en el maldito servicio.

Los demás, tras él, también iban sumidos en negros pensamientos. Ese descenso silencioso les tenía a todos nerviosos. Hacia ya cinco horas que andaban sin parar. La mayoría de ellos pensaban en la prima que iban a exigir después de la aventura; otros pensaban en sus mujeres, en sus hijos, en su coche o en una jarra de cerveza...

***Nada:** ¿qué hay más agradable que dejar de pensar? Abandonar por fin esa oleada desbordante de ideas más o menos útiles o más o menos importantes. ¡Dejar de pensar! Como si uno estuviese muerto y pudiese volver a estar vivo. Ser la nada. Volver al supremo origen. No ser ya ni siquiera alguien que no piensa en nada. Ser nada. Una noble ambición.*

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Los cuerpos de las dos soldados, que han permanecido toda la noche inertes en la orilla fangosa, se reaniman con los primeros rayos del sol.

Una por una, las facetas de los ojos de la 103.683 se reactivan, iluminando su cerebro con el nuevo decorado que tiene delante. Es un decorado compuesto en su totalidad por un enorme ojo suspendido por encima de ella, fijo y atento.

La joven asexuada exhala una feromona de terror que hace arder sus antenas. Al ojo también le da miedo y se retira precipitadamente, y con él se echa atrás el largo cuerno que lo sostiene. Ambos se ocultan bajo una especie de piedra redonda. ¡Un caracol!

Hay otros a su alrededor. Cinco en total, ocultos en sus conchas. Las dos hormigas se acercan a uno de ellos y lo rodean. Tratan de morderlo, pero no pueden. Ese nido ambulante es una fortaleza inexpugnable.

Una frase de la Madre le viene a la memoria: *La seguridad es mi peor enemigo, ya que adormece mis reflejos y mis iniciativas.*

La 103.683 se dice que esos animales ocultos en sus conchas han vivido siempre con facilidad, ramoneando hierbas inmóviles. Nunca han tenido que pelear, ni cazar, ni huir. Nunca han tenido que enfrentarse con la vida. Y, así, nunca han evolucionado.

Siente el capricho de forzarles a salir de sus conchas, para demostrarles que no son invulnerables. Precisamente, dos de los cinco caracoles consideran que el peligro ha pasado. Hacen entonces que los cuerpos abandonen su resguardo para desahogar la

tensión nerviosa.

Se unen, y se estrechan vientre contra vientre. Baba con baba, quedan soldados en un beso pegajoso que les recorre todo el cuerpo. Sus sexos se rozan.

Y ocurren ciertas cosas entre ellos.

Ocurren muy despacio.

El caracol de la derecha ha hundido su pene formado por una punta calcárea en la vagina llena de huevos del caracol de la izquierda. Pero éste no ha llegado aún al éxtasis y ya desvela a su vez un pene en erección, que hunde en su pareja.

Los dos experimentan el placer de penetrar y ser penetrados simultáneamente. Equipados con una vagina por debajo de un pene, pueden experimentar paralelamente las sensaciones de los dos sexos.

El caracol de la derecha siente el primer orgasmo masculino. Se estremece y se tensa, con el cuerpo recorrido por la electricidad. Los cuatro cuernos oculares de los hermafroditas se entrelazan. La baba se convierte en espuma, y luego en burbujas. Es una danza muy apretada, y de una sensualidad exacerbada por la lentitud de los gestos.

El caracol de la derecha yergue los cuernos. Experimenta a su vez un orgasmo masculino. Pero apenas ha acabado de eyacular cuando su cuerpo le procura una segunda oleada de voluptuosidad, esta vez vaginal. El caracol de la derecha experimenta a su vez el goce femenino.

Entonces, sus cuernos se inclinan abajo, sus flechas amorosas se contraen, sus vaginas se cierran... Tras completar este acto, los amantes se convierten en imanes con idéntica polaridad. Se produce la repulsión. Un fenómeno tan viejo como el mundo. Las dos máquinas de recibir y dar se alejan lentamente, con sus huevos fertilizados por los espermatozoides de la pareja.

Mientras 103.683 se queda como idiotizada, aún bajo la impresión de la belleza del espectáculo, la 4.000 se lanza al asalto de uno de los caracoles. Quiere aprovechar la fatiga poscoital para desventrar al animal más grande. Pero es demasiado tarde, ya que se han introducido otra vez en sus conchas.

La vieja exploradora no renuncia por eso. Sabe que acabarán saliendo otra vez. Se mantiene un buen rato al acecho; y, finalmente, un ojo tímido y luego un cuerno completo se deslizan fuera de la concha. El gasterópodo sale a ver cómo está el mundo alrededor de su pequeña vida.

Cuando aparece el segundo cuerno, la 4.000 se abalanza y muerde el ojo con toda la fuerza de sus mandíbulas. Quiere seccionarlo, pero el molusco se contrae, llevándose a la vez a la exploradora al interior de su concha.

¿Cómo salvarla ahora?

La 103.683 piensa. Y una idea brota de uno de sus tres cerebros. Coge una piedra con las mandíbulas y empieza a golpear la concha con todas sus fuerzas. Ha

inventado el martillo, sí, pero la concha del caracol no es de madera blanda. Los golpes sólo sirven para hacer música. Hay que buscar otra cosa.

Éste es un gran día, porque la hormiga descubre ahora la palanca. Coge una ramita sólida, un granito de arena le sirve de fulcro, y empuja a continuación con todo su cuerpo para darle la vuelta al pesado animal. Ha de volver a intentarlo muchas veces. Y, finalmente, la concha vacila adelante y atrás, y luego gira.

La 103.683 trepa por las circunvoluciones, se inclina sobre el pozo que forma la concha, y se deja caer al encuentro del molusco. Tras un prolongado deslizamiento, su caída queda amortiguada por una materia oscura y gelatinosa. Sintiendo el asco que le da verse rodeada por toda esa baba, empieza a desgarrar los blandos tejidos. No puede utilizar el ácido, porque podría fundirse a sí misma.

Nuevos líquidos se mezclan entonces con la baba. Es la sangre transparente del caracol. El animal enloquecido tiene un espasmo, que proyecta a las dos hormigas fuera de su concha.

Las dos, indemnes, se acarician prolongadamente las antenas.

El caracol agonizante quisiera huir, pero pierde sus vísceras en el camino. Las dos hormigas le alcanzan y acaban con él con facilidad. Horrorizados, los otros cuatro gasterópodos, que han sacado sus cuernos-ojos para seguir la escena, se retraen hasta lo más profundo de sus conchas y ya no se moverán en todo el día.

La 103.683 y la 4.000 se atiborran de caracol esa mañana.

Lo cortan en lonjas y lo comen en forma de tibio bistec chorreante de baba. Incluso encuentran la bolsa vaginal llena de huevos. ¡Caviar de caracol! Uno de los platos favoritos de las hormigas rojas, preciosa fuente de vitaminas, grasas, azúcares y proteínas...

Con el buche social lleno hasta los bordes, inundadas de energía solar, vuelven a caminar a buen paso hacia el sudeste.

Análisis de las feromonas (Experimento trigésimo cuarto): He conseguido identificar algunas de las moléculas de comunicación de las hormigas utilizando un espectrómetro de masas y un cromatógrafo. He podido así realizar un análisis químico de una comunicación entre un macho y una obrera, interceptada a las 10 de la noche. El macho ha encontrado un poco de miga de pan. Y he aquí lo que ha emitido:

—Metil-6.

—Metil-4 hexanona-3. (2 emisiones).

—Cetona.

—Octanona-3.

Y luego otra vez:

—Cetona.

—Octanona-3. (2 emisiones).

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

En el camino encuentran otros caracoles. Todos ellos se esconden como si se hubiesen pasado las contraseñas: «Estas hormigas son peligrosas». Sin embargo, hay uno que no se esconde. Incluso muestra todo su cuerpo.

Las dos hormigas se acercan, intrigadas. El animal ha quedado completamente aplastado por algo muy pesado. Su concha está destrozada. Su cuerpo ha estallado y ha quedado esparcido en una amplia superficie.

La 103.683 piensa de inmediato en el arma secreta de las termitas. Ya deben de estar cerca de la ciudad enemiga. Examina el cadáver desde más cerca. El golpe ha sido seco, tremendo. No resulta sorprendente que con semejante arma hayan conseguido aplastar el puesto avanzado de La-chola-kan...

La 103.683 está decidida. Hay que entrar en la ciudad termita y comprender su arma, o mejor robarla. ¡Si no toda la Federación podría ser pulverizada!

Pero de repente se levanta un fuerte viento. No les da tiempo a agarrarse al suelo con las patas. La tempestad las aspira hacia el cielo. La 103.683 y la 4.000 carecen de alas... Pero aún así no dejan de volar.

Unas horas después, cuando el equipo de superficie se encuentra ya bastante amodorrado, el comunicador crepita otra vez.

—¡Señora Doumeng! ¡Señora Doumeng! Ya está. Hemos llegado abajo.

—¿Sí? Y ¿qué ven?

—Es un callejón sin salida. Hay una pared de cemento y acero que ha sido construida en fecha muy reciente. Parece que la cosa acaba aquí... Y hay otra inscripción.

—¡Léala!

—¿Cómo se forman cuatro triángulos equiláteros con seis cerillas?

—¿Eso es todo?

—No. Hay unos botones con letras, seguramente para componer la respuesta.

—¿No hay ningún corredor a un lado u otro?

—Nada.

—¿Tampoco ve usted los cadáveres de los otros?

—No. Nada... Bien... hay huellas de pasos. Como si un montón de zapatos hubiesen estado pisoteando el suelo justo delante de la pared.

—¿Qué hacemos? —susurró un policía. ¿Volvemos arriba?

Bilsheim examinó el obstáculo con atención. Todos esos símbolos, todas esas planchas de acero y cemento, ocultaban algún mecanismo. Y en cuanto a los otros,

¿dónde irían a parar?

A su espalda, los policías se sentaban en los escalones. Él se concentró en los botones. Habría que manipular en un orden preciso todas esas letras. Jonathan Wells era cerrajero, y habría reproducido los sistemas de seguridad de las partes de los edificios. Había que encontrar el código.

Se volvió hacia sus hombres.

—¿Tenéis cerillas, muchachos?

En el comunicador, la voz se impacientó.

—Comisario Bilsheim, ¿qué está usted haciendo?

—Si de verdad quiere ayudarnos, intente formar cuatro triángulos con seis cerillas. Y cuando encuentre la solución vuelva a llamarme.

—¿Se está burlando de mí, Bilsheim?

La tempestad acabó por amainar. En pocos segundos, el viento amaina. Hojas, polvo, insectos quedan de nuevo sometidos a la ley de la gravedad y vuelven a caer según sus pesos respectivos.

La 103.683 y la 4.000 han vuelto al suelo a unas decenas de cabezas la una de la otra. Se reúnen, sin una sola herida, y examinan el lugar. Es una región pedregosa que no se parece en nada al paisaje que han dejado. Aquí no hay ni un árbol, sólo algunas hierbas silvestres dispersas a merced del viento. No saben dónde están...

Cuando mal que bien recuperan sus fuerzas para abandonar ese siniestro lugar, el cielo decide manifestar de nuevo su poder. Las nubes se apelmazan, se vuelven negras. Un estallido hiende los aires liberando toda la tensión eléctrica que había acumulado.

Todos los animales han comprendido este mensaje de la Naturaleza. Las ranas se lanzan al agua, las moscas se esconden debajo de las piedras, los pájaros vuelan bajo.

Empieza a caer la lluvia. Las dos hormigas han de encontrar cuanto antes dónde guarecerse. Cada gota que cae puede ser mortal. Se apresuran hacia una eminencia que se recorta a lo lejos, sea árbol o piedra.

Poco a poco, a través de las pesadas gotas y las brumas a ras del suelo, la forma se va dibujando con más nitidez. No es ni una roca ni un arbusto. Es una verdadera catedral de tierra, y las cimas de sus numerosas torres se pierden entre las nubes.

¡Es una termitera! ¡La termitera del Este! La 103.683 y la 4.000 se encuentran presas entre la terrible tormenta y la ciudad enemiga. Claro que pensaban visitar esta última, pero no en estas condiciones. Millones de años de odio y rivalidad las retienen.

Aunque no por mucho tiempo. Después de todo, si han llegado hasta aquí ha sido para espiar en la termitera. Así que se adelantan temblorosas hacia una entrada sombría que hay al pie del edificio. Con las antenas erguidas y las mandíbulas

abiertas, las patas ligeramente flexionadas, están dispuestas a vender caras sus vidas. Sin embargo, contra cualquier expectativa, no hay ninguna soldado en la entrada de la termitera.

Eso es algo completamente anormal. ¿Qué está pasando?

Las dos asexuadas se introducen en el interior de la inmensa ciudad. Su curiosidad está ya en pugna con la más elemental prudencia. Hay que decir que el lugar no se parece en nada a un hormiguero. Las paredes están formadas por un material mucho más quebradizo que la tierra, un cemento duro como la madera. Los pasadizos están saturados de humedad. No hay la menor corriente de aire. Y la atmósfera es anormalmente rica en gas carbónico. Hace ya 3º de tiempo que se mueven ahí dentro, sin haber encontrado aún ni una sola centinela. Es algo absolutamente desacostumbrado... Las dos hormigas se detienen, sus antenas se consultan por el tacto. Toman una determinación bastante pronto: seguir.

Pero a fuerza de seguir adelante están completamente desorientadas. Esta extraña ciudad es un laberinto aún más tortuoso que su propia ciudad natal. Incluso los olores que llegan a su glándula de Dufour no han dejado rastro en las paredes. Ya no saben si están por encima o por debajo del nivel del suelo.

Tratan de desandar lo andado, pero eso no soluciona sus problemas. No dejan de descubrir nuevos corredores de extrañas formas. Decididamente, se han perdido.

Entonces es cuando la 103.683 descubre una feromona extraordinaria: ¡una luz! Las dos soldados no salen de su asombro. Esa luminosidad en pleno centro de una ciudad termita desierta es algo completamente insensato. Se dirigen hacia la fuente de los rayos de luz.

Se trata de una claridad de un color amarillo anaranjado que a veces se vuelve verde o azul. Tras un resplandor un poco más intenso, la fuente de luz se apaga. Luego vuelve a lucir, y parpadea, con reflejos en la brillante quitina de las hormigas.

La 103.683 y la 4.000 se dirigen como hipnotizadas hacia el faro subterráneo.

Bilsheim estaba muy excitado: ¡lo había comprendido! Les mostró a los policías cómo colocar las cerillas para conseguir cuatro triángulos. Primero hubo expresiones de estupefacción, y luego exclamaciones de entusiasmo.

Solange Doumeng, que estaba atrapada en el juego, rugió:

—¿Han encontrado algo? ¿Lo han encontrado? ¿Dígame?

Pero no le hicieron caso. Oyó una confusión de voces mezcladas con ruidos mecánicos. Y luego se hizo el silencio otra vez.

—¿Qué pasa, Bilsheim? ¡Dímelo!

El walkie talkie empezó a crepitar furiosamente.

—¡Oiga! ¡Oiga!

—Sí (crepitación), hemos abierto el pasaje. Detrás de la puerta hay (crepitación)

un corredor. Va hacia la (crepitación) derecha. ¡Vamos por él!

—¡Espere! ¿Cómo ha hecho usted lo de los cuatro triángulos?

Pero Bilsheim y los suyos ya no oían los mensajes de la superficie. El altavoz de su radio había dejado de funcionar; seguramente un cortocircuito. Ya no recibían, pero aún podían emitir.

—Esto es increíble. Cuanto más avanzamos más construcciones aparecen. Hay una bóveda, y a lo lejos una luz. Vamos allá.

—Espere, ¿ha dicho usted que había una luz? —gritaba vanamente Solange Doumeng.

—¡Ahí están!

—¿Quién está ahí? ¿Los cadáveres? ¡Conteste!

—Cuidado...

Se oyó una serie de detonaciones nerviosas, y gritos, y luego la comunicación se cortó.

La cuerda había dejado de desenrollarse. Aunque había quedado tensa. Los policías de superficie la agarraron y tiraron de ella, suponiendo que había quedado trabada. Lo intentaron entre tres, entre cinco... Y de repente se soltó.

Recuperaron la cuerda y la enrollaron, aunque no en la cocina sino en el comedor, ya que formaba una bobina gigantesca. Llegaron finalmente al extremo roto, deshecho, como si unos dientes la hubiesen roído.

—¿Qué hacemos, señora? —preguntó uno de los guardias.

—Nada. Sobre todo, no hagamos nada. Nada en absoluto. Y ni una palabra a la Prensa, ni una palabra a quienquiera que sea. Y ahora ustedes clausurarán esta bodega lo más de prisa posible. La investigación ha terminado. Vamos, dense prisa, vayan a comprar ladrillos y cemento. Y ustedes, ocúpense de los problemas de las viudas de esa gente.

A primera hora de la tarde, cuando los policías se disponían a colocar los últimos ladrillos, se oyó un ruido sordo. ¡Alguien estaba subiendo! Dejaron el paso expedito. Una cabeza emergió de la oscuridad, y luego todo el cuerpo del que había escapado. Era una policía. Por fin iban a poder saber lo que pasaba allá abajo. El rostro del hombre estaba pigmentado por el más absoluto terror. Algunos músculos faciales parecían tetanizados como por un ataque. Era un auténtico zombi. Algo le había arrancado la punta de la nariz y la sangre fluía en abundancia. Temblaba con los ojos enloquecidos.

—Gebeeegeeee —articuló.

Un hilo de saliva brotaba de su boca. Se pasó por la cara una mano cubierta de heridas, que los ojos entrenados de su colegas interpretaron como cortes hechos con un cuchillo.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha sido usted atacado?

—¡Gebeeeeeegeeee!

—¿Hay alguien más vivo ahí abajo?

—¡Gebeeeeeebebeggeeee!

Como no era capaz de articular nada más, se ocuparon de sus heridas, le llevaron a un centro de atención psiquiátrica y cerraron con una pared de obra la puerta de la bodega.

El más leve roce de sus patas en el suelo provoca un cambio en la intensidad de la luz. Ésta tiembla, como si las oyese llegar, como si estuviese viva.

Las hormigas se detienen para recuperar el ánimo. La luminosidad no tarda mucho en crecer, hasta iluminar las más pequeñas anfractuosidades de los corredores. Las dos espías se esconden precipitadamente para que no pueda descubrirlas el extraño proyector. Luego, aprovechando una caída de la intensidad luminosa, se lanzan hacia la fuente de los rayos.

Bien, pues no era otra cosa que un coleóptero fosforescente. Una luciérnaga. En cuanto ve a las intrusas, se apaga por completo... Pero como no ocurre nada, expande poco a poco una débil claridad verde, una prudente media luz.

La 103.683 lanza olores de no-agresión. Aunque todos los Coleópteros conocen este lenguaje, la luciérnaga no contesta. Su claridad verde se debilita, se vuelve amarilla antes de convertirse poco a poco en rojiza. Las hormigas suponen *que* ese color supone una interrogación.

Estamos perdidas en este termitero, emite la vieja exploradora.

Al principio, la luciérnaga no contesta. Unos grados después, empieza a parpadear, lo que puede expresar tanto alegría como pesar. En la duda, las hormigas esperan. La luciérnaga se dirige de pronto hacia un corredor transversal parpadeando cada vez más de prisa. Parece como si quisiera enseñarles algo. Las hormigas la siguen.

Llegan así a un sector todavía más húmedo y frío. De no se sabe dónde se escuchan unos gritos lastimeros. Son como gritos de angustia que llegan en forma de olores y sonidos.

Las dos exploradoras se preguntan qué es eso. Entonces, aunque el insecto de luz no habla, sí que oye a la perfección y, como para responder a su pregunta, se enciende y se apaga con prolongados impulsos, como si dijese: «No tengáis miedo, seguidme».

Los tres bajan cada vez más profundamente por el subsuelo de la ciudad extranjera y así llegan a una zona muy fría, en la que los corredores son mucho más largos.

Los gritos lastimeros vuelven a sonar con mayor fuerza.

¡Cuidado! emite bruscamente la 4.000.

La 103.683 se vuelve. La luciérnaga ilumina a una especie de monstruo que se

acerca, con un rostro arrugado de anciano y el cuerpo envuelto en un lienzo blanco y transparente. La soldado lanza un potente olor de miedo que perturba a sus dos compañeras. La momia sigue acercándose, parece incluso inclinarse para hablarles. De hecho, bascula hacia adelante. Se deja caer al suelo en toda su longitud con violencia. El capullo se abre, y el monstruo anciano se convierte en un recién nacido...

¡Una ninfa termita!

La momia sigue retorciéndose y lanzando tristes gemidos. Ése era, pues, el origen de los gritos.

Hay más momias. Ya que los tres insectos se encuentran en una casa-cuna. Centenares de ninfas termitas están alineadas verticalmente a lo largo de las paredes. La 4.000 las inspecciona y se da cuenta de que algunas han muerto por falta de cuidados. Las supervivientes lanzan olores afligidos llamando a las nodrizas. Hace al menos 2° que nadie las lame y todas están a punto de morir de inanición.

Es algo aberrante. Jamás un insecto social abandonaría ni siquiera 1° de tiempo sus huevos. Es que... La misma idea pasa por el ánimo de las dos hormigas... O bien es que todas las obreras han muerto y sólo quedan las ninfas.

La luciérnaga parpadea otra vez, haciéndoles signos de que la sigan hacia otros corredores. Un extraño olor invade el ambiente. La soldado está caminando sobre algo duro. No tiene ocelos infrarrojos y no puede ver en la oscuridad. La luz viviente se acerca e ilumina las patas de la 103.683. ¡Un cadáver de soldado termita! Es bastante parecida a una hormiga, aparte de que es completamente blanca y de que su abdomen es diferente...

Hay centenares de esos cadáveres blancos cubriendo el suelo. Es una matanza. Y lo más raro es que todos los cuerpos están intactos. No ha habido combate. La muerte ha debido de ser fulminante. Los habitantes están en las posiciones propias de sus trabajos cotidianos. Algunos parecen conversar o cortar madera con sus mandíbulas. ¿Qué ha podido provocar semejante catástrofe?

La 4.000 examina esas mórbidas estatuas. Están impregnadas de fragancias picantes. Un estremecimiento recorre a las dos hormigas. Se trata de un gas venenoso. Eso lo explica todo: la desaparición de la primera expedición enviada contra la termitera, el último superviviente de la segunda expedición que muere sin haber resultado herido.

Y si ellas mismas no sienten nada, eso se debe a que después del tiempo transcurrido el gas tóxico se ha dispersado. Pero entonces, ¿por qué las ninfas han sobrevivido? La vieja exploradora emite una hipótesis. Tienen defensas inmunitarias específicas; quizá los capullos las han salvado... Ahora deben de estar ya vacunadas contra el veneno. Es el conocido fenómeno de la mitridatización que permite a los insectos resistir todos los insecticidas produciendo generaciones mutantes.

Pero, ¿quién ha podido introducir ahí ese gas asesino? Es un verdadero rompecabezas. Una vez más, al buscar el arma secreta, la 103.683 ha dado con «otras cosas» tanto o más incomprensibles.

A la 4.000 le gustaría salir de ahí. La luciérnaga destella en signo de asentimiento. Las hormigas les dan un poco de celulosa a las larvas que aún pueden salvarse, y luego van en busca de la salida. La luciérnaga va tras ellas. A medida que van avanzando, los cadáveres de soldados termitas dejan lugar a cadáveres de obreras encargadas de atender a la reina. Algunas aún llevan huevos en las mandíbulas.

La arquitectura se va haciendo cada vez más sofisticada. Los corredores, de sección triangular, están llenos de signos grabados. La luciérnaga cambia de color y empieza a difundir una luminosidad azulada. Ha debido percibir algo. Y, de hecho, una respiración se deja oír en el fondo del corredor.

El trío llega ante una especie de santuario defendido por cinco guardias gigantes. Todos ellos muertos. Y la entrada está obstruida por los cuerpos inanimados de una veintena de pequeñas obreras. Las hormigas las apartan, pasándoselas de pata en pata.

Así queda desvelada una caverna cuya forma esférica es casi perfecta. Se trata de los aposentos de la reina. De ahí procedía el ruido.

La luciérnaga da una bonita luz blanca que ilumina en el centro de la estancia a una especie de extraño limaco. Es la reina termita, una caricatura de una hormiga reina. Su cabecita y su tórax raquítrico se prolongan en un fantástico abdomen de más de cincuenta cabezas de largo. Este apéndice hipertrófico se ve agitado con regularidad por espasmos.

La cabecita se agita de dolor, produciendo gritos en idioma olfativo y auditivo. Los cadáveres de las obreras habían bloqueado tan bien el orificio de entrada que el gas no había podido entrar. Pero la reina está a punto de morir por falta de cuidados.

¡Mira su abdomen! Los pequeños se agitan ahí dentro y ella no puede poner sola.

La luciérnaga sube hasta el techo y produce inocentemente una luz anaranjada similar a la que baña los cuadros de Georges de La Tour.

Con los esfuerzos conjugados de las dos hormigas, los huevos empiezan a brotar del enorme saco procreador. Es un auténtico grifo de vida. La reina parece aliviada; ha dejado de gritar.

Pregunta en lenguaje olfativo universal quién le ha salvado. Queda muy sorprendida al identificar los olores de las hormigas. ¿Son hormigas enmascaradas?

Las hormigas enmascaradas son una especie muy dotada para la química orgánica. Son insectos negros y de gran talla, que viven en el nordeste. Pueden reproducir artificialmente cualquier feromona: pasaporte, pista, comunicación, sólo mezclando adecuadamente savias, polen y saliva.

Una vez destilado su camuflaje, llegan a introducirse por ejemplo en las ciudades termitas sin que las descubran. Entonces saquean y matan, sin que ninguna de sus

víctimas haya podido identificarlas.

No, no somos hormigas enmascaradas.

La reina termita les pregunta si han quedado supervivientes en la ciudad, y las hormigas le contestan que no. Ella, entonces, emite su deseo de que la maten, que le ahorren sufrimientos. Pero antes quiere revelarles algo. Sí, bien sabe por qué ha sido destruida su ciudad. Las termitas han descubierto hace poco el confín del mundo. El final del planeta. Es un país negro, liso, en el que todo está destruido.

Allí viven extraños animales, muy rápidos y muy feroces. Ellos son los guardianes del fin del mundo. Están armados con placas negras que pueden aplastar cualquier cosa. Y ahora utilizan también gas venenoso.

... Eso es algo que recuerda la vieja ambición de la reina Bistin-ga. Llegar hasta uno de los confines del mundo. ¿Sería posible? Las dos hormigas se quedan estupefactas.

Hasta entonces habían creído que la Tierra es tan vasta que es imposible llegar a su final. Y sin embargo esta reina termita da a entender que el fin del mundo está cerca. Y que sus guardianes son monstruos. ¿Será realizable el sueño de la reina Bistin-ga?

Y todo ello les parece algo tan enorme que no saben por qué pregunta empezar.

Pero, ¿por qué esos «guardianes del fin del mundo» han llegado hasta aquí? ¿Quieren invadir las ciudades del Oeste?

La reina no sabe nada más. Ahora lo que quiere es morir. Insiste en ello. No ha aprendido a detener su corazón. Hay que matarla.

Las hormigas decapitan, pues, a la reina termita una vez esta les ha indicado cuál es el camino de salida. Luego, se comen unos cuantos huevecillos y abandonan la imponente ciudad que ya no es más que una ciudad fantasma. Depositán a la entrada una feromona con la narración del drama de ese lugar. Ya que, como exploradoras de la Federación, no deben descuidar ninguna de sus obligaciones.

La luciérnaga se despide. Seguro que también ella entró en la termitera para guarecerse de la lluvia. Y ahora que vuelve a hacer buen tiempo, volverá a su rutina habitual, comer, emitir luz para atraer a las hembras, reproducirse, comer, emitir luz para atraer a las hembras, reproducirse... En fin, una vida de luciérnaga.

Las dos hormigas vuelven la mirada y las antenas hacia el Este. Desde donde están no ven gran cosa. Bueno, pero ellas lo saben: el fin del mundo no está lejos. Está por allí.

Choque de civilizaciones. *El contacto entre dos civilizaciones es siempre un momento delicado. Entre los grandes compromisos que han conocido los seres humanos se puede citar el caso de los negros africanos hechos esclavos en el siglo XVIII.*

La mayoría de las poblaciones que servían para la esclavitud vivían en tierras con llanuras y bosques. Nunca habían visto el mar. Y de repente un rey vecino llegaba para hacerles la guerra sin motivo aparente, y luego, en lugar de matarlos a todos, se los llevaban cautivos, les encadenaban y les hacían caminar hacia la costa.

Al final del periplo, descubrían dos cosas incomprensibles: 1) el mar inmenso, 2) los europeos de piel blanca. En cuanto al mar, aunque no lo habían visto directamente, les resultaba conocido por mediación de los cuentos como el país de los muertos. Y en cuanto a los blancos, para ellos eran como seres extraterrestes, tenían un olor desagradable, su piel era de un color extraño, llevaban prendas de vestir extrañas.

Muchos morían de miedo, otros, enloquecidos, saltaban de los barcos y los tiburones se los comían. Los supervivientes iban, por su parte, de sorpresa en sorpresa.

Pues, ¿qué veían? Por ejemplo, que los blancos bebían vino. Y ellos estaban seguros de que era sangre; la sangre de su pueblo.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

La hembra 56 está hambrienta. No es sólo un cuerpo, sino toda una población quien reclama su ración de calorías. ¿Cómo alimentar al nido que lleva en su seno? Acaba decidiéndose a salir de su agujero, se arrastra unos centenares de cabezas y reúne tres agujas de pino que lame y masca con avidez.

No es suficiente. Hubiese ido a cazar, pero no tiene fuerzas. Y es ella la que puede ser pasto de los miles de depredadores ocultos en los alrededores. Así que se encaja en su agujero para esperar la muerte.

Pero en lugar de eso, aparece un huevo. ¡Su primer chlipukaniano! Apenas ha sentido que llegaba. Agita sus patas y aprieta con todas sus fuerzas su vientre. La cosa ha de funcionar, porque si no todo habrá acabado. El huevo sale rodando. Es pequeño, casi negro a fuerza de ser gris.

Si deja que eclosione, dará nacimiento a una hormiga muerta al nacer. Además... ni siquiera podría alimentarla hasta la eclosión. Así que se come a su primer vástago.

Eso le da inmediatamente más energía. Hay un huevo menos en su abdomen y un huevo más en su estómago. Con ese sacrificio cobra fuerzas para poner un segundo huevo, también muy oscuro, y tan pequeño como el primero.

Se lo come. Se siente aún mejor. El tercer huevo apenas es un poco más claro. Y asimismo lo devora.

Sólo con el décimo cambia la reina de estrategia. Sus nuevos son grises ahora y del tamaño de sus globos oculares. Chi-pu-ni pone tres de esas características, se

come uno y deja que vivan los otros dos, calentándolos bajo su cuerpo.

Mientras sigue poniendo huevos, esos dos afortunados se metamorfosean en largas larvas cuyas cabezas quedan inmóviles en extraño gesto. Y ya empiezan a gemir reclamando alimento. La aritmética se complica. De tres huevos que pone, necesita uno para ella misma y los otros son para alimentar a las larvas.

Así es como, funcionando las cosas en circuito cerrado, se consigue producir algo a partir de nada. Cuando una larva es lo bastante grande, le da de comer otra larva. Éste es el único medio de darle las proteínas necesarias para su transformación en una verdadera hormiga.

Pero la larva superviviente está siempre hambrienta. Se contorsiona y grita. El festín de sus hermanas no llega a saciarla. Finalmente, Chli-pu-ni se come esta primera tentativa de vástago.

Tengo que conseguirlo, tengo que conseguirlo, se dice y se repite. Piensa en el macho 327 y pone de una vez cinco huevos mucho más claros. Ingurgita dos de ellos y deja los otros tres para que se desarrollen.

Así, de infanticidio en alumbramiento, se produce el relevo vital. Tres pasos adelante, dos atrás. Una cruel gimnasia que acaba desembocando en un primer prototipo de hormiga completa.

El insecto es muy pequeño y más bien débil, ya que está subalimentado. Pero la hembra ha conseguido su primer chlipukaniano. La carrera caníbal por la existencia de su ciudad está ya ganada a medias. Esa obrera degenerada puede en efecto moverse y traer víveres del mundo exterior: cadáveres de insectos, grano, hojas, setas... Y eso es lo que hace.

Chli-pu-ni, por fin normalmente alimentada, da nacimiento a dos huevos mucho más claros, bastante más duros. Las sólidas cáscaras protegen a los huevos del frío. Las larvas son de un tamaño razonable. Los vástagos eclosionados de esta nueva generación son grandes y corpulentos. Formarán la base de la población de Chli-pu-kan.

En cuanto a la primera obrera tarada que hizo que la ponedora se alimentase, pronto muere devorada por sus hermanas. Y después de eso, todas las muertes, todos los dolores que han preludiado la creación de la Ciudad quedan olvidados.

Chli-pu-kan acaba de nacer.

Mosquito: *el mosquito es el insecto que de mejor gana pelea con el ser humano. Cualquiera de nosotros se ha visto un día en pijama encima de la cama, con una zapatilla en la mano, mirando el techo immaculado.*

Incomprensión. Ya que lo que uno se rasca no es otra cosa que la saliva desinfectante de su trompa. Sin esta saliva, cualquier picadura podría infectarse. E incluso el mosquito toma siempre la precaución de no picar si

no es entre dos puntos de percepción del dolor.

Haciendo frente al hombre, la estrategia del mosquito ha evolucionado. Ha aprendido a ser más rápido, más discreto, más rápido en el despegue. Cada vez se hace más difícil descubrirlo. Algunos audaces de la última generación no vacilan en esconderse bajo la almohada de su víctima. Han descubierto el principio de la Carta robada de Edgar Alan Poe: el mejor escondrijo es el que salta a los ojos, ya que siempre se piensa en ir a buscar más lejos lo que está muy cerca.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

La abuela Augusta contempló sus maletas ya dispuestas. Mañana iba a mudarse a la calle de los Sybarites. Parecía increíble, pero Edmond se había planteado la desaparición de Jonathan y había dejado escrito en su testamento que «si Jonathan muere o desaparece, quisiera que fuese Augusta Wells, mi madre, quien fuese a ocupar mi apartamento. Y si también ella llegase a desaparecer, o si rechazase este legado, quisiera que fuese Pierre Rosenfeld quien heredase el lugar; y si este último renunciase o desapareciese, Jason Bragel podría ir a vivir...»

Hay que reconocer, a la luz de los recientes acontecimientos, que Edmond no se había equivocado al prever por lo menos cuatro herederos. Pero Augusta no era supersticiosa y pensaba que, además, aunque Edmond fuese un misántropo no tenía motivo ninguno para desear la muerte de su sobrino ni de su madre. Y en cuanto a Jason Bragel, éste había sido su mejor amigo.

Una curiosa idea se manifestó en su fuero íntimo. Parecía como si Edmond hubiese tratado de controlar el futuro, como si... todo empezase después de su muerte.

Hace días que caminan hacia la salida del sol. La salud de la 4.000 se va deteriorando cada vez más pero la vieja guerrera sigue adelante sin queja. Verdaderamente, es de un valor y de una curiosidad a toda prueba.

Una tarde, ya a última hora, cuando están escalando el tronco de un avellano, se ven repentinamente rodeadas por otras hormigas rojas. Una vez más esos animalitos del Sur que han salido a conocer el país. Su cuerpo alargado tiene un aguijón venenoso del que todo el mundo sabe que el menor contacto provoca una muerte instantánea. Las dos exploradoras quisieran ahora estar en cualquier otra parte.

Descontando algunas mercenarias degeneradas, la 103.683 aún no ha visto nunca hormigas rojas con aguijón en el gran Exterior. Decididamente, vale la pena descubrir las tierras del Este.

Agitación de antenas. Las hormigas rojas pueden comunicarse en la misma

lengua que las belokanianas.

No tenéis las feromonas pasaportes adecuadas. ¡Fuera! Éste es nuestro territorio.

Las dos exploradoras responden que sólo están de paso y que quieren ir al fin del mundo oriental. Las hormigas con aguijón deliberan.

Han reconocido a las otras dos como pertenecientes a la federación de las rojas. Y puede que la Federación esté lejos, pero es poderosa (65 ciudades antes de la última enjambrazón) y la reputación de sus ejércitos ha cruzado el río del oeste. Quizá sea mejor no buscar pretextos para un conflicto. Un día, fatalmente, unas rojas con aguijón, que son una especie migratoria, se verán obligadas a pasar por los territorios federados.

Los movimientos de las antenas se sosiegan progresivamente. Es el momento de establecer un resumen de lo discutido. Una roja transmite el parecer del grupo:

Podéis pasar aquí una noche. Estamos dispuestas a indicaros el camino del fin del mundo, e incluso a acompañaros hasta allí. A cambio, nos dejaréis algunas de vuestras feromonas de identificación.

Es un trato equitativo. La 103.683 y la 4.000 saben que al hacer entrega de sus feromonas están entregándoles a las otras un precioso salvoconducto para todos los vastos territorios de la Federación. Pero poder ir al fin del mundo y regresar es algo que no tiene precio...

Sus anfitrionas las guían hacia el campamento, situado unas ramas más arriba. No se parece a nada conocido. Las hormigas rojas con aguijón, que son tejedoras y costureras, han hecho su nido provisional cosiendo borde con borde tres grandes hojas de avellano. Una de ellas sirve como base y las otras dos como muros laterales.

La 103.683 y la 4.000 observan a un grupo de tejedoras, ocupadas en cerrar el «techo» antes de que se haga de noche. Seleccionan la hoja de avellano que hará de cielorraso, para unir esta hoja con las otras tres, forman una escala viviente con decenas de obreras subidas unas encima de otras hasta formar un montículo capaz de llegar hasta la hoja cielorraso.

El montón se viene abajo muchas veces. Hay que llegar demasiado alto.

Entonces, cambian de método. Un grupo de obreras se iza hasta la hoja cielorraso, formando una cadena que se agarra al extremo del vegetal, pendiendo de él. La cadena baja y baja para unirse a la escala viviente que sigue situada abajo. Pero todavía queda demasiado lejos, aunque la cadena esté lastrada en su extremo por un grupo de hormigas.

Casi lo han conseguido. El tallo de la hoja se ha doblado. Sólo faltan unos pocos centímetros hacia la derecha. Las hormigas de la cadena imprimen un movimiento de péndulo para reducir la separación. Al final de cada balanceo la cadena se estira, parece a punto de romperse, pero aguanta bien. Por fin, las mandíbulas de las

acróbatas de arriba y de abajo se encuentran.

Segunda maniobra. La cadena se encoge. Las obreras de en medio, con mil precauciones, salen de la fila, suben a hombros de sus colegas, y todo el mundo tira para acercar las dos hojas. La hoja cielorraso baja poco a poco, extendiendo su sombra sobre el suelo.

Pero, aunque la caja tiene ya su cubierta, ahora hay que dejarla sellada. Una vieja hormiga se introduce en el interior de un recinto y vuelve a salir con una gran larva. Ése es el instrumento para la operación de tejido.

Se ajustan los bordes paralelamente y se mantienen en contacto. Luego llevan ahí la larva fresca. La desdichada estaba haciéndose el capullo para operar su muda con toda tranquilidad, pero no se le deja elección. Una obrera coge un hilo de dentro de esta pelota y empieza a devanar. Pega con un poco de saliva la extremidad a una hoja y le pasa a continuación el capullo a su vecina.

La larva, al sentir que le quitan su hilo, produce otro para compensar. Cuanto más la desnudan, más frío tiene y más hilo segrega. Las obreras lo aprovechan. Se pasan la semilla viviente de mandíbula en mandíbula, sin ahorrar hilo. Cuando la larva muere, agotada, cogen otra. Así se sacrifican diez larvas para realizar esta obra.

Acaban cerrando el aspecto de una caja verde con las aristas blancas. La 103.683 que se pasea por ella casi como si fuese su propia casa, ve en varias ocasiones unas hormigas negras entre la multitud de hormigas rojas. Y no puede menos que preguntar:

¿Son mercenarias?

—No. Son esclavas.

Sin embargo, las hormigas rojas con aguijón no son conocidas por sus costumbres esclavistas... Una de ellas consiente en explicar que hace poco han tropezado con una horda de hormigas esclavistas que se encaminaban hacia el oeste, y que entonces intercambiaron con ellas huevos negros por un nido tejido portátil.

La 103.683 no deja ir tan deprisa a su interlocutora y le pregunta si el encuentro no se convirtió a continuación en una pelea. La otra contesta que no, que las terribles hormigas tenían ya un exceso de esclavas. Y además, les daba miedo el aguijón mortal de las rojas.

Las hormigas negras que salieron de los huevos objeto del trueque habían adquirido los olores pasaportes de sus anfitrionas y las servían como si fuesen sus parientes. Y ¿cómo pueden ellas saber que su patrimonio genético hace de ellas depredadoras y no esclavas? Éstas no saben nada del mundo exterior, tan sólo lo que las rojas quieren decirles.

¿No teméis que se rebelen?

Bueno, ya había habido algunos sobresaltos. Por lo general, las rojas se anticipaban a los incidentes y eliminaban a las recalcitrantes aisladas. Y mientras las

negras no supiesen que las habían robado de un nido y formaban parte de otra especie, carecían de motivación real...

La noche y el frío caen sobre el avellano, A las dos exploradoras les dejan un rincón donde pasar la minihibernación nocturna.

Chli-pu-kan va creciendo poco a poco. Para empezar, se ha acondicionado la Ciudad prohibida. No está construida en el tocón de un árbol, sino en un extraño objeto enterrado en el lugar: una lata de conservas herrumbrosa que en otro tiempo contuvo tres kilos de compota y que procede de un orfanato próximo.

En este nuevo palacio, Chli-pu-ni pone con frenesí mientras la saturan de azúcares, grasas y vitaminas.

Las primeras hijas han construido justo debajo de la Ciudad prohibida una casa-cuna calentada con humus en descomposición. Es lo más práctico, mientras llegan la cúpula de ramitas y el solarío que rematarán los trabajos.

Chli-pu-ni quiere que su ciudad se beneficie de todas las técnicas conocidas: criaderos de setas, hormigas cisterna, rebaño de pulgones, enredaderas de soporte, salas de fermentación de melado, sala de elaboración de harinas de cereales, sala de mercenarias, sala de espías, sala de química orgánica, etc.

Y por todos los rincones hay movimiento. La joven reina ha sabido comunicar su entusiasmo y sus esperanzas. Nunca aceptaría que Chli-pu-kan fuese una ciudad federada como las demás. Ambiciona que sea un polo vanguardista, la punta de lanza de la civilización mirmeceana. Y desborda sugerencias.

Por ejemplo, se ha descubierto en las proximidades del nivel -12 un arroyo subterráneo. El agua es un elemento que no se ha estudiado lo suficiente, en su opinión. Habría que encontrar un medio para caminar sobre ella.

En los primeros tiempos, un equipo se había encargado de estudiar los insectos que viven en agua dulce... ¿Son comestibles? ¿Llegará un día en que se les pueda criar en balsas bajo control?

Su primer discurso conocido versa sobre el tema de los pulgones:

Nos dirigimos hacia un período de desórdenes bélicos.

Las armas son cada vez más sofisticadas. Y no siempre podremos estar a la altura. Puede ser que un día la caza en el exterior se haga azarosa. Hemos de prever lo peor. Nuestra ciudad ha de extenderse lo más posible en profundidad. Y hemos de primar la cría del pulgón por encima de cualquier otra forma de abastecimiento de azúcares vitales. Ese ganado se instalará en establos situados en los niveles más bajos...

Treinta hijas suyas hacen una salida y traen de vuelta dos pulgones que están a punto de criar. Unas horas después, han conseguido ya un centenar de pulgones a los que les cortan las alas. Este principio de rebaño se instala en el nivel -23, al resguardo de las chinches, y se le proporciona con generosidad hojas frescas y tallos cargados

de savia.

Chli-pu-ni envía exploradoras en todas direcciones. Algunas vuelven con esporas de hongos agáricos, que se plantan inmediatamente en los criaderos. Ávida de descubrimientos, la reina decide incluso realizar el sueño de su madre: planta una línea de flores carnívoras en la frontera oriental. Espera así contener un eventual ataque de las termitas y de su arma secreta.

Porque no ha olvidado el misterio del arma secreta, el asesinato del príncipe 327 y la reserva de alimentos escondida bajo el granito.

Despacha un grupo de embajadoras hacia Bel-o-kan. Oficialmente, tienen el encargo de anunciarle a la reina madre la construcción de la sexagésimo quinta ciudad y su vinculación a la Federación. Pero, a título oficioso, han de intentar proseguir la investigación en el nivel -50 de Bel-o-kan.

El timbre sonó cuando Augusta estaba colocando sus preciosas fotos color sepia en la pared gris. Comprobó que la cadena de seguridad estaba colocada y entreabrió la puerta.

Se encontró con un caballero de mediana edad y de aspecto bastante aseado. Ni siquiera había caspa en el cuello de su abrigo.

—Buenos días, señora Wells. Permítame que me presente: soy el profesor Leduc, un colega de su hijo Edmond. No voy a andarme con rodeos. Sé que usted ha perdido ya a su nieto y a su biznieto en la bodega. Y que asimismo han desaparecido ahí ocho bomberos y seis policías. Y, sin embargo, señora... quisiera bajar.

Augusta no estaba segura de haber oído bien. Subió al máximo su prótesis auditiva.

—¿Es usted el profesor Rosenfeld?

—No. Leduc. Soy el profesor Leduc. Ya veo que ha oído usted hablar del profesor Rosenfeld. Rosenfeld, Edmond y yo somos entomólogos, los tres. Tenemos una especialidad en común: el estudio de las hormigas. Aunque precisamente Edmond había ido mucho más allá que nosotros. Sería una pena que la Humanidad no pudiese beneficiarse de ello... Quisiera bajar a su bodega.

Cuando uno oye mal, ve mejor. Augusta examinó las orejas del tal Leduc. El ser humano tiene la particularidad de mantener en sí mismo la forma de su pasado más lejano; las orejas, en este sentido, representan el feto. El lóbulo simboliza la cabeza, la arista del pabellón muestra la forma de la columna vertebral, etc. El tal Leduc debía de haber sido un feto delgado, y Augusta estimaba moderadamente los fetos delgados.

—¿Quién espera usted encontrar en esa bodega?

—Un libro. Una enciclopedia en la que su hijo anotaba sistemáticamente todos sus trabajos. Edmond era muy reservado. Debió enterrarlo todo ahí abajo, instalando

trampas para matar o rechazar a los curiosos. Pero yo estoy sobre aviso, y alguien que está sobre aviso...

... ¡puede muy bien morir! —completó Augusta.

—Déme una oportunidad.

—Entre, señor...

—Leduc. Profesor Laurent Leduc, del laboratorio 352 del CNRS.

Augusta le precedió hacia la bodega. Una inscripción hecha con grandes letras rojas aparecía en la pared que había levantado la Policía:

¡¡NO BAJÉIS NUNCA A ESTA MALDITA BODEGA!!

La anciana la señaló con el mentón.

—¿Sabe usted lo que la gente dice de este edificio, señor Leduc? Dicen que es una de las bocas del infierno. Dicen que esta casa es carnívora y que se come a la gente que viene a rascarle el gaznate... A algunos les gustaría que la enterrasen en hormigón.

Augusta miró a Leduc de hito en hito.

—¿No teme usted morir, señor Leduc?

—Sí —dijo el hombre, socarrón. Sí, tengo miedo de morir idiota, sin saber lo que hay en el fondo de esa bodega.

La 103.683 y la 4.000 hace horas que han abandonado el nido de las tejedoras rojas. Dos guerreras de aguijón aguzado las acompañan. Llevan juntas mucho tiempo recorriendo pistas apenas perfumadas con feromonas pistas. Han recorrido ya miles de cabezas de distancia a partir del nido tejido entre las ramas del avellano. Se han cruzado con toda clase de animales exóticos cuyos nombres ni siquiera conocen. Por las dudas, los evitan a todos.

Cuando llega la noche, hacen un agujero en la tierra lo más profundo posible y se introducen en él aprovechando el suave calor y la protección de su planeta nutricio.

Las dos guerreras que las acompañan las han llevado hasta lo alto de una colina.

¿Está lejos aún el fin del mundo?

Está por ahí.

Desde el promontorio las dos exploradoras ven un universo de sombría maleza que se prolonga, perdiéndose de vista, hacia el este. Las dos guerreras les dicen que ahí acaba su misión, que no las acompañan más lejos. Hay ciertos lugares en los que sus aromas no son bien recibidos.

Las belokanianas han de seguir rectamente hasta los campos de las segadoras. Éstas viven permanentemente en los parajes del «borde del mundo». Seguro que podrán darles información.

Antes de dejar a sus guías, las dos exploradoras les hacen entrega de las preciosas feromonas de identificación de la Federación, como precio acordado por el viaje. Luego descienden la pendiente hacia los campos cultivados por las segadoras.

Esqueleto: *¿qué es mejor, tener esqueleto en el interior o en el exterior del cuerpo?*

Cuando el esqueleto está en el exterior, constituye una carrocería protectora. La carne está al resguardo de los peligros exteriores, pero se vuelve blanda, casi líquida. Y cuando una punta llega a pasar a pesar del caparazón, los daños son irremediables.

Cuando el esqueleto forma tan sólo una barra pequeña y rígida en el interior del cuerpo, la carne palpitante queda expuesta a cualquier agresión. Las heridas son múltiples y permanentes. Pero precisamente esta debilidad aparente fuerza al músculo a endurecerse y a la fibra a resistir. La carne evoluciona.

He visto seres humanos que habían forjado gracias a su espíritu caparazones «intelectuales» que les protegían de las contrariedades. Parecían más sólidos que la mayoría. Decían «me es igual» y se reían de todo. Pero cuando una contrariedad llegaba a traspasar su caparazón, los destrozos eran terribles.

He visto a seres humanos que sufrían por la menor contrariedad, por el menor roce, pero aun así su espíritu no se cerraba, mantenían su sensibilidad abierta a todo y aprendían con cada agresión.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

¡Las esclavistas atacan!

Pánico en Chli-pu-kan. Unas exploradoras agotadas dan la noticia en la joven ciudad.

¡Las esclavistas! ¡Las esclavistas!

Su terrible reputación las ha precedido. Así como algunas hormigas han primado una u otra vía de desarrollo —pastoreo, almacenaje, cultivo de setas o la química, las esclavistas se han especializado en el terreno exclusivo de la guerra.

Sólo eso saben hacer, pero lo practican como un arte absoluto. Todo su cuerpo se ha adaptado a ello. La menor de sus articulaciones termina en una punta retorcida, su quitina tiene el doble de espesor que la de las rojas. Su cabeza estrecha y perfectamente triangular no ofrece presa a ninguna garra. Sus mandíbulas, con la apariencia de colmillos de elefante puestos al revés, son dos sables curvos que manejan con temible habilidad.

En cuanto a sus costumbres esclavistas, han derivado de forma natural de su excesiva especialización. Incluso estuvo a punto de ocurrir que la especie desapareciese, destruida por su propia voluntad de dominio. A fuerza de guerrear, estas hormigas ya no saben construir nidos, ni cuidar a sus pequeños, ni siquiera alimentarse. Sus mandíbulas-sables, tan eficaces en el combate, se manifiestan muy poco prácticas para alimentarse con normalidad. Sin embargo, por belicosas que sean, las esclavistas no son tontas. Puesto que ya no eran capaces de realizar las tareas caseras indispensables para la supervivencia cotidiana, otras se ocuparían de ellas en su lugar.

Las esclavistas buscan en especial los nidos pequeños y medianos de las hormigas negras, blancas o amarillas —todas ellas especies que carecen de aguijón y de glándula de ácido. Primero rodean la población codiciada. En cuanto las sitiadas se dan cuenta de que todas las obreras que han salido han muerto, deciden bloquear las salidas. Éste es el momento que eligen las esclavistas para lanzar su primer asalto. Desbordan fácilmente las defensas, abren brechas en la ciudad y siembran el pánico en los corredores.

Entonces es cuando las obreras aterrorizadas buscan una salida para poner los huevos al resguardo. Exactamente eso es lo que han previsto las esclavistas. Controlan todas las salidas y obligan a las obreras a abandonar su preciosa carga. Sólo matan a las que no quieren ceder. Las hormigas nunca matan de forma gratuita.

Al acabar el combate, las esclavistas acordonan el nido, piden a las obreras supervivientes que vuelvan a poner los huevos en su lugar y que sigan cuidándolos. Cuando las ninfas eclosionan, se las educa para que sirvan a las invasoras, y como no saben nada del pasado consideran que obedecer a esas grandes hormigas es la forma justa y normal de vivir.

Durante los ataques, las esclavas que llevan tiempo siéndolo se quedan en la retaguardia, ocultas entre la hierba, esperando a que sus dueñas hayan acabado de limpiar el lugar. Una vez ganada la batalla, como buenas amitas de casa, se instalan en el lugar, mezclan el antiguo botón de huevos con el nuevo y educan a las prisioneras y a su descendencia. Las generaciones secuestradas se añaden así unas a otras, de acuerdo con la migración de esas piratas.

Hacen falta por lo general tres esclavas para atender a cada una de estas acaparadoras. Una para alimentarla (ya que no sabe comer más que alimento regurgitado que se le da de boca a boca); otra para lavarla (ya que sus glándulas salivares se han atrofiado); y la tercera para evacuar los excrementos, que si no se eliminan se acumulan alrededor de la armadura y la corroen.

Sí.

Lo peor que puede ocurrirles a estos soldados es, por supuesto, que sus siervas les abandonen. Entonces, salen precipitadamente del nido robado y parten en busca de

una nueva ciudad que conquistar. Si no la encuentran antes de la noche, pueden morir de hambre y de frío. La muerte más ridícula para estas magníficas guerreras. Chli-pu-ni ha oído multitud de leyendas acerca de las esclavistas. Se dice que ya ha habido revueltas de esclavas, y que las esclavas que conocen bien a sus dueñas no han perdido el envite. También se cuenta que algunas esclavistas coleccionan huevos de hormiga con el propósito de tenerlas de todos los tamaños y de todas las especies. La reina imagina una sala llena con todos esos huevos de todos los tamaños y de todos los colores. Y bajo cada envoltura blanca... una cultura mirmeceana específica, dispuesta a despertar para servir a esas bárbaras primarias.

Abandona su penosa ensoñación. Lo primero que hay que pensar es cómo hacerles frente. Se ha indicado que la horda procedía del Este. Las exploradoras y las espías chli-pukanianas aseguran que son entre cuatrocientas y quinientas mil soldados. Han cruzado el río utilizando el subterráneo del puerto de Satei. Al parecer, están bastante «molestas», ya que tenían un nido ambulante de hojas tejidas y han tenido que deshacerse de él para pasar por el túnel. Así que ya no tienen dónde alojarse, y si no se apoderan de Chli-pu-kan, ¡tendrán que pasar la noche en el exterior! La joven reina trata de reflexionar con la mayor calma posible; ¿Si tan felices se sentían con su nido tejido portátil, por qué se han sentido obligadas a pasar el río? Pero no tiene respuesta para eso.

Las esclavistas detestan las ciudades con un odio tan visceral como incomprensible. Cada comunidad ciudadana representa para ellas una amenaza y un desafío. Es la eterna rivalidad entre la gente del campo y la de las ciudades. Aunque las esclavistas saben que al otro lado del río hay centenares de ciudades hormigas, todas ellas refinadas y ricas, a cuál más.

Chli-pu-kan, por desgracia, no está preparada para encajar un asalto como ése. Es cierto que desde hace unos días la ciudad rebosa con su millón de habitantes. Es cierto que se ha hecho un muro de plantas carnívoras en la frontera este... Pero eso no será suficiente. Chli-pu-kan sabe que su ciudad es demasiado joven y que no está preparada. Por otra parte, sigue sin tener noticias de las embajadoras que envió a Belo-kan para mencionar la pertenencia a la Federación. Así que no puede contar con la solidaridad de las ciudades vecinas. Incluso Guayei-Tyolo está a muchos miles de cabezas, y es imposible avisar a la gente de ese nido de verano...

¿Qué hubiese hecho Madre en tal situación? Chli-pu-kan decide reunir a algunas de sus mejores cazadoras (aún no han tenido ocasión de demostrar que eran guerreras) para tener con ellas una comunicación absoluta. Es urgente urdir una estrategia.

Aún están reunidas en la Ciudad prohibida cuando las vigías apostadas en el arbusto que domina la Chli-pu-kan anuncian que ya se perciben los olores de un ejército que se acerca.

Todo el mundo se prepara. No ha sido posible preparar estrategia ninguna. Hay que improvisar. Suena el zafarrancho de combate. Las legiones se reúnen más o menos bien (lo ignoran todo en cuanto a la formación, tan costosamente adquirida ante las hormigas enanas). De hecho, la mayoría de los soldados prefieren depositar sus esperanzas en la barrera de plantas carnívoras.

En Malí, los dogon creen que, en el origen, cuando se casaron el Cielo y la Tierra, el sexo de la Tierra era un hormiguero.

Cuando el mundo surgido de esta cópula quedó acabado, la vulva se convirtió en boca, de donde salieron la palabra y lo que es el sostén especial de los dogon: las técnicas del tejido, que las hormigas transmitieron a los hombres.

Aún en nuestros días los ritos de fecundidad siguen vinculados a las hormigas. Las mujeres estériles van a sentarse sobre un hormiguero para pedirle al dios Anima que las haga fecundas.

Pero las hormigas no sólo hicieron eso por los hombres, también les mostraron cómo construir sus casas. Y finalmente les indicaron dónde estaban las fuentes. Porque los dogon comprendieron que tenían que cavar debajo de los hormigueros para encontrar agua.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Unos saltamontes empiezan a saltar en todas direcciones. Es una señal. Más allá, las hormigas equipadas con los mejores ojos ven ya una columna de polvo. Se ha hablado mucho de las esclavistas, pero verlas cargar es algo muy distinto. No tienen caballería, ellas son la caballería. Todo su cuerpo es ágil y sólido, sus patas son gruesas y musculosas, su cabeza fina y puntiaguda se prolonga en unos cuernos móviles, que son en realidad sus mandíbulas.

Su aerodinamismo es tal que no se oye ningún silbido cuando su cráneo hiende el aire impulsado por la velocidad de las patas.

La hierba se inclina a su paso, la tierra vibra, la arena ondula. Sus antenas apuntadas hacia delante lanzan feromonas tan picantes que se diría que vociferan.

¿Hay que encerrarse y resistir el asedio o salir y pelear? Chli-pu-kan, tiene miedo, tanto que ni siquiera quiere aventurar una sugerencia. Entonces, claro, las soldados rojas hacen lo que no hay que hacer. Se dividen. La mitad sale para hacer frente al enemigo en campo abierto; la otra mitad se queda en la Ciudad como fuerza de reserva y resistencia en caso de sitio.

Chli-pu-kan trata de recordar la batalla de las Amapolas, la única que ella conoce. Le parece que fue la artillería lo que más destrozos causó entre las tropas enemigas.

Ordena inmediatamente que se sitúen en primera línea tres hileras de artilleras.

Las legiones esclavistas se lanzan ahora contra el muro de planta carnívoras. Los vegetales salvajes se inclinan a su paso, atraídos por el olor de la carne caliente. Pero son mucho más lentos, y todas las guerreras enemigas pasan antes de que ninguna dienea llegue siquiera a pellizcarlas.

¡Madre estaba equivocada!

A punto ya de producirse el encuentro, la primera línea chlipukaniana lanza una primera descarga de aproximación que no elimina más que a una veintena de asaltantes. La segunda línea no tiene tiempo siquiera de situarse; todas las artilleras son decapitadas sin que hayan podido lanzar una sola gota de ácido.

La gran especialidad de las esclavistas es atacar sólo a la cabeza. Y lo hacen muy bien. Los cuerpos sin cabeza siguen a veces combatiendo a ciegas o corren aterrorizando a las supervivientes.

Al cabo de doce minutos no queda ya gran cosa de las tropas rojas. La segunda mitad del ejército bloquea todas las puertas. Como Chli-pu-kan no ha instalado aún su cúpula, aparece en la superficie como una serie de pequeños cráteres rodeados de arena triturada.

Todo el mundo está abrumado. ¡Tantos esfuerzos para construir una ciudad moderna, y verla a merced de una banda de bárbaras tan primitivas que ni siquiera saben alimentarse solas!

Ya puede Chli-pu-ni multiplicar las CA, que no encuentra cómo ofrecer resistencia. Los bloques colocados en las puertas aguantarán como mucho unos segundos. Y en cuanto al combate en las galerías, las chlipukanianas están tan preparadas para eso como para luchar al descubierto.

Fuera, las últimas soldados rojas luchan como diablos. Algunas han podido batirse en retirada, pero la mayoría han visto cerrarse las puertas a sus espaldas. Para ellas todo está perdido. Sin embargo, resisten con tanta más eficacia cuanto que ya no tienen nada que perder, y porque piensan que cuanto más dificulten el avance de los invasores, más podrán consolidarse los cerrojos de las puertas.

La última chlipukaniana cae decapitada, y su cuerpo, por un reflejo nervioso, se coloca ante una salida y se aferra con las garras, como un escudo irrisorio.

En el interior de Chli-pu-kan, todo el mundo está a la espera.

Esperan a las esclavistas con triste resignación. La fuerza física tiene finalmente una eficacia que la tecnología no ha podido superar.

Pero las esclavistas no atacan. Como Aníbal ante Roma, dudan de la victoria. Todo parece demasiado fácil. Ha de haber una trampa. Si su reputación de asesinas las precede por todas partes, las rojas también tienen su fama. En el campo esclavista se las considera hábiles en la invención de sutiles trampas. Se dice que saben establecer alianzas con mercenarias que aparecen en el momento más inesperado.

También se dice que saben domar animales feroces, fabricar armas secretas que provocan dolores insoportables. Además, así como las esclavistas se encuentran a sus anchas en campo abierto, odian sentirse rodeados de paredes.

En todo caso, no hacen saltar las barricadas colocadas en las salidas. Esperan. Pueden tomarse todo el tiempo del mundo. Y en cualquier caso, la noche no caerá antes de quince horas.

Hay sorpresa en el hormiguero. ¿Por qué no atacan? A Chli-pu-ni eso no le gusta. Lo que le inquieta es que el enemigo actúe «de una manera que escapa a su facultad de comprensión», cuando no tiene ninguna necesidad de ello, ya que es el más fuerte. Algunas de sus hijas emiten tímidamente la opinión de que lo que quizá intentan es vencerlas por hambre. Tal eventualidad presta un valor renovado a las rojas: gracias a sus establos del subsuelo, a sus criaderos de setas, a sus graneros, a las hormigas cisterna rebosantes de melado, pueden soportar meses de asedio.

Pero Chli-pu-ni no piensa en un asedio. Lo que quieren las de ahí arriba es un nido para la noche. Vuelve a pensar en la sentencia de la Madre: *Si el enemigo es más fuerte, actúa de manera que escapes a su capacidad de comprensión*. Sí, ante esas bárbaras lo adecuado es la tecnología de punta, he ahí la salvación.

Las quinientas chlipukanianas se enlazan en una CA. Finalmente emerge un debate lleno de interés. Una pequeña obrera emite:

El error ha consistido en intentar reproducir armas o estrategias utilizadas por nuestras mayores de Bel-o-kan. No debemos copiar, hemos de inventar nuestras propias soluciones para resolver nuestros propios problemas.

En cuanto se lanza esta feromona, los ánimos se desbloquean y se toma rápidamente una decisión. Todo el mundo se pone manos a la obra.

Jenízaro: *en el siglo XIV, el sultán Murad I creó un cuerpo de ejército un tanto especial, al que llamaron los jenízaros (del turco yeni cheri, nueva milicia). El ejército jenízaro tenía una peculiaridad: estaba formado sólo por huérfanos. En efecto, los soldados turcos, cuando entraban en una ciudad armenia o eslava, recogían a los niños de muy corta edad y los encerraban en una escuela militar especial en la que no podían averiguar nada del resto del mundo. Educados tan sólo en el arte de la guerra, esos niños demostraban ser los mejores combatientes del Imperio otomano y asolaban sin vergüenza ninguna las poblaciones en que habitaban sus verdaderas familias. A los jenízaros nunca se les ocurrió atacar a sus raptos junto con sus parientes. Aunque como su fuerza no dejaba de crecer, ello acabó inquietando al sultán Mahmut II, que los hizo matar e incendió su escuela en 1826.*

Edmond Wells

El profesor Leduc llevó dos grandes maletas. De una sacó un modelo sorprendente de martillo pilón alimentado con gasolina. Inmediatamente inició la demolición del muro levantado por los policías, hasta formar en él un agujero circular que permitía pasar al otro lado.

Cuando cesó el ruido, la abuela Augusta fue a ofrecerle una tisana, pero Leduc no se la aceptó explicando que eso podía darle ganas de orinar. Se volvió hacia la otra maleta y sacó de ella un equipo completo de espeleólogo.

—¿Cree usted que es tan profundo?

—Para serle franco, querida señora, antes de venir a verla hice una investigación sobre este edificio. Durante el Renacimiento vivían en él unos sabios protestantes que abrieron un pasadizo secreto. Estoy casi seguro de que ese pasadizo lleva hasta el bosque de Fontainebleau. Era por ahí por donde esos protestantes escapaban de sus perseguidores.

—Pero si la gente que ha bajado por ahí ha salido en el bosque, no comprendo por qué no se ha vuelto a saber de ellos. Fueron mi hijo, mi nieto, mi nuera... y una decena larga de bomberos y guardias. Ninguna de esas personas tenía motivos para ocultarse. Tienen familia, amigos. No son Protestantes, y ya no hay guerras de religión.

—¿Está usted segura, señora?

El hombre la miró con aire divertido.

—Las religiones han adoptado nuevos nombres. Se presentan como filosofías o como... ciencias. Pero siguen siendo igualmente dogmáticas.

Pasó a la habitación de al lado para ponerse el traje de espeleólogo. Cuando volvió a aparecer, bastante molesto con sus aparejos, con la cabeza bajo un casco rojo que llevaba una lámpara, Augusta estuvo a punto de echarse a reír.

Él siguió hablando como si nada.

—Después de los protestantes, este apartamento lo ocuparon sectas de toda laya. Algunas practicaban antiguos cultos paganos, otras adoraban la cebolla... En fin...

—La cebolla es muy buena para la salud. Entiendo muy bien que se la adore. La salud es lo más importante que hay... Mire, estoy sorda, pronto estaré senil, y me muero cada día un poco más.

Él quiso mostrarse tranquilizador.

—No sea usted pesimista, aún tiene muy buen aspecto.

—Pues mire, ¿qué edad cree que tengo?

—No lo sé... sesenta, setenta años.

—¡Cien años, señor mío! Hace una semana que cumplí cien años, y estoy enferma toda yo, y la vida me resulta cada día más difícil de soportar, sobre todo al

haber perdido a todos los seres que amaba.

—La comprendo, señora; la vejez es una prueba difícil.

—¿Le quedan aún muchas frases como ésta?

—Señora...

—Venga, baje usted de prisa. Si mañana no ha aparecido, llamaré a la Policía y ellos levantarán una pared que ya nadie más podrá derribar...

Constantemente corroída por las larvas de icneumón, la 4.000 no consigue conciliar el sueño, ni siquiera durante las noches más frías.

Así que lo que hace es esperar tranquilamente la muerte, dedicándose a actividades apasionantes y arriesgadas que nunca hubiese tenido el valor de abordar en otras circunstancias. Como descubrir el fin del mundo, por ejemplo.

Las dos están aún en camino hacia los campos de las segadoras. La 103.683 aprovecha para ir recordando algunas lecciones de sus nodrizas. Éstas le habían explicado que la Tierra es un cubo, y que en él sólo hay vida en la cara superior.

¿Qué verá si llega por fin al borde del mundo? ¿Ese borde? ¿Agua? ¿El vacío de otro cielo? Su compañera ocasional y ella misma sabrán entonces más que todas las exploradoras, que todas las rojas desde el principio de los tiempos.

Bajo la mirada sorprendida de la 4.000, la marcha de la 103.683 se convierte de repente en un paso decidido.

Cuando en plena tarde los esclavistas se deciden a forzar las puertas les sorprende no encontrar resistencia alguna. Sin embargo, saben muy bien que no han destruido todo el ejército rojo, ni siquiera teniendo en cuenta la corta envergadura de la ciudad. Así que no hay que fiarse...

Avanzan con gran prudencia ya que, como están acostumbradas a vivir al aire libre y gozan de una vista excelente a la luz del día, bajo el suelo están completamente ciegas. Las asexuadas rojas tampoco ven, pero por lo menos están acostumbradas a moverse en las entrañas de ese mundo de tinieblas.

Las esclavistas llegan a la Ciudad prohibida. Está desierta. Incluso hay montones de alimentos tirados en el suelo, intactos. Siguen bajando; los graneros están llenos, y había gente en las salas poco antes.

En el nivel -5, encuentran feromonas recientes. Intentan descifrar las conversaciones que han tenido lugar ahí, pero las rojas han dejado una ramita de tomillo cuyos efluvios interfieren en todos los aromas.

Nivel -6. A las esclavistas no les gusta sentirse así, encerradas bajo tierra. ¡Hay tanta oscuridad en esa ciudad! ¿Cómo pueden las hormigas soportar quedarse de forma permanente en este espacio confinado y oscuro como la muerte?

En el nivel -8 descubren feromonas aún más frescas. Aceleran la marcha. Las

rojas no deben ya de estar muy lejos.

En el nivel -10 sorprenden a un grupo de obreras que trasladan huevos. Éstas echan a correr ante las invasoras. ¡Así que eso era! Por fin lo comprenden: toda la ciudad ha bajado a los niveles más profundos con la esperanza de salvar a su preciosa progenie.

Como todo vuelve a resultar coherente, las esclavistas olvidan toda prudencia y corren lanzando su conocida feromona grito de guerra por las galerías. Las obreras chlipukanianas no consiguen deshacerse de ellas, y ya van por el nivel -13.

De pronto, las portadoras de huevos desaparecen inexplicablemente. El corredor por el que iban desemboca en una inmensa sala cuyo suelo está abundantemente cubierto por charcos de melado. Las esclavistas se precipitan instintivamente a lamer el precioso fluido, que si no podría ser absorbido por la tierra.

Otras guerreras se apretujan tras ellas, pero la sala es verdaderamente gigantesca, y hay lugar y melado para todo el mundo. ¡Qué dulce es, qué azucarado está! Ésta debe de ser una de sus salas para hormigas cisterna, una esclavista ha oído hablar de ello: *es una técnica al parecer moderna que consiste en obligar a una pobre obrera a pasarse toda la vida cabeza abajo y con el abdomen extremadamente tenso.*

Las esclavistas se burlan una vez más de las ciudadanas mientras se atracan de melado. Pero un detalle atrae de repente la atención de una de ellas. Es sorprendente que una sala tan importante no tenga más que una entrada...

A las esclavistas no les da tiempo para seguir pensando. Las rojas han terminado de cavar. Un torrente de agua brota del techo. Las esclavistas tratan de huir por el corredor, pero éste aparece ahora obstruido por una gran piedra, Y el nivel del agua sube. Las que no han muerto debido al choque de la tromba de agua se debaten con todas sus fuerzas.

La idea se le había ocurrido a la guerrera roja que había observado que no había que copiar a los mayores. A continuación había formulado la siguiente pregunta: *¿Qué es lo específico de nuestra ciudad?* La respuesta fue una sola feromona: *¡El río subterráneo del nivel -12!*

Entonces habían derivado un ramal a partir del arroyo y habían canalizado esa corriente impermeabilizando el suelo con dos hojas grasas. El resto estaba relacionado más bien con la técnica de las cisternas. Habían construido un gran depósito de agua en la estancia, y luego lo habían agujereado en el centro con una rama. Evidentemente, lo más complicado era mantener la rama perforadora por encima del agua. Fueron unas hormigas colgadas del techo de la estancia las que realizaron esta proeza.

Abajo, las esclavistas gesticulan y gimen. La mayoría están ya ahogadas, pero cuando toda el agua ya se ha trasvasado a la sala inferior el nivel de flotación es bastante alto para que algunas guerreras lleguen a salir por el agujero del techo. Las

rojas acaban con ellas sin problemas con disparos de ácido.

Una hora después, la sopa de esclavistas ya no se mueve. La reina Chli-pu-ni ha vencido. Entonces emite su primera sentencia histórica: *Cuanto más alto es el obstáculo, más nos obliga a superarnos.*

Un golpeteo sordo y regular atrajo a Augusta a la cocina justo cuando el profesor Leduc pasaba retorciéndose por el agujero de la pared. Y eso después de veinticuatro horas. Por una vez que se trataba de alguien antipático cuya desaparición le daba lo mismo, ¡tenía que volver!

Su traje de espeleólogo estaba desgarrado, pero el hombre aparecía indemne. Parecía decepcionado, eso estaba tan claro como su nariz en medio de la cara.

—¿Qué tal?

—¿Cómo, qué tal?

—¿Les ha encontrado?

—No...

Augusta estaba muy afectada. Era la primera vez que alguien volvía a subir vivo y sin haberse vuelto loco de aquel agujero. Así que era posible sobrevivir a la aventura...

—Bueno, pues ¿qué hay ahí abajo? ¿Llega hasta el bosque de Fontainebleau, como usted decía?

El hombre se quitó el casco.

—Antes déme algo de beber, por favor. He agotado todas mis reservas de alimentos y no he bebido nada desde el mediodía de ayer.

La señora le dio la infusión que se mantenía caliente en un termo.

—¿Quiere que le diga lo que hay ahí abajo? Pues hay una escalera de caracol que baja a plomo muchos centenares de metros. Hay una puerta. Hay un corredor con vetas rojas, atestado de ratas, y luego, al final de todo, hay una pared que debió levantar su nieto Jonathan. Una pared muy sólida; he intentado agujerearla con el martillo sin resultado. En realidad, debe de girar o hacerse a un lado, porque hay un sistema de botones alfabéticos en código.

—¿Botones alfabéticos en código?

—Sí. Seguro que lo que hay que hacer es escribir una palabra contestando a una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Cómo formar cuatro triángulos equiláteros con seis cerillas?

Augusta no pudo evitar un estallido de risa. Y eso molestó profundamente al científico.

—¡Usted conoce la respuesta!

Entre dos hipos, la señora pudo articular:

—¡No! ¡No! No conozco la respuesta. Pero sí que conozco muy bien la pregunta. Y siguió riendo. El profesor Leduc gruñó:

—He estado horas buscando. Está claro que algo se consigue con los triángulos en forma de V, pero no son equiláteros.

Empezó a ordenar su material.

—Si no le parece mal, voy a consultar a un amigo mío matemático y luego vuelvo.

—¡No!

—¿Cómo que no?

—Una sola vez, una oportunidad, y sólo una. Si no ha sabido aprovecharla, ya es demasiado tarde. Hágame el favor de llevarse esas dos maletas de mi casa. ¡Adiós, señor!

Y Augusta ni siquiera pidió un taxi para él. La aversión que sentía hacia él pudo más que cualquier cosa. Decididamente, olía de una forma que no le gustaba nada. Augusta se sentó en la cocina, ante el muro agujereado. La situación había evolucionado. Por fin, se decidió a telefonar a Jason Bragel y a aquel señor Rosenfeld. Había decidido divertirse un poco antes de morir.

***Feromona humana:** como los insectos, que se comunican mediante olores, el hombre dispone de un idioma olfativo mediante el cual dialoga discretamente con sus semejantes.*

Como no tenemos antenas emisoras, proyectamos las feromonas en el aire a partir de las axilas, las tetillas, el cuero cabelludo y los órganos genitales.

Esos mensajes se perciben de forma inconsciente, pero no por eso son menos eficaces. El hombre tiene cincuenta millones de terminales nerviosos olfativos; cincuenta millones de células capaces de identificar millares de olores, mientras nuestra lengua sólo sabe reconocer cuatro sabores.

Y ¿qué uso hacemos de ese medio de comunicación?

En primer lugar, el reclamo sexual. Un macho humano podrá muy bien verse atraído por una hembra humana sólo porque ha apreciado sus perfumes naturales (por otra parte, con demasiada frecuencia ocultos por perfumes artificiales). Asimismo podrá sentir rechazo ante otra cuyas feromonas no le «hablan».

El proceso es sutil. Ninguno de los dos seres sospechará siquiera el diálogo olfativo que han establecido. Y, así, se dirá que «el amor es ciego».

Esta influencia de las feromonas humanas puede manifestarse también en las relaciones agresivas. Como ocurre entre los perros, un hombre que olfatea efluvios con el mensaje «miedo» procedente de su adversario

sentirá de forma natural deseos de atacar.

Finalmente, una de las consecuencias más espectaculares de la acción de las feromonas humanas es, sin lugar a dudas, la sincronización de los ciclos menstruales. En efecto, se ha comprobado que muchas mujeres que viven juntas emiten olores, y éstos ajustaban sus organismos de manera que las reglas de todas ellas se desencadenaban a la vez.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Ven a las primeras segadoras en medio de unos campos amarillos. En realidad sería más adecuado hablar de leñadoras; esos cereales son bastante más grandes que ellas, de manera que han de cortarlos por la base para que caiga el grano nutritivo.

Aparte de la recolección, su principal actividad consiste en eliminar todas las demás plantas que crecen alrededor de sus cultivos. Para eso utilizan un herbicida de su invención: el ácido indolacético, que pulverizan con una glándula abdominal.

Ante la llegada de la 103.683 y de la 4.000, apenas les dedican atención. Nunca han visto hormigas rojas y para ellas esos dos insectos son a lo mejor dos esclavas fugadas o dos hormigas en busca de la secreción de la lomechuse. Dicho brevemente, o vagabundas o drogadas. Una segadora, sin embargo, acaba por descubrir una molécula con los olores de la hormiga roja con agujijón. Seguida por una compañera, abandona su trabajo y se acerca.

¿Habéis encontrado a las rojas con agujijón? ¿Dónde están?

Durante la conversación, las belokanianas averiguan que las rojas del agujijón han atacado el nido de las segadoras hace muchas semanas. Mataron con su agujijón venenoso a más de cien obreras y sexuadas, y luego robaron toda la reserva de harina de cereales. Al regresar de una campaña que las había llevado al sur, en busca de nuevo cereal, el ejército de segadoras no había podido menos que constatar los destrozos.

Las rojas reconocen que, en efecto, se han tropezado con las del agujijón. Indican la dirección que hay que seguir para encontrarlas. Atienden las preguntas que les hacen, y cuentan a su vez su propia odisea.

¿Estáis buscando el fin del mundo?

Asienten las dos. Las otras estallan entonces en feromonas de risa con olores chispeantes. ¿Por qué se ríen así? ¿Es que el fin del mundo no existe?

Sí que existe, y ya habéis llegado. Además de las cosechas, nuestra principal actividad es el intento de pasar al otro lado.

Las segadoras se proponen guiar a partir del día siguiente a las dos «turistas» hacia ese lugar metafísico. La tarde transcurre entre conversaciones, al resguardo del pequeño nido que las segadoras han horadado en la corteza de un haya.

¿Y los guardianes del fin del mundo? pregunta la 103.683.

No os preocupéis por eso, muy pronto podréis verles.

¿Es cierto que tienen un arma que puede aplastar con un solo golpe todo un ejército?

A las segadoras les sorprende que esas extranjeras conozcan tantos detalles.

Sí, es cierto.

Es decir que la 103.683 va a conocer por fin la solución del enigma del arma secreta.

Y esa misma noche tiene un sueño. Ve la tierra que acaba en ángulo recto, una pared vertical de agua que invade el cielo y, brotando de esa pared de agua, unas hormigas azules que llevan ramas de acacia de un gran poder de destrucción. Basta que una punta de esas ramas mágicas toque algo para que quede pulverizado.

4. El final del camino

Augusta se pasó todo el día delante de seis cerillas. El muro era más psicológico que real, eso ya lo había comprendido. Lo de que «hay que pensar de manera diferente» de Edmond... Su hijo había descubierto algo, eso era seguro, y lo ocultaba con su inteligencia.

Augusta recordó los nidos de su infancia, sus «madrigueras». Quizá debido a que se las habían destruido todas había tratado de hacer una que fuese inaccesible, un lugar donde nunca nadie fuese a molestarle... Como un espacio interior, que proyectaría su paz al exterior... y también su invisibilidad.

La anciana se sacudió el entumecimiento que la estaba venciendo. Y surgió un recuerdo de su propia juventud. Era una noche de invierno, cuando ella era muy pequeña, y fue entonces cuando comprendió que podía haber números por debajo del cero... 3, 2, 1, 0, y luego -1, -2, -3... ¡Números al revés! Como si se le diese vuelta al guante de las cifras. El cero no era, pues, ni el fin ni el principio de todo. Había otro mundo infinito al otro lado. Era como si se hubiese hecho estallar el muro del «cero».

Entonces ella debía de tener siete u ocho años, pero su descubrimiento la había trastornado y por la noche no pudo dormir.

Las cifras al revés... Era la puerta a otra dimensión. La tercera dimensión. ¡El relieve! ¡Oh, Señor!

Sus manos tiemblan con la emoción, llora, pero aún tiene fuerzas para coger las cerillas. Dispone tres en triángulo, y luego coloca en cada ángulo una cerilla, que levanta para que todas converjan en un punto más alto.

Con eso, forma una pirámide. Una pirámide y cuatro triángulos equiláteros.

Ahí está el límite de la Tierra. Un lugar sorprendente. Ahí ya no hay nada natural, nada terreno. No es como la 103.683 lo imaginaba. El borde del mundo es negro. Nunca ha visto nada tan negro. Es duro, liso, tibio y huele a aceite mineral.

A falta de un océano vertical, aquí hay corrientes de aire de una violencia inaudita.

Las dos exploradoras pasan un largo rato tratando de comprender lo que pasa. De vez en cuando se percibe una vibración. Su intensidad crece de forma exponencial. Luego, el suelo tiembla de repente, un fuerte viento levanta sus antenas, un ruido infernal hace que entrechoquen los tímpanos de las tibias. Parece una violenta tempestad, pero apenas se ha manifestado el fenómeno cuando éste cesa, dejando que vuelvan a caer sólo unas volutas de polvo.

Muchas exploradoras segadoras han intentado franquear esta frontera, pero los Guardianes se mantienen vigilantes. Porque ese ruido, ese viento, esa vibración, son

ellos: los Guardianes del fin del mundo que golpean a todo aquel que intente adentrarse en las tierras negras.

¿Han visto a los Guardianes? Antes de que las rojas hayan podido conseguir una respuesta, estalla un nuevo estrépito, y luego cesa. Una de las seis segadoras que las acompañan afirma que nadie ha llegado nunca a caminar por la «tierra maldita» y ha regresado con vida. Los Guardianes lo aplastan todo.

Los Guardianes... debieron de ser ellos los que atacaron Lachola-kan y la expedición del macho 327. Pero ¿por qué abandonarían el extremo del mundo para introducirse hacia el oeste? ¿Quieren tal vez invadir el mundo?

Las segadoras no saben de eso más que las rojas. ¿Pueden al menos describírselos? Todo lo que saben es que las que se han acercado a los Guardianes han muerto aplastadas. Incluso se desconoce en qué categoría de seres vivos clasificarlos: ¿son insectos gigantes? ¿Pájaros? ¿Plantas? Todo lo que las segadoras saben es que son muy rápidos y muy poderosos. Tienen una fuerza que las supera y que no se parece a nada conocido.

En ese mismo momento, la 4.000 toma una iniciativa tan repentina como imprevista. Abandona el grupo y se introduce en territorio tabú. Ya que ha de morir de todos modos, quiere intentar ir más allá del fin del mundo, así, a la descarada. Las otras la miran aterrorizadas.

La 4.000 avanza lentamente, espiando la menor vibración, la menor fragancia anunciadora de la muerte en la extremidad sensible de sus patas. Y ahí va... cincuenta cabezas, cien cabezas, doscientas cabezas, cuatrocientas, seiscientas, ochocientas cabezas... Nada. Sigue sana y salva. La aclaman desde el otro lado. Desde donde se encuentra ve unas bandas blancas intermitentes que siguen a la derecha y a la izquierda. En la tierra negra todo está muerto; no hay ni el más mínimo insecto, ni la planta más pequeña. Y el suelo es tan negro... no es auténtica tierra.

Percibe la presencia de vegetales, lejos y hacia delante. ¿Será posible que haya un mundo después del borde del mundo? Lanza algunas feromonas a sus colegas que se han quedado en la orilla para decirles todo eso, pero el diálogo es difícil a una distancia tan grande.

Da media vuelta, y entonces es cuando se desencadenan otra vez el temblor y el enorme ruido. ¿Los Guardianes que regresan? Corre con todas sus fuerzas para reunirse con sus compañeras.

Estas se quedan petrificadas durante la breve fracción de segundo en que una alucinante masa cruza su cielo con un enorme rugido. Los Guardianes han pasado, exhalando olores de aceites minerales. La 4.000 ha desaparecido.

Las hormigas se acercan un poco al borde y entonces comprenden. La 4.000 ha quedado aplastada tan terriblemente que su cuerpo ya no tiene ni una décima de cabeza de espesor. ¡Ha quedado como incrustada en el negro suelo!

Ya no queda nada de la vieja exploradora belokaniana. Ahí mismo ha terminado también el suplicio de los huevos de icneumon. Y entonces se ve que una larva de esta avispa acaba de perforar su espalda y es apenas un punto blanco en medio del cuerpo rojo aplastado.

Así, pues, es cómo golpean los Guardianes del fin del mundo. Se oye un estrépito, se percibe un soplo y al instante queda todo destruido, pulverizado, aplastado. La 103.683 no ha acabado aún de analizar el fenómeno cuando se oye otra deflagración. La muerte golpea incluso cuando nadie cruza el umbral. El polvo cae otra vez.

La 103.683 quisiera intentar al menos la travesía. Vuelve a recordar Satei. El problema es parecido. Si la cosa no funciona por arriba, entonces habrá que ir por debajo. Hay que considerar esta tierra negra como si fuese un río, y el mejor medio de cruzar los ríos consiste en perforar un túnel por debajo.

Habla de eso con las seis cosechadoras, que se entusiasman inmediatamente. Es algo tan evidente que no comprenden por qué no han pensado antes en ello. Y entonces todo el mundo se pone a cavar con toda la fuerza de las mandíbulas.

Jason Bragel y el profesor Rosenfeld nunca habían sido amigos de las tisanas, pero estaban a punto de serlo. Augusta se lo contó todo con pelos y señales. Les explicó que, después de ella, su hijo les había designado como herederos del apartamento. Era posible que cada uno de ellos sintiese el deseo de explorar allá abajo, como ella misma había intentado. Pero ella prefería reunir todas las energías para golpear con un máximo de eficacia.

Cuando Augusta hubo proporcionado los imprescindibles datos preliminares, los tres ya hablaron poco. No tenían necesidad de hacerlo para comprenderse. Una mirada, una sonrisa... Ninguno de los tres había experimentado nunca una osmosis intelectual tan inmediata. Era algo que iba más allá incluso de lo intelectual; se diría que habían nacido para completarse, que sus programas genéticos encajaban y se fundían. Era algo mágico. Augusta era muy vieja, y sin embargo los otros dos la encontraban extraordinariamente bella...

Recordaron a Edmond. Su afecto por el difunto, desprovisto de la más ligera segunda intención, les sorprendía a ellos mismos. Jason Bragel no habló de su familia; Daniel Rosenfeld no habló de su trabajo; Augusta no habló de su enfermedad. Decidieron bajar esa misma noche. Lo sabían; era lo único que había que hacer, aquí y ahora.

Durante mucho tiempo se ha creído que la informática en general y los programas de inteligencia artificial en particular mezclarían y presentarían desde nuevos ángulos los conceptos humanos. En resumen, se esperaba de la electrónica una nueva filosofía. Pero incluso presentándola

de manera diferente, la materia prima sigue siendo la misma: ideas producidas por imaginaciones humanas. Es un callejón sin salida. El mejor medio para renovar el pensamiento es salir de la imaginación humana.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Chli-pu-kan crece en tamaño y en inteligencia. Ahora es ya una ciudad «adolescente». Siguiendo por el camino de las «tecnologías acuáticas», se ha instalado toda una red de canales bajo el nivel -12. Esos canales permiten el rápido transporte de alimentos de un extremo al otro de la ciudad.

Las chilipkanianas han tenido tiempo para poner a punto sus técnicas de transporte acuático. El *nec plus ultra* es una hoja de arándano flotante. Basta encontrar en la corriente en la dirección adecuada para viajar a lo largo de muchos centenares de cabezas de vía fluvial. Desde los criaderos de setas del este hasta los establos del oeste, por ejemplo.

Los hormigas esperan conseguir un día la domesticación de una especie de coleópteros de agua dulce, los díticos. Esos grandes coleópteros subacuáticos, provistos de bolsas de aire bajo los élitros, nadan muy de prisa. Si pudiesen convencerles de que impulsasen las hojas de arándano, las almadías dispondrían de una locomoción menos azarosa que las actuales.

La propia Chli-pu-ni lanza otra idea futurista. Recuerda el coleóptero rinoceronte que la liberó de la tela de araña. ¡Una máquina de guerra perfecta! Los rinocerontes no sólo tienen un gran cuerno frontal, no sólo tienen un caparazón blindado, sino que vuelan también a gran velocidad. La Madre piensa en una legión de esos animales, con diez artilleras en la cabeza de cada uno. Ya ve lanzarse a esas tripulaciones, casi invulnerables, sobre las tropas enemigas e inundándolas con ácido...

La única dificultad es que tanto los díticos como los rinocerontes presentan dificultades para su domesticación mientras no lleguen a aprender su idioma. Así, muchas obreras dedican todo su tiempo a descifrar sus emisiones olfativas y a intentar hacerles comprender el idioma feromonal de las hormigas.

Si bien los resultados son por el momento mediocres, las chilipukanianas provocan su apego hartándoles de melado. El alimento es, finalmente, el idioma insecto más extendido.

Pese a ese dinamismo colectivo, Chli-pu-ni está preocupada. Se han enviado tres escuadras de embajadoras hacia la Federación para que se les reconozca que son la sexagésimo quinta ciudad y sigue sin haber respuesta. ¿Será que Belo-kiu-kuni rechaza esa alianza?

Cuanto más piensa en ello más convencida está Chli-pu-ni de que sus embajadoras espías han debido de cometer torpezas, y que las han interceptado las

guerreras con olor a roca. A no ser que hayan quedado simplemente encantadas con los efluvios de la lomechuse del nivel -50... O quién sabe qué otra cosa.

Pero la reina no tiene intención de renunciar ni a su reconocimiento por la Federación ni a proseguir su investigación. Decide enviar a la 801, su mejor y más sutil guerrera. Para comunicarle todos los detalles de la misión, la reina opera una CA con la joven soldado, que así sabrá tanto como ella acerca de ese misterio. La guerrera, con ello, se convertirá en:

El ojo que ve

La antena que percibe

La garra que golpea de Chli-pu-kan.

La anciana señora había preparado una mochila de vituallas y bebidas, entre ellas tres termos de tisana caliente. Por encima de todo, no había que actuar como el antipático de Leduc, obligado a regresar de prisa al haber olvidado el factor alimentación... Pero, en cualquier caso, ¿hubiese dado con el código? Augusta se permitía dudarlo.

Entre otros accesorios, Jason Bragel se había pertrechado de bombas lacrimógenas de gran tamaño y de tres mascararas de gas. Daniel Rosenfeld, por su parte, llevaba una cámara fotográfica con flash, un modelo del último grito.

Estaban ahora dando vueltas en el tiovivo de piedra. Como había sido el caso con todos los que les habían precedido, el descenso hacía reaparecer los recuerdos, pensamientos olvidados. La niñez, los padres, los primeros dolores, los errores cometidos, el amor frustrado, el egoísmo, el orgullo, los remordimientos...

Sus cuerpos se movían de forma maquina, más allá de toda posibilidad de cansancio. Se hundían en la carne del planeta, en su vida pasada. ¡Ah, qué larga era una vida, cuan destructora podía ser!... Y con más facilidad destructora que creativa...

Llegaron finalmente ante una puerta. En ella había grabado un texto: «En el momento de la muerte, el alma experimenta la misma sensación que aquellos que se inician en los Grandes Misterios. En primer lugar se producen carreras al azar con penosos giros, viajes inquietantes y sin final a través de las tinieblas. Luego, antes del final, el terror llega al colmo. El estremecimiento, el temblor, el sudor frío, el horror dominan. A esta fase le sigue casi de inmediato una ascensión hacia la luz, una brusca iluminación. Una luminosidad maravillosa se ofrece a los ojos, se pasa por lugares puros y praderas donde resuenan las voces y las danzas. Unas palabras sagradas inspiran el respeto religioso. El hombre perfecto e iniciado se hace libre y celebra los Misterios».

Daniel tomó una fotografía.

—Conozco este texto —dijo Jasón. Es de Plutarco.

—Hermoso texto, en verdad.

—¿No les da miedo? —preguntó Augusta.

—Sí, pero para eso está ahí. Y en todo caso ahí se dice que tras el terror viene la iluminación. Así pues, actuemos por etapas. Si es necesario un poco de terror, dejémonos aterrorizar...

—Eso precisamente. Las ratas...

Fue como si no tuviese más que mencionarlas. Ahí estaban. Los tres exploradores sentían sus presencias furtivas, su contacto al nivel del calzado. Daniel utilizó otra vez su cámara. El flash reveló la imagen repulsiva de una alfombra de pelotas grises y orejas negras. Jason se apresuró a distribuir las máscaras antes de pulverizar generosamente gas lacrimógeno a su alrededor. A los roedores no les hizo falta que se lo dijese dos veces...

Siguieron bajando durante mucho rato todavía.

—¿Y si comiésemos algo, señores? —propuso Augusta.

Así que comieron algo. El episodio de las ratas parecía olvidado y los tres se sentían del mejor humor. Como hacía un poco de frío acabaron su colación con un sorbo de licor y un buen café caliente.

Cavan prolongadamente antes de poder subir de nuevo a una zona en la que la tierra es blanda. Un par de antenas emergen por fin, como un periscopio; unos olores desconocidos las inundan.

El aire libre. Ya están al otro lado del fin del mundo. Y sigue sin aparecer el muro de agua. Aunque se trata de un universo que, verdaderamente, no se parece en nada al otro. Si bien identifican aún algunos árboles y plantas, inmediatamente después aparece un desierto gris, duro y liso. No hay la menor termitera ni hormiguero a la vista.

—Dan unos pasos. Pero enormes cosas negras caen a su alrededor. Es algo parecido a lo de los Guardianes, pero estas cosas caen un poco a la buena de Dios.

Y eso no es todo. Hacia delante, lejos, se yergue un monolito gigantesco, tan alto que sus antenas no llegan a percibir su límite. Ensombrece el cielo, aplasta la tierra.

Esto debe de ser el muro del fin del mundo, y detrás está el agua, piensa la 103.683.

Avanzan aún un poco, para darse de manos a boca con un grupo de cucarachas amontonadas encima de un trozo de...no se sabe qué. Los caparzones transparentes dejan ver todas las vísceras, todos los órganos e incluso la sangre que late en las arterias. ¡Repugnante! Al batirse en retirada, tres segadoras quedan pulverizadas por la caída de una cosa.

La 103.683 y sus tres últimas compañeras deciden seguir a pesar de todo. Pasan

por muretes porosos, siempre en dirección al monolito de altura infinita. Y de repente se encuentran en una región aún más desconcertante. El suelo es rojo y tiene el tacto de una fresa. Ven una especie de pozo y ya están considerando bajar para tener algo de sombra, cuando bruscamente una gran esfera blanca de seis cabezas de diámetro por lo menos surge del cielo, bota y se lanza sobre ellas. Se lanzan al pozo... y les da el tiempo justo de pegarse a las paredes cuando la esfera se estrella en el fondo.

Vuelven a salir enloquecidas, y corren. A su alrededor el suelo es azul, verde o amarillo, y por todas partes hay pozos como el anterior y esferas blancas que las persiguen. Esta vez es demasiado, el valor tiene un límite. Este universo es demasiado diferente para que resulte soportable.

Entonces huyen, corriendo desalentadas, vuelven a pasar por el subterráneo y vuelven con rapidez al mundo normal.

Civilización (continuación): otro gran choque entre civilizaciones: el encuentro de Occidente y Oriente.

Los Anales del Imperio chino hablan, alrededor del año 115 de nuestra era, de la llegada de un barco, verosíblemente de origen romano, al que una tempestad había averiado y que se estrelló en la costa después de permanecer unos días a la deriva.

Sus pasajeros eran acróbatas y juglares que, en cuanto llegaron a tierra, quisieron atraerse a los habitantes de ese país desconocido presentándoles un espectáculo. Los chinos vieron, pues, boquiabiertos a esos extranjeros de nariz larga escupir fuego, hacer nudos con sus miembros, transformar ranas en serpientes, etc.

Y llegaron a la conclusión pertinente de que el Oeste estaba poblado por payasos y tragafuegos. Y pasaron muchos cientos de años antes de que se presentase una ocasión para sacarles del error.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Finalmente se encontraron ante el muro de Jonathan. «¿Cómo hacer cuatro triángulos con seis cerillas?». Daniel hizo la foto consabida. Augusta tecleó la palabra «pirámide» y el muro se hizo suavemente a un lado. La anciana se sintió orgullosa de su nieto.

Pasaron, y no tardaron en oír cómo el muro volvía a su lugar. Jason iluminó las paredes. Había roca por todas partes, aunque no era la misma de hacía un momento. Antes el muro era rojo, y ahora amarillo, con vetas de azufre.

Sin embargo, el aire seguía siendo respirable. Incluso parecía haber un ligero soplo de brisa. ¿Tenía razón el profesor Leduc? ¿Llevaba este túnel al bosque de

Fontainebleau?

De repente se encontraron con otra horda de ratas, mucho más agresivas que las que habían encontrado antes. Jason comprendió lo que debía estar pasando, pero no le dio tiempo a explicárselo a los demás: tuvieron que ponerse otra vez las máscaras y abrir la espita del gas. Cada vez que el muro se movía, lo que por cierto no debía de ocurrir a menudo, unas ratas de la «zona roja» pasaban a la «zona amarilla», en busca de comida. Pero si los de la zona baja roja conseguían algo, los otros —los migradores— no habían conseguido nada y habían debido devorarse entre sí.

Y Jason y sus amigos tenían que vérselas con los supervivientes, dicho de otra manera con los más feroces. Con éstos, el gas lacrimógeno resulta claramente ineficaz. ¡Atacaban! Saltaban, trataban de hacer presa en los brazos...

Al borde de la histeria, Daniel ametrallaba con disparos del flash, pero esos animales de pesadilla pesaban kilos y no temían a los hombres. Aparecieron las primeras heridas. Jason sacó su Opinel, apuñaló a dos ratas y las arrojó como pasto a las otras. Augusta hizo muchos disparos con un pequeño revólver... Así pudieron ponerse a salvo. ¡Y muy a tiempo!

Cuando yo era pequeño, pasaba horas tendido en el suelo mirando los hormigueros. Eso era para mí más real que la televisión.

Entre los misterios que me ofrecía el hormiguero estaba éste: ¿por qué después de uno de mis destrozos se llevaban a algunas heridas y dejaban morir a las demás? Todas tenían la misma apariencia... ¿Según qué criterio de selección se consideraba interesante a un individuo y a otro despreciable?

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Corrían por un túnel rayado de amarillo.

Llegaron ante una reja de acero. Una abertura que tenía en el centro le daba al conjunto la apariencia de una nasa de pescador. Era un cono que se contraía de forma que dejaba pasar un cuerpo humano de talla mediana aunque sin posibilidad de regreso, debido a los pinchos que había en la salida del cono.

—Es reciente...

—Bueno, parece que los que han construido la puerta y la nasa no querían que hubiese vuelta atrás...

Augusta reconocía una vez más el trabajo de Jonathan, el maestro de las puertas y de los metales.

—¡Miren!

Daniel iluminó una inscripción:

«Aquí acaba la conciencia. ¿Queréis entrar en el inconsciente?».

Se quedaron boquiabiertos.

—¿Qué hacemos ahora?

Todos pensaron en lo mismo en el mismo momento.

—En el punto en que nos encontramos sería una lástima renunciar. Propongo que sigamos.

—Pasaré yo primero —dijo Daniel, poniendo al resguardo su cola de caballo para que no se enredase en los metales.

Fueron arrastrándose por turno a través de la nasa de acero.

—Es divertido —dijo Augusta; tengo la sensación de haber vivido ya esta experiencia.

—¿Ha estado ya en una nasa que le impide a uno echarse atrás?

—Sí. Fue hace mucho tiempo.

—¿A qué le llama usted mucho tiempo?

—¡Oh! Yo era joven. Debía tener... uno o dos segundos.

Las segadoras cuentan en su ciudad sus aventuras en el otro lado del mundo, un país de monstruos y de fenómenos incomprensibles. Las cucarachas, las placas negras, el monolito gigante, el pozo, las bolas blancas... ¡Es demasiado! No hay ninguna posibilidad de crear una población en un universo tan grotesco.

La 103.683 se queda en un rincón recuperando sus fuerzas. Está pensando. Cuando sus hermanas oigan la historia, tendrán que modificar todos los mapas y reconsiderar los principios básicos de su planetología. Y se dice que ya es hora de que vuelva a la Federación.

Después de pasar por la nasa, tuvieron que recorrer unos diez kilómetros... Bueno, cómo saberlo, y además el cansancio debía estar empezando a dejarse sentir.

Llegaron a un arroyuelo que cruzaba el túnel y cuya agua era especialmente cálida y estaba cargada de azufre.

Daniel se detuvo de pronto, Le había parecido ver unas hormigas sobre una almadía vegetal moviéndose con la corriente. Se rehizo; seguro que eran las emanaciones de polvo de azufre que le provocaban alucinaciones...

Unos cientos de metros más allá, Jason pisó un material quebradizo. Dio luz. ¡Era la caja torácica de un esqueleto! Lanzó un sonoro grito. Daniel y Augusta barrieron con sus antorchas el entorno y descubrieron otros dos esqueletos, uno de ellos del tamaño de un niño, ¿Era posible que fuesen Jonathan y su familia?

Reemprendieron el camino, y pronto tuvieron que echar a correr; un sonido

masivo de deslizamiento anunciaba la llegada de las ratas. El amarillo de las paredes se hacía blanco. Era cal. Agotados, llegaron por fin al final del túnel. ¡Al pie de una escalera de caracol que subía!

Augusta disparó sus dos últimas balas hacia las ratas y luego se lanzaron escaleras arriba. Jason aún tuvo la presencia de ánimo suficiente para observar que giraba a la inversa que la primera, es decir que tanto la subida como la bajada se realizaban dando vuelta en el sentido de las agujas del reloj.

La noticia causa sensación. Una belokaniana acaba de llegar a la ciudad. Dicen que debe de ser una embajadora de la Federación, llegada para anunciar la vinculación oficial de Chli-pu-kan como sexagésimo quinta ciudad.

Chli-pu-ni se siente menos optimista que sus hijas. Desconfía de la recién llegada. ¿Y si fuese una guerrera con olor de roca enviada desde Bel-o-kan para infiltrarse en la Ciudad de la reina subversiva?

¿Cómo es?

Sobre todo se encuentra muy cansada. Ha debido de correr desde Bel-o-kan para hacer el trayecto en unos días.

Son las pastoras las que la han visto errando por los alrededores. En ese momento mismo no había emitido nada, y la habían llevado directamente a la sala de las hormigas cisternas para que se recuperase.

Hacedla venir aquí, quiero hablar con ella a solas, pero quiero que haya una guardiana en la entrada de los aposentos reales dispuesta a intervenir en cuanto dé la señal.

Chli-pu-ni siempre ha deseado tener noticias de su ciudad natal, pero ahora que ha llegado una representante, la primera idea que se le ocurre es considerarla una espía y matarla. Esperará a verla, pero si descubre la menor molécula de olor de roca, hará que la ejecuten sin pensarlo dos veces.

Le llevan a la belokaniana. En cuanto se reconocen, las dos hormigas saltan una sobre la otra, con las mandíbulas abiertas de par en par, y se entregan... a la más untuosa trofalaxia. La emoción es tan intensa que no consiguen emitir, Chli-pu-ni lanza la primera feromona.

¿En qué punto está la investigación? ¿Han sido las termitas?

La 103.683 cuenta que ha cruzado el río del Este y visitado la ciudad termita; que ésta ha sido destruida y que no queda un solo superviviente.

Entonces, ¿qué hay detrás de todo esto?

Los verdaderos responsables de todos esos acontecimientos incomprensibles, según la guerrera, son los Guardianes del borde oriental del mundo. Unos animales tan extraños que no se les ve ni se les siente. De forma súbita, caen del cielo y todo el mundo muere.

Chli-pu-ni la escucha con atención. Sin embargo, queda sin explicación un elemento, añade la 103.683: ¿cómo han podido los Guardianes del fin del mundo utilizar a las soldados con olor de roca?

Chli-pu-ni tiene sus propias ideas al respecto. Cuenta que las soldados con olor de roca no son espías ni mercenarias, sino una fuerza clandestina encargada de vigilar el nivel de tensión del organismo Ciudad. Ahogan cualquier información que pudiera angustiar a la Ciudad... Y cuenta que unas asesinas trataron de matarla a ella misma.

¿Y las reservas de alimentos que había bajo la roca de cimentación? ¿Y el pasadizo abierto en el granito?

Para eso Chli-pu-ni no tiene respuesta. Precisamente ha enviado embajadoras espías para que traten de resolver ese doble enigma.

La joven reina le propone a su amiga una visita a la Ciudad. Por el camino le explica las formidables posibilidades del agua. Por ejemplo, el río del Este siempre se ha considerado mortal, pero no es más que agua; la reina cayó en él y no murió. Quizá un día se pueda bajar por ese río con almadías de hojas y descubrir el extremo septentrional del mundo. Chli-pu-ni se exalta: no cabe duda de que existen Guardianes en el extremo oriental.

La 103.683 no puede menos que observar que Chli-pu-ni desborda de proyectos audaces. No todos son realizables, pero lo que se ha realizado ya es impresionante: la soldado nunca había visto criaderos de hongos ni establos tan amplios, ni nunca había visto almadías flotando en los canales subterráneos...

Pero lo que más les sorprende es la última feromona de la reina.

Ésta dice que si sus embajadoras no han vuelto dentro de quince días, declarará la guerra a Bel-o-kan. Según dice, la ciudad natal ya no está adaptada a este mundo. La simple presencia de las guerreras con olor de roca demuestra que es una ciudad que ya no aborda de frente la realidad. Es una ciudad tan timorata como un caracol. Antaño había sido revolucionaria, y ahora está superada. Hace falta un relevo. Aquí, en Chli-pu-kan, las hormigas progresan mucho más de prisa. Chli-pu-ni considera que, si ella se pone al frente de la Federación, podría hacer que evolucionase con rapidez. Con las sesenta y cinco ciudades federadas, sus iniciativas se verían decuplicadas. Ya está pensando en conquistar el curso de agua y en formar una legión volante utilizando coleópteros rinocerontes.

La 103.683 duda. Tenía la intención de regresar a Bel-o-kan y contar allí su idea, pero Chli-pu-ni le pide que renuncie a ese propósito.

Bel-o-kan ha formado una legión para «no saber», no la obligues a reconocer lo que no quiere reconocer.

La coronación de la escalera de caracol se prolonga en unos peldaños de aluminio. Y éstos no son del Renacimiento. Llevan hasta una puerta blanca, en la que hay otra

inscripción más:

«Y llegué junto a un muro construido con cristales y rodeado de lenguas de fuego. Y empecé a sentir miedo.

»Luego entré en las lenguas de fuego hasta llegar a una gran morada construida con cristales.

»Y las paredes de esa morada eran como una ola de cristal que formaba un damero y sus cimientos eran de cristal.

»Su techo era como el camino de las estrellas.

»Y entre ellos habían símbolos de fuego.

»Y su cielo era claro como el agua» (Enoch, I).

Pasan por la puerta, suben por un corredor muy pendiente. Y el suelo se hunde de repente bajo sus pies... Su caída es larga, tanto que el momento de sentir miedo ya ha pasado y tienen la sensación de volar. ¡Están volando!

Su caída queda amortiguada por una red de trapezista, una red enorme y de apretada malla. Tantean a gatas en la oscuridad. Jason Bragel identifica otra puerta... esta vez sin código ninguno, sólo con un pomo. Llama a sus compañeros en voz baja. Luego, abre.

***Anciano:** en África se llora más la muerte de un anciano que la de un recién nacido. El anciano suponía un gran cúmulo de experiencia que podía aprovechar al resto de la tribu, mientras que el recién nacido, al no haber vivido, ni siquiera puede tener conciencia de su propia muerte. En Europa se llora al recién nacido ya que se dice que seguramente hubiese podido hacer cosas fabulosas si hubiese vivido. Por el contrario, se presta poca atención a la muerte del anciano. Este, en todo caso, ya ha disfrutado de la vida.*

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Una luminosidad azul baña el lugar.

Es un templo sin imagen, sin estatuas.

Augusta vuelve a pensar en las palabras del profesor Leduc. Es seguro que los protestantes debieron de refugiarse aquí, cuando las persecuciones eran demasiado encarnizadas.

Bajo las amplias bóvedas de piedra tallada la sala aparece amplia, rotunda y muy hermosa. El único elemento decorativo es un pequeño órgano de la época, situado en medio. Ante el órgano hay un atril sobre el que se encuentra una gruesa carpeta.

Las paredes están cubiertas de inscripciones; muchas de ellas, incluso para ojos de profano, parecen más próximas a la magia negra que a la magia blanca. Leduc estaba en lo cierto, las sectas debieron sucederse en este refugio subterráneo. Y antaño no debieron existir ni la pared pivotante, ni la nasa ni la trampa...

Se oye entonces un susurro, como el del fluir del agua. No ven de inmediato de dónde procede. La luz azulada llega desde la derecha. Hay ahí una especie de laboratorio, lleno de ordenadores y probetas. Todas las máquinas están en funcionamiento; son las pantallas de los ordenadores lo que produce el halo que ilumina el templo.

—Os intriga todo esto, ¿verdad?

Se miran entre sí. Pero ninguno de ellos ha hablado. Una lámpara se enciende en el techo.

Se vuelven. Jonathan Wells, con una bata blanca, se dirige hacia ellos. Ha entrado por una puerta situada en el templo, en el lado contrario del laboratorio.

—Hola, abuela Augusta. Hola, Jason Bragel. Hola, Daniel Rosenfeld.

Los tres interpelados están atónitos y no se sienten capaces de contestar. ¡Así que no había muerto! ¡Y estaba viviendo ahí!

¿Cómo se puede vivir aquí? No saben por dónde empezar a preguntar.

—Bienvenidos a nuestra pequeña comunidad.

—¿Dónde estamos?

—Esto es un templo protestante que construyó Jean Androuet Du Cerceau a principios del siglo XVII. Androuet se hizo famoso con la construcción de Sully, en la calle Saint Antoine de París, pero a mí me parece que este templo es su obra maestra. Hay kilómetros de túnel excavado en la roca. Ya han podido darse cuenta de que hay aire a lo largo de todo el camino. Debió construir chimeneas, o supo cómo utilizar las bolsas de aire de las galerías naturales. No nos es posible comprender cómo pudo hacerlo. Y no es eso todo; no sólo hay aire, sino también agua. Sin duda han visto los arroyos que cruzan ciertas secciones del túnel. Miren, uno de ellos desemboca aquí.

Y muestra el origen del permanente susurro, una fuente esculpida situada detrás del órgano.

—A lo largo del tiempo mucha gente se retiró aquí en busca de la paz y de la serenidad necesarias para realizar cosas que exigían, digamos... mucha atención. Mi tío Edmond había descubierto en un antiguo logogrifo la existencia de esta madriguera, y aquí es donde trabajaba.

Jonathan se acerca un poco más. Una dulzura y un aire distendido poco comunes emanan de su persona. Augusta está muy sorprendida.

—Pero deben de estar extenuados. Síganme.

Empuja la puerta por la que ha aparecido un momento antes y les lleva a una estancia donde hay muchos asientos dispuestos en círculo.

—¡Lucie! —llama. ¡Tenemos visita!

—¡Lucie! ¿Está contigo? —exclama feliz Augusta.

—¿Cuántos son ustedes aquí? —pregunta Daniel.

—Hasta ahora éramos dieciocho: Lucie, Nicolás, los ocho bomberos, el inspector, los cinco policías, el comisario y yo. Pronto podrán verles. Perdónenme, pero para nuestra comunidad son ahora las cuatro de la madrugada y todo el mundo está durmiendo. Sólo a mí me ha despertado su llegada. Qué han estado ustedes haciendo para armar tanto jaleo en los corredores...

Lucie aparece, también ella en bata.

Se adelanta hacia ellos sonriendo y les besa a los tres. A su espalda, unas formas en pijama asoman la cabeza por el marco de una puerta para ver a los «recién llegados».

Jonathan toma una garrafa de la fuente y unos cuantos vasos.

—Les dejaremos un momento para vestarnos y arreglarnos. Recibimos a todos los nuevos con una pequeña celebración, pero no sabíamos que aparecerían ustedes en plena noche... Hasta ahora.

Augusta, Jason y Daniel no se mueven. Es tan enorme toda esa historia. Daniel se pellizca el antebrazo. Augusta y Jason encuentran que la idea es excelente y también lo hacen. Pero no, la realidad va a veces más allá que el sueño. Se miran, deliciosamente perplejos, y sonrían.

Unos minutos después están todos reunidos, sentados en divanes. Augusta, Jason y Daniel se han recuperado y están ahora ávidos de información.

—Hace un momento hablaba usted de chimeneas. ¿Estamos lejos de la superficie?

—No. Tres o cuatro metros como mucho.

—Entonces, ¿se puede salir al aire libre?

—No, no. Jean Androuet Du Cerceau situó y construyó este templo justo bajo una inmensa roca plana de una solidez a toda prueba, de puro granito.

—Sin embargo, está horadada por un agujero del tamaño de un brazo —completa Lucie. Ese agujero se utilizaba como conducto para la ventilación.

—¿Se utilizaba?

—Sí. Ahora se dedica a otro uso. No es nada grave; hay otras chimeneas laterales para la ventilación. Ya ven que aquí no se siente ahogo ninguno...

—Y ¿no se puede salir?

—No. Al menos no por arriba.

Jason parece muy preocupado.

—Pero, Jonathan, ¿por qué hiciste entonces esa pared pivotante, esa nasa, ese

suelo que cae...? ¡Estamos completamente bloqueados en este lugar!

—De eso se trata, precisamente. Todo eso me ha exigido muchos medios y esfuerzo. Pero era necesario. Cuando llegué por primera vez a este templo, tropecé con el atril. Además de la *Enciclopedia del saber relativo y absoluto*, encontré una carta de mi tío dirigida a mi personalmente. Aquí está.

Entonces pudieron leer:

«Querido Jonathan:

»Has decidido bajar a pesar de mi advertencia. Eres, pues, más valiente de lo que creía. Según mi opinión, había una posibilidad entre cinco de que lo consiguieses. Tu madre me había hablado de tu fobia a la oscuridad. Si estás aquí es porque has conseguido, entre otras cosas, superar esa desventaja y tu voluntad se ha fortalecido. Es algo que necesitaremos.

«Encontrarás en esta carpeta la *Enciclopedia del saber relativo y absoluto*, que en el momento en que redacto estas palabras tiene 288 capítulos que hablan de mis trabajos. Deseo que tú los continúes; vale la pena.

»Lo esencial de estas investigaciones se relaciona con la civilización hormiga. Bien, ya lo leerás y lo comprenderás. Pero en primer lugar he de pedirte algo muy importante. En el momento en que has llegado aquí aún no he tenido tiempo para levantar las defensas (si lo hubiese conseguido no hubieses encontrado esta carta redactada en estos términos) para proteger mi secreto.

»Te pido que las levantes tú. Ya he hecho algunos esquemas, pero creo que tú podrás mejorar mis sugerencias, ya que tienes tus propios conocimientos. El objetivo de esos mecanismos es sencillo. Es necesario que la gente no pueda entrar con facilidad hasta mi escondite, y que los que lo consigan no puedan ya nunca dar media vuelta para contar lo que encuentren.

«Espero que lo consigas, y que este lugar te entregue tantas "riquezas" como a mí me ha proporcionado.

Edmond

—Jonathan aceptó el invite —explicó Lucie. Levantó todas las trampas previstas, y ya han podido ustedes comprobar que funcionan.

—¿Y los cadáveres? ¿Son de la gente que murió víctima de las ratas?

—No. —Jonathan sonrió—. Les aseguro que no ha habido ninguna muerte en este subterráneo desde que Edmond se estableció en él. Los cadáveres que han visto son de hace cincuenta años por lo menos. Desconocemos qué dramas se desarrollaron aquí en esa época. Alguna secta...

—Pero, entonces, ¿nunca más podremos volver arriba? —preguntó Jason, inquieto.

—Nunca.

—Habría que llegar hasta el agujero que hay encima de la red, a ocho metros de altura, pasar por la nasa en sentido contrario, lo que es imposible, y no tenemos ningún material que pueda fundirla, y luego pasar al otro lado del muro, y Jonathan no ha previsto un sistema de apertura que se pueda accionar desde este lado.

—Sin mencionar las ratas...

—¿Cómo te las arreglaste para llevar las ratas ahí abajo? —preguntó Daniel.

—Eso se le ocurrió a Edmond. Instaló a una pareja de ratas, *Rattus norvegicus*, especialmente grandes y agresivas, en una anfractuosidad de la roca, con una gran reserva de alimentos. Sabía que eso era una bomba de relojería. Cuando las ratas están bien alimentadas se reproducen a un ritmo exponencial. Seis crías cada mes, que a su vez están dispuestas para procrear al cabo de dos semanas... Para protegerse, mi tío utilizaba un pulverizador de feromonas de agresión insoportable para los roedores.

—¿Entonces fueron las ratas las que mataron a Ouarzazate? —preguntó Augusta.

—Desgraciadamente, sí. Y Jonathan no había previsto que las ratas que pasasen al otro lado del «muro de la pirámide» se volverían aún más feroces.

—Un compañero nuestro, que ya sufría de fobia contra las ratas, se descompuso por completo cuando una de esas grandes alimañas le saltó a la cara y le arrancó un trozo de nariz. Subió inmediatamente; el muro de la pirámide no había tenido tiempo de volver a cerrarse. ¿Tienen ustedes noticias tuyas de la superficie? —preguntó uno de los policías.

—Oí decir que se había vuelto loco y que le habían encerrado en un asilo —respondió Augusta. Pero sólo son habladurías.

Y la señora va a tomar un vaso de agua, pero se da cuenta de que encima de la mesa hay un montón de hormigas. Lanza un grito y, de forma instintiva, las barre con el dorso de la mano. Jonathan salta, agarrándola por la muñeca. Su mirada dura contrasta con la extrema serenidad que había reinado hasta ese momento en el grupo. Y su antiguo tic de la boca, del que parecía curado, reaparece. —No hagas eso... nunca más.

Sola en sus aposentos, Belo-kiu-kiuni devora distraídamente un montón de sus propios huevos; su alimento preferido, a fin de cuentas.

Sabe que esa tal 801 es algo más que una embajadora de la nueva ciudad. La 56, o más bien la reina Chli-pu-ni, ya que así quiere llamarse, la ha enviado para seguir la investigación.

Pero no tiene por qué preocuparse, sus guerreras con perfume de rocas acabarán con ella sin problemas. Especialmente la coja está muy bien dotada para aliviar a la gente del peso de la vida. Es toda una artista.

Sin embargo, es la cuarta vez que Chli-pu-ni le envía embajadoras demasiado

curiosas. Las primeras murieron antes incluso de descubrir la sala de la lomechuse. Las segundas y las terceras sucumbieron a las sustancias alucinógenas del coleóptero envenenado. Y esta 801 ha ido abajo apenas terminada la entrevista con la madre. Decididamente, cada vez están más impacientes por morir. Y también cada vez llegan más abajo en la Ciudad. ¿Y si una de ellas consiguiese a pesar de todo encontrar el pasadizo? ¿Y si descubriese el secreto? ¿Y si extendiese el efluvio...?

El Nido no lo comprendería. Las guerreras antitensión tendrían pocas posibilidades de silenciar a tiempo la información. Y ¿cómo reaccionarían sus hijas?

Una guerrera con olor de rocas entra precipitadamente.

La espía ha conseguido vencer a la lomechuse. Ahora esta abajo.

Ya está, algún día tenía que ocurrir...

666 es el nombre de la bestia (Apocalipsis según san Juan).

Pero ¿quién será la bestia, y para quién?

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Jonathan suelta la muñeca de su abuela. Antes de que se cree una atmósfera desagradable, Daniel lleva la atención a otras cosas.

—Y ese laboratorio de la entrada, ¿para qué sirve?

—Es la Piedra de Rosetta. Todos nuestros esfuerzos sólo están al servicio de una ambición: comunicar con ellas.

—Ellas... ¿Quiénes son ellas?

—Las hormigas. Vengan conmigo.

Salen del salón para dirigirse al laboratorio. Jonathan, visiblemente a sus anchas en su papel de continuador de la tarea de Edmond, toma una probeta llena de hormigas y la levanta a la altura de los ojos.

—Miren. Son seres, seres completos... No sólo unos pequeños insectos sin valor ninguno. Eso lo comprendió mi tío inmediatamente... Las hormigas han creado la segunda civilización de la Tierra. El tío Edmond es una especie de Cristóbal Colón que ha descubierto otro continente entre los dedos de nuestros pies. Ha sido el primero en comprender que antes que buscar extraterrestres en los confines del espacio, era mejor establecer en primer lugar una relación con los... intraterrestres.

Nadie dice nada. Augusta lo recuerda. Un día, cuando Jonathan no había aún nacido, estaba paseando por el bosque de Fontainebleau y de repente sintió que unos cuerpos mínimos crujían bajo las suelas de sus zapatos. Acaba de pisar un grupo de hormigas. Se inclinó a ver. Todas habían muerto, pero allí había algo enigmático. Estaban alineadas como para formar una flecha con la punta al revés...

Jonathan ha devuelto la probeta a su lugar, y vuelve a su exposición.

—Cuando volvió de África, Edmond encontró este edificio, con el subterráneo, y también el templo. Era el lugar ideal, y entonces instaló aquí su laboratorio... La primera etapa de sus investigaciones consistió en descodificar las feromonas del diálogo de las hormigas. Utilizó un espectrómetro de masas. Como su nombre indica, esta máquina proporciona el espectro de una masa, descompone un material cualquiera enumerando los átomos que lo componen... He leído las notas de mi tío. Al principio, colocaba a sus hormigas cobayas bajo una campana de vidrio conectada mediante un tubo aspirador a un espectrómetro de masas. Ponía la hormiga en contacto con un trozo de manzana, y ésta encontraba a otra hormiga y finalmente le decía: «Por ahí hay manzana». Bien, ésta es la hipótesis inicial. El tío Edmond aspiraba las feromonas emitidas, las descodificaba y eso le llevaba a una fórmula química... «Hay manzana en el norte» se dice, por ejemplo: «metil-4 metilpirrol-2 carboxilato». Las cantidades son ínfimas, del orden de los 2 o 3 picogramos (10¹²) cada frase... Pero era suficiente. Así se podía decir «manzana» y «al norte». Prosiguió el experimento con multitud de objetos, alimentos y situaciones. Así consiguió un auténtico diccionario de nuestro idioma al idioma hormiga. Después de averiguar el nombre de un centenar de frutos, de unas treinta flores, de unas diez direcciones, consiguió las feromonas de alerta, las feromonas de defensa, de placer, de descripción; también encontró elementos sexuales de los que aprendió cómo expresar las «emociones abstractas» del séptimo segmento antenar... Sin embargo, saber cómo «escuchar» no le bastaba. Ahora quería hablar, establecer un verdadero diálogo.

—¡Prodigioso! —no pudo menos que murmurar el profesor Daniel Rosenfeld.

—Empezó por establecer la correspondencia entre cada fórmula química y un sonido silábico. Metil-4 metilpirrol-2 carboxilato se diría, por ejemplo, MT4MTP2CX, y así Mítica-mitipicixu. Y finalmente lo llevó a la memoria del ordenador: miticamitipi = manzana; y dicixu = al norte. El ordenador traduce en los dos sentidos. Cuando le llega «dicixu» traduce textualmente «al norte», y cuando se tecléa «al norte» transforma esta frase en «dicixu», lo que desencadena la emisión de carboxilato a través de este aparato emisor...

—¿Un aparato emisor?

—Si. Es esta máquina.

Y señala una especie de biblioteca compuesta por miles de ampollas, cada una de ellas terminada en un tubo, que a su vez está conectado a una bomba eléctrica.

—Los átomos que hay en cada ampolla son aspirados por esta bomba, luego se proyectan a este aparato, que los selecciona y mide en la dosis indicada por el diccionario informático.

—Extraordinario —repite Daniel Rosenfeld, absolutamente extraordinario. ¿Y llegó a dialogar verdaderamente?

—Bien... En este punto será mejor que les lea sus notas de la *Enciclopedia*...

Extractos de conversación:

Extracto de la primera conversación: con una *Fórmica rufa* del tipo guerrera.

Humano: *¿Me recibes?*

Hormiga: *rrrrrr.*

Humano: *Estoy emitiendo. ¿Me recibes?*

Hormiga: *rrrrrrrrr. Socorro.*

(Nota: se han introducido muchas modificaciones. En particular, las emisiones eran demasiado poderosas y asfixiaban al sujeto. Hay que dejar el botón de reglaje en el 1). (Por el contrario, el botón de reglaje de recepción hay que llevarlo a 10 para que no se pierda ni una molécula).

Humano: *¿Me recibes?*

Hormiga: *bbuggu.*

Humano: *Estoy emitiendo. ¿Me recibes?*

Hormiga: *zgugggu. Socorro. Estoy encerrada.*

Extracto de la tercera conversación.

(Nota: el vocabulario se ha ampliado con ochenta palabras más. La emisión era aún demasiado fuerte. Nuevo reglaje, el botón ha de estar situado muy cerca del cero).

Hormiga: *¿Qué?*

Humano: *¿Qué dices?*

Hormiga: *No entiendo nada. ¡Socorro!*

Humano: *Hablemos más despacio.*

Hormiga: *¡Emites demasiado fuerte. Mis antenas están saturadas. ¡Socorro! Estoy encerrada.*

Humano: *¿Está bien así?*

Hormiga: *No, ¿es que no sabes dialogar?*

Humano: *Bueno...*

Hormiga: *¿Quién eres?*

Humano: *Soy un gran animal. Me llamo Edmond. Soy un ser humano.*

Hormiga: *¿Qué dices? No entiendo nada. ¡Socorro! ¡Ayudadme! ¡Estoy encerrada!*

(Nota: como consecuencia de este diálogo el sujeto murió al cabo de los cinco segundos siguientes. ¿Serán todavía las emisiones demasiado tóxicas. ¿Ha sentido miedo?)

Jonathan interrumpió la lectura.

—Como ven, no es sencillo. Acumular vocabulario no basta para hablar con ellas. Por otra parte, el lenguaje hormiga no funciona como el nuestro. No existen sólo las emisiones de diálogo propiamente dichas y que se perciben, también hay emisiones enviadas por los otros once segmentos antenares. Éstos dan la identificación del individuo, sus preocupaciones, su psiquismo... Una especie de estado de ánimo global que es necesario conocer para la buena comprensión interindividual. Por esto tuvo Edmond que abandonar. Les leeré sus notas.

¡Qué estúpido soy! Aunque los extraterrestres existiesen no podríamos entenderles. Estoy seguro de que nuestras referencias no pueden ser las mismas. Llegaríamos con la mano tendida, y eso quizá significaría para ellos un gesto de amenaza.

No conseguimos siquiera comprender a los japoneses con su suicidio ritual, o a los indios con sus castas. Ni siquiera llegamos a comprendernos entre seres humanos...

¡Cómo he podido tener la vanidad de comprender a las hormigas!

La 801 ya no tiene más que un muñón de abdomen. Aunque ha podido matar a la lomechuse, esa lucha contra las guerreras con olor de roca en los criaderos de setas la ha dejado muy mermada. Lo mismo da, o incluso tanto mejor: sin abdomen es más ligera.

Toma por el largo pasadizo excavado en el granito. ¿Cómo unas mandíbulas de hormiga han podido hacer ese túnel?

Yendo hacía abajo descubre lo que Chli-pu-ni le había dicho: una sala llena de grandes cantidades de alimentos. Apenas ha dado unos pasos en esta sala cuando encuentra otra puerta, pasa por ella y se encuentra en seguida en otra ciudad, ¡una ciudad completa con olor de roca! Una ciudad debajo de la Ciudad.

—Entonces, ¿fracasó?

—Estuvo mucho tiempo dándole vueltas a este fracaso. Creía que no había solución, que su etnocentrismo le había cegado. Y luego fueron las molestias lo que le despertó. Su vieja misantropía fue el factor desencadenante.

—¿Qué ocurrió?

—Como recuerda, profesor, me dijo usted que trabajaba en una empresa, la «Sweet Milk Corporation», y que tenía dificultades de relación con sus colegas.

—Así es.

—Uno de sus superiores había estado registrando su mesa de trabajo. Pues ese superior no era otro que el señor Leduc, el hermano del profesor Leduc.

—¿El entomólogo?

—El mismo.

—Es increíble... Fue a visitarme; pretendía ser un amigo de Edmond. Y bajó.

—¿Que bajó a la bodega?

—No te preocupes, no fue muy lejos. No pudo pasar del muro de la pirámide. Y entonces volvió a subir.

—También habló con Nicolás intentando echarle la mano encima a la *Enciclopedia*. Bien..., pues Marc Leduc había observado que Edmond trabajaba con pasión en los croquis de las máquinas, que eran los primeros bocetos de la Piedra de Rosetta. Consiguió abrir el armario de la oficina de Edmond y tropezó con una carpeta, la *Enciclopedia del saber relativo y absoluto*. Ahí encontró todos los planos de la primera máquina para comunicarse con las hormigas. Cuando comprendió cómo se utilizaba esta máquina (y había allí las suficientes anotaciones como para que lo comprendiese), habló de ello con su hermano. Éste, evidentemente, se mostró muy interesado, e inmediatamente le pidió que robase los documentos... Pero Edmond se había dado cuenta de que habían registrado su despacho, y para proteger sus cosas de un nuevo intento, dejó cuatro avispas de la clase de las icneumón en el cajón. Cuando Marc Leduc volvió a la carga, los insectos le picaron. Esos insectos tienen la mala costumbre de depositar sus feroces larvas en el cuerpo que han agujoneado. Así, al día siguiente, Edmond vio las huellas de las picaduras y pensó en desenmascarar públicamente al culpable. Y ustedes ya conocen lo que sigue. Fue Edmond el despedido.

—¿Y los hermanos Leduc?

—Marc Leduc ya fue suficientemente castigado. Las larvas de icneumón le estaban devorando por dentro. Y eso se prolongó mucho tiempo, mucho al parecer. Y como las larvas no conseguían salir de ese inmenso cuerpo para mutar a avispas, lo perforaban en todos los sentidos buscando una salida. Finalmente, el dolor era tan insoportable que el hombre se arrojó a la vía del Metro. Eso pude leerlo por casualidad en los periódicos.

—¿Y Laurent Leduc?

—Lo ha intentado todo para hacerse con la máquina...

—Decía usted que eso fue lo que le volvió a dar ganas a Edmond de volver a la tarea. ¿Qué relación hay entre esas antiguas cuestiones y sus investigaciones?

—Después de eso, Laurent Leduc estableció contacto directo con Edmond. Le dijo que estaba enterado de lo de su máquina de «dialogar con las hormigas». Pretendía estar interesado y que quería trabajar con él, Edmond no estaba forzosamente en contra de esta idea, aunque dudaba, y se preguntaba si un poco de ayuda exterior no resultaría oportuna. «Llega en el momento en que no se puede continuar solo», dice la Biblia. Edmond estaba dispuesto a introducir a Leduc en su

escondrijo, pero antes quería conocerle mejor. Hablaron una y otra vez de todo el asunto. Cuando Laurent empezó a alabar el orden y la disciplina de las hormigas, basándose en el hecho de que hablar con ellas seguramente haría posible que el hombre las imitase, Edmond lo vio todo rojo. Tuvieron una discusión y le dijo que nunca más volviese a poner los pies en su casa.

—No me sorprende —suspira Daniel. Leduc forma parte de una corriente de etnólogos, lo peor que existe en la escuela alemana, que quiere transformar a la Humanidad copiando desde un cierto ángulo las costumbres de los animales. La territorialidad, la disciplina de los hormigueros... todas esas fantasías.

—De repente, Edmond tenía un pretexto para volver a trabajar. Iba a dialogar con las hormigas desde una perspectiva... política. Él creía que vivían según un sistema anarquista y quería pedirles que se lo confirmasen.

—¡Evidentemente! —murmuró Bilsheim.

—Lo cual se convertía en un desafío humano. Mi tío estuvo pensándolo todavía mucho tiempo, y se dijo que lo mejor para comunicarse con ellas era construir una «hormiga robot».

Jonathan agitó unas páginas llenas de dibujos.

—Éstos son los planos. Edmond la bautizó «Doctor Livingstone». Es de plástico. No les diré el trabajo de relojero que ha sido necesario para construir esta obra maestra. No sólo se han reconstruido todas las articulaciones y se las ha animado con minúsculos motores eléctricos alimentados por una pila instalada en el abdomen, sino que la antena lleva realmente once segmentos que pueden emitir simultáneamente once feromonas diferentes... La única diferencia entre el doctor Livingstone y una auténtica hormiga es que está conectado a once tubos, cada uno de ellos del grosor de un cabello, y éstos están unidos en una especie de cordón umbilical del tamaño de un hilo de bramante.

—¡Prodigioso! ¡Sencillamente prodigioso! —exclama Jason, entusiasmado.

—Y ¿dónde está el Profesor Livingstone?

Las guerreras con olor a roca la persiguen. La 801, que está a punto de marcharse, descubre de repente una galería muy amplia y se precipita en su interior. Llega así hasta una sala enorme, en cuyo centro hay una extraña hormiga, de un tamaño claramente superior a la media.

La 801 se acerca a ella con prudencia. Los olores de la extraña hormiga solitaria sólo son en parte auténticos. Sus ojos no brillan, su piel parece revestida por una pintura de color negro... La joven chlipukaniana quisiera comprender qué es. ¿Cómo es posible ser tan poco hormiga?

Pero las soldados ya la han descubierto. La coja se adelanta, sola, para entablar un duelo. La 801 salta sobre sus antenas y empieza a morderlas. Ruedan las dos por el

suelo.

La 801 recuerda los consejos de su Madre: «Mira dónde golpea el adversario con predilección, a menudo ése es su propio punto débil...». Y, de hecho, desde que ha hecho presa en las antenas de la coja, ésta se debate furiosamente. Debe de tener las antenas hipersensibles, la desgraciada. La 801 se las rompe y consigue escapar. Pero ahora es una jauría de más de cincuenta asesinas lo que se lanza tras ella.

—¿Quieren ustedes saber dónde está el doctor Livingstone? Sigán los hilos que salen del espectrómetro de masas.

Observan, en efecto, que un tubo transparente, rodeando una plaza, llega hasta la pared, sube hasta el techo y finalmente se hunde en una especie de caja de madera de gran tamaño que está colgada en el centro del templo, encima del órgano. Esa caja está aparentemente llena de tierra. Los recién llegados violentan la posición del cuello para poder examinarla mejor.

—Pero habías dicho que había una roca indestructible por encima de nuestras cabezas —observa Augusta.

—Sí, pero también he dicho que hay una chimenea de ventilación que no se utiliza.

—Y si no se utiliza —sigue el inspector Galin, es porque la hemos bloqueado.

—Entonces, si no han sido ustedes...

... son ellas.

—¿Las hormigas?

—Exactamente. Una gigantesca ciudad de hormigas rojas se encuentra instalada encima de esta losa. Ya saben, las rojas, esos insectos que levantan grandes cúpulas con ramitas en los bosques...

—Según las estimaciones de Edmond, hay más de diez millones.

—¿Diez millones? ¡Podrían matarnos a todos nosotros!

—No. No tengan miedo. No hay nada que temer. En primer lugar, porque hablan con nosotros y nos conocen. Y también porque no todas las hormigas de la ciudad conocen nuestra existencia.

Mientras Jonathan pronuncia estas palabras, una hormiga cae de la caja del techo y aterriza en la frente de Lucie. Ésta intenta recogerla, pero la 801 enloquece y se pierde entre sus cabellos rojos, se desliza por el lóbulo de su oreja, baja a continuación por su nuca, se introduce por debajo de la ropa, contornea los senos y el ombligo, galopa por la fina piel de los muslos, llega hasta el tobillo y, desde ahí, salta al suelo. Trata un momento de orientarse... y corre hacia una de las bocas laterales de ventilación.

—¿Qué le pasa?

—Vaya usted a saber. En cualquier caso, la corriente de aire de la chimenea la ha

atraído y no tendrá ningún problema para volver a salir.

—Pero por ahí no va a encontrar su Ciudad, sino que saldrá completamente desviada hacia el este de la Federación, ¿no?

La espía ha conseguido escapar. Si las cosas siguen así tendremos que atacar a la pretendida sexagésimo quinta ciudad...

Unos soldados con olor de roca presentan su informe, con las antenas gachas. Cuando se retiran, Belo-kiu-kiuni digiere un momento ese grave fracaso de su política del secreto. Luego, muy cansada, recuerda cómo empezó todo.

Siendo muy joven, tuvo que hacer frente a uno de esos fenómenos terroríficos que hacen pensar en la existencia de seres gigantescos. Fue exactamente después de su enjambrazón. Había visto una placa negra que aplastaba a muchas reinas fecundas, sin tan siquiera comérselas. Más adelante, tras crear su ciudad, había conseguido concertar una reunión sobre este tema, en la que la mayoría de las reinas —madre o hijas— estaban presentes.

Lo recuerda. Fue Zubi-zubi-ni quien habló en primer lugar. Y contó que muchas de sus expediciones habían experimentado lluvias de bolas rosas que habían causado más de un centenar de muertes.

Las otras hermanas habían insistido en lo mismo. Cada una de ellas presentaba su propia lista de muertos y lisiados debidos a las bolas rosas, parecían desplazarse sólo en grupos de cinco.

Otra hermana, Rubg-fayli-ni, había encontrado una bola solitaria e inmóvil a unas trescientas cabezas sobre el suelo. La bola rosa se prolongaba con una sustancia blanda y de fuerte olor. Entonces la habían perforado a fuerza de mandíbulas y habían acabado llegando a unos tallos duros y blancos... como si esos animales tuviesen un caparazón en su interior en lugar de tenerlo en el exterior de sus cuerpos.

Al acabar la reunión, y habiendo llegado las reinas a un acuerdo acerca de que esos fenómenos superaban su capacidad de comprensión, habían decidido observar un secreto absoluto para evitar que cundiese el pánico en los hormigueros.

Belo-kiu-kiuni, por su parte, pensó inmediatamente en organizar su propia Policía secreta, una célula de trabajo formada en esa época por cincuenta soldados. Su misión: eliminar a los testigos de los fenómenos de las bolas rosas o de las placas negras para evitar una crisis de pánico en la Ciudad.

Sólo que un día ocurrió algo increíble.

Una obrera de una ciudad desconocida había sido capturada por sus guerreras del olor a rocas. La Madre la había mantenido con vida, ya que lo que contaba era aún más raro que todo lo que había oído hasta entonces.

La obrera pretendía haber sido secuestrada por unas bolas rosas. Éstas la habían arrojado a una prisión transparente, en compañía de muchos centenares de otras

hormigas. Las habían sometido a todo tipo de experimentos. Lo más frecuente era que las colocasen bajo una campana donde percibían aromas muy concentrados. Al principio fue muy doloroso, pero los aromas se fueron diluyendo poco a poco, y los olores se transformaron ¡en palabras!

En resumen, que mediante esos perfumes y esas campanas, las bolas rosas les habían hablado, presentándose como animales gigantes que se llamaban a sí mismos «humanos». Ellos (o ellas) declararon que había un pasadizo excavado en el granito bajo la Ciudad y que querían hablar con la reina. Ésta podía tener la seguridad de que no se le causaría ningún daño.

A continuación todo fue muy rápido. Belo-kiu-kiuni se había reunido con la «hormiga embajadora» de esa gente, el *Doctor Livingstone*. Era una extraña hormiga que se prolongaba en un intestino transparente. Pero era posible hablar con ella.

Habían estado hablando mucho tiempo. Al principio, no conseguían entenderse. Pero ambas compartían de manera manifiesta la misma exaltación. Y parecían tener tantas cosas que decirse...

Los humanos habían instalado a continuación la caja llena de arena en el hueco de la chimenea. Y madre había llenado de huevos esa nueva Ciudad. A escondidas de todos sus demás hijos.

Pero Bel-o-kan 2 era algo más que la ciudad de las guerreras con olor a roca. Se había convertido en la Ciudad-vínculo entre el mundo de las hormigas y el mundo de los humanos. Ahí era donde se encontraba permanentemente *Doctor Livingstone* (un nombre por otra parte bastante ridículo).

Extractos de conversación:

Extracto de la decimoctava conversación: con la reina Belo-kiu-kiuni.

Hormiga: *¿La rueda? Es increíble que no hayamos pensado en utilizar la rueda. Cuando pienso que todas nosotras hemos visto a todos esos escarabajos empujar sus bolas, y ninguna de nosotras ha deducido de ahí la rueda...*

Humano: *¿Cómo piensas utilizar esta información?*

Hormiga: *De momento no lo sé.*

Extracto de la quincuagésimo sexta conversación: con la reina Belo-kiu-kiuni.

Hormiga: *Tu tono es triste.*

Humano: *Debe de ser por un mal reglaje de mi órgano de olores. Desde que le he añadido el lenguaje emotivo, parece que la máquina no acaba de funcionar bien.*

Hormiga: *Tu tono es triste.*

Humano: ...

Hormiga: ¿Ya no emites?

Humano: *Creo que es sólo una coincidencia. Pero, sí, estoy triste.*

Hormiga: ¿Qué te pasa?

Humano: *Yo tenía una hembra. Entre nosotros, los machos viven mucho tiempo, y vivimos en parejas, un macho y una hembra. Yo tenía una hembra y la he perdido, hace de eso unos años. La quería, y no puedo olvidarla.*

Hormiga: ¿Qué quiere decir amar?

Humano: *Quizá que tentamos los mismos olores.*

Madre se acuerda del final del *humano Edmond*. Eso fue cuando la primera guerra contra las enanas. Edmond había querido ayudarlas. Había salido del subterráneo. Pero a fuerza de manipular las feromonas estaba completamente impregnado de ellas. Hasta tal punto que, sin saberlo, pasaba en el bosque por... una hormiga roja de la Federación. Y cuando las avispas del abeto (con las que entonces estaban en guerra) descubrieron sus olores pasaporte, se abalanzaron todas contra él.

Le mataron, tomándole por una belokaniana. Debió de morir feliz.

Más adelante, ese Jonathan y su comunidad habían reanudado el contacto...

Vierte un poco más de hidromiel en los vasos de los tres nuevos, que no dejan de atosigarle con preguntas.

—Así que el *Doctor Livingstone* puede transcribir nuestras palabras ahí arriba...

—Sí, y nosotros recibimos las tuyas. Sus respuestas aparecen en esta pantalla. Bien se puede decir que Edmond lo consiguió.

—¿Qué se decían? Y ¿qué se dicen ahora?

—Bien... Después de su éxito, las notas de Edmond pierden concreción. Se diría que ya no le interesaba anotar todo. Digamos que, al principio, se describieron el uno al otro y que cada uno describió su mundo. Así supimos que su ciudad se llama Bel-o-kan, que es el eje de una federación de muchos centenares de millones de hormigas.

—¡Es increíble!

—A continuación, ambas partes consideraron que era demasiado pronto para que la información se difundiese entre sus respectivas poblaciones. Así, establecieron un acuerdo que garantizaba el secreto absoluto sobre su «contacto».

—Por eso Edmond insistía tanto en que Jonathan construyese todos esos trucos —interviene un bombero. Sobre todo, no quería que la gente se enterase de todo demasiado pronto. Imaginaba con horror la porquería que la televisión, la radio y los periódicos harían con semejante noticia. ¡Las hormigas convertidas en una moda! Veía ya la publicidad, los llaveros, las camisetas, los espectáculos de las estrellas del

rock..., todas las estupideces que se podían hacer en torno a este descubrimiento.

—Por su parte, Belo-kiu-kiuni, la reina, pensaba que sus hijas querían inmediatamente luchar contra esos peligrosos extranjeros —añade Lucie.

—No, las dos civilizaciones no están aún preparadas para conocerse y, no soñemos, comprenderse... Las hormigas no son ni fascistas, ni anarquistas, ni monárquicas... Son hormigas, y todo lo que concierne a su mundo es diferente de lo nuestro. Eso es lo que crea riqueza.

El comisario Bilsheim es quien hace esta declaración apasionada; decididamente ha cambiado mucho desde que abandonó la superficie, y a su jefe, Solange Doumeng.

—La escuela alemana y la italiana se equivocan —dice Jonathan. Porque tratan de englobarlas en un sistema de comprensión «humano». El análisis, así, resulta forzosamente burdo. Es como si ellas intentasen comprender nuestra vida comparándola con la suya. Una especie de mirmeomorfismo. Y el caso es que la menor de sus peculiaridades es fascinante. No comprendemos a los japoneses, a los tibetanos o a los hindúes, pero su cultura, su música, su filosofía son apasionantes, incluso deformadas por nuestro espíritu occidental. Y el futuro de nuestra Tierra es el mestizaje, no puede estar más claro.

—Y ¿qué es lo que las hormigas pueden aportarnos culturalmente? —se sorprende Augusta.

Jonathan, sin contestar, le hace una señal a Lucie. Ésta se eclipsa unos segundos y vuelve con la que parece un bote de confitura.

—Miren; sólo esto ya es un tesoro. Melado de pulgón. Vamos, pruébenlo.

Augusta se aventura con un índice prudente.

—Hummmm..., muy azucarado... ¡Pero es muy bueno! Y no se parece en nada al paladar de la miel de abeja.

—Ya lo ves. ¿No te has preguntado cómo nos las arreglábamos para sobrevivir diariamente en este doble callejón sin salida del subsuelo?

—Ah, bueno, sí, precisamente...

—Son las hormigas quienes nos alimentan con su melado y su harina. Almacenan reservas para nosotros ahí arriba. Pero eso no es todo; hemos copiado su técnica agrícola para cultivar setas agáricas.

Levanta la tapa de una gran caja de madera. Y ahí aparecen unas setas blancas que se asientan en un lecho de hojas fermentadas.

—Galin es nuestro gran especialista en hongos.

Este último sonríe con modestia.

—Aún tengo mucho que aprender.

—Muy bien. Setas, miel... Sólo con eso deben de tener carencia de proteínas...

—Quien se cuida de las proteínas es Max.

Uno de los bomberos señala el suelo con el dedo.

—Yo recojo todos los insectos que las hormigas meten en la cajita que hay a la derecha de la caja grande. Los hervimos para que las cutículas se desprendan. Son como gambas muy pequeñas, tanto por su gusto como por su apariencia.

—Sepan ustedes que aquí, haciendo las cosas bien, existe toda la comodidad que se pueda desear —añade un policía. La electricidad la produce una minicentral atómica, cuya perspectiva de mantenerse en funcionamiento es de quinientos años. Fue Edmond quien la instaló los primeros días de su estancia aquí... El aire pasa por las chimeneas, el alimento procede de las hormigas, tenemos nuestra fuente de agua fresca y, además, tenemos una tarea apasionante. Tenemos la sensación de ser los pioneros de algo muy importante.

—En realidad somos como cosmonautas que viviesen permanentemente en una base, dialogando a veces con unos vecinos extraterrestres.

Risas. Una corriente de buen humor electriza las médulas espinales. Jonathan propone volver al salón.

—¿Saben? Durante mucho tiempo estuve buscando la manera de conseguir que mis amigos viviesen juntos a mi alrededor. Probé con las comunidades, los falansterios... Pero nunca lo conseguí. Acabé creyendo que no era más que un tonto utopista, por no decir un imbécil sin más. Pero aquí..., aquí están pasando cosas. Nos vemos obligados a convivir, a completarnos, a pensar juntos. No tenemos elección. Si no nos entendemos, morimos. No hay posibilidad de fuga. No sé si eso procede del descubrimiento de mi tío o de lo que nos enseñan las hormigas con su simple existencia por encima de nuestras cabezas, pero por el momento nuestra comunidad funciona de maravilla.

—Funciona, incluso a pesar de nosotros...

—A veces tenemos la sensación de que producimos una energía común de la que cada uno puede libremente aprovecharse. Es raro.

—Ya he oído hablar de eso en relación con los rosacruces y algunos grupos de francmasones —dice Jason. Ellos lo llaman *egregor*: el capital espiritual del «rebaño». Como un depósito en el que cada uno vierte su energía para hacer una «sopa» que cada uno puede aprovechar... Por regla general, siempre hay un ladrón que se aprovecha de la energía de los demás para fines personales.

—Aquí no tenemos ese tipo de problemas. No puede haber ambiciones personales cuando se vive en una pequeña comunidad bajo tierra...

Silencio.

—Y cada vez se habla menos, porque no hace falta para comprenderse.

—Sí, aquí están pasando cosas. Pero aún no las comprendemos ni las controlamos. Aún no hemos llegado, sólo estamos a mitad del viaje.

Otro silencio.

—Bueno, resumiendo, espero que les guste vivir en nuestra pequeña comunidad.

La 801 llega agotada a su ciudad natal. ¡Lo ha conseguido! ¡Lo ha conseguido!

Chli-pu-ni opera inmediatamente una CA para saber lo que ha pasado. Lo que oye le confirma sus peores suposiciones en cuanto al secreto oculto bajo la losa de granito.

Decide de inmediato atacar militarmente Bel-o-kan. Los soldados se pertrechan. La novísima legión volante de rinocerontes está dispuesta.

La 103.683 emite una sugerencia. Mientras una parte del ejército estará combatiendo de frente, doce legiones rodearán silenciosamente la Ciudad para intentar el asalto a los aposentos reales.

El Universo se dirige hacia la complejidad. Del hidrógeno al helio, y del helio al carbono. Cada vez mayor complejidad, cada vez más sofisticación, tal es el sentido de la evolución de las cosas.

De todos los planetas conocidos, la Tierra es el más complejo.

Se encuentra en una zona en la que su temperatura puede variar. Está cubierta de océanos y montañas. Pero si el abanico de sus formas de vida es prácticamente inagotable, hay dos formas que sobresalen por encima de las demás por su inteligencia: las hormigas y los hombres.

Es como si Dios hubiese utilizado el planeta Tierra para hacer un experimento. Ha lanzado a dos especies, con dos filosofías completamente antinómicas, a la carrera de la conciencia para ver cuál de ellas va más de prisa.

El objetivo, probablemente, es llegar a una conciencia colectiva planetaria: la fusión de todos los cerebros de la especie. Tal es en mi opinión la próxima etapa en la aventura de la conciencia. El próximo nivel de complejidad.

Sin embargo, las dos especies líderes han elegido caminos para el desarrollo paralelos:

—Para alcanzar la inteligencia, el hombre ha inflado su cerebro hasta darle un tamaño monstruoso. Una especie de gran coliflor rosada.

—Para conseguir el mismo resultado, las hormigas han preferido utilizar muchos miles de pequeños cerebros unidos mediante sistemas de comunicación muy sutiles.

En términos absolutos, tanta materia o inteligencia hay en el montón de miguitas de col de las hormigas como en la coliflor humana. La lucha se produce con armas iguales.

Pero, ¿qué ocurriría si las dos formas de inteligencia, en lugar de correr paralelamente, cooperasen...?

Edmond Wells

A Jean y a Philippe casi no les gusta otra cosa que la televisión y, casi tanto como la televisión, las máquinas «flipper». Ni siquiera el novísimo minigolf, recientemente instalado con un gran costo, les interesa. Y los paseos por el campo... Para ellos no hay nada peor que cuando el celador les obliga a tomar el aire.

La pasada semana se divirtieron matando sapos, pero el placer resultó un tanto breve.

Hoy, en cualquier caso, parece que Jean ha encontrado una actividad verdaderamente digna de interés. Arrastra a su compañero aparte del grupo de huérfanos, que están recogiendo estúpidamente hojas muertas, y le muestra una especie de cono de cemento. Una termitera.

Inmediatamente empiezan a destrozarla a puntapiés, pero no sale nada de ella. La termitera está vacía. Philippe se inclina sobre ella y resopla.

—Se la han cargado los peones camineros. Fíjate, apesta a insecticida. Todos han reventado ahí dentro.

Se disponen ya a reunirse con los demás, decepcionados, cuando Jean ve al otro del riachuelo una pirámide semiescondida bajo un arbusto.

¡Esta vez sí que la han acertado! Es un hormiguero impresionante, con una cúpula de un metro de alto por lo menos. Largas columnas de hormigas entran y salen, a centenares, millares, obreras, soldados, exploradoras. El DDT aún no ha pasado por ahí.

Jean salta lleno de excitación.

—¡Fíjate! ¿Has visto eso?

—¡Oh, no! Quieres volver a comer hormigas... Las últimas tenían un sabor asqueroso.

—¿Quién habla de comer! Lo que tienes delante es una ciudad. Algo como Nueva York o México. ¿Recuerdas lo que decían en el programa? Ahí dentro hay un montón de chusma. ¿Fíjate en todas esas idiotas que se mueven como idiotas!

—Bueno... Ya has visto cómo Nicolás a fuerza de interesarse por las hormigas acabó por desaparecer. Estoy seguro de que había hormigas en el fondo de su bodega y que se lo comieron. Y te diré que no me gusta estar al lado de esta cosa. ¡No me gusta! Mierda de hormigas. Ayer vi que salían de uno de los agujeros del minigolf, a lo mejor querían hacer ahí su nido... ¡Mierda de hormigas idiotas de la porquería!

Jean le palmea el hombro.

—Pues eso, eso mismo. No te gustan las hormigas, ni a mí tampoco. ¡Matémoslas! ¡Vengamos a nuestro amigo Nicolás!

La sugerencia suscita el interés de Philippe.

—¿Matarlas?

—¡Pues claro! ¿Por qué no? Prendamos fuego a esa ciudad. ¿Te imaginas México en llamas, sólo porque a nosotros nos da la gana?

—De acuerdo, prendámosle fuego. Sí. Por Nicolás...

—Espera. Incluso se me ha ocurrido una idea mejor: la llenamos de herbicida, y veremos fuegos artificiales de verdad.

—Genial...

—Escucha, son las once, nos encontramos aquí dentro de dos horas. Así el celador no nos joderá y todo el mundo estará comiendo. Yo buscaré el herbicida. Tú, arréglatelas para conseguir una caja de cerillas. Sirven mejor que un encendedor.

—¡Eso!

Las legiones de infantería avanzan a buena marcha. Cuando las otras ciudades federadas les preguntan a dónde van, las chlipukanianas responden que se ha visto un lagarto en la región oeste y que la Ciudad central les ha pedido ayuda.

Por encima de sus cabezas, los coleópteros rinocerontes zumban, apenas reducida su velocidad por el peso de las artilleras que se agitan sobre sus cabezas.

Las 13 horas. Bel-o-kan está en plena actividad. Se aprovecha el calor para acumular los huevos, las ninfas y los pulgones en el solarío.

—He traído alcohol de quemar para que arda aún mejor —dice Philippe.

—Perfecto —dice Jean. Yo he comprado el herbicida. ¡A veinte francos la dosis!

Madre juega con sus plantas carnívoras. Con el tiempo que llevan ahí, y ella se pregunta por qué no ha hecho aún con ellas un muro de contención, como quería al principio.

Y luego vuelve a pensar en la rueda. ¿Cómo utilizar esa idea genial? Quizá se podría fabricar una gran bola de cemento para empujarla con las patas y aplastar a las enemigas. Debiera llevar adelante ese proyecto.

—Ya está. Ya lo he metido todo ahí, el alcohol de quemar y el herbicida.

Mientras Jean habla, una hormiga exploradora empieza a escalar por él. Golpea con las antenas el tejido del pantalón.

Pareces una estructura viviente gigante, ¿puedes mostrar tu identificación?

El niño la atrapa y la aplasta entre el pulgar y el índice. El líquido amarillo y negro impregna sus dedos.

—Una que ya ha cobrado —dice. Y ahora, muévete. ¡Van a saltar chispas!

—Será un buen numerito —dice Philippe.

—¡El Apocalipsis según Juan! —bromea el otro.

—¿Cuántas puede haber ahí dentro?

—Seguramente hay millones. Parece que el año pasado las hormigas atacaron una ciudad de la región.

—Pues también las vengaremos —dice Jean. Vamos, vete detrás de ese árbol.

Madre piensa en los humanos. Ha de hacerles más preguntas la próxima vez. ¿Cómo utilizan ellos la rueda?

Jean enciende una cerilla y la lanza hacia la cúpula de ramitas y agujas de pino. Luego echa a correr, con miedo de que las chispas prendan en él.

Ya está, el ejército chlipukaniano llega a la vista de la Ciudad central. ¡Qué grande es!

La cerilla vuela e inicia una curva descendente.

Madre decide hablar con ellos sin más tardanza. Ha de decirles también que puede ampliar sin problemas la cantidad de melado que les entrega. La producción será excelente este año.

La cerilla cae sobre las ramitas de la cúpula.

El ejército chlipukaniano ya está lo bastante cerca. Se dispone a cargar.

Jean salta detrás del gran pino, donde Philippe ya está guarecido.

La cerilla no llega a ningún punto embebido de alcohol de quemar ni de herbicida. Entonces, se apaga.

Los chicos se enfadan.

—¡Vaya mierda!

—Ya sé lo que vamos a hacer. Pondremos un trozo de papel, así conseguiremos hacer una gran llama que forzosamente llegará hasta el alcohol.

—¿Llevas papel encima?

—Bueno... sólo un billete del metro.

—Dámelo.

Una centinela de la cúpula ve algo misterioso: no sólo hace un momento que hay muchas zonas que huelen a alcohol, sino que además un trozo de madera amarilla

acaba de aparecer en lo alto de la cúpula. Establece contacto inmediato con una célula de trabajo para limpiar el alcohol de esas ramitas y para retirar la madera amarilla.

Otra centinela llega corriendo a la puerta número 5.

¡Alerta! ¡Alerta! ¡Un ejército de hormigas rojas nos ataca!

Una tercera centinela ve cómo una gran llama se levanta en la punta del trozo de madera amarilla.

Las chlipukanianas galopan a paso de carga, como se lo han visto hacer a las esclavistas.

Primera explosión.

Toda la cúpula se abrasa de una vez.

Deflagraciones, chispas.

Jean y Philippe intentan mantener los ojos abiertos a pesar del calor. El espectáculo no resulta decepcionante. La madera seca arde con rapidez. Cuando las llamas llegan a los charcos de herbicida, hay un estallido. Detonaciones y pavesas verdes, rojas y malvas brotan de la «Ciudad de la reina perdida».

El ejército chlipukaniano se detiene. El solarío arde en primer lugar, con todos los huevos, y el ganado, y luego el incendio se propaga al resto de la cúpula.

El tocón de la Ciudad prohibida se ha visto afectado desde los primeros segundos de la catástrofe. Las porteras han estallado. Unas guerreras se lanzan en un intento de liberar a la única ponedora. Pero es demasiado tarde, ésta ha muerto ahogada por los gases tóxicos.

Las alertas crepitan a toda velocidad. Alerta en 1ª fase; se lanzan las feromonas excitantes; alerta en 2ª fase: siniestro tamborileo en todos los corredores; alerta en 3ª fase: unas «locas» corren por las galerías y comunican su pánico; alerta en 4ª fase: todo lo precioso (huevos, sexuos, ganado, alimentos...) hacia los niveles más profundos, mientras que en sentido inverso las soldados suben para presentar batalla.

En la cúpula tratan de encontrar soluciones. Llegan legiones de artilleras para extinguir el fuego en ciertas zonas lanzando ácido fórmico concentrado a menos del 10 %. Estos bomberos improvisados, al darse cuenta de la eficacia de su esfuerzo, riegan a continuación la Ciudad Prohibida. Quizá humedeciéndola puedan salvar el tocón.

Pero el fuego avanza. Se ahogan con los humos tóxicos. Las arcadas de madera incandescente caen sobre la multitud embotada. Los caparzones se funden y se retuercen como plástico en una cacerola.

Nada resiste el asalto de ese calor extremo.

Episodio: *me he equivocado. No somos iguales, somos concurrentes. La presencia de los humanos sólo es un corto «episodio» en su reinado indiviso sobre la Tierra.*

Ellas son infinitamente más numerosas que nosotros. Poseen más ciudades, ocupan muchos más nichos ecológicos. Viven en zonas secas, heladas, cálidas o húmedas, donde ningún hombre podría sobrevivir. Dondequiera que miremos, hay hormigas.

Estaban aquí cien millones de años antes que nosotros, y a juzgar por el hecho de que han sido uno de los pocos organismos que han resistido la bomba atómica, seguramente seguirán aquí cien millones de años después que nosotros. Nosotros no somos más que un accidente de tres millones de años en su historia. Por otra parte, si unos extraterrestres llegaran un día a nuestro planeta, no se equivocarían. Tratarían sin duda alguna de hablar con ellas. Ellas son las verdaderas dueñas de la Tierra.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

La mañana del día siguiente, la cúpula ya ha desaparecido por completo. El tocón negro ha quedado erguido, desnudo, en medio de la ciudad.

Cinco millones de ciudadanos han muerto. De hecho, todas las hormigas que estaban en la cúpula y en sus inmediatos alrededores.

Todas las que tuvieron presencia de ánimo para bajar están indemnes.

Los humanos que viven debajo de la Ciudad no se han dado cuenta de nada. La enorme losa de granito se lo ha impedido. Y todo ha ocurrido durante una de sus noches artificiales.

La muerte de Belo-kiu-kiuni queda como el hecho más preñado de amenazas; al carecer de su ponedora, el Nido parece claramente amenazado.

El ejército chlipukaniano, sin embargo, ha participado en la lucha contra el fuego. En cuanto las guerreras se enteran de la muerte de Belo-kiu-kiuni, envían mensajeros a su Ciudad. Unas horas después, sobre un coleóptero rinoceronte, llega Chli-pu-ni en persona para comprobar los destrozos.

Cuando llega a la Ciudad prohibida, unas hormigas bomberos están aún regando las cenizas. Ya no hay contra qué luchar. La reina pregunta, y le cuentan el incomprensible desastre.

Como ya no hay reinas fecundas, se convierte naturalmente en la nueva Belo-kiu-kiuni y hace suyos los aposentos reales de la Ciudad central.

Jonathan es el primero en despertar y le sorprende oír la crepitación de la impresora

del ordenador.

En la pantalla hay una palabra.

¿Por qué?

Así que ellas han emitido durante la noche. Quieren dialogar. Teclea la frase que precede ritualmente cada diálogo.

Humano: *Saludos, soy Jonathan.*

Hormiga: *Yo soy la nueva Belo-kiu-kiuni. ¿Por qué?*

Humano: *¿La nueva Belo-kiu-kiuni? ¿Dónde está la antigua?*

Hormiga: *Vosotros la habéis matado. Yo soy la nueva Belo-kiu-kiuni. ¿Por qué?*

Humano: *¿Qué ha pasado?*

Hormiga: *¿Por qué?*

Y luego la conversación se corta.

Ahora ya lo sabe todo.

Son ellos, los humanos, quienes lo han hecho. Madre les conocía. Siempre supo quiénes eran.

Y mantuvo la información en secreto.

Y ordenó la ejecución de todos aquellos que hubiesen podido desvelar el menor indicio.

Y les mantuvo, a ellos, en contra de sus propias células. La nueva Belo-kiu-kiuni contempla a su madre inerte.

Cuando la guardia viene a buscar los despojos para arrojarlos en la depuradora, se sobresalta.

No, no hay que tirar ese cadáver.

Mira fijamente a la antigua Belo-kiu-kiuni, de la que ya se desprenden olores de muerte.

Sugiere que se peguen con resina los miembros destrozados. Que se vacíe el cuerpo de su carne blanda y que se la sustituya por arena.

Quiere conservarla en sus propios aposentos.

Chli-pu-ni, la nueva Belo-kiu-kiuni, reúne a algunas guerreras. Propone que se reconstruya la Ciudad central de forma más moderna. En su opinión, la cúpula y el tocón eran demasiado vulnerables. Y asimismo hay que dedicarse a la búsqueda de ríos subterráneos, y a la apertura de canales que unan entre sí todas las ciudades de la Federación. Para ella, el porvenir está ahí, en el dominio del agua. Podrán protegerse mejor de los incendios, y también viajar con rapidez y sin peligro.

¿Y los humanos?

Emite una respuesta evasiva:

No son de un gran interés.

La guerrera insiste:

¿Y si nos atacan otra vez con su fuego?

Cuanto más fuerte es el enemigo, más nos obliga a superarnos.

¿Y los que viven bajo la gran roca?

Belo-kiu-kiuni no contesta. Pide que la dejen sola. Luego, se vuelve hacia el cadáver de la antigua Belo-kiu-kiuni.

La nueva reina inclina delicadamente la cabeza y posa sus antenas en la frente de su Madre. Se queda inmóvil durante mucho tiempo, como sumida en una CA eterna.

— FIN —

Glosario

Ácido fórmico: arma de chorro. El ácido fórmico más corrosivo está concentrado en un 40%.

Ácido indolacético: herbicida.

Ácido oleteo: vapor emitido por los cadáveres de las hormigas.

Alcohol: las hormigas saben provocar la fermentación del melado del pulgón y el jugo de cereales.

Alimentación: régimen corriente de una roja: 43% de pulgón, 41% de carne de insecto, 7% de savias de árbol, 5% de hongos, 4% de cereales.

Altura: cuanto más elevado está un nido más busca la ciudad tener una gran superficie expuesta al sol. En las zonas cálidas, los hormigueros están enterrados por completo.

Aposentos nupciales: lugar donde la reina pone los huevos.

Araña: monstruo que devora a la gente a trocitos adormeciéndola entre cada amputación.

Armas mirmeceanas: mandíbulas sables, agujón envenenado, vaporizador de cola, vejiga de ácido fórmico, garras.

Avispas: primas primitivas y venenosas de las hormigas. Peligro.

Ayuno: una hormiga puede vivir seis meses sin comer en estado de hibernación.

Batalla de las Amapolas: en el año 100.000.666, primera guerra federal que enfrentó el arma bacteriológica con los tanques.

Bel-o-kan: ciudad central de la Federación Roja.

Belo-kiu-kiuni: reina de Bel-o-kan.

Buche social: órgano de la generosidad.

Cabeza; unidad de medida mirmeceana.

Cadáver: cutícula vacía.

Caracol: mina de proteínas. Comestible.

Casta: en sentido general son tres: sexuados, soldados, obreras; se subdividen en subcastas: obreras agrícolas, soldados artilleras, etc.

103.683: soldado belokaniana.

56: nombre de Chli-pu-ni virgen.

Cisterna: depósito para el rocío.

Ciudad prohibida: fortaleza que protege los aposentos nupciales. Las ciudades prohibidas pueden estar instaladas en madera, cemento e incluso en la roca.

Civilización mirmeceana: civilización de las hormigas.

Climatización: regulación de la temperatura en las grandes ciudades, mediante solarío, excrementos, y bocas para la circulación de aire fresco situadas en la cúpula.

Chinche: depredador de los rebaños de pulgones. Comestible.

Corazón: sucesión de muchas bolsas con forma de pera encajadas las unas en las otras. El corazón está situado en la espalda.

Comunicación absoluta (CA): intercambio total de pensamientos por contacto antenar.

4.000: cazadora roja residente en Guayei-Tyolot.

Chli-pu-kan: ciudad ultramoderna construida por Chli-pu-ni.

Chli-pu-ni: hija de Belo-kiu-kiuni.

Densidad: en Europa, se cuenta una media de 80.000 hormigas (contando a todas las especies) por metro cuadrado.

Depuradora: montículo que se encuentra en la entrada de los hormigueros donde los insectos arrojan sus desechos y sus cadáveres.

Dinastía: sucesión de reinas hijas en un mismo territorio.

Dionea: vegetal salvaje común en los alrededores de Bel-o-kan. Peligro.

Ditico: coleóptero marino y submarino. Comestible.

Dodecadecimal: sistema de evaluación cifrada mirmeceano. Las hormigas cuentan en base doce porque tienen doce garras (dos en cada pata).

Dogma de las reinas: conjunto de informaciones preciosas transmitidas de antena en antena de reina madre a reina hija.

Doríforo: coleóptero de élitros anaranjados marcados con cinco líneas longitudinales negras. Los doríforos se alimentan por lo general de patatas. El jugo de doríforo es un veneno mortal.

Edad de la reina: una reina roja vive por término medio 15 años.

Edad de los asexuados: una obrera o una soldado roja vive por lo general 3 años.

Efímero: especie de pequeña libélula con la cola en forma de horquilla. La larva vive tres años, y el individuo eclosionado entre 24 y 48 horas. Comestible.

Enanas: principales enemigas de las rojas.

Enfermedades: las enfermedades más corrientes entre las hormigas rojas son la «conidia» (provocada por un hongo parásito), la «ageritela» (una especie de descomposición de la quitina), el gusano cerebral (gusano parásito que anida al nivel de los ganglios subesofágicos), hipertrofia de las glándulas labiales (hinchazón anormal del tórax que aparece a partir del estado larvario), la **alternaria** (esporas mortales).

Escarabajo: impulsor de bolas. Comestible.

Esclavistas: especie guerrera incapaz de sobrevivir sin la ayuda de siervas.

Excremento: el excremento de la hormiga es mil veces menos pesado que su cuerpo.

Federación: agrupación de ciudades de una misma especie. Una federación de hormigas rojas comprende por término medio 90 nidos en una extensión de 6 hectáreas que comprenden 7,5 kilómetros de pistas de huella y 40 kilómetros de pistas olorosas.

Feromona: frase o palabra líquida.

Frío: sedante universal en el mundo insecto.

Fuego: arma tabú.

Fuerza: una hormiga roja puede arrastrar sesenta veces su peso. Desarrolla por tanto 3,2 x 10⁶ caballos.

Glándula de Dufour. glándula que contiene las feromonas pistas.

Glándula de veneno: vejiga en la que se almacena el ácido fórmico.

Grado: unidad de cuenta de tiempo-temperatura y de tiempo cronológico. Cuanto más calor hace, más se contraen los grados-tiempo; cuanto más frío hace, más se extienden.

Grano: a las hormigas rojas les gusta el elayosoma de los cereales; es decir el fragmento más rico en aceite. Un nido mediano cosecha 70.000 granos de cereal por estación.

Guerra de los Fresales. En el año 99.999.886, la guerra de los Fresales fue el enfrentamiento de las amarillas y las rojas.

Herbicidas: mirmicacina, ácido indolacético.

Hibernación: gran sueño que se prolonga de noviembre a marzo.

Hormiga enmascarada: especie dotada para la química orgánica.

Huevo: Hormiga muy joven.

Humanos: monstruos gigantes evocados en algunas leyendas modernas. Sobre todo se conoce a sus animales rosa domesticados: los dedos. Peligro.

Lagarto: dragón para la civilización mirmeceana. Peligro.

Larva de hormiga-león: arenas movedizas carnívoras. Peligro.

La-chola-kan: la ciudad situada más al oeste de la Federación.

Legión: masa de soldados que maniobran de forma simultánea.

Lomechuse: coleóptero productor de una droga mortal. Peligro.

Luciérnaga: coleóptero productor de una luz fosforescente.

Lucha a mandíbulas: deporte mirmeceano.

Lluvia: meteoro mortal.

Machos: insectos procedentes de huevos no fecundados.

Mantis religiosa: insecto al que le gusta de forma inmoderada hacer el amor y comer. Peligro.

Mensajeros volantes: técnicas enanas para transmitir mensajes mediante moscardones. Comestible.

Mercenarias: hormigas solitarias que luchan por un nido distinto de su nido natal a cambio de alimento o de una identidad ciudadana.

Metamorfosis: Paso a una segunda forma de vida corriente entre los insectos.

Mitridatización: capacidad de las especies sociales de habituarse a un veneno mortal, hasta el punto de poner huevos genéticamente inmunizados contra este

peligro.

Mosquito: los machos chupan la savia de las plantas. No se sabe de qué se alimentan las hembras. Comestible.

Murciélago: monstruo volador que habita en las cuevas. Peligro.

Música: sonido o ultrasonido producido por los grillos y las cigarras al frotar sus élitros. Las hormigas de los hongos también saben hacer música con su articulación abdominal.

Ni: dinastía de las reinas belokanianas.

Ocelos infrarrojos: tres pequeños ojos situados en forma de triángulo en la frente de los sexuales y que les permiten ver en la más absoluta oscuridad.

801: hija de Chli-pu-ni utilizada como espía.

Ojos: conjunto de facetas del globo ocular. Cada faceta comprende dos cristalinos, una gran lente exterior y una pequeña interna. Cada célula está directamente vinculada al cerebro. Las hormigas no perciben más que los objetos próximos, pero a gran distancia distinguen los más mínimos movimientos.

Olfato: los asexuados tienen 6.500 células sensoriales en las antenas. Los sexuales 300.000.

Onda: el mínimo común denominador emitido, en una forma u otra, por todos los objetos o los objetos móviles.

Orejas: las hormigas perciben los sonidos gracias a unos tímpanos rudimentarios situados en sus patas.

Orientación de la Ciudad: las rojas construyen su ciudad disponiendo la parte más amplia en dirección sudeste, para recibir un máximo de sol al principio del día.

Oscuridad: a las ciudadanas les gusta vivir en ella.

Porteras: subcasta de cabeza redonda y aplastada encargada de bloquear los pasadizos estratégicos.

Pájaros: monstruos voladores. Peligro.

Pan: bolitas de cereal cortadas y trituradas.

Pasaporte: olor del nido natal (o adoptivo, en el caso de las mercenarias).

Pastoreo: arte desarrollado por algunas especies para domesticar a pulgones y cochinillas y recoger sus secreciones anales. Un pulgón proporciona 30 gotas de melado por hora en verano.

Peso: el peso de una hormiga varía entre 1 y 150 miligramos.

Plantas carnívoras: dioneas, droseras, etc. Peligro.

Plantas envenenadas: cólquico, glicina, laurel rosa, hiedra. Peligro.

Pulgones: ganado. Comestible.

Quitina: materia que compone las corazas mirmeceanas.

Rinoceronte: coleóptero provisto de un gran cuerno frontal.

Rojas tejedoras: hormigas migratorias del Este que utilizan su propia larva como

lanzadera.

Sanitario: hendidura receptáculo de los excrementos de las ciudadanas.

Salamandra: peligro.

Segadoras: hormigas agricultoras del Este.

Serpiente: peligro.

Shi-gae-pu: ciudad de las hormigas enanas del noroeste.

Talla: las rojas miden por término medio 2 cabezas de largo.

Tanque: técnica de combate consistente en una obrera de grandes mandíbulas cabalgada por seis pequeñas obreras móviles.

Tejido: operación efectuada con una larva.

Temperatura: las rojas no se mueven si no es a partir de una temperatura superior o igual a los 8°. Las sexuadas despiertan a veces un poco más temprano, hacia los 6°.

Temperatura del nido: una ciudad roja está regulada térmicamente para mantenerse según los niveles entre 20° y 30°.

Termitas: especie rival de las hormigas.

Tierra: planeta cúbico.

Torreón: aguja secundaria construida sobre la cúpula. Los torreones se encuentran más en las termiteras que en los hormigueros.

Transporte: para transportar a alguien, la hormiga le atrapa por las mandíbulas; el otro se encoge para rozar lo menos posible con el suelo.

327: joven macho belokaniano.

Trofalaxia: entrega de alimentos entre dos hormigas.

Velocidad de marcha: a 10° una roja se desplaza a 18 metros/ hora; a 15°, a 54 metros/hora; a 20° puede alcanzar los 126 metros/hora.

Viento: algo que te levanta del suelo para dejarte no se sabe dónde.

Visión: las hormigas ven como a través de un enrejado. Los sexuados ven el color, aunque todos los tonos se desplazan hacia el ultravioleta.

Zubi-zubi-kan: ciudad del Este, célebre por su gran rebaño de pulgones.

Los verdaderos nombres de las «actrices» son:

La hormiga del hongo: *Atta sexdens*

La rompegranos: *Messor barbarus*

La esclavista: *Poliergus rufescens*

La hormiga enmascarada: *Anergates atratulus*

La hormiga cisterna: *Myrmecocystus melliger*

La magnan: *Doryline annoma*

La segadora: *Pogonomyrmex moleficiens*

La enana: *Iridomyrmex humilis*

La pastora negra: *Lasius niger*

La roja federada: *Formica rufa*

La roja tejedora: *Oecophylla longinoda*

Nota del traductor:

[1] Soldados alemanes del siglo XVI.